

Antioccidental.

Ensayo sobre la languidez de la democracia

Iker Nabaskues Martínez De Eulate

Antioccidental.

Ensayo sobre la languidez de la democracia

Iker Nabaskues Martínez De Eulate

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Iker Nabaskues Martínez De Eulate, 2022

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras

Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

www.universodeletras.com

Primera edición: 2022

ISBN: 9788419391421

ISBN eBook: 9788419390936

Dedicatoria

Autor

Prólogo

Admitámoslo de entrada. En cada uno de nosotros, los occidentales, habita un antioccidental. ¿Cómo se concilian estos dos contrarios elementos? Desde antaño, se asumió la idea aristotélica, de que, lo uno, y su contrario no podían pertenecer a una misma sustancia. Hubo que esperar a que Hegel estableciera que, toda entidad contiene en su seno una unidad de contrarios que pugnan en lucha dialéctica, hasta que desemboca, en síntesis, que reinicia el nuevo ciclo dialéctico. Kierkegaard, afinó la lucha de contrarios de Hegel, y le dotó de un nuevo significado. La unidad de contrarios ya no precisaba de síntesis. La paradoja es la esencia misma de la existencia humana. Desde el existencialismo de Kierkegaard, la cosa y su opuesto, conviven en paradójica inestabilidad. Porque de paradoja es de lo que está hecha la vida.

Occidente nos ha legado una civilización. Los occidentales interpretamos la historia de acuerdo a los valores del mundo clásico. Con la modernidad germinó el hombre y la mujer autónomos, con pleno discernimiento acerca de sí mismos y su lugar en el mundo. Esto fue fruto de una larga evolución, llena de azarosos episodios históricos a lo largo de los siglos, como la caída del Imperio

Romano, la Reforma Protestante, la Ilustración, las Revoluciones liberales, el auge de la ciencia o el surgimiento del capitalismo.

La más elemental de las evidencias: la democracia y las libertades constituyen los bienes más preciados de nuestra cultura occidental. Y sabemos, qué para conseguirlos, se necesitaron cientos de años. La historia occidental está iluminada por la luz de los grandes ideales. Lo mismo que teñida con el rojo de la sangre. Si algo describe a Occidente, eso es el mestizaje. Occidente es la mixtura de diferentes culturas y sociedades que se retroalimentaron recíprocamente. Deslindar los componentes y atributos de nuestra herencia epistemológica, y separarlos como se separa el grano de la paja, con el propósito de eliminar lo malsano de nuestro legado, con la pretensión de purificar los errores pretéritos de quienes nos antecedieron, resulta una tarea vana. Y, dejaría al descubierto nuestro deseo de querer eludir nuestra mestiza condición en busca del atributo de la pureza. Como si al hacerlo, pudiéramos edificar y moldear no el Occidente que existió, sino aquel que respondiese a nuestro anhelo de perfección más profundo.

Pero, nada más peligroso para calibrar el valor de algo, que proyectar sobre él, la más inconfesable ansia de perfección. Como las diosas *Themis* y *Némesis*, portando espada y balanza, ponderamos lo bueno y malo que nuestra civilización nos legó, para comprender finalmente que no existe el modo de modificar lo ominoso. Los occidentales, como los demás, contamos con nuestro extenso y particular inventario de infamias: las guerras de religión; el absolutismo; el imperialismo; el colonialismo; la esclavitud; las guerras mundiales; Auschwitz; el Gulag; el racismo; el clasismo; la xenofobia; los castigos inhumanos...

Pero, podemos presentar paralelamente, todo un elenco de bondades en nuestro favor: la democracia; la tolerancia ideológica y religiosa; el parlamentarismo; el igualitarismo; el comercio y la riqueza; la tutela judicial; la presunción de inocencia; la justicia

social; los sistemas de salud; la protección de las minorías; la cultura del ocio... Y, por encima de todo, Occidente posee un atributo que debería guardar con la diligencia de quien custodia un tesoro. La autoconciencia crítica sobre los meandros de su azarosa historia. Hoy, los occidentales, sabemos que nuestra historia no fue un lecho de rosas. Sino un tortuoso sendero de fracasos y reincidencias.

La democracia no cayó como fruta madura. Fue la conquista de las voluntades más tenaces y perseverantes. Pero, la historia demuestra que nuestra libertad y bienestar, no garantiza igual futuro a las generaciones venideras ¿Cómo explicar la languidez del occidental? ¿Cómo explicar la languidez de la democracia? Contestar esos interrogantes, obliga a impregnar el discurso, de cierto tinte psicoanalítico. Fue Freud quien distinguió el superyó, esa instancia normativa que observa al “yo” de manera crítica, y que modula sus pulsiones más profundas. El superyó occidental, es aquel al que denomino, ahora, *el antioccidental*. ¿Por qué designar al superyó occidental en clave de negación? Más allá de los juegos del lenguaje, si como afirmo, el occidental lleva en su seno un antioccidental, esto exige una explicación preliminar.

Occidente no satisface al superyó antioccidental. El antioccidental se apresta a reprimir las pulsiones más profundas del occidental. Aquellas que le permiten disfrutar de las comodidades que proporciona nuestro sistema de libertades. El antioccidental –a partir de ahora, damos por hecho que me refiero al superyó– vigila al occidental. Lo martiriza cuando actúa o piensa de manera inconveniente. ¿No se habían liberado el hombre y la mujer modernos de todo afán auto represivo? Debería contestarse que no, si atendemos al malestar del occidental, que nace de su propia mortificada conciencia. Bien es verdad que, el occidental posee muchas de las cosas a las que aspiran otros pobladores del planeta. Libertad, una sociedad estructurada, seguridad o unas inmensas posibilidades de ocio y consumo. Y, a pesar de todo ello, el occidental padece un ma-

lestar existencial que lo importuna y lo atribula. Y es un malestar que proyecta sobre sus instituciones civiles y políticas.

Si algún riesgo define al antioccidental, ese es la oposición. El antioccidental se deleita atormentando al occidental, reprochándolo por sus comodidades, y echándole en cara el sufrimiento de sus congéneres, que carecen de las facilidades que le proporcionó su civilización. Según los posmodernos, Occidente ostenta una condición por encima de todas las demás. La hipocresía. La falacia. La falsedad. Si Occidente es próspera política y materialmente, es por su pasado imperialista y colonial. Por la dominación ejercida sobre las razas que aquella civilización consideró inferiores. Por la represión sobre las personas excluidas por su sistema económico y cultural. Occidente, se jacta de su sociedad, libre y democrática. Pero oculta toda una historia de violencia que tiene tras de sí.

Este es el veredicto del antioccidental sobre Occidente. El dictamen elaborado, desde el convencimiento absoluto de que, es necesario saldar deudas con esa civilización. De hacer justicia con los represaliados por ella. Bajo amenaza de represalia del antioccidental, el occidental no debe expresar conformidad alguna con su propia civilización. No tiene nada de lo que sentirse orgulloso. Admitido Occidente en esos términos, el occidental, vive perturbado por la frenética actividad del antioccidental, enfrascado como está, generando culpa sobre él. El occidental modula el discurso para congraciarse con el antioccidental instalado en su conciencia.

Pocas cosas hoy, para los occidentales, más denigrantes que la civilización occidental y su fatua democracia. Nadie persevera más sobre esto, que el propio occidental. Siendo así, es natural que hoy, sea tan difícil encontrar discursos positivos respecto a Occidente y el sistema democrático, piedra angular de su civilización. Porque la democracia, la verdadera, no existe en Occidente. Está por hacer. La historia occidental es el resultado de los vencedores. Es normal,

por tanto, que estos, se hayan reservado la versión más favorable. Y que, hayan desarrollado un relato de lo que es la democracia, acorde a sus intereses. Esto oculta un engaño, una estafa que es preciso descubrir para poder comprender la perversión de la democracia occidental en toda su magnitud. La historia ya no se escribe con las paradojas que la hicieron posible. Sino con el lenguaje dicotómico para saldar deudas. El lenguaje de lo concluyente. De lo categórico. Del justiciero clarividente y petulante. Un lenguaje dicotómico que hoy, muchos, explotan en su conveniencia. Y en perjuicio de la propia democracia. Hace tiempo que los posmodernos presentaron su integral querrela contra la civilización occidental. Se exige a Occidente que sienta vergüenza de su pasado, y resarza a sus víctimas por su funesto pasado imperial y colonial. Los occidentales, deberíamos admitir razonable y cabalmente nuestro ambiguo y valioso legado, con la tranquilidad de quien no participó en sus episodios más escabrosos. Y, sin embargo, no lo queremos así. Elegimos el camino de la autodenigración.

La autodenigración es el síntoma de nuestra falta de convencimiento sobre la civilización de las que formamos parte. ¿Somos culpables de algo? ¿Tenemos deudas pendientes con nuestros semejantes por el mero hecho de ser occidentales? Pueden ser cuestiones que no se formulan de una manera explícita a como lo hacemos ahora. Pero de diversos acontecimientos del pasado reciente y de la más actual situación política mundial, brotan interrogantes, que dejan patente el fenómeno autodenigratorio que trataré de desarrollar en las siguientes líneas.

El islamismo radical atacó el corazón de Europa en diversas ocasiones, cuyas funestas consecuencias llegaron hasta nosotros a través de la pequeña pantalla. ¿No somos responsables, aunque sea de manera indirecta, de que haya jóvenes dispuestos a cometer semejantes atrocidades? Una pandemia mundial ha asolado el mundo durante estos últimos años, dejando millones de muertos

por el camino. ¿No es esto, el indicador de que algo estamos haciendo mal los occidentales? ¿Será consecuencia de nuestro desenfundado de vida consumista? ¿De poner los intereses económicos por encima de las más primarias necesidades como seres humanos? ¿Nos hemos reducido los occidentales a meros seres de consumo, hasta atrofiar nuestras más elementales inclinaciones naturales de empatía y solidaridad? Recientemente ha estallado una guerra en Europa, como no conocía el continente desde hace décadas. ¿No estaremos pagando caro nuestro expansionismo atlantista? ¿No será la invasión de Ucrania, los crímenes de guerra que se están cometiendo en aquel país, la consecuencia necesaria de nuestra equivocada práctica política? Todas estas cuestiones, no son baladí. Son interrogantes que salen por boca de muchos occidentales que pueblan los estudios de los medios de comunicación. Y todas ellas, están vinculadas al fenómeno de la autodenigración occidental.

Hoy, la denigración occidental es obligatoria. No hay mejor guardián que aquel que se instala en el inconsciente. La defensa de la civilización occidental está condenada al silencio por medio del sistema más infalible. Un espía instalado en la conciencia. *El antioccidental*. El inadvertido centinela que moldea nuestro discurso. Por contra, numerosos son los altavoces mediáticos que pregonan las taras y deficiencias de Occidente y su demolición en el nombre de la verdad y la justicia. El presente ensayo pretende ser la denuncia de esta autodenigración obligatoria a la que nos condena el antioccidental. Y de cómo conduce a nuestra democracia al camino de la apatía. Del abatimiento. De la languidez. Pero lejos de mí, la intención de denigrar nuestra maltrecha democracia. El ánimo de estas líneas, no es el denuedo de la democracia. Sino su defensa más contundente y vigorosa. Como testigo que ha de legarse a nuestros descendientes.

PRIMERA PARTE

DE LA

AUTODENIGRACION

“¿Puede apreciar a alguien el que se detesta a sí mismo? ¿Y estar de acuerdo con otro quien no lo está consigo mismo? ¿Y agradar a otros quien es molesto o insoportable para sí mismo? (...) La naturaleza ha inoculado en las entendederas humanas, sobre todo en las menos despiertas, la tendencia a estar insatisfecho con las cosas propias y admirar las ajenas. Eso ocasiona que todos los talentos y cualidades que adornan la vida se vicien y echen a perder. ¿Qué podrías producir sea para ti o para los demás en cualquier orden de la vida, si no contases con la colaboración de la vanagloria? (...) ¿Qué harás de hermoso, gracioso

y que no sea indigno, si no te gustas? Quítale ese condimento a la vida, y en el acto languidecerá el orador con toda su acción, el músico no agrada a nadie con sus notas, el actor será silbado con sus gestos, se reirán del poeta con todas sus musas, el pintor será despreciado pese a su arte, morirá de hambre el médico con sus fármacos (...) Tan necesario es que cada cual busque su propio cumplimiento antes que el ajeno. Y dado que la felicidad consiste principalmente en que quieras ser lo que eres, no hay duda que la vanagloria prepara el mejor atajo para tal objetivo.”

Alabanza de la estupidez (XXII) Erasmo de Rotterdam

1

Minar

El filósofo norteamericano Mark Lilla afirma que uno de los marcados rasgos de los occidentales, es el tinte siniestro con el que describen a sus propias democracias.¹ Desde luego, nadie con un mínimo sentido equilibrado aceptaría esto, atendiendo a la más elemental comparativa entre la democracia y la dictadura. Pero, lo evidente no es suficiente, cuando la aversión de los occidentales con respecto a su democracia, esconde su origen en los meandros más profundos de la psique humana.²

¹ Mark Lilla., *Pensadores temerarios, los intelectuales en la política*. Penguin, Barcelona, 2016, p. 23.

² El filósofo francés Pascal Bruckner es uno de los que ha estudiado la conciencia culpable de los occidentales fundada en la historia de explotación de Occidente, fundamentalmente por su pasado colonial. Se trataría de una culpa explotada por los intelectuales europeos, donde la cultura occidental se considera vergonzosa y se proyectan todas las virtudes sobre las identidades minoritarias sometidas por él. Bruckner desarrolla esta idea sobre todo en *La tiranía de la penitencia: ensayo sobre el masoquismo occidental* (2008).

El Occidente moderno presenta unos parámetros de democracia e igualitarismo social desconocidos para otras sociedades. Aunque sabemos que, por muy democráticas que sean las instituciones de un país, eso no lo convierte en la democracia perfecta. Al contrario, lo que quiere decir, es que precisamente porque es democrático, es por lo que se pueden subsanar las injusticias e incongruencias que propicia el sistema. Somos testigos en la actualidad, de los baños de masas de Vladimir Putin en Rusia, y de lo consolidado que está el culto al líder en el país euroasiático. Damos fe de ello. Pero, a estas alturas, sabemos discernir en Occidente, que la democracia no es el sistema político propicio para unanimidades y certezas de ningún tipo.

Durante estas dos primeras décadas de siglo nos hemos acostumbrado a recibir noticias curiosamente sorprendentes de los regímenes autárquicos como el de Rusia.³ En Occidente tenemos claro que la democracia posee muchas imperfecciones. Y también, paradojas. Porque, permitió qué en su seno, surgiera una corriente de pensamiento pertinazmente dedicada a demostrar que, la civilización occidental esconde en su seno los más perversos y engañosos atributos. Y es que, los occidentales, han sido los primeros en levantar la bandera por la demolición de su civilización. Y quizás este aspecto pueda ser catalogado como vir-

³ La lista de disidentes al régimen de Vladimir Putin asesinados durante este tiempo resulta sorprendente. Alexander Litvinenko, ex espía del FSB – antigua KGB- fue envenenado en 2006. La reportera de la *Novaya Gazeta* y opositora al régimen Elena Politovskaya, fue tiroteada ese mismo año. El opositor Sergei Magnitsky fue encarcelado y asesinado de una paliza en la cárcel en 2009. Boris Berezovsky fue encontrado muerto en su casa de Londres en 2013. El carismático líder político occidentalista, Boris Mentsov, fue asesinado en 2015 en pleno centro de Moscú. El importante financiero opositor, Nikolai Glushkov también, en 2018. Y el opositor político Aleksei Navalny, que fue envenenado en 2020, cumple en la actualidad una larga condena en la cárcel. Hasta la fecha no ha sido esclarecida la autoría de ninguno de los crímenes.

tuoso, toda vez que a la democracia le es vedada toda prohibición de discurso, cualquiera que sea su naturaleza. Pero que la democracia permita los alegatos que censuran su condición imperfecta, no impide que la querrela contra la democracia pueda ser, asimismo, criticada. Porque, el discurso posmoderno, responsable de la querrela que refiero, ha calado de tal modo, que hoy, son muchos los occidentales que piensan que la democracia liberal, representa algo falaz y carente de valor.

Por descontado, los pensadores posmodernos son occidentales en su mayoría. La filosofía posmoderna hizo germinar toda una filosofía de la sospecha sobre los valores y las instituciones políticas y civiles occidentales. Y lo cierto es que ha cosechado un considerable éxito. En este propósito de deslegitimación, los posmodernos, emplearon dos caminos. El desprestigio sistemático de las instituciones representativas y de conocimiento. Y perforar la moral de los occidentales. Minarla hasta que sientan vergüenza de la democracia.⁴

Auschwitz y el Gulag resultaron ser para muchos filósofos del siglo XX, el fin de los sueños de la cultura moderna. Adorno y Horkheimer, desde la influyente Escuela de Frankfurt, ya habían señalado el fracaso de la Ilustración como acontecimiento liberador definitivo.⁵ El símbolo de esto, eran los convoyes cargados de judíos

⁴ La filosofía posmoderna, también llamada Teoría Francesa, es una corriente filosófica que arremete contra la modernidad. Parte de los presupuestos filosóficos de Marx, Nietzsche, Freud, Lacan, Heidegger... y los fusiona con el estructuralismo, para articular una crítica total de la civilización occidental. Su máximo exponente es Michel Foucault, junto a Derrida, Deleuze, Lyotard, Baudrillard, Guattari, Vattimo, Agamben, Kristeva, Butler junto a otros y otras autoras. Aunque los planteamientos de estos autores son heterodoxos y diversos, todos tienen en común una radical censura de la tradición y valores occidentales, que es concretamente el aspecto que interesa en esta obra.

⁵ Max Horkheimer y Theodor Adorno., *Dialéctica de la Ilustración*. Trotta, Madrid, 2016.

con destino a Auschwitz. El éxito de la modernidad había consistido en aportar una racionalidad instrumental a las cosas. En cómo hacer las cosas mejor y de forma más eficiente. Llamativo sino el del ser humano, el de construir sus propias decepciones cuando fue él mismo quien fabricó las esperanzas. Aunque, cuando las ambiciones son desmesuradas no existe lenitivo para atenuar el fracaso, que solo existe en la mente de quien las proyectó.

Después del paradigma de la destrucción de las guerras mundiales, descarnadamente reflejado por Roberto Rossellini en *Alemania, año cero*, Europa alcanzó su renacimiento político y económico. El crecimiento en los estándares de calidad de vida, la Unión Europea, los Derechos Humanos... Pero, Mayo del 68 representó la refutación total del Occidente de la posguerra, donde los presupuestos filosóficos y políticos de Occidente se pusieron en cuestión. Los posmodernos entendían que el modelo estalinista de la URSS era un fracaso y consideraban la Revolución Cultural China, un novedoso movimiento que aspiraban a imitar, donde las nuevas generaciones ajustaban cuentas con sus mayores. Los jóvenes estudiantes de la Sorbona no se conformaban con cambios graduales. Consideraban a sus mayores el reflejo del fracaso de la liberación de toda dominación. En la requisitoria posmoderna formulada contra Occidente existió una gran acusación. Hay que rechazar el legado occidental, porque es un legado que está lleno de falsedades. Es la crónica del enmascaramiento de una histórica cadena de represión y de un engañoso humanismo que esa misma civilización engendró.⁶

⁶ En círculos filosóficos de Francia se otorga importancia en el florecimiento de las ideas posmodernas, a los cursos sobre Hegel que impartió el filósofo marxista Alexandre Kojève en la década de 1930, a la que asistieron los que años más tarde, integrarían la intelligentsia posmoderna. Estos, se fijaron en una parte concreta de *La filosofía del espíritu* de Hegel; la *dialéctica del amo y el esclavo*. Siendo para Hegel, la conciencia de la persona humana el deseo, el hombre desea someter al otro, a su semejante. Este aserto, que para

Asistimos al momento relevante, en el que los posmodernos sientan las bases de su programa filosófico y que tanto éxito ha cosechado entre nosotros, los occidentales. Este es el gran axioma: *detrás de todos los fenómenos humanos está el deseo de dominación*. Por tanto, por diversa que sea su naturaleza, se precisa sacar a la luz, la historia de poder que subyace a todos ellos. Pero ya no se trata de hacer la revolución con los instrumentos tradicionales de la izquierda, sino de declarar la guerra al sistema de conocimiento occidental, allá donde se habían impuesto la democracia y el capitalismo. Los posmodernos, con la influencia de Althusser, grabaron a fuego que, el sujeto actúa en tanto que es actuado por el sistema al que pertenece. La ideología que destilan los aparatos ideológicos del estado –familia, escuela, derecho, sistema político, medios de comunicación-, prescribe prácticas al sujeto, que, “actúa con toda conciencia según su creencia.”⁷ Pensamos que actuamos libremente, pero en realidad, no hacemos más que reproducir las prácticas de los aparatos ideológicos. Esto excluye toda propuesta filosófica humanista. Porque el humanismo es una práctica de los aparatos ideológicos del estado. El anti humanismo de los posmodernos señaló la restitución de lo humano, carácter al que había desposeído el Occidente capitalista, con su humanismo ficticio.⁸

En la historia de la filosofía existió un cierto acuerdo sobre la idea del progreso en un sentido lineal, de forma que la actual, es la más civilizada y desarrollada de las sociedades. Debemos a Tocqueville la idea de que existe una tendencia subterránea a la

muchos ámbitos de la existencia puede propiciar un marco de interpretación pertinente, es elevado por los posmodernos al rango de imperativo categórico. Los posmodernos extienden la idea del deseo de dominación humana a todos los campos del saber.

⁷ Louis Althusser., *La filosofía como arma de la Revolución*. Siglo XXI, México, 2001, p. 138.

⁸ Louis Althusser., *La revolución teórica de Marx*. Siglo XXI, Madrid, 2004, p. 190.

igualdad que, viene anunciándose desde el siglo XII hasta la actualidad. Se trata este, de un aserto bastante extendido y compartido. Pues, bien; los posmodernos, propusieron a cambio, un rocambolesco y nihilista boceto. La historia no tiene ningún objetivo. La historia no conduce a ningún lugar.

Debería decirse ahora que la aspiración de los posmodernos consiste en extender la sospecha y desconfianza hacia cualquier relato omnicomprendido del ser humano. Las realidades son parciales y desconectadas. Pero que la historia no conduzca a nada no significa, que debamos asumir la versión de la historia que Occidente proporcionó. La historia de Occidente está viciada; no es más que la crónica de los que detentaron el poder. Es una historia interesada, que se guarda la mejor versión para los que la han contado, y la peor a los que adjudicó el papel de infame. Nietzsche ya había explicado que la moral cristiana es la moral de los esclavos, que esconde un profundo resentimiento hacia el superhombre. Doble flaqueza la de Occidente entonces, la de erigir su sociedad a través de una moral de resentidos y proporcionarnos una versión virtuosa de su civilización.

Contrariamente a Nietzsche, los posmodernos no abogaron por el superhombre, sino por los discriminados de la historia occidental. Pero, esto presenta un problema. Los repudiados de la historia occidental ya no pueden hablar, porque no pertenecen al mundo de los vivos. Así que alguien tiene que hablar en su nombre. Los posmodernos. Los posmodernos instauraron una nueva narrativa mostrando los vicios ocultos de Occidente y establecieron el debate intelectual al modo de los pistoleros del oeste. Los posmodernos frente a frente con Occidente. El ajuste de cuentas con Occidente, implicaba nuevas herramientas para conocer, que desnuden lo que esa civilización omitió de forma interesada.

La requisitoria demolicionista encuentra su zénit cuando se concede al lenguaje una capacidad performativa ilimitada, de la

mano del subjetivismo relativista heideggeriano que adoptó el posmodernismo.⁹ Lo que entendemos por el “sujeto occidental”, no designa una realidad allá fuera, de un sujeto que existe. Sino una idea que ha sido articulada a lo largo de la historia occidental mediante prácticas discursivas que han decidido que significado se le atribuye a la palabra “sujeto”. Si el humanismo, el conjunto de ideas éticas y estéticas desarrolladas a partir de una idea concreta del ser humano, ha sido la base de la civilización occidental, para los posmodernos, eso, es justamente, la negación del sujeto.

Las implicaciones que dejó semejante interpretación del ser humano son profundas. Porque el sujeto, al perder su lugar de referencia, se difumina. Y si se difumina el sujeto, la ética y la estética también, puesto que son disciplinas desarrolladas en torno a la idea del sujeto. No nos debe extrañar que, con esos condimentos, el posmodernismo ofrezca definiciones del sujeto tales como que es el “producto de compilaciones de identidades interseccionales construidas socialmente.”¹⁰ La persona es un producto de las fuerzas sociales y políticas. La persona no remite a esencia humana ninguna. De forma que, la humanidad, o el humanismo no son más que términos lingüísticos a los que se ha dotado de un determinado significado. Y, sobre todo; se les dotó de un significado determinado para que fueran herramientas útiles para mejor dominar al prójimo.

⁹ Heidegger es un filósofo de enorme ascendencia sobre los posmodernos. Sustituye la idea de sujeto por el *Dasein*. El de Heidegger, es un existencialismo emparentado con Nietzsche o Sartre. Es un tipo de existencialismo nihilista que no agota en modo alguno otras formas de existencialismo, aunque se arrogue en exclusiva el término. En el capítulo 5, “Metanoia occidental”, me refiero a otros autores existencialistas de orientación más positiva, como Unamuno o el francés Gabriel Marcel, cuyos enfoques poseen una mayor fuerza propositiva y afirmativa, y particularmente en el caso de este último, una visión más esperanzadora de la existencia.

¹⁰ Helen Pluckrose y James Lindsay., *Cynical Theories: How Universities Made Everything about Race, Gender and Identity*. Swift Press, UK, 2020.

Pero, no desdeñemos las soflamas posmodernas, por alambicadas, grandilocuentes o campanudas. Sabemos, que concluir la lectura de una obra de Foucault o Derrida, además de tiempo y esfuerzo, es labor que requiere de un estado de nervios reposado. Lo que no es óbice para detenerse en un aspecto esencial de profundas implicaciones. Los posmodernos pusieron en crisis el propio concepto de realidad y sentido de los occidentales.¹¹ Y quizás es que nadie prestó la atención que exigía esto en Occidente. Alguien debió pensar: “allá los posmodernos con sus alambicadas diatribas intelectualoides.” Pero la dificultad y lo enmarañado del discurso posmoderno no ha sido un problema para que los axiomas posmodernos hayan permeado en nuestra sociedad líquida más de lo que alguien pudo imaginar en su momento.

No existe “la realidad”. Existen realidades parciales e inconexas cuyo significado tenemos que descifrar. Pero para descifrar estas realidades parciales, se precisan herramientas diferentes a la ciencia y la razón. No se trata de negar la realidad por el hecho de que cuente una historia interesada –que también-. Sino de negar mismamente que la realidad pueda ser objetivada y conocida. Porque la aspiración occidental de conocer la realidad es una pretensión absolutista. La “realidad” que atacan los posmodernos es a la que el saber –*poder*- establecido otorgó un determinado significado conforme a sus intereses. Toda vez que la realidad no existe de manera objetiva y natural, fuera de nosotros mismos, hay que articular otra idea de lo que es la realidad.

La cultura religiosa, que liga el cristianismo de la Antigüedad con la Edad Media, postulaba que la verdad podía ser conocida por medio de la fe y la revelación. La razón moderna y la ciencia, emancipadas de la fe, propiciarían más tarde el conocimiento de las cosas. Pero ambos planteamientos, metafísico y científico,

¹¹ Manuel Bustos., *La paradoja posmoderna. Génesis y características de la cultura actual*. Encuentro, Madrid, 2009.

estaban de acuerdo en un paradigma; que era posible conocer las cosas. Y ambas líneas, aunque se desgajan en los siglos XIX y XX, comparten una misma raíz occidental. Como habrá comprendido el lector, si se niegan por igual ambos planteamientos, metafísico y científico; todo lo que nos queda por detrás y por delante es un mapa lunar. La realidad se convierte en un campo abonado para construir sobre ella cualquier cosa.¹²

Los posmodernos, profesaban un escepticismo radical sobre las posibilidades de conocer la verdad. Y al mismo tiempo, se comprometían de manera firme con un constructivismo cultural agresivo respecto a la ciencia moderna, desde la creencia de que la sociedad está formada por sistemas de poder, que deciden qué se puede conocer y cómo. De forma que, la ciencia y la razón, son falacias,¹³ las carcasas que ocultan el reino de una parcialidad interesada. La verdad es un término lingüístico, nada más que eso, el contenido que designa el término *verdad* es el que los humanos – en base a sus intereses- le han conferido. Desde aquí, se da el salto a proclamar que toda creación humana es producto de la cultura erigida según las relaciones de poder.

Este es el sugerente cuadro de todo lo que Occidente representa para los posmodernos. Una civilización falaz y artificiosa,

¹² *Ibidem.*

¹³ Para los posmodernos las cosas no tienen un valor más allá del que les han conferido los discursos y dispositivos sociales. Se acusa a la ciencia de arbitraria; diferenciamos entre lo que es una persona sana y otra enferma, porque hay un discurso –el de la medicina-, que así lo determina, no porque exista una diferencia sustantiva entre una persona sana y otra enferma. Los posmodernos dirán que esas clasificaciones son fruto de los dispositivos de conocimiento producidos por el poder científico. La biología, como ciencia que estudia los seres vivos, ha categorizado a los seres humanos con sus métodos y clasificaciones. Pero para los posmodernos, la ciencia no ha estudiado la realidad, sino que, “ha creado” la realidad. La biología, como rama científica, no es más que un sistema de signos y asignación de valores, como otro cualquiera.

que descansa en axiomas arbitrarios e interesados. Que esconde su verdadero rostro, para sostener la dominación de unos sobre otros, empleando conceptos como; la verdad, el bien, la razón, la ciencia... Estamos ya preparados para leer la consigna escrita en el frontispicio del templo posmoderno. *La historia de la civilización occidental es un error que hay que remediar*. Por tanto, todo programa que se proclame emancipador, implica revolucionar los valores que sustentan la vida de los occidentales.

Para Foucault, nuestra civilización constituye todo un sistema de poder que contamina el discurso aparentemente neutral y el saber que ella misma emana. Un poder que no está solamente en las instancias superiores de la censura, sino que se hunde profundamente en todas las mallas de la sociedad. Y ese poder occidental permanece invisible en la conciencia de los occidentales. Sabemos que las personas pueden resistirse a un poder que pueden ver, pero el poder, para Foucault, es mucho más efectivo cuando se hace invisible. Para el pensador francés, la “verdad” se ha erigido gracias a múltiples coacciones que surgen de cinco fuentes diversas: el discurso científico y las instituciones que lo divulgan, el poder económico, el poder político, las instituciones educativas y los aparatos de información y consumo.¹⁴

De forma que, para Foucault, Marx se quedó corto en su análisis respecto a la opresión que ejercía el capitalismo sobre los trabajadores y la alienación que generaba. Freud, había logrado descifrar el reino del inconsciente del ser humano, sus meandros más ocultos y el modo en que se reprimían los conflictos. Pero Foucault es más ambicioso, quiere ir más allá en su tarea de refutación de la sociedad occidental, y demostrar que los tentáculos del poder se extienden y reprimen más allá de las relaciones económicas y el psicoanálisis. Se requiere la demolición de toda

¹⁴ Foucault., Michel. *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Alianza, Madrid, 1981, p. 145.

una estructura de poder que circula por todos los ámbitos de la existencia, para la cual se precisa de nuevas herramientas de conocimiento para subsanar todos esos aparatos de dominación.

Aún no hemos acabado de calibrar las consecuencias del particular constructivismo cultural posmoderno, cuando tomamos conciencia de que todo debe ponerse en cuestión. Y, el más posmoderno entre los posmodernos, lo expresa de la manera más contundente: “*hay que despedazar todo lo que permite el juego consolador de los reconocimientos.*”¹⁵ El problema no es cambiar la conciencia de la gente, sino el aparato institucional de producción de verdad. Foucault lo expresa elocuentemente cuando dice que “no luchamos para despertar las conciencias, sino para minar el poder”.¹⁶ Es decir; hay que demoler las instituciones occidentales. Hay que eliminar las certezas de la historia. Hay que derribar el sentido común. Hay que prescribir un lenguaje nuevo. Hay que acabar con todas esas verdades -falsas- que se toman como naturales. Y, asimismo: si alguien es capaz todavía, de defender todas esas falacias occidentales, entonces, hay que hacerle dudar de ellas. Hay que hacer dudar a los que no han dudado hasta ahora. ¿Qué deberíamos concluir de todos los alambicados discursos de la intelectualidad posmoderna? Que hay que minar la seguridad del occidental en su propia civilización.

¿Cómo tomar en serio semejante altisonante pretensión? Ya se ha aludido al error de menospreciar las ideas posmodernas como imposibles, por rocambolescas y presuntuosas. Su potencia no radica en sus más o menos posibilidades de crear una civilización alternativa. Sino en su poder de negación. Metafóricamente, los posmodernos actúan con todo el equipamiento para demoler

¹⁵ Foucault., Michel. *Nietzsche, la Genealogía, la Historia*. Pre-Textos, Madrid, 1988.

¹⁶ Entrevista de Deleuze a Michel Foucault publicada en la revista *L'Arc*, nº 49, 1972.

edificios: plataformas elevadoras, excavadoras, grúas y palas cargadoras. Pero, sus armas son filosóficas y su campo de aplicación, cualquier lugar donde se comunique el conocimiento. Por tanto, más que centrarse en lo que los posmodernos *proponen*, es interesante detenerse en aquello que *destruyen*.

Me refero ya a dos cuestiones que desarrollaré más adelante. La primera idea; los valores occidentales son nocivos para la persona. Por tanto, hay que acometer una trasmutación de los valores, que devuelva al ser humano la vitalidad que Occidente le arrebató. Pero el programa posmoderno no aspira a superar *todo* lo occidental, pues los posmodernos, también son occidentales. Su ataque es selectivo. Al igual que un caza bombardero selecciona los objetivos de la misión, arroja bombas sobre unos lugares, mientras deja otros intactos. Todas las ideas, por occidentales que sean, que propongan la revolución de las instituciones occidentales, son respecto a ese objetivo de trasmutación de los valores, aliadas de los posmodernos. De forma que, la filosofía posmoderna confluye con cualquier proyecto de negación de las instituciones políticas y de conocimiento, las instituciones que detentan el poder. Todo lo que *niegue* la civilización occidental, es positivo y bienvenido. Todo lo que *afirme* la civilización occidental, debe ser ridiculizado y deslegitimado.

No es menos importante la segunda cuestión que se deduce del proyecto de demolición posmoderno. Si la civilización occidental es un error, no existen muchas razones para sentirse orgulloso de ella. Al contrario. Denigrar esa misma civilización es el camino para liberarse de sus nocivas y perniciosas implicaciones. Cuanto más se denigre, más cerca se estará de la libertad auténtica. La idea de denigrar nuestra civilización implica una dimensión más agresiva del posmodernismo. Hay que roer, socavar y minar la confianza que el occidental tiene en su civilización. Esta actividad de perforación moral, forma parte del mismo objetivo total de demolición. Y

tiene mucho que ver con la carencia que muestran las democracias contemporáneas para defenderse a sí mismas, y, por ende, los postulados filosóficos y morales sobre los que se asientan.

No es necesario que nos mimeticemos con los posmodernos respecto a la refutación de la sociedad occidental, y que recurramos a su tono apocalíptico para criticar sus postulados. No se trata aquí de una lucha fratricida contra nadie. Sino de una lucha en favor de la democracia. En favor de que ésta, recupere sus atributos más enérgicos y vigorosos que le ha hurtado la coyuntura. Por encima de un ataque a los axiomas posmodernos, lo que postulamos es la defensa crítica y responsable de la democracia. Pero, no por ello, debería subestimarse la labor de destrucción posmoderna que se denuncia. Al contrario, se le debería otorgar la importancia que requiere. Entonces tomaríamos conciencia sobre cómo perfora la integridad de nuestras instituciones el pensamiento posmoderno. Como enuncia acertadamente Alain Finkielkraut, “los antiguos charlatanes reinaban por el abuso de confianza. Lo que en nuestros días desvía el juicio es el abuso de desconfianza”.¹⁷ Acometamos el examen de esta manifestación generalizada de desconfianza hacia la democracia occidental. El descrédito de la democracia en los países occidentales no obedece solamente a los problemas generados por ella, y que hoy, la ponen en peligro. Esa desconfianza viene también generada por una tradición de pensamiento dirigida contra los fundamentos de la democracia misma. Y si el propósito de este ensayo consiste en indagar porque la democracia está hoy lánguida, entonces se hace imperativo examinar el grado y las razones por los que la moral de los occidentales se encuentra hoy, minada. Y del grado en que se resiente la democracia de todo ello.

¹⁷ Alain Finkielkraut., *Lo único exacto*. Alianza, Madrid, 2017, p. 229.

2

De la culpa como sumisión

La libertad de conciencia es uno de los grandes logros de nuestra civilización. Si somos seres humanos, entre otras cosas, es porque contamos con la capacidad de discernir sobre el bien y el mal. El influjo posmoderno nos invita a renegar no solo de la moral occidental, sino de la moral misma. Nos conmina a pensar que la moral es el resultado de los discursos y dispositivos coercitivos de la sociedad. El conjunto de prescripciones normativas construidas por las estructuras sociales. La moral, denuncia la requisitoria posmoderna, no pertenece a la naturaleza humana, es un constructo social. Un artilugio cultural que se emplea como instrumento de dominación de la conciencia.

Aún más. Resulta una banalidad afirmar el valor de unas conductas morales sobre otras. Porque las estructuras tienen un funcionamiento ajeno a la voluntad del sujeto que forma parte de ellas. Si la estructura es injusta, es imposible que el sujeto sea justo, por mucho que aspire a ello. Así, podemos mostrarnos so-

lidarios respecto a los que sufren la desdicha. Pero no es más que el lenitivo de la conciencia culposa del occidental respecto a las estructuras a las que pertenece. No existe elección moral, toda pretensión moral es vana, estamos instalados en estructuras que nos han modulado. Y a ellas no les interesan las acciones de los sujetos, morales o no.¹⁸

Pero la ciencia hace tiempo que rechazó que la moral fuese un constructo cultural. Tomemos a Hume, por ejemplo. La perspicacia que demostró este filósofo del siglo XVIII es realmente sorprendente. La cultura no produce la moral, está presente en los humanos desde el momento de su nacimiento. En el cerebro, existen receptores innatos que más tarde se convierten en percepciones. Cuestión distinta es que las normas morales particulares varían según las culturas. Resulta una obviedad que es imposible encontrar las mismas reglas universales de moralidad en todo el planeta. Pero la moral está constituida por un elemento humano que es innato, y otro contextual, que es la cultura. Y los posmodernos nos invitan a creer que la moral es una creación de la

¹⁸ El filósofo posmoderno Jacques Derrida hacía la siguiente reflexión respecto al atentado al *World Trade Center*, el 11-S, del que recientemente se ha cumplido el vigésimo aniversario: “¿Acaso matar requiere necesariamente “hacer morir”, o es que “dejar morir”, no querer saber que se deja morir -a cientos de millones de seres humanos de hambre, de sida, de precaria atención médica, etcétera-, no puede formar parte de una estrategia terrorista “más o menos consciente o deliberada? Es erróneo suponer a la ligera que todo el terrorismo es voluntario, consciente, organizado, deliberado, intencionalmente calculado. Hay situaciones históricas o políticas en las que el terror funciona por el simple efecto de un mecanismo, en función de relaciones de fuerza, sin que ningún sujeto consciente tome conciencia de ello ni se sienta responsable. Todas las situaciones de opresión estructural producen un terror organizado e institucional del que dependen los que se benefician de él, sin que jamás lleguen a organizar actos terroristas ni sean tratados como tales”. Borradori, Giovanna. *Philosophy in a Time of Terror: Dialogues with Jürgen Habermas and Jacques Derrida*. University of Chicago Press, 2003.

cultura en exclusiva. Y este, por sorprendente que parezca, no deja de ser un axioma del que participa no poca gente. Botón de muestra del modo en que subordina hoy, la ciencia a la ideología. No son pocas las cantinelas de esta naturaleza, que encuentran un eco más que considerable entre nosotros. Pero el hecho -científico-, es que el carácter innato y cultural de la moral conviven en paradójica y mutua retroalimentación. Y hace tiempo que la ciencia resolvió ese escollo.¹⁹

Partamos también de la base de que los humanos somos seres sociales y poseemos atributos que hacen posible la vida en sociedad. Esos sentimientos son la empatía y la culpa. La culpa es un termostato interno que nos alerta cuando podemos dañar al prójimo. Pero la culpa también presenta un lado siniestro. De la vertiente nociva de la culpa, han dado muestra los grandes sistemas de pensamiento de la humanidad, que la emplearon como dispositivo de control social y modulador de las conciencias. Los posmodernos también relativizan el concepto de culpa. Pero, no siempre. Porque, hay que advertir, que su relativismo desaparece cuando se trata de incriminar a Occidente con las más perniciosas actividades del género humano. Cuando se trata de explotar la culpa de los occidentales sobre sus propias instituciones políticas y de conocimiento.

Ya decía Jean-Francois Revel que, en los países democráticos occidentales, existe toda una industria de la culpa.²⁰ Un Occidente, que, por un lado, sabemos que es individualista y consumista, pero por otro, consigue ser, con mayor o menor éxito, el que más alto grado de cultura, tecnología, riqueza, libertad y justicia ha conseguido para una mayor cantidad de seres humanos en el mundo. Aunque, debemos dar por bueno que todo ello fue

¹⁹ Haidt, Jonathan., *La mente de los justos*. Planeta, Barcelona, 2019.

²⁰ Revel, Jean-Francois., *Cómo terminan las democracias*. Planeta, Barcelona, 1993, p. 13.

gracias al saqueo y expolio de otras civilizaciones y culturas. La culpa del occidental respecto a las comodidades que disfruta, es una culpa que todo occidental debe reconocer. Ciertamente, nuestro singular aparato psíquico, muestra que podemos sentirnos culpables de episodios en los que no participamos, pero de los que, de forma sorprendente, podemos llegar a sentirnos responsables. Este es un hecho que conviene atender y considerar respecto al estado actual del espíritu de la civilización occidental.

Existe una gran variedad de manifestaciones de la culpa que debemos purgar por el mero hecho de ser occidentales. Tenemos ejemplos a diario en los medios de comunicación. Como la máxima expresión que llega al paroxismo, en la asunción de una culpa que no corresponde al protagonista, se encuentra la de un director de teatro inglés que descubrió en su madurez, que era descendiente de un importante traficante de esclavos del siglo XVI. El personaje, fue invitado por una sociedad occidental benéfica dedicada a “organizar viajes para sanar el pasado”, a preparar uno de ellos. Se le organizó un viaje de penitencia a Gambia, donde el esclavista ascendente había operado sus fechorías. El propio protagonista y dos decenas más de descendientes de esclavos que logró reunir en Occidente para hacer comunitaria la empresa, desfilaron por las calles de la capital del país con argollas y encadenados, vestidos con camisetas que rezaban el lema “*lo siento mucho*”. La performance terminaba en el estadio de la ciudad donde se congregaron casi 20.000 ciudadanos gambianos. Después de una serie de ejercicios penitentes mostrados a vista de todos, el grupo solicitó el perdón en inglés, francés y alemán a la concurrencia.²¹ Ciertamente, se trata de un despliegue de penitencia más que exótica, pero, la tan organizada y programada performance de autoflagelación muestra

²¹ Murray, Douglas., *La extraña muerte de Europa. Identidad, inmigración, islam*. Edaf, Madrid, 2019, p. 204.

que la realidad supera la ficción respecto a la cultura del ajuste de cuentas y auto culpabilización occidental.

La tarea del antioccidental consiste en afanarse arduamente en la tarea de culpabilizar al occidental. Aunque, resulte una obviedad que deberíamos sentirnos responsables de nuestros propios actos, y no de los ajenos, por muy occidentales que fuesen sus autores. La herencia cultural posmoderna funciona aquí como un mecanismo de doble vía. Niega la culpa, y la define como un artilugio del poder para domesticar la conciencia y fabricar súbditos obedientes y disciplinados. Pero, al mismo tiempo, quienes desdeñan el concepto de culpa, la azuzan y espolean sobre el occidental. Este mecanismo de doble vía es interesante. Porque, los posmodernos lo emplean como una herramienta para domesticar la auto estima del occidental sobre sus propias instituciones de conocimiento. El antioccidental que anida en nosotros, nos ha convencido de que nuestro bienestar material, no hubiera sido posible sin el sufrimiento infligido a millones de inocentes, de los que no nos han permitido tener noticia. Y asumir esto, trasciende lo factual. Implica un paradigma ideológico de gran calado que ha permeado en la sociedad.

Nuestros medios de comunicación dan muestra diaria del sentimiento de culpa occidental. Más aún, el inconsciente sentimiento de culpa de Occidente, aflora incluso en los casos más extremos y contundentes. En Europa lo sabemos bien durante los últimos años. Cuando los abiertamente declarados antioccidentales atacan de manera salvaje y despiadada, a los irreverentes y consumistas occidentales en el nombre de la “guerra santa.” Los occidentales llegamos al paroxismo de escudriñar sobre las razones que conducen a alguien para entrar a fuego a una discoteca de manera indiscriminada y a disparar contra las terrazas de los bulevares atestadas de gente, como ocurrió en los atentados de París en 2015, a liquidar a personas que no conoce, en nombre de la justicia.

En un pueblo al norte de París, un profesor de Instituto, es decapitado en 2020 por un alumno de 18 años, en represalia por haber mostrado a los alumnos revistas con caricaturas de Mahoma. El agresor publica en Twitter la foto con la cabeza del profesor en la mano, y se refiere en su discurso al presidente de la República, como “rey de los infieles”. Solo unos días más tarde, el Consejo del Instituto propone que el centro educativo tome el nombre del profesor asesinado, Samuel Paty, en homenaje póstumo. Cuando la propuesta se vota en el claustro, la votación arroja el siguiente resultado: el 100% de los maestros en contra; como el 89% de los padres y el 69% de los alumnos. El episodio, puede entenderse como expresión del miedo de la comunidad educativa a sufrir algún tipo de represalia. Pero muestra un aspecto más sofisticado, en una sociedad donde la manifestación de solidaridad de bajo coste es pauta común. Samuel Paty, es la víctima occidental, de un joven emigrante musulmán, que representa a las víctimas de la cultura de la islamofobia que se produce en territorio galo. Los maestros, los progenitores y los alumnos, comparten una culpa con el profesor asesinado. Es una culpa imprecisa. Pero no por ello, menos real. La culpa occidental. La que les corresponde por haberse erigido sobre todas las demás sociedades, habiéndolas sojuzgado y maltratado. Entonces, comprendemos porqué en Occidente no existe ni tiempo ni espacio para los inocentes caídos. Tenemos suficiente con cargar con la difusa responsabilidad que compartimos con ellos. Culpa que acarreamos todos los occidentales por la forma en que fue concebida nuestra civilización.

Zone d'expression populaire -ZEP-, es un grupo de hip hop francés de Roubaix que dice denunciar el racismo, el neocolonialismo y la discriminación de las minorías francesas en sus canciones. Una canción suya, “Joder a Francia”, dice así: “Jode a Francia, y su pasado colonialista. Sus olores, y sus reflejos pa-

ternalistas. Jode a Francia y su historia imperialista, sus muros, sus murallas, delirios capitalistas/ Pequeño burgués. Demócrata republicano. Tu país apesta a racista y asesino. El esclarecimiento de los Derechos Humanos, supuestamente universales, es un mito, un espejismo, una mentira oficial/ Otorgadores de lecciones, pequeño galo nativo, detén tu arrogancia, deja de abrir la boca, juzgas y críticas a los árabes y la África negra, pero barre tu puerta y mírate en un espejo/ Lo que pienso de su identidad nacional, de su Marianne, de su bandera, y su himno, no te voy a hacer un dibujo, puede ser indecente. Para ver cómo me quemó con su repugnante símbolo/ Angustiosa evolución en 60 años. Mira la asamblea. Solo hay blancos. Quieren integración, por el Rolex y el jamón. Aquí te aman cuando eres rico y comes cerdo/ Cuando te adhieres a sus proyectos. Cuando perdonas su basura. Sus leyes, sus expulsiones. Y su amor por la patria. Por supuesto que aman el cuscús. Y el Cheb Khaled, pero se asustan cuando su hija les trae un Mohammed/ El racismo está en nuestras paredes y en nuestros libros escolares. En nuestros recuerdos, en nuestra historia. De lo que estamos tan orgullosos. Omnipresente, es banal y ordinario. Es imposible deshacerse de él/ Tú que tal, pequeño socialista hipócrita. Tengo algunas rimas para ti. Nos dijiste que tu causa, fue el de los sin papeles, prometiste igualdad/ Nos hiciste brillar, soñando con una Francia mejor. Manipulador, corres tras el votante, te desenmascaramos, tú y tu partido de usurpadores/ Y están nuestros intelectuales, nuestros pequeños fachas con gafas, odio al musulmán, con su discurso estigmatizante/ Su discurso arrogante, insultante y despectivo, Omnipresente su propaganda en los principales medios de comunicación, en la unión sagrada, contra el invasor, el bárbaro, el salvaje, contra el enemigo interior/ Es mi deber de insolencia, mi deber de irreverencia, mi deber de rudeza, mi deber de resistencia.”

Saïdou, el cantante del grupo autor de la letra, fue demandado por una asociación francesa que consideró la letra ofensiva. Tras varios recursos, que finalizaron en 2018 con el veredicto de inocencia del creador, el tribunal que dictó la resolución absoluta decretó que “el supuesto racismo contra los franceses blancos no abarca ninguna realidad, legal, histórica, biológica o sociológica”. Que la piel blanca de los franceses no es un componente jurídico de la cualidad de francés, y que “los franceses llamados de pura cepa no constituyen un grupo de personas”. Finkielkraut expresa una elocuente conclusión del episodio: “puede agredirse impunemente a los “caras de tiza” –expresión peyorativa para designar a los blancos franceses-, y amenazarlos con el infierno: la justicia los ha marcado con el sello de la inexistencia. El racismo antirracista se propaga con todas las bendiciones de la ley”.²²

Desde luego que el incidente, muestra, más allá de la nebulosa interpretación jurídica y política sobre los límites entre la libertad artística y el estigma reduccionista, la distancia de tolerancia que existe en Francia, según quienes sean los colectivos en los que se categoriza a las personas de manera arbitraria. Que los “cara de tiza” no representan un colectivo es una obviedad para cualquiera vacunado contra el fanatismo. Pero, el hecho es que, si lo representan para quienes los estigmatizan hasta reducirlos al cúmulo de adjetivos de la canción. Quienes prejuzgan de esta manera, desdeñan los miles de millones que ha empleado la administración francesa para luchar por la integración sociolaboral de los colectivos minorizados en los barrios marginales. Una sola línea de la letra de la canción sería suficiente también para considerar a los miles de franceses que han luchado por la integración de los colectivos excluidos en el hexágono. Desde luego, no hace falta que una comunidad exista para arrojar contra ella todos los males de la existencia. Lo importante no es que no existan los “franceses

²² Finkielkraut, Alain., *Lo único exacto*. Alianza, Madrid, 2017, p. 260.

de pura cepa,” los “caras de tiza”, sino que así se pueda denominar a cualquiera que sea englobado en esa arbitraria categoría. Para después arrojar sobre ellos, unos atributos que solo existen en la mente de los autores de la canción. Nadie está a salvo de colaborar con el pernicioso círculo vicioso del estigma, ni siquiera los autores de la composición musical. Pero el hecho muestra las dificultades que encontramos para reconocerlo, cuando se emplea en contra de cualquier cosa que contenga un vestigio occidental.

Pero no se trata aquí de quien merece más o menos consideración. De poner en un lado de la balanza a los occidentales acomodados, y en otro, a los descendientes de los emigrantes que toparon con el muro de la exclusión. Calibrar problemas de esta naturaleza de este modo está al orden del día, pero no conduce a ningún sitio. Pero deberíamos ponderar si la penitencia obligatoria, y la auto impuesta minusvaloración, puede conducirnos a nada productivo. No se trata de que los pretéritamente excluidos se conviertan en excluyentes. Sino de que logren desplegar el estatus de ciudadanía que todos merecemos. Los jueces consideran que una alusión a los “caras de tiza” no viola precepto normativo de ningún tipo, pero, lo cierto es que puede molestar a quienes han impulsado políticas de inclusión social que nadie parece defender con más determinación y compromiso que los países occidentales.

Posiblemente, la culpa sea uno de los elementos más sofisticados para producir unos efectos deseados en el ser humano. La culpa invade al ser humano emocionalmente, le provoca una huella, que luego racionaliza. Solamente desde la creencia de que se ha vulnerado una norma ética es posible dicha racionalización. ¿Cómo es posible sentirse culpable cuando se ha sido atacado, como en los atentados yihadistas de París, Niza o la Rambla de Barcelona? ¿Cuál es el valor quebrantado por la comunidad educativa francesa hasta el extremo de rechazar honrar a un compañero decapitado, cuya cabeza se ha expuesto en Twitter a modo de trofeo? *La justi-*

cia. Nuestro bienestar occidental se alcanzó gracias al sufrimiento infligido a otros. Tenemos una deuda con ellos. Al fin y al cabo, no nos puede extrañar que otros vengan a saldarla en nuestro territorio. Occidente se construyó queriendo someter al otro, y ahora se le presenta la ocasión de quedar purificado de su pasado culpable.²³ La culpa que experimentan los atacados encuentra el lenguaje preciso para entenderse con el antioccidental que todos llevamos dentro. Nuestra culpa actúa como el silencioso catalizador de los argumentos de nuestros atacantes. No hace falta ya recurrir al argumentario de los yihadistas más fanáticos, detractores de Occidente. Nos bastamos nosotros mismos. No para justificar sus atroces carnicerías, pero sí para ponderarlas por medio de una balanza que cae siempre en contra nuestra.

Pero, ni la culpa nos hace mejores, ni con la autodenigración reconquistamos nuestro quicio vital. El camino del autoboicot emocional no desemboca en la empatía con el otro, esa emoción genuina que nos guía hacia los demás. Tampoco en la revisión crítica de la conducta propia que se quiere reparar de manera virtuosa, atendiendo al sufrimiento del diferente. Se trata de una emoción que conduce al autocastigo, al enclaustramiento del yo en un pernicioso silencio. El sobreentendido de nuestra responsabilidad en los crímenes de los que atacan el modo de vida occidental, conduce, por un extraño pasadizo de la psique, hasta nuestra carga por las fechorías pretéritas cometidas por Occidente. En el examen sobre la relación que existe entre los agredidos occidentales y sus fanáticos agresores, escarbamos sobre los motivos que pueden explicar la agresión, pero no para llegar a la claridad del discernimiento, sino para sellar las cadenas de la sumisión. Así ocurre que, solo podemos comprender la culpa paralizante del occidental a partir de la toxicidad de la relación

²³ Finkelkraut, Alain., *La identidad desdichada*. Alianza, Madrid, 2014, p. 49.

patológica. El autocastigo es la forma de aliviar la culpa. Asistimos perplejos al pernicioso espectáculo del ciclo de la violencia, donde la víctima maltratada es un torrente de argumentos en defensa de su agresor. Así es como se difuminan hoy las fronteras del sentido común en Occidente. Nuestra autodenigración como civilización es *la justicia*.

La autodenigración es reduccionista y pueril. La injusticia, solo puede proceder de los occidentales. Las minorías sojuzgadas por aquel, poseen unas virtudes primarias, propias de los pueblos primitivos, de las que el occidental se aprovecha. No es difícil reparar en el carácter sectario de semejante pensamiento. Como si las personas fueran lo que son, atendiendo a su procedencia, o a las categorías en las que son catalogadas. Los occidentales encontramos atenuantes en las mayores atrocidades de los demás, y agravantes en los desafueros occidentales, que se exteriorizan hasta el punto en el que el lenguaje autodenigratorio propicia la tranquilidad de la conciencia. Pero pensando así, hurtamos la posibilidad de que los demás sean responsables de sus actos, capacidad que nos auto otorgamos en exclusiva. Lo que esconde una insana y petulante presuntuosidad. Considerar a los que no son occidentales en una especie de minoría de edad, no parece ser el mejor camino para propiciar la igualdad en el mundo. Si de lo que se trata es que el planeta sea un lugar más justo, de cambiar el mundo para mejor, la potencia transformadora de semejante planteamiento resulta insignificante.

Pero la autodenigración como forma de hacer justicia, como la acabamos de examinar, muestra por el momento, uno de sus lados solamente. La culpa esconde un atributo más nocivo y peligroso. Tiene una proyección más perniciosa. Se trata ahora de una culpa que implica la conformidad con las demandas ajenas. No nos equivoquemos, no se trata de la admisión de demandas de los perjudicados por nuestras acciones. Esa culpa tiene un ca-

rácter íntimo y personal, y es reparadora para con la víctima. Nos referimos a los efectos que produce el admitir como incuestionable el axioma que condena a nuestra civilización como culpable. Al admitir las demandas que hacen responsable de todas las desgracias a Occidente, restituimos nuestra imagen dañada por nuestra endeble autovaloración occidental, y obteniendo la aprobación del acusador, equilibramos nuestro sentimiento de culpa. Entonces, la culpa favorece la demanda ajena. Hemos encontrado la fórmula. Y el lenitivo para calmar la culpa. Ya no se trata solo de encontrar la tranquilidad de espíritu admitiendo la difusa y estructural culpa de Occidente. Es decir, de todos nosotros. Ahora se trata de dar un paso más. De estar de acuerdo con lo que no estamos de acuerdo. La autodenigración por sí sola, no garantiza el sosiego. Por medio de un giro lindante con el Síndrome de Estocolmo, compramos el argumentario de quien se ha declarado enemigo nuestro, hagamos lo que hagamos, para reconciliarnos con él a toda costa.

Cuando asistimos a la pesadilla en la que, un joven pasa en furgoneta a toda velocidad, por encima de niños y viandantes a los que no conoce, en la Rambla de Barcelona, debemos escudriñar nuestras mentes acerca de los motivos que conducen a los autores a cometer la atrocidad. No nos engañemos acerca de la condición menesterosa de los protagonistas como motivo principal de sus acciones, a la que nos invitan desde la distancia, los que, desde el estructuralismo, ven los fallos del sistema detrás de todo acontecimiento. Los jóvenes perpetradores, eran vástagos de los mecanismos sociales occidentales de solidaridad para con las personas inmigrantes. Jóvenes regularizados, educados y mantenidos, por los servicios públicos catalanes y perfectamente integrados en la comunidad local que los acogió.

A los pocos días del atentado, una educadora social catalana escribía una emocionada carta mostrando su estupor y recordando sus vivencias con los jóvenes durante su labor socioedu-

cativa. Se preguntaba, *¿Qué estamos haciendo mal?* Más allá de la velocidad con la que se pasa por encima de la historia de las víctimas de la masacre, -todas ellas, occidentales, algo tendrá que ver- para estudiar el sufrimiento por el martirio de los perpetradores, deberíamos tomar la retórica pregunta de la educadora, prescindiendo de su más genuina intención estructuralista, para tomarla en su más literal sentido. Porque, algo falla cuando unos jóvenes comparten las más comunes vivencias de la adolescencia con sus amistades, al mismo tiempo que llevan una doble vida que les conduce al fanatismo y a la inmolación, sorteando todos los filtros y controles de la red social y asistencial.

El fanatismo muestra aquí el reverso contrario a la endeblez del penitente y lánguido occidental. Nuestra autodenigración no asegura la prosperidad. Además, ayuda a que los manipuladores más perversos de la efervescencia juvenil, consigan doblegar el más elemental sentido de auto conservación de sus arrojadas víctimas, por medio de las más primarias y rudimentarias verdades. Contra Occidente, no se precisa un torrente de argumentos. Por más que aquellos a quienes se lava el cerebro, hayan recibido su solidaridad y ayuda. Basta salir a la calle para percibir el discurso de negación occidental que nos rodea. Pero entonces, aun cuando no se han disipado los ecos de la tragedia, tomamos conciencia de nuestro culposo contexto. Incluso en el momento en que somos testigos de lo irreparable, nos afanamos en escudriñar los indicios sobre nuestra imprecisa responsabilidad sobre el suceso.

Si de lo que se trata es de poner remedio al hecho de que el ser humano mate a su semejante en el nombre de cualquier cosa, como decía la misiva de la educadora, el objetivo resulta quimérico.²⁴ Nos conformamos con algo menos ambicioso y realista.

²⁴ Un extracto de la misiva decía: “Estos niños eran niños como todos. Como mis hijos, eran niños de Ripoll (...) En el pueblo donde vivo, los periódicos... Donde se muestra la ignorancia, el rencor, la indiferencia, el no respeto hacia el prójimo, los tópicos, las fronteras, el girar la cabeza

¿Podemos preguntarnos más allá de la culpa estructural que nos atribuimos, como propiciar un pensamiento de mayor fuerza afirmativa, que la de aquellos fanáticos que quieren destruir Occidente? Porque haciéndolo así, no solo afirmaríamos nuestros valores y nos restituiríamos como sociedad. También protegeríamos a los jóvenes acogidos por las redes de inserción social, cuyas vidas se utilizan como munición contra Occidente del modo más perverso. Pero, apuntamos tan alto en nuestro ideal de justicia, que se nos escapa lo que tenemos delante de nuestros ojos. Estamos tan ocupados en que la violencia desaparezca de la tierra, que desatendemos el hecho de que unos jóvenes, que han sido integrados por nuestros servicios sociales, se decidan a emplearla contra cualquiera que pase por el lugar. Y al analizar el episodio, escudriñamos los signos de violencia entre nosotros, prescindiendo de los motivos e intenciones de quienes se identifican como enemigos de nuestra civilización a toda costa.

Pero, la obligación con la justicia verdadera y perfecta, nos conmina a pasar por encima de todo lo que pueda cuestionar nuestro compromiso para con ella. Es el momento de autodenigrarse. Y ya damos un paso más. Y aunque, no compartamos su salvajada, y sus islamistas argumentos nos sean ajenos, llegamos a considerar las razones de los autores para cometer la atrocidad. Examinamos cuidadosamente el modo en el que está organizado

hacia otro lado, el no saber ponerse en la piel del otro. Y esto se repite siglo tras siglo, año tras año. ¿Qué estamos haciendo mal? Debemos detener esto. Debemos hacer algo. Y yo que creía que lo estaba haciendo bien, que había contribuido con mi granito de arena (...) Y terminaba ganando la ira, la rabia e incluso acabamos aclamando «el ojo por ojo, diente por diente» para castigar estos actos. Ahora tengo una sensación que se escapa. (...) Piloto, maestro, médico, colaborador de una ONG. ¿Cómo se ha podido esfumar esto? ¿Qué os ha pasado? ¿En qué momento ...? ¿Qué estamos haciendo para que pasen estas cosas! Los actos que habéis cometido no tienen explicación y no son lícitos ... la guerra la ira, el odio no llevan a ninguna parte. Nunca, en nombre de nadie. Ni para nadie. Ni dioses, ni banderas, ni religión.”

el mundo, para que se haya producido el espantoso desenlace. El peso de la estructura ha caído sobre todos nosotros, propiciando una desgracia cuya responsabilidad se ha de repartir en tantas proporciones como responsables. Ya contamos con los elementos que componen el cuadro. No estamos de acuerdo con sus argumentos, pero los comprendemos por medio de una nefasta realidad que ha propiciado que se nos declaren adversarios a muerte. Pero que no se equivoquen. Lo hacemos por una causa humanitaria. Avalamos las razones más alejadas de nosotros mismos, aunque no los hechos que las acompañan, porque la escena del horror rebasa nuestro más elemental código occidental. Empleamos un escrupuloso esmero para no herir los sentimientos de aquellos que señalan la culpa obligatoria que nos corresponde como occidentales. Nos mostramos considerados con todo, menos con nosotros mismos.

Pero, no nos engañemos sobre el alcance de este mal entendido humanismo. Porque nos separa indefectiblemente de nuestro quicio vital. No solo nos impide aceptar de manera responsable la civilización occidental con todas sus luces y sombras, también nos impide recobrar el vigor para luchar por un mundo más justo. El malestar que nos deja el suceso, es el malestar asegurado hasta el próximo episodio, que nos permitirá ajusticiarnos a nosotros mismos, con el convencimiento de que lograremos la aprobación del ajeno en cualquier otra circunstancia distinta pero similar. Cualquier cosa vale con tal de sentir la satisfacción interior que nos proporciona ver cumplida nuestra pulsión humanitaria, aunque sea a costa de los códigos morales de la sociedad de la que formamos parte. ¡Que nadie dude de que censuramos la atrocidad! Pero la menesterosa condición de sus autores nos conmina a valorar el hecho en su justa medida. Hoy, los occidentales nos convertimos en humanitaristas. Aún y cuando, sea un humanitarismo *low cost* y descomprometido.

3

Contorsionismo moral

El torrente de noticias e información culposa de los medios occidentales desea saciar al antioccidental. Casi en cada periodista occidental existe un superyó antioccidental. Otro ejemplo francés relacionado con los atentados yihadistas de estos últimos años. Los medios de comunicación especialmente afanados en publicar las historias de los jóvenes inmolados, soslayaron la historia personal de los héroes anónimos franceses que evitaron con sus acciones que hubiera más víctimas. En el atentado en el paseo marítimo de Niza, en verano de 2016, dos ciudadanos franceses intentaron parar la marcha del camión que embestía a decenas de personas. Uno de ellos murió aplastado por las ruedas del camión. La intervención del otro fue determinante para que el conductor aminorase la marcha y la policía pudiera interceptarlo. Este hecho fue prácticamente ignorado por los medios de comunicación, frente a la profusión de datos y hábitos de vida exhibidos sobre los autores de la matanza.²⁵

²⁵ Bernard Henri-Levy criticaba con dureza el torrente informativo sobre los perpetradores: “Esta crónica interminable y a menudo ridícula del horror,

De nada sirve que haya sido el Occidente europeo quien más haya sufrido las consecuencias de las contiendas fratricidas de las guerras mundiales y haya renacido de sus cenizas para crear una sociedad igualitarista. Occidente es culpable por su pasado imperial y colonial. Como también lo es, de que haya sujetos que vengan a saldar sus deudas coloniales con nosotros. Doble acusación sobre Occidente; la de haber oprimido al otro por medio de la violencia, y la de haber condenado a sus descendientes a venir a ejercerla en suelo occidental. Incluso cuando caen los inocentes, sus resueltos defensores deben guardar silencio por las pretéritas y despóticas arbitrariedades occidentales. Aunque no hayan tenido noticia de aquellas. El antioccidental impone su nefasta lógica. Equilibra la balanza, boicoteando el discurso en defensa de los inocentes y canalizando la compresión hacia las verdaderas víctimas de la impostura occidental.

La nefasta lógica pasa por encima de los hechos empíricos y objetivables. Angela Merkel, en un discurso en 2015, en plena crisis de las olas de inmigrantes procedentes de la guerra de Siria, expresaba: “El mundo mira a Alemania como una tierra de esperanza y oportunidades”. Miles de inmigrantes llegaron a través de las fronteras de Hungría, Austria y Serbia hasta Alemania donde fueron acogidos por las instituciones sociales, con la entusiasta ayuda de las asociaciones civiles de aquel país. Varios medios de comunicación recogían la acogida que se les ofrecía en la estación de Berlín. Por supuesto que había alemanes que no deseaban la entrada de los huidos de Siria. Pero para ser insensible respecto a la extrema situación de unos refugiados de guerra, no es necesario ser occidental. El antioccidental atribuye los atributos más

es una forma de desarmar las conciencias y, con el pretexto de mostrarnos el rostro del delito, de volvernos ciegos, en realidad, a lo que tiene de insostenible y repugnante el terrorismo”. “Renvoyer les jihadistes à la nuit des hommes infâmes”. *Liberation*, 31 julio 2016.

desfavorables a lo occidental, pasando por encima de los mismos sucesos. Hoy, el prejuicio obligatorio impone a Occidente todo aquello que es indeseable, de forma que solo es posible acercarse a comprender la realidad desde el incuestionable axioma. Así ocurre, que se encuentra en los acontecimientos, los vestigios para llegar a una misma conclusión: el egoísta e insolidario Occidente ha cerrado la puerta a los refugiados.

Los seis países pertenecientes al Consejo para la Cooperación de los Estados Árabes del Golfo, que incluyen Kuwait, Baréin, Qatar, Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudí y Omán no concedieron asilo a un solo refugiado de guerra sirio en 2016. Su actitud hacia los emigrantes limítrofes de Pakistán, Bangladesh, Eritrea o Nigeria tampoco puede calificarse como generosa.²⁶ Pero, los más implacables censores de Occidente por su falta de sensibilidad con los necesitados, no encuentran tiempo para expresarse sobre el asunto. Ninguno de ellos alzó la voz tampoco, para que los países implicados en el conflicto sirio como Irán, Rusia o Arabia Saudí, se responsabilizaran en acoger en su tierra a refugiados de aquel país. Entonces llegamos a la conclusión de que la crítica se reserva en exclusiva para las instituciones occidentales, que deben asumir de forma obligatoria las consecuencias de las guerras que tienen a otros países como protagonistas.

Extraña y singular circunstancia. La sociedad contemporánea guarda una especial aversión a la guerra. Desde luego, este es un inequívoco indicador de civilización. Pero las terribles consecuencias e injusticias generadas por aquella tampoco parecen interesar a los detractores de Occidente... cuando la guerra implica a contendientes no occidentales. De forma que a Occidente le toca velar no solo por sus fronteras, sino por las de todos los demás países, toda vez que los desastres ajenos le serán atribuidos mediante cualquier elocuente y seductor slogan que quepa en una

²⁶ Murray., *La extraña muerte de Europa...Op., cit.*, p. 186.

pancarta. Y el problema no es que los países occidentales asuman su responsabilidad humanitaria con los inocentes refugiados de cualquier guerra. Pueden y deben hacerlo. El Derecho Internacional protege a esas personas e impone obligaciones jurídicas y humanitarias a los estados. Pero llama la atención el desinterés de los pertinaces críticos de Occidente, con respecto a la total indiferencia de los demás países respecto a los refugiados.

Pero, hoy, quienes señalan la culpa occidental, no son ya los parias de la tierra, sino los justicieros que actúan en su nombre. Ya dice Finkelkraut que “*hablar de*, es ahora, hablar en nombre de aquellos de quienes se habla”.²⁷ Nuestros medios de comunicación se pueblan de ferolíticos justicieros, que se arrojan la representación de los perjudicados de toda condición. Ellos hablan en nombre de los “otros”. Y, los otros son los damnificados por la historia de dominación occidental. Es decir, todo el mundo, incluido nosotros. Y aquellos señalan al occidental su responsabilidad estructural con respecto a las injusticias del planeta. Los justicieros del mundo poseen un triunfo, a modo de *joker*, cuando es invocado lo más sagrado de las democracias occidentales. Los Derechos Humanos.

Se habla en nombre de aquellos de quienes se habla. Se habla en nombre de los sin voz, pero estos, no son solamente los emigrantes y los excluidos. Sino cualquiera que coloque el origen de su malestar en Occidente. Los savonarolas de nuevo cuño circulan ufanos por los bulevares de la culpa occidental, para desplegar su argumentario acusatorio marcado con el sello real de la moral posmoderna. Los Derechos Humanos son el dispositivo para una acusación que no admite defensa. Nadie es inocente por el sufrimiento infligido a los oprimidos. La moral personal dejó de ser pieza de controversia. Hace tiempo ya que se decidió el modo en que las estructuras occidentales la decretan y la restringen. La justicia no se define ya con la brújula del imperativo kantiano, sino

²⁷ Finkelkraut, Alain., *La ingratitud*. Anagrama, Barcelona, 2001, p. 150.

por los dispositivos que nos hicieron creer que éramos libres para determinar nuestra existencia. Vana ambición la pretensión humanista, una ilusión escapista para conciliar nuestra débil y domesticada conciencia respecto a la opresiva estructura en la que se asienta. Curiosa forma de igualar en una misma categoría política a todo el mundo. También a los intelectuales que se destacaron en la lucha contra el totalitarismo de toda condición, que hoy, caen en desgracia y, son señalados como filofascistas por quienes nunca jamás se enfrentaron al fascismo.

Nadie nos previno de que los Derechos Humanos, nacidos y desarrollados en Occidente, fueran a servir como ariete para corroer la mortificada conciencia occidental. Fruto de una especie de contorsionismo moral, los justicieros posmodernos se afanan en la retórica de los Derechos Humanos para que afloren las contradicciones de Occidente. Sí. Reivindicar los Derechos Humanos es hacer justicia, para ello nacieron. Más, nadie reparó en que pudieran convertirse en el taladro que horadase los cimientos de la civilización occidental. Ya nos decía Aristóteles que todo objeto tiende a un fin acorde a su naturaleza. Los Derechos Humanos no nacieron como instrumento de tormento y culpa, sino para propiciar una sociedad más humana. Hoy, vemos como se emplea la gran conquista de Occidente para afligir a los occidentales, para llevarlos al rincón del cuadrilátero. Los Derechos Humanos para saldar cuentas. Y como instrumento para favorecer las demandas de los justicieros. Los occidentales, lejos de sentirnos orgullosos de los Derechos Humanos, debemos asumir nuestra penitencia y doblegarnos a su imperiosa racionalidad. No solo fracasamos en erigir una sociedad acorde a ellos, sino que levantamos nuestro explotador modelo portándolos como estandarte. Doble hipocresía occidental entonces, la de sojuzgar y excluir al que no lo es, y vanagloriarse de una civilización que proclama liberar a las personas de las cadenas de la opresión. No

cabe mayor altivez occidental. Jactarse de los Derechos Humanos mientras se violaban al compás en que aquellos nacían.

De forma que los Derechos Humanos son hoy, el estándar de los justicieros. Los exégetas que nos enseñan su auténtica y refinada esencia, reservada solamente para los más justos y exigentes. Los occidentales, aunque no lo sepan, no están por ellos. Constituyen el medio para domesticar a tiempo las buenas conciencias. Topamos nuevamente con la lógica de doble vía. Los Derechos Humanos son una falacia. Menos cuando se emplean contra Occidente. Por tanto, hay que reivindicarlos a viva voz, pero con el justiciero distintivo de la negación. Si los occidentales quieren ayudar a la causa de los Derechos Humanos deben primero, admitir el incumplimiento occidental para con ellos.

Se trata, de desoccidentalizar Occidente, para lo que es preciso desterrar el sentimiento de superioridad epistemológica y científica occidental que abriga su colonialismo teórico. Occidente incurrió en lo que Boaventura de Sousa denomina, un “epistemicidio”. Para él, el fin del colonialismo político no significó el fin del colonialismo en la mentalidad de los occidentales. Pervivió en nuestra cultura, porque continuó reproduciéndose en Occidente por medio de sus instituciones de conocimiento.²⁸ El pensador portugués nos dice que la autoflagelación occidental es necesaria y saludable, por el daño que el imperialista y neocolonialista Occidente causó a la raza humana y toda la producción de conocimiento supremacista que engendró y de la cual se alimentó.²⁹ De forma que, saldar cuentas con nosotros mismos representa nuestro más firme compromiso con la justicia.

²⁸ Santos, Boaventura De Sousa., *Descolonizar el saber. Reinventar el poder*. Trilce, Montevideo, 2010, p. 8.

²⁹ Santos, Boaventura de Sousa., *Justicia entre Saberes: epistemologías del Sur contra el epistemicidio*. Morata, Madrid, 2017, p. 139.

De forma que, el Occidente racista, admitamos el pleonasma, se proyectó sobre nuestras conciencias. Los Derechos Humanos deben ser entonces, la herramienta para descolonizar los relatos del “Occidente occidentalista” y asumir una historia de dominación occidental que solo pudo construirse a costa de los dominados. Los Derechos Humanos arrastran consigo, entonces, el comprometedor marchamo de la deuda. Y la deuda, pesa. Entonces, los mostramos de manera lánguida y defensiva. Inversamente a aquellos que extraen hasta la última gota de su legitimidad, para emplearlos contra Occidente. Todos creímos que, los Derechos Humanos eran el instrumento para la justicia y propiciar caminos de emancipación. Hoy, vemos que se emplean como taladro para demoler la, ya de por sí, debilitada autoestima occidental.

Tenemos desbrozada la senda de la culpa occidental. Pero, nadie parece interesado en aludir al modo en que las sociedades occidentales mostraron su capacidad para regenerarse de su propio pasado de sangre y violencia. Occidente esclavizó, de eso no hay duda. De hecho, la esclavitud como negocio y trata de seres humanos convivió en Europa con el avance de los ideales ilustrados. Cuando Escocia era el semillero de la tolerancia religiosa y la filosofía de las luces, Greenock en Glasgow, era uno de los mayores puertos de comercio de esclavos del mundo. La tan universal y moderna Revolución Francesa, fue el preludio de miles de sanguinarios crímenes sobre la población, incluso de uno de los mayores genocidios de la edad moderna, el de los campesinos realistas de La Vendée. Pero Europa aprendió a repudiar la ignominiosa esclavitud y de ver al hombre de color como mercancía, pasó a abanderar su abolicionismo antes que nadie en el planeta.

Las sangrientas guerras de religión del siglo XVII, dieron paso tras la Paz de Westfalia, a la tolerancia religiosa, que si bien, tardó tiempo en materializarse, se asumió como clausula obligatoria de convivencia en el continente. De las guerras mundiales, germinó

la actual Unión Europea. Y los Derechos Humanos son hoy la guía de todo país que se precie democrático. Occidente se ha recuperado de su historia de atrocidades, y ha mostrado la virtud de propiciar una sociedad que aprendió a rechazar de manera juiciosa lo peor que originó, abriendo paso a un humanismo, que también abrigaba en su seno. Si algo caracterizó a la sociedad occidental es la invocación del espíritu crítico para superar sus más traumáticos episodios, incluso cuando todo parecía perdido. En toda circunstancia, la sociedad occidental demostró su capacidad para cuestionarse a sí misma. Para la renovación. De lo peor del género humano, tras muchas reincidencias en el error, con el tiempo, terminó germinando lo mejor.

Por tanto, Occidente tiene un pasado de sangre. Como de autocrítica hacia su historia reciente y lejana. Si en algún momento Occidente muestra su particular sentido de la cautela y cordura, esto, es fruto precisamente de la auto conciencia que posee sobre su tormentosa historia. Es el pensamiento crítico occidental lo que ha hecho a Occidente desconfiar de cualquier clase de maniqueísmo. La democracia fomenta la duda y la auto reflexión que cuestiona todo dogma, dogma que es sometido a un escrutinio permanente. El hecho de que todas las acusaciones sobre las democracias occidentales sean mayoritariamente occidentales representa la expresión más contundente del aserto.

En los países de verdad única no existe tara o defecto. El sistema autoritario ya se encarga de impedir cualquier tentativa autodenigratoria. De la autodenigración en los países totalitarios, no se tiene la menor noticia. En Occidente es síntoma y obligación. Constituye un lujo democrático que nadie designa como tal. Por medio de la minusvaloración auto impuesta, nos consideramos indignos de portar el estandarte de los Derechos Humanos. No nos sentimos acreedores para reivindicar aquello que nuestros mayores hicieron florecer, a costa de los más graves episodios de

crueldad y horror. De forma que, arrojamos la toalla antes del combate. Ya vendrán otros a blandirlo en el nombre de los demás. Aunque sea en contra nuestra.

En Occidente existen los cauces para relativizar cualquier doctrina. Ya nos recuerda Pascal Bruckner, que Occidente cuestiona sus certidumbres más que nadie en el planeta.³⁰ Criticarse a sí mismo es una de las premisas más básicas de la democracia. No puede ser de otra manera. La democracia es falible, imperfecta, siempre abierta e incompleta. El sistema democrático es un marco y un ideal a la vez. Y esta doble naturaleza está en permanente tensión, sin que llegue nunca a resolverse. Solamente los países totalitarios carecen de tensión democrática. Pero es esa tensión la que muestra la superioridad de la democracia sobre el totalitarismo. La autocrítica de la democracia es vitalidad y energía renovadora. Pero es preciso discernir lo vigoroso, lo nutritivo y lo dinámico de aquella, con la auto represión sistemática de sí misma, que propicia su debilidad y complejo ante sistemas, a todas luces, más deficientes e injustos que el democrático. Asistimos perplejos a la constante requisitoria contra Occidente en el nombre de los Derechos Humanos, aun y cuando venga por boca de la personalidad más fervientemente antidemocrática del momento. No encontramos oportunidad para detener el acusatorio mecanismo y reivindicar el honorable legado de nuestros mayores, allá donde haya que hacerlo. Porque aquellos no los hicieron brotar pensando en ellos para el chantaje emocional. Sino como la más noble y venerable herencia para nuestros descendientes.

Y pese a ello, los occidentales corremos raudos a divulgar a los cuatro vientos las vergüenzas de la democracia, lo terrible de sus instituciones, la pequeñez moral de nuestros políticos o lo injusto de decisiones sobre problemas que el ciudadano, desde la

³⁰ Bruckner, Pascal., *La tiranía de la penitencia. Ensayo sobre el masoquismo occidental*. Ariel, 2008, Barcelona, p. 28.

distancia, entiendo como elementales. La democracia occidental no precisa de voceros y enemigos que la mancillen. Para eso, se bastan los occidentales. Ya decía Revel que, si algo caracteriza al occidental, es el ardor en su propia culpabilidad y por contra, el celo que pone en atender el argumentario de sus críticos más contundentes.³¹ Así es. El occidental atiende con particular esmero los abrumadores informes sobre las graves deficiencias de los sistemas democráticos occidentales. Para el occidental, la demolición de su sociedad está justificada. De forma que, cualquier defensa explícita y pública de lo occidental, corre el riesgo de ser catalogada de filofascista. Y si se comete esa torpeza, ha de aderezarse con todo tipo de soflama auto inculpatoria, para que lo occidental quede convenientemente degradado antes de empezar a hablar. Pedir disculpas se puede entender como una muestra de consideración y cortesía. Tanto como indicador de una toxicidad que no presagia nada bueno.

Hoy, quienes enfatizan en medio del fragor del debate, la fortuna que tenemos los ciudadanos occidentales de regímenes democráticos, de poder criticarlos hasta la extenuación, son tildados de retrógrados conservadores. Mientras, las escasas noticias que nos llegan del encarcelamiento de disidentes en los modelos de verdad única, en los que la crítica dura lo que se tarda en recibir la visita de la policía del pensamiento, quedan en un sorprendente limbo informativo. Cuestión asombrosa, teniendo en cuenta el especial compromiso que muestran los medios de comunicación occidentales con la cultura de los Derechos Humanos...cuando se trata de pedir cuentas a los países occidentales. Así, se da el sorprendente caso de que, quienes exprimen la democracia para que suministre lo que no puede proporcionar, se presentan como los grandes paladines de aquella. Y quienes pretenden defenderla, en

³¹ Revel, Jean-Francois., *La tentación totalitaria*. Plaza & James, Barcelona, 1976, p. 20.

atención a las libertades que permite, son presentados como los artífices de la peor reacción.

Uno de los problemas del sistema democrático para defender su integridad es que carece de anticuerpos contra la crítica. Es una paradoja, pero cuanto más la permite, más democracia es, y así resulta que no se le puede llevar nunca a comparación con países donde aquella no existe. De forma que, resulta complicado defender la democracia de sus implacables críticos. En el debate sobre el modelo de verdad única, el parapetado totalitario, cuenta con un triunfo del que carece su desarmado contrincante. El pertinaz crítico de la democracia se vale de los propios resortes del sistema para, en ejercicio de la libertad que disfruta, mostrar todas sus miserias e imperfecciones. Exprime las debilidades de la democracia hasta la última gota. Al crítico de la dictadura no se le permite ni soñar acerca de esto. Esto obliga a quien cree en la democracia, a criticarla, y haciéndolo revitalizarla y hacerla sólida. Lo mismo que a discernir sobre si el mensaje autodenigratorio es el camino correcto para construir una democracia fuerte.

De suerte que la autodenigración queda instalada entre nosotros a modo de ininterrumpida letanía. Los occidentales hemos construido nuestro micro mundo de lamento político existencial, donde la perfección de la democracia consiste en su descrédito. El alegato político sobre lo valioso de nuestro sistema, que nos permite criticar la ineficacia de nuestros representantes, está condenado al fracaso antes de nacer. Solamente podríamos ganar adeptos para la causa, si tuviéramos la posibilidad de detener el sistema en el tiempo y permitirnos unos cuantos meses de dictadura para, entonces y solo entonces, poder calibrar las comparaciones en una justa y orwelliana medida. La conjetura es tan vana como ilusoria. El sistema totalitario condenaría a los ciudadanos a la unanimidad silenciosa desde el inicio, servidumbre totalitaria que padecen en muchas partes del planeta, y que tan poco intere-

sa hoy, a los denigradores de Occidente. De forma que no existe otra salida para la democracia que permanecer prisionera de sus propias virtudes. Pero no como condición de una existencia plena. Sino de otra lánguida, abatida y desmoralizada.

Revel apuntó en sus ensayos, con su habitual locuacidad, al hecho, hoy indiscutible, de la desmoralización occidental. Nunca será suficiente en las escuelas el tiempo dedicado a explicar en qué consiste la democracia. Ningún sistema inmunológico de la democracia mejor que, el que conforma una ciudadanía convencida de sus virtudes. Si a la juventud, se le enseña desde la más temprana edad el valor de la democracia, la resistencia ante los totalitarios del mañana está asegurada. Lo cierto es que, la escuela de hoy, es más inclusiva que la de ayer. El excluido, cualquiera que sea el motivo de su exclusión, recibe una empatía y ayuda muy superior a la de tiempos pretéritos. Esto es algo que las democracias occidentales deberían mostrar con responsable orgullo. Y precisamente como condición para enmendarla y perfeccionarla hacia objetivos de progreso más ambiciosos.

Pero aún le falta a la escuela explicar lo que hay de indecoroso en la democracia, y que pertenece a su propia naturaleza. El coste a pagar por el pluralismo político. El desacierto o corrupción de sus representantes. El hecho de que la democracia puede enfermar. O, lo que constituye el equívoco más común con respecto a la democracia. El gran salto cualitativo que existe entre el significado de la democracia en cuanto a sistema de gobierno y los estándares de democracia con los que se comportan sus representantes y la ciudadanía. Porque el primero es objetivable y fácilmente reconocible con el manual de ciencia política. Mientras que, el segundo, es fruto de quienes se tomaron más en serio la palabra democracia. Las conciencias más autocríticas e inconformistas, que perseveraron en su conducta hasta convertirla en virtud cívica. Verdadera sabia de la democracia, sin la que esta no podría existir.

Sabemos mucho acerca de la democracia ideal, pero muy poco de la real. De la de personas de carne y hueso. De las que pervierten la palabra democracia. De las que hacen lo que saben o lo que pueden –las que más-. Y, de los escasos héroes anónimos que dignifican su significado. Posiblemente, el mejor aval para la democracia sea el de extender entre la población que la democracia no es la panacea, ni la solución a los problemas de la existencia. El discernimiento claro sobre lo que es exigible a la democracia y lo que no, constituye el anticuerpo para enfrentarse a aquellos que pretendan eliminarla, incluso blandiendo como estandarte la preciada locución. Ese convencimiento puede ser válido para que, llegado el caso extremo, los que lo poseen, aún conscientes de su falible e imperfecta naturaleza, acudan a defenderla en sus momentos más bajos, de la forma más resuelta y vigorosa.

De forma que, Occidente alimenta con el lenguaje autodenigratorio, al antioccidental que lleva dentro y se convierte en el cómplice de quienes quieren demolerlo. Todas sus masacres pasadas, transformadas hoy en voluntad de progreso y democracia, se convierten, como un boomerang, en punta de lanza contra su débil autoestima. Occidente es víctima de su propio argumentario, puesta al servicio de quienes no creen en su democracia. Pero que poseen la clara determinación de juzgarlo bajo sus propias premisas. ¡Qué desvergüenza la de los occidentales, pretender extender su moralina a los demás, afirmando que respetan los Derechos Humanos y la democracia! ¡Demostremos a los occidentales lo poco que creen en ellos, pero lo muy dispuestos que están en dar lecciones a los demás! Abastecemos con nuestra munición a quienes nos sentencian de la manera más resoluta. Así ocurre hoy. Los Derechos Humanos son el ariete contra aquellos que los hicieron florecer.

Ya se ha hecho alusión a la correspondencia directa entre la culpa, la autodenigración occidental y la satisfacción de las de-

mandas de los justicieros antioccidentales. Occidente se aviene al dictamen de sus críticos más contumaces. Se juzga a sí mismo con el criterio de la *justicia perfecta* -que jamás fue el suyo-. El círculo vicioso es el resultado de pretender agradar postulados ajenos por encima de los propios. Semejante ecuación no puede tener otra salida que el aislamiento de uno mismo respecto de sus propios valores y la condena de repetirla eternamente, a falta de una conciencia clara que desembrolle el panorama. En realidad, no se llega a comprender totalmente los argumentos de quienes acusan a Occidente de todos los males del mundo. Eso sería posible, si pudieran ponerse sobre el tablero los pros y contras de la civilización occidental y contrastar sus logros con las acusaciones que se vierten contra ella. Pero hay cosas que no se debaten. Los Derechos Humanos no se debaten. No hay debate posible entre dominador y dominado. Pretender ponderar las fallas y los logros de nuestra civilización, implica pasar por alto su inicuo fundamento. Debatir no. Mejor acusar y saldar cuentas. Mejor cavar grietas en el territorio, para consignar a amigos y enemigos con la clarividencia que otorga el espíritu justiciero y querellante.

Los axiomas que constituyen la querrela contra Occidente pueden ponerse en cuestión. Pero sus creadores no lo admiten. Que los Derechos Humanos no se debaten es afirmar que la acusatoria contra Occidente no admite debate. Sería como poner en cuestión el querer dar voz a los sin voz, el sellar las cadenas que atan a los oprimidos, el seguir perpetuando la violencia contra las minorías de cualquier condición. No puede debatirse sobre aquello que no admite debate. Pretender clarificar, dialogar, saber y entender, esconde nuestro profundo deseo de ocultar las raíces opresoras de nuestra civilización. Nuestra intención de escabullirnos de nuestra responsabilidad para con las injusticias del planeta. Si antaño los inconformistas blandían el estandarte de los Derechos Humanos con el orgullo de quien representaba la

causa noble y justa, hoy se les arrebatada, para convertirlo en martillo pilón de nuestra mortificada conciencia.

De forma que, la condición de occidental exige redención y penitencia. Y, por consiguiente, estamos abocados a la languidez y la desmoralización. Los querellantes y demolicionistas de la civilización penetran en nuestra conciencia atormentada desde el momento en que admitimos sus axiomas como incuestionables. Todo está preparado para la acusadora dinámica del saldo de cuentas. La vorágine mediática de escudriñar los sucesos, señalar al culpable y emitir el veredicto bajo la garantía del criterio de una silenciosa y creciente unanimidad. Descabellada coyuntura que nos deja solamente la foto de los títeres sin cabeza. Y a la que nos sumamos con la esperanza de que la nuestra no será la señalada.

4

Oikofobia

Si convenimos que el sentimiento de deuda es el origen de nuestra solidaridad, resulta que el otro, el oprimido, el marginado, no es el “Otro” de Levinas. No es el otro que propicia el encuentro entre las personas; con el que el “yo” amplía y se perfecciona. Con el que mejora la existencia de cada quien. Es el otro como sujeto acreedor de una deuda. El yo está sujeto a un chantaje emocional que solo puede concluir a través de la expiación de la culpa. Una culpa que Occidente debe purgar, equilibrando la distorsión de una historia y una sociedad contada por los vencedores. Nos encontramos aquí con la circular lógica de la paradoja. Si los posmodernos denuncian nuestro humanitarismo como falaz, resulta que ahora hay que admitir que, en parte, tienen razón. Porque si la raíz de nuestro humanitarismo se encuentra en el sentimiento de deuda, deberíamos renunciar a toda tentación de blandirlo como virtuoso. Así que, aunque por razones diferentes a las posmodernas, llegamos a una misma conclusión: ese humanitarismo epidérmico no puede conducir a nada bueno.

De forma que escudriñamos al otro para estar de acuerdo con él, pero no por medio de la empatía, sino de la pesada y gravosa maquinaria de la culpa. Y la culpa conduce a la *oikofobia*,³² elocuyente término acuñado por el filósofo británico Roger Scruton. Etimológicamente, “el odio a la casa”, que resignificamos ahora para señalar nuestra disposición hacia el rechazo de la casa, nuestra casa, -la civilización occidental-; y ponernos de parte del contendiente ante cualquier conflicto en el que se haga referencia a ella. El auto repudio occidental conlleva una “democracia oikofóbica”, una democracia que se niega a sí misma. Que fomenta el inconsciente rechazo hacia ella, sirviéndose de los instrumentos y mecanismos que permite, para emplearlos contra la democracia misma y contra la civilización que la hizo posible. La oikofobia implica deferencia y condescendencia hacia todo lo que se oponga a la democracia. La simpatía culposa implica avenirse y congeniarse con lo antidemocrático, como única garantía para propiciar aquello que la democracia dice proteger y preservar de manera falaz. ¡Al albur de los innumerables defectos de la democracia, aplaudamos lo contrario, lo antidemocrático! Terminamos sorprendidos en las empantanadas aguas a las que nos condujo el discernimiento más agudamente rocambolesco. Empezamos siendo los mayores censores de la democracia por lo poco democrática que es. Y acabamos glorificando lo que más ardiente y clarivamente criticábamos de aquella.

La pluralidad fruto de la democracia, la riqueza de las relaciones comerciales o el igualitarismo fruto del estado social, son todos ellos, logros occidentales. Pero no nos vanagloriemos públicamente de ellos. Porque, si los obtuvimos fue, gracias a un saqueo oculto a la vista, a nuestros desmanes con respecto a pueblos que la mente colonial consideró inferiores. La oikofobia

³² Dooley, Mark., *Roger Scruton: the philosopher on Dover Beach*. Continuum, London, 2009.

es el síntoma de nuestra incapacidad para generar una opinión favorable con respecto a Occidente y su tan denostada democracia. La culpa, ese artilugio que martillea la conciencia y sobre la que cabalgan los justicieros, emplaza cualquier controversia en los términos maniqueos que les interesan. Acudimos raudos a atender necesidades ajenas con la satisfacción interior de saldar cuentas con nosotros mismos.

Algunos, como el filósofo francés Michel Onfray, siguiendo al pesimista Spengler de *La decadencia de Occidente*, afirman que el tiempo de la civilización occidental ha concluido.³³ La cultura occidental con todo su bagaje de humanismo y ciencia, habría llegado a su fin. No se atisba en el mundo, una alternativa a una sociedad que, con todas sus imperfecciones, ha tenido al espíritu crítico como su gran dinamizador. Tampoco sorprende Onfray con su nefasto panorama. La historia enseña que el espíritu apocalíptico es detectable en todos los periodos pretéritos. El sedimento histórico debería habernos vacunado ya contra todo tipo de pensamiento catastrófico, que detecta en los signos de los tiempos, el aciago término de la civilización. Y, sin embargo, no es así.

Pero, descartar el apocalipsis no implica que debemos asumir el denuedo o la vergüenza oikofóbica de nuestra civilización de manera inevitable. Finkielkraut, afirma: “Occidente oculta su civilización debajo de las alfombras”.³⁴ La propia aversión hacia el magma axiológico de su legado y cultura, conduce al occidental de manera instintiva hacia todo aquello que lo niega. Antes de que nadie diga nada, el occidental ya está presto para renegar de su civilización. El occidental encuentra una especie de interior satisfacción embistiendo contra todo aquello que le recuerde su propia identidad y naturaleza. La democracia -fraudulenta-

³³ Onfray, Michel., *Decadencia. Vida y muerte de Occidente*. Paidós, Madrid, 2018.

³⁴ Finkielkraut, Alain. *Lo único exacto*. Alianza, Madrid, 2017, p. 146.

El comercio. El consumo. Todos ellos avances occidentales. Por tanto, rechazamos a los ficticios demócratas, a los comerciantes y a los consumistas. Partamos desde el convencimiento de que es el semejante occidental quien ostenta los vicios que esconden los perniciosos atributos. Y, que todos ellos, conviven en estable templanza, moderación y armonía en el convencido y virtuoso ciudadano, que reconoce de manera clarividente un capitalismo y consumo desenfrenado en sus semejantes occidentales.

¡Rechacemos al que es como nosotros, al que piensa como nosotros! ¡Reconciliémonos con quien denuesta la civilización, aunque de ellos, nos separen las mínimas reglas comunes de convivencia! ¡Importunemos al que es como nosotros, congeniemos con quien ridiculiza Occidente! El escenario axiológico muestra nuestro rechazo al semejante con quien compartimos el espacio común. Pero no nos engañemos. El rechazo al análogo occidental no es más que el síntoma del rechazo por nosotros mismos. Y, la acusación hacia fuera, hacia el otro, pero igual, la inconsciente artimaña para no menoscabar, todavía más, nuestra propia y auto dañada identidad política. Pero ya deberíamos saber, que el cuadro no nos puede hacer mejores. Por desgracia, el bienestar espiritual es un logro que implica una lucha más audaz y denodada contra nuestros fantasmas más ocultos y recónditos. El Príncipe Hamlet nos lo susurra al oído. Y, sin embargo, nos abonamos a la oikofobia. Aún con las lecciones de la historia en la mano, transitamos el yermo e infecundo sendero que nos conduce a la indolencia política, plenamente convencidos de su rentabilidad.

Se requiere de Occidente que asuma su pasado colonialista y racista. Pero, las ciencias sociales, políticas y filosóficas ya llevaron a cabo la revisión crítica del pasado colonial y sus efectos en las sociedades colonizadas. También adaptaron enfoques de investigación y conocimiento críticos para con Occidente, y se afanaron en eliminar el prejuicio condescendiente, para entender aquellas

sociedades. Pero hoy, el neo revisionismo busca una especie de revancha histórico-política por la que los occidentales actuales, en ningún caso responsables de las acciones de otros en el pasado, debemos aceptar un tribunal que quiere saldar deudas con nosotros. Un tribunal que nadie convocó en fecha, hora y lugar, porque se sitúa en el lugar más escondido y profundo que puede haber. La conciencia. El antioccidental. El antioccidental es, *el espía de la conciencia*.

De forma que, denigrar la cultura occidental no es solo un valor moral, tal y como se puede comprobar en los medios de comunicación. Es un imperativo de justicia *para con los otros*. Foucault arremetió contra el sistema educativo como una estructura de saber-poder, por encima de toda consideración positiva. La educación occidental, es considerada así, una cultura de vía estrecha. Muchos académicos la condenan y abogan por otras que sean menos exclusivistas, patriarcales y etnocéntricas que la occidental. Nunca se aclara cuál es el modelo perfecto e ideal que deberíamos tomar como ejemplo. A pesar de que, sabemos que no existen modelos educativos en el mundo más personalizados, igualitaristas e integradores que los escandinavos. Empleemos ahora tan ártico y septentrional adjetivo, no sea que algo nos recuerde su occidental condición.

Finkielkraut denuncia: “hoy más que nunca educar es reeducar.”³⁵ La idea de hacer justicia con los oprimidos taponan las fisuras de cualquier crítica. La misión de las humanidades, ya no subraya el carácter singular e irrepetible de cada ser humano. Deviene humanitaria. Reparar el daño y señalar al culpable. Más lo segundo que lo primero. Reparar el daño requiere de tiempo y consideración, algo que, quien salda cuentas, no necesita. Quien pone en cuestión la tan singular y económica filosofía, se pone de manera automática del lado de los opresores. Pero, sabemos que

³⁵ Finkielkraut, Alain., *La ingratitud.*, *Op. cit.*, p. 138.

la sensibilidad íntima y personal guarda especial aversión hacia la soflama justiciera mostrada en público. Por supuesto, la identificación privada con la víctima, ni resarce, ni calma la sed justiciera. Así ocurre hoy que, el bien más valorado es la solidaridad de auditorio concurrido y oportunamente divulgado. El pseudo humanismo digital y efímero cuya única condición es que sea mostrado ante los demás.

El fragor en el señalamiento del culpable occidental se produce en medio del culposo silencio ambiental. Nadie aspira que se le señale como infractor, o a que se le califique con epítetos que afecten a su reputación, y que, a modo de una renovada forma de la antigua institución romana, la *capitis deminutio*, pueda implicar la merma de su prestigio personal. El autodenigrado occidental, construye con sus propios y desacreditados pensamientos, el tribunal interior que lo apelaré cuando pretenda defenderse de la obligatoria expiación por sus pecados. Nadie más severo entonces que el pequeño antioccidental que todos llevamos dentro.

Scruton califica este fenómeno justiciero, como una “religión de la alienación,”³⁶ que actúa en contra de los cimientos burgueses de la civilización y del orden establecido por ella. Es el tótem de la negación. Y hoy, por medio de este, rendimos culto a todo lo que se opone a Occidente y su democracia. La negación no puede ser rebatida porque no se concreta. No se presenta ante nadie. No puede ser sometida a crítica. La negación es el sistema más blindado. La negación cuenta con una ventaja a la que la afirmación no puede aspirar. Concluye su tarea al tiempo que sus andanadas han sido ya disparadas. No permanece en el lugar, ni se expone para que se vean sus costuras. La negación acusa y salda deudas. Lo dialógico no cautiva a la negación. Probablemente uno de los logros posmodernos sea conseguir que los occidentales sientan vergüenza de defender sus libertades, mientras que los postu-

³⁶ Dooley, Mark., *Roger Scruton...Op., cit. p. 97.*

lados posmodernos quedan libres de toda crítica, toda vez que no muestran alternativa al desastre occidental que preconizan. Curiosa fe de carbonero la de aquellos que creen en la virginidad política de las proclamas que denuestan la actual democracia, como garantía del futuro edén al que nos conducen. Demasiadas veces se repitió este molde en la historia occidental como presagio de las peores pesadillas.

El humanismo occidental es fundamento a demoler. Las referencias con el pasado deben ser destruidas. Así, el resultado solo puede ser el de cortar el vínculo emocional con lo remoto y abrirse a lo insondable. Pero con ello, se impide que la sociedad se renueve y evite caer en los errores pretéritos, salvando lo mejor que nos legó. Los valores humanos universales son purificados de toda conexión a personas individuales. Al fin y al cabo, todas las sociedades y todas las personas son susceptibles de haber hecho algo malo. Que los presentes deben purgar los errores de quienes no están ya en vida, se convierte en una pauta revisionista que traspasa fronteras. Se somete a la democracia a una perversa condición. La democracia solo puede ser tal, a costa de reconocer sus pecados y errores. De forma que se adentra en el tortuoso camino de la autoflagelación interminable, con la esperanza de que algún día pueda llegar a ser merecedora de tal nombre. Semejante escenario de autocastigo y vampirización de la democracia, solo puede conducir la democracia a la languidez. Es lo que ha ocurrido.

Pero la autodenigración no sale gratis. El extremismo se alimenta de ella. Como el *Nosferatu* de Murnau, el extremismo vampiriza a la que es, su víctima predilecta, la democracia. El vampiro cobra su vigor en el momento que su víctima decae. Al igual que el mecanismo del funicular, el pintoresco ferrocarril empleado para salvar grandes pendientes de terreno, la democracia y la dictadura, son cabinas enlazadas por un cable de acero sobre un mismo riel. Mientras una cabina sube, la otra, desciende. El

descenso de una de ellas, permite aprovechar la energía potencial de la que queda en la parte superior. Este mecanismo de doble vía es el que pone en funcionamiento la coyuntura. El signo de los tiempos, aunque todavía de manera tenue, nos confirma lo que el legado histórico nos enseñó. Que el debilitamiento de la democracia conlleva el vigor de la dictadura.

Si el debilitamiento de Occidente comporta el vigor del extremismo, la autodenigración culposa que siente el peso de la deuda indeterminada nos conduce indefectiblemente, a lo infecundo. Los extremismos se vigorizan al compás de la música en la que las sociedades occidentales se desarman de valores y principios sobre los que afirmar sus libertades. Cuanta más autodenigración, más ancha la calzada para los extremistas. Cuanto más abandono en poner en valor nuestras libertades, más se abona el camino para que un día se eliminen de un plumazo, en el nombre de lo perfecto. Un estudio reciente de la universidad de Cambridge afirma que las grandes civilizaciones, no son destruidas por enemigos externos. Se destruyen ellas mismas. Y, además, el final llega por sorpresa.³⁷ Occidente cae presa de su propia trampa autodenigratoria. Ensimismada en su penitencia, fertiliza aquello que lo corroe desde dentro.

El reniego ensimismado del pasado y del presente, condena a Occidente a la desmoralización. Es la languidez de la democracia. Nada más conservador y decadente que la idea de una línea de continuidad con el pasado. El sentirse el eslabón de una cadena respecto a otros que no conoció, pero con los que siente una ligazón sentimental y comunitaria. Hoy, la labor del occidental pasa por colaborar de forma activa y diligente en la demolición de sus vínculos históricos. Todo el que aspire a la justicia, debe coadyuvar en el desenmascaramiento de Occidente. Nadie debe exteriorizar

³⁷ “Global Satisfaction with Democracy 2020”. Centre for the future of Democracy. Bennet Institute for Public Policy, University of Cambridge, UK.

su occidentalismo de manera entusiasta. No hay nada de lo que sentirse orgulloso. Es una obligación moral para con los oprimidos. La empresa no se discute. Es humanitaria. Saldemos cuentas. Señalemos a los culpables. Todo sea por la *justicia justiciera*.

Toda identificación con el pasado es señal de decadencia. Si nuestros abuelos sostuvieron una ética del trabajo, era porque estaban alienados trabajando para un empresario que los exprimía. Si los europeos renacimos de las cenizas, o los alemanes levantaron un país nuevo de los escombros, fue porque a las potencias emergentes les interesaba reconstruir Alemania económicamente. Si el Estado del bienestar logró reducir la exclusión social como nunca antes en la historia de Europa, fue porque al Estado le interesaba proporcionar unas migajas, para que la dominación de los poderosos sobre la población se hiciera menos evidente. Estos argumentos, tan recurrentes, pueden extenderse hoy a otros campos de la política y el saber. No son más que una demostración de la extensión de la filosofía de la sospecha sobre las estructuras e instituciones... de los países occidentales. Porque, al mismo tiempo, un manto de silencio protege a las dictaduras, que quedan incólumes de la culpabilización obligatoria que nos impone nuestro antioccidental. El desdén por la democracia es el placer exclusivo de los occidentales. Y se paladea como una copa de brandy. La autodenigración es hoy, un lujo reservado al occidental.

Hoy a la joven universitaria interesada en las humanidades, se le conmina a renegar del pasado de su civilización, para ser libre y actual. Nada más enriquecedor que investigar una genealogía como decía Borges. Acercarse a Platón, Montaigne o Erasmo, para indagar sobre ellos y contrastar la variedad y riqueza del pensamiento occidental. Hoy, es una pretensión reaccionaria. Solamente podemos acercarnos a esos autores empleando el manual del deconstruccionista, aquel que implica la reinterpretación de lo que cualquiera de ellos dijo según los parámetros actuales del jus-

ticiero. Ahora, se estila el pensamiento liberado de las cadenas. El que nos conduce por el camino de la emancipación verdadera. Porque ninguno de ellos dijo nada que no pueda ser deconstruido y descifrado por nosotros. No dijeron nada que no podamos pasar por el filtro del contemporáneo ajuste de cuentas. Los occidentales contemporáneos nos dirigimos hacia el conocimiento efectivo, genuino y exacto. Aquel que sentará las bases por las que no se podrá ya hablar más de yugo, imperio o sometimiento.

La cultura de la sospecha obliga a renegar de los cánones culturales. La ausencia de arraigo cultural y moral proyecta todo un nuevo campo de indeterminaciones en la sociedad. Además de demoler el sujeto occidental, se precisa explorar territorios difusos e inciertos. La nueva moda de la elección y la voluntad se convierte en el nuevo absoluto, ante la que se tiene que plegar la realidad. La ciencia se subordina a la opción personal, bandera de nuevo cuño que reivindica una nueva existencia desprovista de mecanismos de dominación. Cada quien es libre de pensarse y sentirse como quiera. No existen determinaciones científicas, con sus pretensiones de certeza, evidencia y seguridad.

El aserto nietzscheano por el que “no existen hechos, solo interpretaciones”, constituye el genuino fundamento de todo conocimiento emancipador. Se trata de impugnar todo aquello que muestre el mínimo sesgo occidental. También la ciencia, elemento sobre el que se cimentó la civilización. Hay que ponerlo todo en cuestión. Salvo el exacto y clarividente axioma: que todo es interpretable. Librémonos de las opresoras certezas que constituyeron nuestro más común y generalista mapa de conocimiento. El lenguaje absoluto y performativo, es el medio para construir las nuevas identidades, desprovistas, esta vez sí, de aquello que las desnaturalizaba. Librémonos de lo falso, y elijamos. No consintamos nada que no nos ate más que a nuestra voluntad. Podemos decidirlo todo. Podemos volar.

Este paradigma de negación trata de demoler, no de construir. Aunque siempre que se demuele algo, el lugar que contenía la estructura demolida permanece. Y ese espacio, o queda vacío, o es ocupado por otra cosa. Quien señala, acusa y injusticia algo, siempre reivindica algo, aún y cuando no lo explicita. No se anuncia ninguna alternativa al modelo occidental. Pero eso no quiere decir que el espacio libre, una vez demolida la anterior estructura, pueda volver a ocuparse. Todas las injusticias, imperfecciones y carencias occidentales deben dar paso a “otro tipo de civilización”. Pero, Hanna Arendt nos previno ya hace tiempo sobre el peligro que encierra la aversión contemporánea por todo lo que se recibió como herencia, por todo lo que le vino dado al ser humano. Y el modo con el que se emparenta con el totalitarismo. La gran maestra alemana, nos deja como legado que, cuando las leyes que le son simplemente dadas, suscitan el resentimiento del ser humano, entonces, “proclama abiertamente que todo está permitido y cree secretamente que todo es posible”.³⁸

“Eso no puede pasar aquí”. La fábula de Sinclair Lewis muestra en la ficción, el modo en que el partido totalitario alcanza el poder por medios democráticos. Aún no estamos vacunados contra el peligro. Demasiadas veces se repitió en Occidente la locución en innumerables lugares y circunstancias, como para que la mente juiciosa no la consigne antes de que sea demasiado tarde. Pero, entonces, observamos la evidencia. Occidente no extrajo todavía, las certezas que exigían las barbaridades del pasado. Miope de la operación de negación que se le viene encima, se afana en su propia autodenigración, adentrándose en el pantanoso territorio de una penitencia sin recompensa. La obstinación por purgar los pecados nos conduce a la maniquea lógica totalitaria. Y como siempre, con la mejor de las intenciones. Mientras estas líneas son

³⁸ Arendt, Hannah., *Los orígenes del totalitarismo*. Taurus, Madrid, 1998, p. 872.

escritas, Alexander Solzhenitsyn se retuerce en su tumba del viejo monasterio de Donskoy. Y es que, nunca se exagerará lo suficiente en nuestras democracias, el peligro que comportan los clarividentes que, con la excusa de lo perfecto, sacrifican lo bueno, para propiciar lo peor.

SEGUNDA PARTE DEL TEATRO DE MARIONETAS

“Las democracias no solo se atribuyen errores que no han cometido, sino que se han acostumbrado a juzgarse en relación a un ideal tan inaccesible que el veredicto de culpabilidad está inscrito en ellas de entrada, y por adelantado. De donde se deriva que una civilización que se siente culpable en todo lo que es, en todo lo que hace, en todo lo que piensa, apenas encuentra en si energía y convicción para defenderse cuando su existencia está amenazada. Enseñar todos los días a una civilización que solo será digna de ser defendida a condición de convertirse en la encarnación de una justicia perfecta, es invitarla a dejarse morir o dejarse someter (...)

¿De dónde sacarían los ciudadanos de las sociedades democráticas, motivos de resistencia, si se les ha convencido previamente, desde la infancia, que su civilización entera no es más que una colección de fracasos, y una impostura monstruosa?

Cómo terminan las democracias. Jean-Francois Revel.

1

Espíritu de sistema

Uno de los emblemas de la cultura griega eran la educación y la cultura. Lo que ellos llamaban, *paideia*. La *paideia* proporcionaba al ciudadano de la *polis*, una vía de acceso a la contemplación de lo bueno y lo bello, la ética y la estética. Los griegos vincularon naturaleza, ciudadanía y política en torno a la ciudad. Por descontado, la proclama demolicionista afirma que hemos mitificado la remota cultura clásica, admitiendo sus atributos como virtuosos. Así que, para los justicieros contemporáneos es preciso combatirla. Ahora la querella se dirige contra el idealizado *logos* griego, la razón. El fundamento de nuestra civilización. Y, al que hay que someter al filosófico tribunal del ajuste de cuentas.

Todas las ideologías que nacieron en Occidente son hijas de la misma cultura occidental. Convivieron en un mismo magma axiológico compartido, que proporcionaba una cosmovisión concreta, aunque entendieran el sujeto y su relación con la sociedad de manera diversa. Por dispares que fueran, esas ideologías, coincidían en un aserto propio de la cultura occidental. Que existe el sujeto.³⁹

³⁹ Bustos., *Op.cit*, p. 21.

Nuestro empeño en degradarnos como civilización no puede proceder del glorioso pasado griego. Si nuestra idea del sujeto occidental entronca con la cultura clásica, desde luego podemos sentirnos desdichados de muchas cosas, pero de esta no. Si la modernidad culmina el ser humano libre pensador, la certeza posmoderna reduce el sujeto al resultado de las prácticas discursivas de las estructuras. El sujeto no es el protagonista de la historia. La política no responde ya al sujeto. La política no es el espacio público que el sujeto articula y moldea a conveniencia. Al contrario. El sujeto es el resultado y la consecuencia de la práctica política.

El sujeto de Foucault, tomando a Heidegger y Althusser de referencia, muestra los límites y deficiencias del sujeto occidental. De manera paradójica, los posmodernos coinciden en esto, con el más radical positivismo científico o con los análisis más refinados de la teoría crítica de Frankfurt. Al haber depositado toda la energía en el poder de la estructura, del sistema, se proyecta la idea de que un cambio en las estructuras resolverá los problemas humanos de manera automática. Se reduce al sujeto a una faceta social. Esta reducción de la persona, a una variable más de la lógica de sistema, implica una refutación del humanismo occidental.

No es necesario avenirse a la interpretación más radical de los neoliberales sobre la “sociedad abierta” de Popper, para oponerse a la idea de que el sujeto es dirigido como una marioneta por la estructura en la que se inserta. De los pensadores ilustrados, recibimos lo inaceptable de considerar el individuo como un objeto del sistema. Así lo escribía el propio Adam Smith: “El hombre que se imagina que puede disponer de los diferentes miembros de una gran sociedad con la misma facilidad con que la mano dispone de las piezas en el tablero de ajedrez; no considera que las piezas en el tablero no tienen ningún principio que las mueva aparte de que la mano les confiere”.⁴⁰ Para Smith, es inaceptable

⁴⁰ Adam Smith., *Teoría de los Sentimientos Morales*, en *Adam Smith. El hombre y sus obras*, Unión Editorial, Madrid, 1989. Aún perdura un

una moral que sea el resultado de un sistema –bien la estructura, bien el mercado-. Para él, la moralidad se desarrolla a partir de una infinidad de sentimientos, situaciones e intuiciones. De las relaciones económicas, pueden extraerse ciertas reglas utilitarias para la vida, pero se tratan de un mero subproducto, comparadas con la potencia que encierra la naturaleza humana.

Es natural, una vez establecida la realidad desde una premisa estructuralista, que los esfuerzos se hayan dirigido a comprender las estructuras sociales y económicas. Lógica que ha penetrado en las conciencias occidentales como la forma natural de comprender la realidad. ¡Entendamos el armazón, comprendamos el contexto, el orden que rebasa al sujeto, para acercarnos a su estudio de manera conveniente! Analicemos los aspectos más escondidos del teatro de marionetas, para mejor entender la marioneta, que agota su existencia, inconsciente de los hilos que gobiernan sus movimientos. El problema no es aceptar el método sistémico para conocer los problemas sociales. Este es un método de conocimiento eficaz para comprender determinados aspectos de la realidad. Sino que la mentalidad de sistema y la racionalidad técnico-operativa, se han consolidado y afinado hasta tal punto, que han desplazado la fe en la persona, y su capacidad de autodeterminación y emancipación existencial conforme a su genio creativo.

equivoco en relación a la figura de Adam Smith. Muchos neoliberales se valen de la figura de Adam Smith para reivindicar que el neoliberalismo es un desarrollo de sus ideas. Pero, han interpretado sus postulados a beneficio de inventario. Smith fue un filósofo moral que escribió sobre economía, no al revés. No se puede interpretar su obra más conocida, *La Riqueza de las Naciones*, desligándola de su obra más importante, *La Teoría de los Sentimientos Morales*. Si se interpreta la primera a la luz de la segunda, puede verse que las conclusiones que se han extraído tradicionalmente de la filosofía de Smith son interesadas, y prescinden de los propios argumentos defendidos por el filósofo moral escocés. Desde luego, la honradez intelectual exigiría el respeto hacia los axiomas que el propio autor defiende como propios.

2

Catástrofe

El espíritu de sistema, enlaza con un tipo de pensamiento apocalíptico que predispone a los occidentales a creer que a su civilización le aguarda un sombrío futuro. Parece que, en Occidente, nos dirigimos a la autodestrucción, víctimas de una irresponsable y suicida dinámica consumista. Pensamiento culposo, que señala los desvaríos existenciales de la civilización occidental, que presa del vértigo, sería incapaz de percibir sus propios niveles de alienación. De forma que las democracias capitalistas se dirigen a la catástrofe. Habíamos convenido que, para los posmodernos, la historia no tiene ninguna dirección. Sin embargo, ahora, la ideología nos conmina a que asumamos la certeza de que vamos directos al desastre. De forma que, olvidamos la falta de dirección de la historia por un momento, y admitimos el cataclismo al que nos conduce nuestro capitalismo occidental más desenfrenado. Pero sabemos ya, que cuando se trata de mermar la moral occidental, está permitido desdeñar el sentido común.

Para los profetas de la catástrofe, el consumo es el síntoma patológico de una sociedad que engulle a sus miembros como el Dios

Cronos a sus hijos. El antioccidental se deleita con la culpa que corroe al occidental, “víctima” de las comodidades del pernicioso sistema occidental. Lo que no es óbice para que el consumo del ocio disminuya en igual proporción a los discursos que proliferan contra él. Democracia, libertades, estado de derecho, salud y educación públicas... son algunos de los alentadores atributos que describen nuestra civilización. El problema es que señalan aspectos afirmativos de la misma. Por tanto, dejemos a un lado esos triunfos, no sea que nos conduzcan a lo embarazoso de alegar algo positivo sobre nuestra denostada civilización. Detengámonos en los nefastos rasgos de ella, que tan sutilmente menguan nuestro espíritu.

Debemos al freudomarxista Marcuse, gran Pope del Mayo del 68 francés, el famoso aserto de que, en la sociedad de consumo capitalista, el hombre deviene *unidimensional*. Marcuse retrató el hombre unidimensional como el lunático que se somete a los slogans comerciales y colabora en su propio proceso de destrucción.⁴¹ El sistema, -siempre es el sistema-, aplicando su principio de rendimiento, nos convierte en siervos que actúan por imitación, en seres sin vida interior, que reprimen la naturaleza humana. La consecuencia más terrible, es que la sociedad de consumo habría creado así a un nuevo esclavo, pero que esta vez, desconoce su propia condición como tal. La poca fe en que el ser humano pueda poner solución a sus problemas existenciales por sí mismo y dentro del sistema occidental, es uno de los inconfundibles sellos de los profetas de la catástrofe.

La producción capitalista y su aparato de propaganda hacen creer al individuo occidental que es libre, por eso Marcuse nos avisó de que, al final, la democracia se reduciría con el tiempo, a vender, comprar y consumir. Nada más. De forma que, proyectamos la libido hacia los objetos que queremos –debemos- comprar,

⁴¹ Marcuse, Herbert., *El hombre unidimensional*. Austral, Madrid, 2016, p. 68.

de los servicios que queremos –tenemos que- utilizar, y de cómo queremos –debemos- divertirnos. Por lo que, nuestras alienadas necesidades están estandarizadas por el propio sistema de producción. Desde luego que, Marcuse no retrató ni un panorama tranquilizador ni ilusionante. Pero sus ideas tuvieron un impacto muy importante durante el último tercio del siglo pasado.

Abundando en la catástrofe, otro de sus profetas posmodernos, el francés Baudrillard, nos legó otro término para la posteridad: la *hiperrealidad*. La hiperrealidad sería la realidad fabricada por la tecnología digital y los aparatos de propaganda. Insertos en ella, no logramos comprender que lo que, naturalmente tomamos como la realidad, ha sido construida por el sistema.⁴² De forma que nuestra vida se consume al modo de los video juegos de la *Play Station*, pero esta vez, sin la conciencia clara de estar participando de esa realidad virtual. Todo aquel que haya visto el filme *Matrix* accede a un curso sobre Baudrillard.

Baudrillard intentaba explicar, que realmente, no tenemos la necesidad de consumir. Lo que conseguimos consumiendo es la satisfacción social que genera poseer y exhibir los bienes. Y eso, conforma nuestra identidad. Nuevamente nos topamos con la lógica inversa propia de los posmodernos. Las necesidades no propician el consumo; es el consumo el que propicia las necesidades. Baudrillard expresa de manera elocuente, el papel que se le asigna al pueblo en las sociedades occidentales: “debemos ser el pueblo, pero un pueblo que se contente únicamente con consumir”.⁴³ El bien de consumo deja abierto el deseo de consumir de manera permanente. Por tanto, la lógica del consumo es un juego totalitario que domina nuestra conciencia y libertad. No solo nos

⁴² Su famosa obra, *La Guerra del Golfo no ha tenido lugar (1991)* es el mejor ejemplo de este aserto.

⁴³ Baudrillard, Jean., *La sociedad de consumo. Sus mitos, sus estructuras*. Siglo XXI, Madrid, 2020, p. 91.

convierte en objetos, sino que nos somete a exigencias de realidad que el propio símbolo del producto ha creado.

Zygmunt Bauman, ha planteado unos años después, con su famosa metáfora de lo *líquido*, un panorama que no quiere ser menos desolador. El término *líquido*, expresa la idea de transitoriedad, inestabilidad, y precariedad de nuestro tiempo globalizado. El ser humano se convierte en *homo eligens* –hombre elector-, pero no porque elige –en realidad no lo hace-, sino porque se limita a escoger de entre los objetos que el mercado le ofrece. El esquema de producción y consumo arrampla con todo, ya no disponemos de tiempo para vivir nuestra existencia por nosotros mismos. Como resultado de ese esquema de vida, todo deviene líquido. La racionalidad de consumo coloniza las formas de convivencia y vínculo. El mercado anuncia y publicita a la persona como soberano de su consumo personal. Vana ilusión, pues en realidad, lo que está haciendo es proyectarlo a la satisfacción del próximo producto pensado para él. Bauman, cuando habla del “fetichismo de la subjetividad”, engarza con la filosofía de la sospecha, la equivocada idea de que el hombre es más libre que nunca, cuando son las relaciones de compraventa las que modulan al ser humano. De forma que ya no somos lo que creemos ser. Somos lo que la estructura de consumo ha hecho de nosotros. La capacidad de amar, el mismo deseo, han sido hurtados al ser humano, son sustituidas por las pulsiones de consumo originadas por la estructura.

Hannah Arendt acuñó para nosotros el famoso término “banalidad del mal”, en su célebre ensayo *Eichmann en Jerusalén (1963)*. Lo que apuntaba la exótica expresión es que, el coronel Eichmann, no era el verdugo nazi que odiaba a los judíos, sino quien los ejecutaba desde el más desapegado y burocrático de los talantes. Era un eslabón más de una cadena de mando cuyos superiores estaban lejos. Eichmann expedía prisioneros a la cámara de gas, con la di-

ligencia y naturalidad del cartero. Los elementos que Arendt atribuyó a Eichmann eran tres: autoridad –del gobierno-; distancia –lejanía-; y deshumanización –como ausencia de empatía-. La tesis de Arendt, le valió no pocas críticas de la comunidad hebrea, que tomó muy mal esa supuesta indiferencia de Eichmann hacia los judíos. Las víctimas del holocausto exigían escribir la historia con las letras de la justicia, y para ello, necesitaban un verdugo que les otorgara la importancia que merecían como contendientes. Pero la realidad guardaba algo mucho más inhumano y aterrador para ellas. Que la más absoluta indiferencia del personaje constituía el germen de su displicente y desapegada actividad.

¿Por qué traer a colación ahora a Eichmann? Bauman sugiere que los occidentales padecemos una atrofia moral similar a la del siniestro oficial alemán. Pero, patenta el fenómeno con el muy extraño término de, *diaforización*. Ahora, quien da la orden es el mercado. Y, los ejecutores somos nosotros, los occidentales, que estamos desapegados a desgracias que entendemos que no son de nuestra incumbencia. Pensamos que otros son los responsables de sus desventuras. Hemos asumido el más atroz de los individualismos como natural. Bauman nos recuerda que, en realidad, también nosotros somos los responsables de las desdichas ajenas. Y, llega al extremo de afirmar que no podemos estar seguros de nuestra inocencia moral cuando otros seres humanos sufren humillación, y dolor.⁴⁴

Pero, la diaforización occidental no está a la vista. Porque, en la sociedad instantánea y mundial, la cadena de decisiones se torna invisible y deslocalizada. Así sucede que somos seres éticamente neutralizados porque nadie se siente responsable de lo que pasa en el planeta. El otro; el pobre, el inmigrante, el no consumidor, son las víctimas deshumanizadas y generadas por la estructura de

⁴⁴ Bauman, Zygmunt., *Mundo consumo. Ética del individuo en la aldea global*. Paidós, Barcelona, 2010, p. 81.

consumo. El retrato de la sociedad occidental de Bauman, no deja títere con cabeza. Y de paso, como quien no quiere la cosa, deja nuestra moral occidental al pie de los caballos.

El catastrofista más actual es el filósofo posmoderno surcoreano y experto en estudios culturales, Byung Chul-Han. No quiere ser menos que Bauman a la hora de cargar la responsabilidad sobre toda una serie de opresiones a las democracias occidentales. Siguiendo al Foucault, que desarrolló el concepto de *biopoder* para estudiar el modo en el que el estado moderno subyuga el cuerpo humano para controlar a la población, plantea que la dominación del amo sobre el esclavo, se ha desplazado, con el auge del neoliberalismo, al ámbito de la conciencia. De forma que, el occidental, es amo y esclavo a la vez de sí mismo. Hoy, para Chul-Han, hay que dejar de hablar de explotación y exigencia, para hacerlo de *autoexplotación y autoexigencia*. Chul-Han llega al punto de afirmar que los occidentales, estamos peor que en la orwelliana *1984*; si en la obra de ficción, la sociedad es consciente de la dominación, en la realidad, no.

Chul-Han retoma el panóptico de Foucault, para describir el control que se ejerce sobre los ciudadanos en las sociedades occidentales.⁴⁵ El mercado neoliberal, recrea un panóptico de nuevo cuño, porque la vigilancia se realiza desde todas partes. La sociedad se torna *transparente*. La transparencia no es un atributo de los vigilantes, sino de los vigilados, los ciudadanos. Se exhiben y desnudan en el mercado panóptico, siendo tanto controlados, como

⁴⁵ *El panóptico (1791)* es una obra del filósofo utilitarista inglés Jeremy Bentham. Es un modelo arquitectónico que Foucault estudió en la conformación espacial de las prisiones occidentales y se empleó como metáfora del control que ejerce la civilización occidental, en su famosa obra *Vigilar y Castigar (1976)*. Para Foucault, el panóptico funciona tan bien, porque permite la vigilancia de los reclusos sin que los vigilantes sean advertidos. Es decir, permite vigilar sin ser vigilado. Ese sería según él, el principal atributo de un poder -el occidental-, que permanece oculto e invisible a la crítica.

estos son controladores de los demás. Si Chul-Han alude a la transparencia, no nos precipitemos con el tinte positivo del vocablo, puesto que lo hace en sentido contrario. La sociedad transparente es la sociedad de control. Una sociedad vigilada a todas horas, en la que se rompen las fronteras entre lo privado y lo público.⁴⁶

La sociedad de consumo para Chul-Han, también es una sociedad hiper estimulada. El ciudadano se vuelve más débil y vulnerable, no es capaz de detenerse a reflexionar sobre su existencia, solo responde a estímulos. El resultado de la vorágine de trabajo y consumo es el *cansancio*. La sociedad se vuelve hiper individualista. Cuando el “otro” entra en relación, el individuo se rebela y solo lo acepta si es su “igual”. La comunidad de consumidores iguales es la comunidad que nos aporta la sensación de seguridad ante la incertidumbre. Solo reconocemos al que es igual a nosotros, y el criterio para establecer ese reconocimiento viene determinado por las comunes pautas de consumo. Para Chul-Han, el rechazo al diferente es el correlato del rechazo al pobre y al inmigrante, como no consumidores.

Reconozcamos que, Marcuse, uno de los iconos intelectuales de Mayo del 68, junto a Mao, el Ché Guevara, Ho Chi Minh o el General Giap, marcó tendencia en el análisis de la decadencia industrial de las democracias occidentales para toda una generación de universitarios y pensadores, que desarrollaron su reflexión bajo el profundo influjo de sus ideas. Baudrillard es un autor de referencia en el análisis de la sociedad de consumo. Los estudios de Bauman han tenido también un gran impacto en las ciencias sociales en las últimas décadas. Y Byung Chul-Han, es uno de los filósofos posmodernos de mayor fama y renombre de la actualidad. Sus ideas tienen un gran eco por su habitual aparición en los medios de comunicación de masas occidentales. Las ideas de Chul-Han re-

⁴⁶ Chul-Han, Byung., *La sociedad de la transparencia.*, Herder, 2013, Madrid, p. 90.

presentan en buena medida, un pensamiento que ha permeado en muchos espacios de producción de pensamiento occidental.

Pero, detengámonos un instante en el panorama que nos dejan estos autores. Extraigamos una síntesis del cúmulo de ideas a las que nos hemos referido en este capítulo de “Catástrofe”. En la sociedad occidental los ciudadanos no somos conscientes de nuestra esclavitud y somos la medida de lo que consumimos. Vivimos una realidad que no es tal, con la inocencia del niño absorto en sus juegos infantiles. Los vínculos entre las personas devienen sin sentido, no nos damos cuenta de la responsabilidad directa que tenemos en las muertes de los excluidos, como las de los emigrantes que cruzan el Mediterráneo huyendo de la guerra. Vivimos en un control permanente, de unos sobre otros. Y, el estímulo constante al que nos somete nuestro desenfrenado modo de vida nos hace perder la privacidad, además de condenarnos al cansancio y la depresión.

Siendo ecuanímenes, es preciso reconocer un gran talento a estos autores. Poseen la capacidad de localizar y descubrir las fallas de los sistemas políticos occidentales. Porque ninguno de los defectos que atribuyen a nuestras maltrechas democracias son inventados. Se trata de problemas y carencias existenciales reales de nuestra civilización. El problema es que estiran los argumentos hasta donde haga falta con tal de encajarlos con un mensaje de refutación total de la sociedad occidental. Que el consumo desenfrenado aliena la conciencia es una realidad para los casos en que así ha ocurrido. Y también es una posibilidad para el resto que aún no han sido alienados. ¿Podemos saber cuántos han sido los que, consumiendo felizmente, no han llegado al estado de enajenación mental que se proclama como estandarizado para la generalidad? Para poder llegar a interiorizar el panorama de los apologetas de la catástrofe, es preciso superar dos prejuicios. Que somos seres pensantes. Y que somos libres. Solamente desde

esa doble carencia se puede llegar a tomar en serio el inventario de calamidades, donde el ser humano reduce su existencia a sus impulsos más primarios, propiciados y gobernados por los que dominan un teatro de marionetas.

Pero, aún estamos a tiempo de profundizar en el inventario de desdichas de nuestra sociedad y extenderlo a todos los países que no son occidentales. No sabemos si el consumo aliena a los ciudadanos de China, Rusia, Qatar, Irán o Emiratos Árabes Unidos. En Esos países, la capacidad de los ciudadanos de sobreponerse a los problemas generados por las estructuras, debe estar fuera de toda duda. El radar de los pertinaces críticos de Occidente no llega hasta allá. De nuevo, la lógica de doble vía. En las democracias occidentales, el consumo nos aliena. Así que, los catastrofistas escudriñan al detalle sus perniciosos efectos. En otros países, no lo sabemos. Pero esta es una crítica para la que, el antioccidental ya tiene una respuesta preparada. Es natural que no prestemos atención a los incumplimientos de las dictaduras con respecto a sus ciudadanos. Al fin y al cabo, estamos al corriente de que son dictaduras. Endosamos a factores exógenos los defectos de aquellos sistemas. Respecto a la dictadura, no tocar. Con respecto a la democracia, extraer hasta la última gota de fatalidad. De forma que, los catastrofistas nos conducen por un callejón sin salida. Cuanto más nos afanemos en lo catastrófico de nuestra democracia, más la perfeccionamos. Extraña lógica la de los apologetas de la catástrofe, que atribuyen todas nuestras desgracias existenciales a las perversiones de nuestra democracia. Al mismo tiempo que su exagerada contundencia, no deja resquicio para que nos reconciliemos con ella.

El semanario británico *The Economist*, publica anualmente, una actualización del estado de la democracia en el mundo. La revista divide los regímenes del planeta en cuatro categorías. En el año 2021; 21 países disfrutaron de una democracia plena; 53

de una democracia imperfecta; 34 de lo que se llama un régimen híbrido, y 59 países sufren un régimen autoritario.⁴⁷ Todos los países occidentales se encuentran entre las democracias plenas e imperfectas. Y, algunos de ellos han bajado del primer escalón al segundo, por una cuestión coyuntural; la limitación de libertades a consecuencia de la pandemia.

Pero los implacables censores de Occidente, descubren las más graves imperfecciones en las terribles democracias occidentales, cuya represión es tan profunda, que anula el discernimiento de sus ciudadanos. Debemos suponer que, la ciudadanía más alienada del planeta debe ser la ciudadanía noruega que sitúa a su país en primer lugar de la lista de *The Economist*. Los censores de Occidente gastan toda la munición con los países de mejores estándares de democracia. Pero un manto de silencio recorre sobre las decenas de países que carecen de ella en el planeta. Concedamos a los ciudadanos de aquellos países, por lo menos, el derecho a la alienación, en la misma proporción que los occidentales. Y de paso, propongamos un remedio a su padecimiento. El hecho de sufrir el régimen dictatorial en sus carnes, no debería ser un impedimento para censurar como se desarrolla la existencia en aquellos países. Colaboremos en proporcionarles un sentido crítico respecto a las limitaciones existenciales que padecen. No les condenemos a resignarse a la dictadura, además de a las perniciosas consecuencias del consumo, que no conocemos, pero que nos podemos imaginar.

Pero, los profetas de la catástrofe, no tienen tiempo para lo catastrófico de los ya de por sí, catastróficos regímenes totalitarios de derecha e izquierda que pueblan el planeta. Y, desde luego,

⁴⁷ Es una lista de países que se elabora tomando en cuenta cinco variables: procesos electorales, funcionamiento del gobierno, participación política de la ciudadanía, cultura política y libertades. “Democracy Index 2021.” *The Economist* Intelligence Unit.

que tienen mucho donde elegir. Porque si el consumo modula al ciudadano, también modulará a los habitantes de aquellos países. Una segunda sumisión que se suma a la de carecer de las más elementales libertades. Entonces, no tiene ningún sentido saltarse lo funesto de esos regímenes y no prestarles la atención que merecen. La ironía cae en saco roto. Tampoco la comparativa entre regímenes democráticos y autoritarios proporciona baza alguna al occidental. Que no atreva a confrontar su régimen con el resto del mundo, cuando pretenda alardear de su presunta democracia, porque, si la desgracia alcanzó a esos países, es gracias a la herencia imperial y colonial que dejaron los occidentales. De forma que los culpables de nuestras desgracias occidentales son contemporáneos. Y, los responsables de las desdichas de las dictaduras son occidentales que ya no están entre nosotros.

Pero la cuestión no está para bromas. Porque, pese a la hipérbole y exceso, el pensamiento agorero y catastrofista, vende. Corren ríos de tinta sobre lo nocivo y terrible de nuestra democracia. La pretenciosidad del occidental señalando ensimismado las fallas de su democracia resulta extravagante. Mientras en otros lugares, sufren las calamidades de regímenes que prohíben lo que los occidentales consideramos logros residuales. De forma que, en Occidente, no hay nada de lo que vanagloriarse. Así, hoy, el criterio común exige reclamar lo que no se tiene. Y, lamentarse por lo fútil y deficiente de lo que se disfruta. Extraño procedimiento de protección de la democracia. Y, singular modo de preservarla para las generaciones venideras.

3

Foucault en Starbucks

La colaboración en la crítica feroz de la democracia occidental de los profetas de la catástrofe, viene de la mano de dos inesperados actores. Por un lado, los neoliberales. Los hijos del bingo financiero, de la economía volátil y desregulada de los fondos de inversión y empresas de capital. Los especuladores que renuncian a enraizar socialmente la riqueza. En Occidente, no hemos tenido el tiempo suficiente para glosar a los empresarios que invirtieron para fines productivos y crearon riqueza para sí mismos y para la comunidad al mismo tiempo. De forma que se hurtó a los jóvenes el referente de un capitalismo humano y social – la espantosa combinación hace removerse al antioccidental que anida en quien escribe-. Los emprendedores salidos del pueblo. Los que tuvieron que luchar de forma sobrehumana, en lugares señalados de nuestra geografía. El modelo y arquetipo con el que enfrentar la soflama nihilista de los neoliberales de nuevo cuño, que observan con desdén la desgracia de los demás, cuando esta es en beneficio propio.

El tejido empresarial industrial desarrolló en el siglo pasado, un prototipo de empresario de vinculación familiar, donde los valores como la austeridad, el ahorro y el compromiso personal con la empresa y la comunidad, fueron la pauta dominante. Donde lo empresarial coincidía con la ética y la cultura de la sociedad en la que se insertaba. Pero la evolución del capitalismo financiero, con la entrada del siglo, ha promocionado formas empresariales se han ido transformando con el tiempo. Estas formas están ligadas a una cultura hedonista e individualista que prevalece sobre la sacrificada y comunitaria. Y, donde la maximización del beneficio a corto plazo se impone a reglas éticas basadas en el compromiso personal y social como valor existencial.

El bingó financiero ha contribuido al advenimiento de un prototipo, que constituye el lado más negativo de la globalización. Una persona caracterizada por un individualismo feroz, donde, desde el desdén por la moral, el rendimiento justifica cualquier medio que lo propicie. Los especuladores y tiburones financieros han proliferado de manera especial durante las últimas décadas. El que fue el bróker más joven de España, con solo 24 años, el gallego Alberto Chan, expresaba en una entrevista que “hay que elegir entre ganar dinero o ser buena persona. El que actúa siguiendo criterios éticos, no actúa correctamente.” Es la economía donde el infortunio del semejante se convierte en oportunidad. La agresividad, ausencia de empatía, narcisismo, desarraigo, y nihilismo son algunos de los atributos de muchos de los nuevos actores financieros emergidos durante las últimas décadas.

Este nihilismo neoliberal 4.0, marida con el nihilismo posmoderno, formando una mixtura, que más allá de la alianza accidental, genera un cóctel de profundas implicaciones morales. Si para los posmodernos, el sujeto occidental es una quimera, es porque el axioma se alcanza como producto de la más intrincada elaboración intelectual. La negación del sujeto, para los extre-

mistas neoliberales, no llega como resultado de la reflexión, sino como producto del mercado desregulado y volátil. La libertad, nos dicen, es la que otorga las mismas posibilidades para todos en el mercado. Y si se viola la regla, si se altera el principio básico que nos iguala a todos, estamos violando la libertad. Si la persona, se convierte en el desecho de los vaivenes de las operaciones especulativas es porque no jugó sus cartas correctamente. El posestructuralismo inherente a los posmodernos, dibuja un sujeto al albur de la estructura que lo modula, donde la persona no es más que una hoja al viento. Donde los posmodernos ven los dispositivos de conocimiento occidental, los neoliberales ven la justicia social como uno de los valores del constitucionalismo contemporáneo. Misma lógica que tanto satisface a nihilistas neoliberales. Foucault y Starbucks confluyen en el punto donde se sella su inesperada confluencia. La invisibilidad del ser humano. El desdén por la historia personal. La difuminación del rostro.

Quizás no es el episodio más conocido de su biografía, pero, Foucault expresó en su última etapa en vida, su simpatía sobre un entonces, emergente neoliberalismo. Y es que, Foucault tiene el dudoso mérito de profesar su admiración por todo tipo de regímenes totalitarios que representan la antítesis de los valores de las democracias occidentales. Así, al mismo tiempo que simpatizaba con la ilusionante y esperanzadora Revolución Cultural de Mao, frente al conservador soviétismo de Stalin, también depositó grandes esperanzas en la Revolución iraní del Ayatollah Jomeini. Parece que lo que más molestaba a Foucault eran las libertades fundamentales y la democracia. Por lo que, es natural que, llegado el momento, su afecto por lo concluyente le aproximase a las tesis de los más extremistas adoradores del mercado por encima del bien común. Así, el *homo economicus* de los neoliberales, significó para Foucault toda una posibilidad de negación de la fuerza del Derecho, la ley y las instituciones políticas occidenta-

les. Y más concretamente, la posibilidad de pasar a hablar con un lenguaje desgajado del valor normativo que esas instituciones nos imponen. De forma que el neoliberalismo abría todo un campo de poder, que se podía imponer a los conceptos errados que los occidentales habíamos asumido como naturales.⁴⁸

Hay que admitir que, Foucault no se equivocó sobre la fuerza que cobraría el neoliberalismo. Porque, la influencia de las políticas neoliberales ha resultado decisiva para que la insatisfacción con la democracia haya aumentado exponencialmente durante los últimos 25 años. Si en 1990, la mayoría de los ciudadanos de sus países estaban satisfechos con sus democracias, desde el año 2015 esos niveles han ido descendiendo de manera paulatina. Desde entonces, los índices de insatisfacción no han dejado de crecer. Según un Observatorio de la Universidad de Cambridge, el porcentaje de personas insatisfechas con la democracia, ha aumentado en 9,7 puntos porcentuales, de 47,9 a 57,5%, desde mediados de la década de los 90 del pasado siglo hasta hoy.⁴⁹ Los únicos que mejoran resultados son los países escandinavos, siempre en primera posición, los países del Este de Europa y los del sudeste asiático.

El cine, como expresión cultural, nos permite muchas veces, detectar los movimientos que se producen en las fallas de la sociedad. En el filme *Margin Call* -Chandor, 2011-, un joven miembro de un banco dedicado a la compraventa de activos financieros, se percata del alto índice de riesgo de los activos de la empresa, llegando a la conclusión de que las pérdidas previstas son mayores que el valor mismo de la empresa. El filme retrata la vorágine de avaricia sin límite de algunos gerentes financieros americanos y el absurdo papel del departamento de riesgos de la empresa, cuyos

⁴⁸ Lagasnerie, Geoffroy de., *La última lección de Michel Foucault. Sobre el neoliberalismo, la teoría y la política*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 2015.

⁴⁹ Los datos son obtenidos de un total de 77 países. “Global Satisfaction with Democracy 2020.” *Op., cit.* p. 9.

responsables, que venían avisando de la situación, son ignorados por la dirección. El protagonista ilustra de manera significativa el “bingo” en el que se ha convertido un determinado tipo economía financiera desregulada: “Soy una persona de números que sirve números en una pantalla de ordenador, para que un pretencioso de un lugar del mundo se lo apueste contra otro pretencioso. Si no estuviera aquí, estaría en el casino.” El mercado financiero, con el nuevo escenario de finanzas virtual, ha supuesto un problema para la creación y distribución de riqueza a la sociedad.

Se ha desgastado el mismo principio de la democracia entendida como promoción del bien común y la justicia social, uno de los pilares fundamentales de las democracias después de la II Guerra Mundial. Y con ello, la percepción generalizada de que los responsables políticos, quienes tienen que velar por el interés general, son inoperantes frente a una actividad especulativa de agentes que el pueblo no ha elegido. Que eso sea una realidad, no implica que se deba asumir como natural. Permitir el achicamiento de lo que la democracia significa en su alcance más igualitarista y social es pervertir la misma idea de la democracia en su sentido más genuinamente aristotélico de espacio común de la *polis*, donde la naturaleza humana se forja y perfecciona.

Aún queda un lugar reservado para un tercer actor que acude a la singular congregación por el desdén hacia la democracia occidental. El tecnócrata. Ya nos dice Giddens, que la tecnocracia no implica solamente la mera aplicación de métodos técnicos a los problemas. Va más allá. Supone el surgimiento de una nueva forma común de funcionamiento, un nuevo *ethos* penetrante, que trae consigo una forma de concebir el mundo y comportarse frente a él.⁵⁰ La racionalidad operativa. El eficaz empleo de

⁵⁰ Giddens, Anthony., *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*. Alianza, Madrid, 1979.

medios para conseguir un fin. Si los neoliberales desconfían de la democracia como solución de los problemas, los tecnócratas no van a la zaga. La desconfianza proviene de la creencia de que la ciudadanía carece de competencia técnica para arreglarlos.

La tecnocracia recela también, como posmodernos y neoliberales, de los criterios morales como orientadores de las acciones, que deben ser subsumirse a la lógica de la operatividad. Cada vez son más frecuentes los discursos en contra de las ideologías, la moral o la religión, cualesquiera que sean, lo mismo da. Todo lo axiológico es síntoma de inutilidad y dilación. Todo lo operativo, de eficacia garantizada. Debidamente mezclada con la racionalidad estructuralista, logramos el paradigma actual, que propone que cuando algo no ha resultado, es porque alguno de los elementos de la estructura falló. La tecnocracia garantiza el buen funcionamiento de todo. No hay que ocuparse de nada que la supere. Curioso y recurrente error de nuestra época tecnocrática, el de considerar las elecciones de los demás como opciones morales, y la propia y técnica como neutral, como si esta no fuera una más de ellas.

Al tecnócrata también le incomoda el conflicto social. El conflicto por su propia naturaleza, ataca los propios rasgos de la tecnocracia; orden, sistematicidad, frialdad e independencia. Pero, la tecnocracia no desconfía tanto del conflicto, como de la propia democracia. Solo asume la democracia en su sentido representativo. El tecnócrata posee la legitimidad que le otorga su especialidad y su independencia, libre de ataduras de todo compromiso político. Hoy, en Occidente, carecer de criterio político es sinónimo de independencia y autosuficiencia. La deserción a la ideología, es hoy, indicador de virtud. El tecnócrata encarna la despolitización de la política. En la democracia lánguida, pensar políticamente, se vincula a la arbitrariedad y a la falta de rigor. Occidente se sume en la era post política, donde el fracaso siempre

es político, y la sensatez, tecnocrática. Extraño paradigma donde la política se asimila a la fontanería. A ello han coadyuvado los partidos políticos, cada vez más volcados a la mercadotecnia, la encuesta sociológica diaria y el desprecio del mundo de las ideas como una pérdida de tiempo. Quien quiera hablar de política, de cómo construir la *polis* entre todos, criticando lo que nos rodea, que escriba un libro.

Pero el círculo de la paradoja aún se afina más, cuando percibimos que la filosofía catastrofista, marida con este tecnocrático y amoral orden de cosas. Los posmodernos como Chul-Han, dicen que las estructuras políticas en las que estamos insertos, modulan nuestra voluntad a su conveniencia. Los tecnócratas reducen el significado de esas estructuras a sistemas de racionalidad operativa. Los neoliberales a un conglomerado de actores con poder para dinamizar el mercado. A los tres actores les une un clarividente determinismo. Posmodernos, neoliberales y tecnócratas, aunque por razones diferentes, también están de acuerdo en desechar el debate político. La moral implica un obstáculo cuando no algo vetusto y caduco, de lo que hay que prescindir. Las referencias éticas se recluyen a lo privado. Los libros de filosofía política se venden ahora en los mercadillos y en las tiendas de antigüedades. Las humanidades se convierten en pasatiempo para el jubilado.

Foucault, Starbucks y tecnocracia se encuentran en el punto del descrédito de la democracia. Discurso demolicionista, totemización del mercado y racionalidad operativa, sellan así su paradójica convergencia. Confluyen también en su contundente diagnóstico sobre la democracia. El origen de los problemas, no proviene del antihumanismo posmoderno. Ni del mercado financiero. Ni de la técnica. La culpa es de la democracia. Del pueblo. De la gente. El consenso discursivo sobre la inutilidad de la democracia se produce en ejercicio de las libertades que aquella permite. La democracia encuentra su sentencia desde el

momento en que nadie la defiende como tal, en el espíritu más genuino de la fórmula de aquellos republicanos norteamericanos: “el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”.

Pero corto es el recorrido del vituperio del posmoderno, el neoliberal y el tecnócrata contra la ideología, la moral, o la democracia. Lejos de mejorar las cosas, siegan la hierba bajo los pies de la propia democracia. La que permite sus protestas. La que autoriza sus trabajos y actividades. Porque, lejos de construir realidades para combatir sus males, más allá de su propio discurso corrosivo y querellante, es la propia democracia la que se cobran como pieza de caza.

TERCERA PARTE

DEL PENSAMIENTO

DICOTOMICO

La víctima es la nueva feudalidad de los oprimidos. Si basta con que a uno le traten de víctima para tener razón, todo el mundo se esforzará por ocupar esa posición gratificante. Ser una víctima se convertirá en una vocación, en un trabajo a jornada completa, en el que las víctimas pasan a ostentar una suerte de crédito de fechorías. (...) El peligro es que la postura de la víctima roce la impostura, que los perdedores y los humildes sean desplazados en beneficio de los poderosos, que se han vuelto maestros en el arte de colocar sobre sus rostros la máscara de los humillados.

¿Qué es la queja? La versión degradada de la sublevación, el discurso democrático por excelencia en una sociedad que nos invita a no declararnos satisfechos nunca con nuestro estado, cuando deplorar la propia vida, difamarla, sigue siendo el mejor medio de no hacer nada para cambiarla.

La tentación de la inocencia, Pascal Bruckner

1

Microagresión

Por todos es sabido que, las organizaciones no gubernamentales han jugado un importante papel en la sociedad occidental, consolidando derechos de los colectivos situados en los márgenes de la sociedad. Han sido eficaces colaboradores en el fortalecimiento de la democracia social. Es un trabajo que hunde sus raíces en la conciencia comunitaria municipal, las asociaciones vecinales y las luchas sectoriales, como medio de expresión de los cuerpos intermedios entre el individuo y el estado. En cierta manera, no se puede entender el estado social actual sin esa labor. Un trabajo que dio como fruto el desarrollo de nuevos servicios públicos. Y fue una lucha que, además, fue muchas veces reconocida por las propias instituciones públicas.

Pero, en las últimas décadas, ha proliferado, un tipo de activismo social corrosivo y de combate en los campus universitarios, de espíritu muy diferente. El caso de Estados Unidos es particularmente interesante y llamativo. Los campus de aquel país, se han convertido de hace unos años a aquí, en un espacio de lucha en torno a las llamadas políticas de identidad. Desde las políticas de identidad, se

considera a las personas, más que como ciudadanos de un estado, con sus respectivos derechos y obligaciones, como individuos que comparten una identidad social y política minorizada. Esos colectivos dicen representar la voz de las personas que comparten una determinada condición personal en común –racial, sexual, de origen, étnica, cultural...-. Los colectivos que luchan por el reconocimiento de las diferentes identidades minorizadas censuran la cultura de opresión que subyace en las estructuras de conocimiento occidental, fundamentalmente la enseñanza media y la universitaria. Y para ello, emplean diversos instrumentos de difusión como revistas, manifestaciones, conferencias, etc.

Se trata de una militancia de nuevo cuño de refutación total de todo lo que representa para ellos, la civilización occidental. Un activismo que, a la vez que proclama la justicia social, vulnera de manera paradójica otros derechos fundamentales, principalmente, la libertad de expresión. Douglas Murray en su análisis sobre el efecto que están teniendo las políticas de identidad, ya nos prevenía de que, la interpretación del mundo a través de la lente de la política identitaria grupal, “es quizá el esfuerzo más audaz y exhaustivo por crear una nueva ideología desde el fin de la Guerra Fría”.⁵¹ La lucha por una determinada forma de construir la justicia social desde estos parámetros de identidad, ha ocupado, en una época de crisis de los grandes relatos, el espacio abandonado por la disputa ideológica. Se trata de una nueva versión de la lucha de clases para el siglo XXI. Si en la cúspide de la dominación se erigía el capital, ahora, su lugar es ocupado por el hombre blanco heterosexual. El sistema patriarcal y heterosexual oprime a las minorías. Hay que arrebatar el poder al patriarcado blanco para repartirlo entre las minorías. Se trata de una nueva lectura para comprender el mundo, que otorga un sentido existencial a

⁵¹ Murray, Douglas., *La masa enfurecida. Cómo las políticas de identidad llevaron al mundo a la locura*. Península, Barcelona, 2020, p. 13.

los integrantes de los colectivos minorizados y a los que secundan su visión. Pero, ahora la batalla, más que en el ámbito de la política en sentido estricto, se produce por medio de campañas agresivas en los campus universitarios.

Derald Wing Sue es el profesor universitario norteamericano al que se le adjudica la autoría del término “*microagresión*.”⁵² Por microagresión se entiende el mensaje de menoscabo que pueden experimentar las personas a causa de su identidad. La agresión sería *micro*, en tanto en cuanto, su autor no tiene la intención de agredir. Serían expresiones inconscientes que se manifiestan de manera discursiva pero que, para Wing Sue, son una reproducción de la estructura de dominación que se impone a las minorías. De forma que, cualquier expresión o conducta puede ser identificada como microagresión, al ser producto de una estructura que rebasa el individuo y su libre albedrío. Los códigos de agresión se alimentan, entre otras teorías, de la teoría crítica de la raza -derivación de la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt-, para los casos más numerosos, los de racismo. Una teoría que examina la sociedad y la cultura, tomando categorías como, estructura, raza, derecho y poder como sustrato fundamental sobre el que se asienta y desarrolla su análisis teórico.⁵³

⁵² En su obra *Microaggressions in Everyday Life: Race, Gender, and Sexual Orientation (2010)* examina el término y muestra los diversos modos en los que se puede detectar en las relaciones humanas.

⁵³ Las microagresiones pueden ser de distinto tipo. Según la *Asociación Americana de Académicos*, que lleva un seguimiento de los casos de cancelación en Estados Unidos, se microagrede -es una lista abierta-, por los siguientes motivos: insensibilidad ante el abuso sexual, racismo, homofobia, transfobia, sexismo, islamofobia, xenofobia, antisemitismo, misoginia, heterodoxia, escepticismo o estar en contra de las limitaciones por la pandemia por COVID-19, apología de la esclavitud, incitación a la violencia, afirmar de manera explícita ser un seguidor de Trump, sesgo ideológico, mostrarse contra la diversidad, cuestionar la integridad del proceso electoral americano en 2020, insensibilidad -en general-, mostrarse proclive a la

Un sugerente estudio sobre las microagresiones de Bradley Campbell, Catedrático de sociología en la Universidad del Estado de California en Los Ángeles, y del también sociólogo en la Universidad de Virginia Occidental, Jason Manning, nos deja interesantes conclusiones sobre el fenómeno de las luchas de identidad en las universidades norteamericanas. Su detección y control ha dado lugar a toda una nueva cultura de la sospecha. Es lo que se conoce como la “cultura de cancelación”, por la que las autoridades universitarias y las asociaciones de alumnos prohíben actos de transferencia de conocimiento a personas que han sido acusadas de emplear discursos contra las minorías.⁵⁴ El frenesí de la cancelación implica, en ocasiones, la atribución de afirmaciones realizadas en otro contexto, tiempo y lugar, pero que se interpretan a la luz de los actuales códigos de microagresión. Los fiscalizadores de la libertad de expresión universitaria encuentran aquello que buscan en los discursos sospechosos. La dinámica de la cancela-

policía, mostrarse crítico con las algaradas que ocurren en los campus, negacionismo del cambio climático, mostrarse favorable a portar armas, mostrarse a favor de represalias contra decisiones de los campus, supremacismo blanco, defender posturas conservadoras, criticar los códigos de microagresión, emplear expresiones de odio, realizar declaraciones contra los estudiantes, mostrarse nacionalista pro blanco, promover un ambiente insostenible -en general-, mostrarse favorable a Israel, mostrar un discurso de odio hacia la facultad, realizar críticas a la diversidad y la justicia social, ser crítico con la cultura progresista de los campus universitarios, mostrarse a favor de las teorías conspirativas, emplear demasiadas blasfemias... En un caso, un grupo de profesores del Williams College de Massachussets, redactó un manifiesto a favor de la libertad de expresión y los firmantes fueron acusados como microagresores por “apoyar la libertad de expresión”. La acusación, a renglón seguido, añadía: “Y... por tanto, el racismo, la xenofobia, el sexismo, el antisemitismo, la homofobia, la transfobia, la discapacidad y el clasismo”. David Acevedo., “Tracking cancel culture in American higher education.” <https://nas.org/blogs/article>

⁵⁴ Bradley Campbell y Jason Manning. *The Rise of Victimhood Culture: Microaggressions, Safe Spaces, and the New Culture Wars*. Palgrave Macmillan, London, UK. 2018.

ción muestra un retrato de herejía, castigo y humillación pública, propio de estados de la humanidad ya superados. Pero esta vez no es el poder instituido quien actúa para detener la apostasía, sino los grupos que reivindican a los excluidos, los que se hallan en los márgenes de la sociedad.

Una muestra. El profesor Gordon Klein de la UCLA norteamericana, recibió una instrucción de sus superiores en verano de 2020, conminándolo a que fuera indulgente con las evaluaciones de los alumnos afroamericanos, después de la explosión de algaradas como consecuencia del mundialmente famoso Caso *Floyd*. El docente preguntaba en un mail a sus superiores, como debía juzgar el nivel de aflicción de los alumnos, teniendo en cuenta que la empatía no es atributo de ninguna raza en particular, y que le era imposible realizar ese juicio sobre su alumnado al que tampoco conocía de manera personal, dado que el curso se había celebrado *on line* debido a la pandemia. Añadía si debía aplicar la indulgencia requerida respecto a los negro-asiáticos, y como debía actuar respecto a los alumnos de raza blanca que se habían sentido especialmente concernidos con el caso *Floyd* y habían mostrado una indignación pública más proactiva contra los autores de la muerte de Floyd, que la de sus compañeros de color. El profesor rubricó su respuesta con la cita de Martin Luther King que reza: “las personas no deben ser evaluadas por el color de su piel”.

Más allá de que el mail de Klein era una censura mordaz al requerimiento de sus superiores, se interpretó como una vulneración del código de la universidad. Y su respuesta significó su cancelación docente por racismo. Su docencia fue asignada a otro profesor, además de recibir varias amenazas de muerte durante esos días. El profesor declaró que había sido utilizado como cabeza de turco para aplacar el miedo a un levantamiento estudiantil, debido a la magnitud de las algaradas en los campus por el caso *Floyd*. El profesor se defendió diciendo que se había limi-

tado a aplicar el código de conducta de la propia facultad que impide evaluar al alumnado con criterios que no son académicos. Unos meses más tarde, Klein fue readmitido, pero su nombre se vio implicado con su supuesto caso de racismo en los medios de comunicación, algo, además, que el profesor afirmaba haber combatido especialmente durante su vida académica.

El ejemplo, uno de tantos, sirve como piedra de toque de la escalada de la estigmatización de las personas en Estados Unidos. Se acusa de algo a alguien sobre lo que no está concernido, y se suscita un debate alrededor de una acusación, de la que el reo debe defenderse en el contexto público del campus. Al final, el acusado es quien debe demostrar su inocencia. Lógica inversa a la de la democracia, por la que somos inocentes hasta que alguien demuestre lo contrario. De todos es sabido que, quien se ve en condiciones de probar la culpabilidad, debe presentar la prueba de cargo que quiebre la presunción de inocencia que protege al presunto autor. Pero aquí, se invierte la carga de la prueba. La presunción de inocencia se topa aquí, con la, en principio, legítima aspiración de justicia social.

De forma que, mientras los concernidos defienden la libertad de expresión, los acusadores, sostienen que esa libertad no está protegida cuando se violan los derechos de las minorías. Pero lo cierto es que, muchos docentes norteamericanos, afirman que la protección a las minorías está funcionando como una cobertura para justificar toda una serie de procesos de señalamiento y juicio público que está poniendo en peligro la libertad académica. Con lo que se estaría retrocediendo un estadio en nuestro régimen de libertades, que, más allá de expresiones más o menos afortunadas que corresponde valorar a cada quien, impide el castigo de pensamiento. Lo cierto es que, cada vez son más los casos de microagresión y el número de académicos que se está organizando en

las redes para proteger la Primera Enmienda de la Constitución de los Estados Unidos. Aquella que protege de manera absoluta, entre otras cuestiones, la libertad de expresión de la ciudadanía.⁵⁵

La forma de la querrela por la microagresión es sencilla. Implica la puesta en marcha de los rasgos específicos de la minoría de edad. La inocencia, la falta de responsabilidad, la solicitud de ayuda de otros, la indefensión, la demanda de solidaridad en el entorno... Pero el fondo es más intrincado. Porque, una cosa es la víctima de cualquier agresión injusta, y otra, aplicar códigos de microagresión sobre conductas a las que se ha conferido un sentido que sus propios autores refutan. El primer camino exige la reparación y la justicia. El segundo, lleva la distintiva marca de la negación. La palabra “microagresión” se convierte, en la justificación para equiparar el habla con la agresión física, y así poder coartar y controlar el discurso. La posibilidad de ser responsable de una microagresión se presenta como una amenaza, toda vez que con cualquier palabra se puede incurrir en una afrenta microagresora. La sospecha se proyecta sobre el discurso. Pero sobre

⁵⁵ Algunas académicas como Althea Nagai del *Centro para la Igualdad de Oportunidades y Derechos Civiles de la Universidad de Virginia*, critican el escaso bagaje científico de las investigaciones sobre microagresión. Nagai afirma que, cuando los acusadores rechazan las “epistemologías eurocéntricas” y la “objetividad”, rechazan la metodología y los estándares de la ciencia moderna: uso de grupos de comparación, tamaño de muestras suficiente, preguntas no sesgadas, replicabilidad de resultados, uso de análisis estadístico actualizado... En cambio, valoran otras variables pseudo científicas como la narrativa o la vivencia de experiencias. Esto coloca la promoción del cambio social por encima de la investigación objetiva de las ciencias sociales. También hace que sea mucho más fácil “probar” la prevalencia de microagresiones en los campus. El paradigma ideológico de la teoría crítica de la raza, impone una premisa: que las microagresiones solo pueden ser percibidas por los no blancos. En otras palabras, las percepciones de los blancos no son válidas. Althea Nagai, “The Pseudo-Science of Microaggressions”. *Academic Questions*. Spring 2017.

el discurso que es considerado peligroso por los que fiscalizan las microagresiones en los campus. El discurso posmoderno encuentra aquí, todo un frente de lucha para coartar todos los discursos “incorrectos” y dar rienda suelta a los suyos. Solo que, esta vez, sin ningún control ni cortapisa.

2

Querellantes

Muchas voces alertan en Estados Unidos de una degradación del discurso hacia un pensamiento de corte dicotómico, con una especial proliferación del argumento de trazo grueso y el encasillamiento sistemático del diferente. En ningún lugar está escrito que la visión posmoderna deba ser la receta obligatoria para liberar las cadenas de la opresión de la sociedad. La paradoja resulta que el pensamiento dicotómico, lo emplean quienes reivindican la justicia social y los derechos de las minorías. De forma que, quienes se erigen en supremos defensores de los perseguidos encuentran cualquier motivo para cargar sobre sus adversarios, su responsabilidad consciente -agresión-; o inconsciente -microagresión-.

Y es que, hay jóvenes universitarios encuentran excitante el pensamiento dicotómico, por la sensación de efervescencia que genera. Le encuentran un sentido existencial a cavar zanjas, elegir un contrario como enemigo, y declararle la guerra por defender la idea equivocada. Los códigos de microagresión permiten que cualquiera pueda ser vinculado con el racismo, la xenofobia o la homofobia. Se establece una dicotomía, previa a todo debate,

como axioma absoluto. Una realidad binaria, donde quienes son conscientes de las injusticias y luchan por erradicarlas, representan unas virtudes difusas, que les otorga su propia condición de luchadores por los derechos de los minorizados. Y quienes cometen las microagresiones, son individualistas incapaces de reparar y comprender la afrenta en la que incurren con su discurso. Existen dos bandos; quienes están por perpetuar las injusticias sociales que reproduce nuestra sociedad occidental, lo sepan o no; y quienes están por erradicarlas y construir una realidad liberada de toda opresión. Los argumentos son archivados en uno u otro lugar. El pensamiento posmoderno sirve de fundamento ideológico, que se dirige contra los cómplices de las injusticias de la civilización occidental.

El pensamiento binario destila un estilo exclusivo. Es reduccionista. Proyecta la lucha de opuestos como condición de cualquier controversia. La cultura dicotómica se extiende a los sets de televisión, donde lo que matiza y enriquece el debate es despreciado de antemano. Se busca la oposición y el combate, pero no para confrontar y sintetizar, sino para producir efervescencia y adrenalina mediática. El juicio ponderado está condenado al fracaso de antemano. Carece de la claridad y de la contundencia de lo dicotómico. La ecuanimidad necesita pausa y sosiego. Es enemiga de la efervescencia. La efervescencia necesita de lo efímero. De lo superfluo. De la zanja. De la etiqueta.

El pensamiento dicotómico se propaga a otros ámbitos de la existencia. Tomemos como ejemplo, el ámbito de la creación artística. Y veremos el revisionismo justiciero en el que está implicada la industria del entretenimiento norteamericana. La tradición occidental del superhéroe, está emparentada con la tradición mitológica de su civilización. El superhéroe siempre fue un producto de consumo cultural. La fantasía es un territorio propiamente adolescente que se alimenta del hambre humana hacia lo mitológico.

gico. Los superhéroes son representaciones populares de valores que la sociedad entiende como superiores.

Pues bien, la transmisión de estos valores occidentales, es considerada nociva por los nuevos creadores revisionistas salidos de las universidades norteamericanas. Son los querellantes de la sociedad occidental, los que aspiran a deconstruir sus valores y a pasarlos por el tamiz del nuevo pensamiento dicotómico, justiciero y liberador. El querellante contra las manifestaciones artísticas occidentales, aspira a construir nuevos referentes, que traicionen la civilización que los vio nacer. Pero, esta traición no es considerada perniciosa, sino emancipadora. Los nuevos creadores querellantes no han venido a derribar el héroe, sino a transformarlo. Solamente lo quieren liberar de las cadenas que lo oprimen.

Muchos critican la evolución de los héroes del universo de la productora *Marvel*, a manos de los nuevos creadores graduados en las universidades norteamericanas. La *Marvel* es una filial de uno de los mayores conglomerados mediáticos del mundo, la *Walt Disney Company*. Nos referimos a una de las mayores compañías del planeta. La *Marvel*, fundada durante la II Guerra Mundial, engendro en sus cómics, superhéroes del consumo juvenil mundialmente conocidos como *Capitán América*, *Spider Man* o *Iron Man*. La productora fue concebida por judíos que habían participado en la II Guerra Mundial, luchando contra los nazis –verdaderos-. Sus historias tratan sobre personajes que son rechazados sociales. Los “mutantes” en la *Marvel*, eran la metáfora del diferente, que, aunque apartado y vilipendiado por la sociedad, desea participar en ella luchando contra el mal, a pesar de su condición de *outsider*. Representaban el imaginario del perdedor y luchador, admirado por los lectores, que valoraban el vigor con el que se enfrentaba a la tiranía. Hoy, el pensamiento dicotómico ha dictado sentencia contra ese universo lleno de color y matices. Si pensábamos que lo que enfrentaban esos héroes era el totalita-

rismo, estábamos equivocados. El héroe tradicional es, en realidad, y lo sepa o no, un fascista.

El tribunal del arreglo de cuentas con Occidente, ha dictaminado que la Marvel ha pecado de occidentalista y etnocentrista a la hora de crear sus personajes de ficción. Los nuevos creadores perfilan los personajes hacia categorías, según ellos, más incluyentes y menos exclusivistas. Un ejemplo de ello lo tenemos con la transformación sufrida por el personaje del *Capitán América*. El héroe que combate a *Hydra*, el sindicato del crimen neonazi –aquellos cómics representaban la convulsa sociedad bélica de su época-. La Marvel reorientó el contenido de las historietas, con un nuevo argumento que echaba por tierra los fundamentos del cómic hasta entonces. En realidad, los nazis habían ganado la Segunda Guerra Mundial y fueron los aliados quienes emplearon el *cuco cósmico* - instrumento mágico de la saga-, para engañar a la población e inducirla a creer que aquello no había ocurrido. De forma que, la versión oficial había sido adulterada por los aliados, ocultando que, el Capitán América, era en realidad un agente encubierto de la organización Hydra. La consecuencia de ello es que, el Capitán América no era, ni es un héroe. Todo era una bella mentira. Los actuales escritores del Capitán América retratan el actual Estados Unidos como un país opresivo, que necesita un cambio radical, y reflejan que el llamado “sueño americano” es un falso mito, una impostura, sobre la que se cimentó toda una cultura fraudulenta sobre la que se asienta el espíritu colectivo del país.

El vigor y el poder del Capitán América, su compromiso por el bien y la libertad son elementos que ahora, se *desmitifican*. Palabra fetiche con la que los nuevos querellantes designan la diferencia entre la verdad y la mentira. La realidad esconde una lógica subterránea que los nuevos creadores, nos ayudan a descubrir. El Capitán América no es el paladín de la libertad que pensaban sus entusiastas, pero inocentes lectores. Es un nazi.

Sus andanzas escondían una oculta condición, que los lectores desconocían. Debemos asumir -sin poner nunca en cuestión el procedimiento-, que el sistema de poder originó prácticas discursivas como las de los superhéroes, que no son más que una expresión más de la impostura occidental más reaccionaria. Si Moisés obró el milagro abriendo las aguas del Mar Rojo, Foucault lo hace ahora para nosotros en su versión más liberadora y posmoderna. Podemos por fin, abrir los ojos a la realidad. Desprovista ahora, de todos sus mecanismos ocultos de represión que no conseguimos advertir por nosotros mismos. Toda una muestra de relectura cultural que se lleva a cabo, para tributarnos la más redentora emancipación de la que no somos capaces por nosotros mismos.

El actual escritor del Capitán América, Ta-Nehisi Coates, hijo de un ex “pantera negra” y especializado en la cultura afroamericana, es el creador de la serie *Black Panther*, también de la Marvel. Se trata del primer héroe de tez negra de la productora. En este caso, el héroe mantiene intactos los rasgos, tan denostados, del héroe tradicional. Solo que esta vez, emplea sus poderes de forma “correcta”, para enfrentarse a potenciales enemigos que amenazan las culturas y tradiciones minorizadas. Se deconstruye el héroe occidental. Y se construye otro nuevo, solo que esta vez, al servicio del bien, *de verdad*. Porque es para luchar contra los blancos. Coates, publicó una historieta relacionando al académico canadiense crítico con la cultura de la cancelación, Jordan Peterson, con las ideas del villano nazi de la serie, Red Skull. La Marvel asume la portavocía de la inclusión de todo el mundo, pero no tiene reparo en señalar como malvado oficial, a un profesor universitario vivo, Peterson, al que se le asimila con el nazismo.

Black Panther es una buena muestra de cómo la Marvel apuesta por la reeducación de los lectores. Donde se sustituye un universo caleidoscópico por otro dicotómico. Un reciente número de la serie se desarrolla en el Harlem, barrio neoyorquino que en la historia de

ficción es una ciudad. Harlem debe su nomenclatura neerlandesa, a la ciudad de mismo nombre en los Países Bajos. El hecho es que, los emigrantes holandeses del siglo XVII la bautizaron con ese nombre. En los siglos siguientes fue poblada mayormente por inmigrantes italianos y judíos. Y en el siglo XX por gran cantidad de afroamericanos, que hicieron germinar allá diversos movimientos culturales. La Depresión de 1930, tuvo un impacto socioeconómico profundo en el barrio, y desde entonces, Harlem se vinculó con el mundo la droga y la delincuencia.

Sigamos con la historieta. En *Black Panther*, un grupo de justicieros de color, luchan por expulsar a todo aquel que no sea de tez morena, bajo el axioma de que el “Imperio blanco” quiere poblar Harlem de blancos. Con la bandera de la justicia social, se abre paso un programa aislacionista y segregacionista, donde se categoriza a las personas por el color de la piel. Harlem, el barrio históricamente multiétnico y multicultural, constituido por diferentes corrientes y formas de pensar y de vivir, se reduce al soñado ideal de comunidad poblada únicamente por personas de raza negra, y consciente de su agenda política frente a las demás razas imperialistas. O lo que es lo mismo, si Harlem fue y es mestizo, acabemos con ello. Y es que, toda esta muestra de antirracismo de hoy, recuerda demasiado y de manera inquietante, al racismo de ayer.

Pero la cosa va más allá. Porque, los personajes no luchan ya contra la adversidad vivida en propia carne, creciendo contra los obstáculos, poniéndose a prueba y erigiendo una nueva personalidad de acuerdo a su falible condición. El objetivo de los comics ahora es, reeducar. Nada más cautivador para la reeducación que presentar personajes acabados y perfilados. El héroe que nunca se equivoca y se auto valida de manera continua. Uno de los contemporáneos rasgos del superhéroe actual consiste en compartir selfis con los fans en las mismas historietas, acercando el mundo de la realidad a la fantasía. Pero, por encima de todo. El héroe

refleja una premisa política precisa. Ostenta un discurso dicotómico que ha de salvaguardar a toda costa.

Los ejemplos van más allá de la metamorfosis, más o menos dramática, que puede conferir un creador a su personaje. Poseen implicaciones filosóficas más profundas. ¿Por qué decidir que quien luchaba contra los nazis, más allá de lo aparente, es realmente un nazi, como ocurre con el *Capitán América*? Los creadores no desplazan las categorías políticas para sustituirlas por otras, sino que las intercambian. Es decir, los que luchaban contra los nazis, en realidad, también son nazis. Y, si, quien lidera la lucha contra los nazis, resulta ser un nazi, hay que inferir que los contendientes, por muy enfrentados que estén entre sí, participan de unos mismos rasgos y atributos. O lo que es lo mismo. No caigamos en el error de oponer la democracia occidental a la dictadura, bien sea el *Tercer Reich*, el Imperio Japonés o el sovietismo. Lo mismo da. La impostura de la democracia occidental no es menor a la de aquellos regímenes totalitarios. Y si no existen valores en los que fundamentar la lucha, no debe existir la lucha. No se trata de que no debamos de luchar por unos valores equivocados, sino de que, de luchar, tenemos que luchar por los verdaderos valores, libres, esta vez, de todo vestigio de dominación. Si la lucha por la libertad y contra el totalitarismo destilaba una épica democrática; si aún seguíamos creyendo que es posible enfrentarse de manera vigorosa a los que quieren imponer su forma de vivir a toda costa a los demás, asumamos nuestro pueril error. No existe antagonismo entre nazis y sus opositores. No hay nada de lo que vanagloriarse. Desistamos de defender la supuesta superioridad del régimen democrático. Los posmodernos nos arrebatan los arquetipos culturales de aquella lucha. Y, nos explican que no era tal. Otra vez Foucault: *despedazar lo que permite el juego consolador de los reconocimientos.*

Los nuevos libertadores de conciencias, los que deconstruyen la impostura occidental para todos nosotros, dan muestra de su tonificante y reparador mensaje. La democracia liberal esconde prácticas totalitarias, que corre a atribuir a los demás. Es la punta del iceberg de un cuerpo que no acertamos a percibir por entero. Los ideales democráticos esconden una perversión análoga a la de los demás sistemas. Un sistema de poder que no presenta en sí, un valor superior a cualquier otro. El héroe del cómic, es recategorizado, donde se elimina la distancia entre los ideales del sistema democrático y su opuesto, distinciones desnudadas por la deconstrucción del personaje. El maniqueísmo al que condenaba la democracia liberal al héroe occidental es debidamente sentenciado. Los nuevos creadores han liberado al personaje. Muestra de cómo se elimina uno de los arquetipos de las democracias liberales como un modelo de sus valores superiores: la lucha por la justicia -inspirada en el sistema de democracia representativa y el estado de derecho-, contra el totalitarismo.

Abandonamos al héroe que fracasa, pero que se recupera de sus propios errores y decisiones. En todo héroe occidental encontramos el itinerario de caída y recuperación, propio de la más común de las existencias. Y ahora, tomamos el nuevo héroe dicotómico. La ideología posmoderna nos decía que los héroes no eran necesarios porque alienan al individuo común. Pero el que ellos construyen, no. De forma, que eliminemos solo uno de ellos, el que es nocivo: el héroe que defendía, sin hacerlo explícito, los valores de la democracia. Y tomemos el posmoderno justiciero como referente. Así, se ocupa el espacio del superhéroe, pero esta vez sí, liberado de su perversa naturaleza.

Y, el problema no es que los nuevos creadores puedan escribir el héroe que les venga en gana. Esto forma parte de la libertad artística. Desde un punto de vista dinámico de la justicia, es natural que la representación de los héroes como arquetipos de

los valores de la sociedad, evolucionen con ella. Pero, no caigamos en el error de entender el superhéroe como un conformista y conservador. Porque, el superhéroe sobre todas las cosas, era un rebelde. Respecto al orden de cosas establecido y respecto a sus propias posibilidades de emancipación personal dentro de un universo que lo convertía en un desplazado social. Lo que se denuncia es que, ahora, se abandona la falibilidad. La diversidad. El mestizaje. El error. Y elegimos, lo perfecto. Lo dicotómico. Lo aleccionador. Y todo ello, en el nombre de un sentido de la justicia que se entiende superior.

Si el héroe era falible, es porque la persona es falible. El héroe se convertía en héroe porque existen personas corrientes, independientemente de sus atributos de personalidad y creencias, que son héroes y heroínas en la realidad. El cómic construyó esas personas como modelos para la comunidad. Ahora, ya tenemos el héroe deconstruido y felizmente liberado. El líder aleccionador, el que habla desde la infalibilidad de su discurso. Pero con ello, la industria del entretenimiento derriba el sueño individual por el que la sociedad se cementa desde la base, para construir desde allá, la comunidad. Ya no tenemos que pensar por nosotros mismos. Solo obedecer consignas para no equivocarnos. Manifestación del gran adelanto que nos proponen los nuevos querellantes posmodernos. Podemos estar tranquilos con que nuestros hijos e hijas no serán ya manipulados ideológicamente.

Pero no nos engañemos. La metamorfosis del héroe occidental, no conduce al reino de la indeterminación y el caleidoscópico universo moral proclamado por los posmodernos. Sus autores dejan patente su voluntad de plasmar un héroe concluso y determinado cuando de los que se trata es de demoler sus occidentales atributos. Se sentencia a Occidente. Los valores superiores de las democracias liberales son una impostura. Se destruye una parte, la democracia. Pero su opuesto, el totalitarismo, permanece indemne. Porque

hasta ahora no se ha hecho mención a quien se enfrenta al superhéroe. Ese no es otro que el villano. Se impugna el atractivo de la democracia liberal dejando intacto a su opuesto. Mientras agitan la bandera del relativismo moral para nosotros, los posmodernos clausuran su operación con la más concluyente de las soluciones morales. Hay que combatir el bien. Hay que desnudarlo, dejarlo en paños menores. Ridiculizar la pueril clarividencia del arquetipo. Pero, dejemos en paz al villano -el representante del totalitarismo-. Los nuevos creadores nos dicen que el arquetipo del bien, encerraba el mal. Pero no por ello el mal desaparece. La falacia posmoderna alcanza aquí su cénit. Reivindica para sí la emancipación moral, dirige sus andanadas contra la civilización occidental, a la que acusa de promocionar el más impostado maniqueísmo moral, del que es preciso liberarnos. Pero su contumaz empeño, solo deja en pie a uno de los contendientes. El que se oponía a los valores de la democracia y el estado de derecho.

Otro botón de muestra, también dentro de los estudios Walt Disney, es la creación de Disney, *El Rey León* –hoy, cada vez hay un mayor consenso en torno al universo Disney como nocivo para niñas y niños- ha sido suspendida en muchos lugares, a petición de asociaciones por la defensa de la infancia y grupos de padres y madres, por considerarla una apología del capitalismo salvaje. Por descontado, la caracterización del león como el rey de la selva data de sociedades recolectoras y cazadoras, totalmente ajenas al capitalismo como forma de organización social. En las comunidades indígenas de África, el animal era venerado como el máximo símbolo de nobleza y fuerza. Para aquellas tribus, que uno de sus integrantes muriese luchando contra el león era un distintivo que honraba el árbol familiar y del que toda la estirpe podía sentirse orgullosa.

Pero no cabe mayor satisfacción para el clarividente fiscalizador, que encontrar lo que considera vestigios de sus propias certezas en

la realidad. La requisitoria contra Disney exige el rastreo de aquello que se sabe, se encontrará de antemano. Contra Occidente y en el nombre de las minorías, todo está permitido. También la cuadratura del círculo. La querrela es precisa. El león representa el capitalismo. Aunque en la sociedad precapitalista en la que nació el mito no tuvieron noticia de ello. Singular y llamativo procedimiento de emancipación de los pueblos primitivos. Desplazar el sentido original indígena del arquetipo. Interpretarlo occidentalmente. Y, después emplearlo contra Occidente. Se libera a aquellos a los que se dice liberar, pero pasando por encima de lo que conforma su bagaje cultural más ancestral. Ya interpretamos nosotros al león, por ellos. Resulta difícil imaginar un ejercicio de colonización cultural más elocuente que el que se denuncia. Representativo ejemplo del modo en que los fiscales de nuevo troquel, justifican a beneficio de inventario, aquello que censuran a los demás.

El pensamiento dicotómico lleva impregnado el tinte del ajuste de cuentas. El caso *Floyd* extendió el clima justiciero en Estados Unidos y las algaradas se expandieron por todo el territorio. Miles de personas ejercieron su particular manera de entender e impartir la justicia, sobre los pequeños propietarios de los negocios de los suburbios. En medio del clima de exaltación, alguien graba a un empleado de la *San Diego Gas & Electric* en el estado de California, haciéndose una foto, representando el símbolo de OK con los dedos, junto a su camioneta de empresa, de manera totalmente ajena a una concentración del movimiento *Black Lives Matter* que se estaba celebrando en el lugar. Un testigo asocia el gesto con la W del *White Supremacy*, emblema del supremacismo blanco; y sube la foto a la red. La empresa del trabajador recibe decenas de llamadas pidiendo su despido por racista. El trabajador es despedido días más tarde. Y resulta que el trabajador era latino. Su condición de minorizado, tuvo menos peso que la supuesta demostración racista que otros interpreta-

ron por él en las redes. Sirva como botón de muestra de cómo se extiende la filosofía de la sospecha. Se encaja un hecho inocuo y ajeno, a la realidad percibida con las lentes de la clarividencia dicotómica y justiciera. Solo resta dar rienda suelta a la indignación, al albur de cualquier suceso controvertido, para convertirla en mera herramienta para el ajuste de cuentas, incluso pasando por encima de la intención de los concernidos.

El cómico estadounidense Chris Rock, mundialmente conocido ahora como la víctima del puñetazo que le propinó Willy Smith en la gala de los premios Oscar de 2022, ya nos previno del impacto de la cultura dicotómica en el mundo del espectáculo. Antes de nada, anticipémonos a probar la inocencia de Rock. Se trata de un ciudadano de descendencia camerunesa, proveniente de una familia humilde de Carolina del Sur y tataranieta de esclavos. Podría decirse que carece de trazas para ser catalogado como un peligroso colonialista y racista occidental. Pues, el cómico, declaró hace unos años que dejaba de actuar en las universidades porque eran “demasiado conservadoras”. Quizás la suya fue una protesta, como consecuencia de que Rock fue acusado de racista por ridiculizar el fundamentalismo islámico en una de sus parodias. Por lo visto, nadie tuvo la ocurrencia de salir con el argumento de que quienes censuraban a Rock, lo hacían por su condición de afroamericano minorizado. El fundamentalismo yihadista debería considerarse una amenaza, por lo menos, tan relevante como el racismo. Y, sin embargo, esta denuncia no entra en el radar de los códigos de microagresión. O lo que es lo mismo; la agresión es agresión, solamente cuando es occidental.

Otra muestra. Ahora con el caso de una mujer inmigrante en Estados Unidos. Yeonmi Park, es una joven estudiante refugiada política, que cursa estudios en la Universidad de Columbia. Huyó de Corea del Norte siendo una adolescente, cuando su padre fue enviado a un campo de trabajos forzados. En su periplo en Mongo-

lia, fue vendida como esclava por una red de tráfico de inmigrantes. Entre otras muchas vicisitudes cuenta como siendo niña, vio morir de hambre en su país a algunas personas allegadas. Cuenta su singular travesía en su biografía, *Escapar para vivir: el viaje de una joven norcoreana hacia la libertad* (2017). La obra, puede resultar interesante para quien se encuentre necesitado de referencias positivas hacia nuestra denostada democracia occidental.

Cuando llegó a Estados Unidos, Park mostró interés por la historia. Interés que no puede saciar, limitada por el continuo discurso de denostación del pasado de Estados Unidos propio del clima justiciero y querellante en las aulas. La continua censura impide avanzar el debate. La gente pide la vez en clase para reprender a algún personaje del pasado. Park contaba, como expresó su afición en el aula por Jane Austen. Se le explicó que era una autora nociva. Por lo visto, sus novelas lavan el cerebro por la pernicioso carga ideológica y occidental que contienen. A estas alturas sabemos ya que, la fiscalía justiciera no consideraría éste, un ataque por la condición de mujer de la extraordinaria escritora británica. El caso es que, Park percibe un intenso sentimiento anti estadounidense en sus clases, lo que le lleva a recordar la escuela coreana de su niñez. Mismo discurso dicotómico y concluyente. Idéntica espiral de censura que expresan las escuelas en Corea del Norte. Park aprendió a callarse para no perturbar el clima de las clases. Su ilusión era desarrollar el pensamiento crítico en Estados Unidos, pero se encontró con una circular dinámica de certezas compartidas, sin oposición de ningún tipo, ni siquiera como método para propiciar el debate espontáneo y desinteresado en el aula. Su testimonio trasciende el fenómeno estadounidense. Porque es representativo del fenómeno oikofóbico y autodenigratorio de las democracias occidentales.

Park es una activista por los Derechos Humanos, interesada en la denuncia de sus violaciones en su país de origen. Y comete

la torpeza y equivocación de destacar en público las libertades que permite una democracia occidental como la norteamericana, frente a Corea del Norte. Por así decirlo, a día de hoy, es una activista con muy mala reputación. Algunas personas ya se han encargado de iniciar una campaña de desprestigio contra ella en su país de acogida. Teniendo en cuenta el apetito democrático de Park y lo muy dispuesta que está a pregonar las ventajas de la democracia en público, es natural que haya quien la considere un mal ejemplo para el resto del alumnado. Esgrimir su condición de mujer, inmigrante, refugiada política, y esclavizada, para defenderse de la campaña de desprestigio en su contra en los medios, tampoco es pertinente en su caso. Los observatorios de discriminación estadounidenses que se ejerce sobre las personas minorizadas no localizan a Park. ¿Por qué? Porque su discurso no es antioccidental. Porque habla a favor de la democracia desde la inocencia y efervescencia juvenil. Porque su condición de activista política en favor de las mujeres refugiadas y de los Derechos Humanos en Corea del Norte, resulta molesto para quienes consideran que Estados Unidos no es una democracia. Seamos realistas. Estados Unidos y Corea del Norte son lo mismo. Pero el ariete de los Derechos Humanos debe emplearse contra el primero solamente.

Entonces llegamos a la conclusión de que Park, comete la afrenta más grave que se puede cometer. Replicar a la dictadura y alabar la democracia. Vemos como se cumple el popular aserto: solo quien sufrió en propia carne los embates de la dictadura, es capaz de valorar lo que, en democracia, consideramos fútiles avances. Pero con ello, la joven norcoreana ofrece un valioso testimonio al resto de los occidentales; que es posible enfrentarse a la autodenigración obligatoria sin tener que avergonzarse por ello.

El pensamiento dicotómico manifiesta su mayor virulencia cuando enfrenta la herencia cultural de la civilización occidental con la justicia social. Hace tiempo que los estudios culturales

procedieron a la revisión de las obras literarias canónicas occidentales, sometiéndolas al escrutinio del colonialismo, la homofobia o el racismo. El crítico literario Harold Bloom, señalado por los justicieros como pensador “reaccionario” -el hecho de que, en el pasado, fuera un fervoroso justiciero deconstructor no le salva, al revés-, escribió un ensayo, *El Canon occidental (1994)* para reivindicar las obras de Homero, Montaigne, Shakespeare, Dostoievski, o Whitman. Por más que se someta sus obras, a juicios del siglo XXI, y se detecten todo tipo de opresiones ocultas en sus textos, para Bloom, son obras integradoras de la personalidad. Sin embargo, el canon occidental hace tiempo que fue puesto bajo sospecha de los *cultural studies* de las humanidades en Estados Unidos.

Recurramos ahora al teatro. Shakespeare describe al Shylock de *El Mercader de Venecia* como un personaje abyecto y codicioso. Busca su lucro personal por encima de todo, saldar una deuda y cobrarla, sin importarle las consecuencias que recaerán sobre nadie. Por ello, será denunciado por la comunidad. Por la miserable condición rapaz que implica colocar el lucro por encima de todo, incluso cuando una vida está en juego. En el soliloquio más famoso, Shylock se queja amargamente de que su hostigamiento obedece a algo oculto y que no sale a la superficie; su condición de judío. Quienes aparentemente obran virtuosamente para proteger al débil, están guiados por el más profundo resentimiento racial y de clase; el odio al judío pudiente que nada en la abundancia.

La usura de Shylock no es obstáculo para restar un ápice de credibilidad a su alegato. El soliloquio antirracista de Shakespeare muestra la naturaleza multifacética del conflicto, donde los elementos raciales y de clase se entremezclan dando lugar a un caleidoscopio moral, donde un canalla puede serlo -no por ser judío, sino porque actúa como tal-. Y, donde, también por boca de un canalla, podemos escuchar un discurso sobre la tolerancia religiosa, que un siglo después de Shakespeare, será defendida por Locke como el

valor fundamental de la democracia británica. La condición racial o de clase no encasilla a los personajes de manera definitiva. Se muestra el conflicto social con toda su crudeza, mostrando la inherente heterogeneidad de la naturaleza humana y sus paradójicas consecuencias. Shakespeare es la síntesis perfecta de una Inglaterra donde antes de la modernidad, se mezclan tres tradiciones religiosas: anglicana, católica y puritana. Y donde el mestizaje ideológico condujo históricamente a los ingleses, primero a matarse entre ellos, luego a rechazarse y al final, a entenderse. Lo que propició que hubiera condiciones más favorables a admitir como igualmente inglesas otro tipo de corrientes ideológicas durante la época moderna, como la laica, la hindú o la musulmana, que hoy día, están integradas en la sociedad británica.

Uno de los objetivos de los programas literarios de las humanidades en Estados Unidos es el fomento del respeto a las minorías de cualquier tipo. Pero, los estudios culturales no cavan tan profundo como Shakespeare escrutando la imprevisible naturaleza humana. Ya decía Bernanos que, el ser humano desborda siempre las categorías en las que se le quiere definir.⁵⁶ El enfoque justiciero sobre las variables de la exclusión humana es más simplista y maniqueo de lo que piensan sus querellantes seguidores. Y desde luego, más que el que nos ofrece nuestro valioso canon occidental. El maestro de Stratford muestra el suceso complejo y enmarañado, donde verdugos y víctimas actúan en un juego de realidades cambiantes y paradójicas, y donde las variables de clase y religión se muestran importantes, pero nunca de forma dicotómica. Al contrario, invitan al afinamiento, matizado y ecuánime de la reflexión ética. Shakespeare muestra, ya en el siglo XVI, que las cosas son más complejas de lo que parecen. En *El Mercader de Venecia*, impartir justicia es mucho más complicado de lo que

⁵⁶ Bernanos, Georges., *Los grandes cementerios bajo la luna*. Alianza, Madrid, 1986, p. 59.

puede pensar la más clarividente mente justiciera. Con todos estos elementos presentes en sus dramas universales, el teatro de Shakespeare anticipaba ya la modernidad. Eso es parte de nuestro canon. Y no es algo deplorable. Sino algo a preservar. No es algo que debemos descartar por reduccionista, simplista o maniqueo. Es algo de lo que los occidentales deberíamos estar orgullosos. Porque nuestra civilización no hubiera sido la misma sin las manifestaciones culturales tan profundamente universales como la del genio de Stratford.

Pero, en algún momento, alguien pensó que la universidad norteamericana debía abandonar su más generalista y tradicional función social de servir de fuente de conocimiento a la sociedad, para convertirse en una máquina de generar el pensamiento que-rellante, justiciero y dicotómico. Francois Cusset señala que el éxito de la *French Theory*,⁵⁷ como se conoce a la escuela posmoderna francesa en Estados Unidos, se debió a la fuerza y rapidez con la que se estableció la teoría de la deconstrucción de Jacques Derrida a partir de 1966. Las décadas siguientes sirvieron para desarrollar toda una serie de corrientes que interpretaban los textos con el prisma de la crítica integral de la sociedad capitalista, valiéndose de las herramientas de investigación de la Escuela de Frankfurt o los trabajos teóricos de Gramsci. Lo cierto es que hoy, en las humanidades norteamericanas el pensamiento posmoderno es el hegemónico, lo que quiere decir, empleando terminología gramsciana, que se toma como el modo de pensar natural.

Pero no es necesario estar de acuerdo con las tesis que los nuevos códigos universitarios prohíben, para tomar conciencia de las muchas dudas e interrogantes que generan aquellos. Uno de los riesgos de los códigos radica en convertir la universidad

⁵⁷ Cusset, Francois., *French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze & Cía. y las mutaciones de la vida intelectual en Estados Unidos*. Melusina, Barcelona, 2005.

en un espacio donde nadie pueda a atreverse a desafiar ningún punto de vista. Por mor de la defensa de las minorías, la universidad deja de ser espacio creativo, donde se admite sin reservas el pensamiento oficial. Y donde el juicio atrevido y desenvuelto deviene en otro, recatado y acrítico. Con la pretensión de querer superar la institución universitaria como conservadora, se puede propiciar otra peor a la que se denuesta.

Y desde luego, deberíamos estar vacunados contra la pretensión de normativizar una obra literaria, otorgándole un significado determinado. La escritura creativa produce una huella sensitiva, íntima y personal de quien ve removidos los sentimientos más escondidos. El misterio de la obra literaria es la proyección hacia el perfeccionamiento del alma. El lector habrá leído autores de cuyas tesis disiente profundamente, pero esas obras también le ilustran. Los deconstructores de los valores occidentales, entienden la lectura de un modo doblemente rechazable. La tesis por la que el significado de un texto es indeterminado en cualquier aspecto menos en uno: que es el síntoma de los juegos de poder. Debemos admitir la regla que exige descartar el legado de la cultura occidental por colonial, racista y sexista. ¿Pero, es obligatorio renunciar a criticar el precepto bajo la amenaza de colaboracionismo con estas formas de opresión?

Por otro lado, se presentan unas obras que poseen atributos liberadores, frente a otras que son una reproducción de los valores tradicionales a denostar. Esto, nos lleva a admitir la tesis más o menos utilitarista que estima que hay obras que poseen una virtud “social” y otras que no la tienen. Como si este discernimiento fuera posible por alguna instancia más allá de la propia conciencia de cada quien. De forma que abandonamos la complejidad shakesperiana, para sustituirla por una lógica procedimental que nos dicta bajo que, principio -el correcto-, debemos analizar cualquier obra. Y, acatamos acríticamente que alguien

nos explique porque hay que leer unos libros y otros no. Todo un adelanto para hacer justicia con la historia de dominación occidental. Los cimientos de la biblioteca de Alejandría trepidan ante semejante epistemológico descubrimiento de la civilización alternativa. Ya estamos preparados para el conocimiento verdadero. Solo que, ahora, emancipado de los alienantes resortes que dirigián nuestro inconsciente.

La tesis que reduce los significados de un texto a la interpretación del lector, en busca de vestigios de opresión y dominación en él, es reduccionista y simplificadora. Termina descubriendo en los textos, aquello que desea encontrar, de forma que la obra le devuelve las certezas que ya existían en la mente de ese implacable y creativo analista llamado deconstrutor. Y si el intérprete tiene que renunciar a sí mismo, para aplicar un método que lo subordina -la deconstrucción-, el procedimiento resulta todo menos liberador.⁵⁸ Porque, la promesa consiste en que todo el mundo resultará liberado. Menos el lector. Mal comienzo para la ambiciosa pretensión de liberación sin mácula.

La tesis utilitarista que afirma que hay obras que poseen virtudes sociales frente a otras que no, conduciría al sinsentido de rechazar las obras *gore*, o las que reflejan de manera explícita crímenes abyectos donde se retratan todo tipo de violaciones de la dignidad humana. Todo el daño cruel y despiadado que el ser humano es capaz de infringir está retratado en las obras de ficción, y, sin embargo, tienen la potencialidad de producir un discernimiento ético de imposible vaticinio. Sospechemos de todo marco teórico que infravalore la capacidad imaginativa y

⁵⁸ Paul De Man, uno de los más notables seguidores de Derrida en Estados Unidos, estima que todos los usos del lenguaje son performativos, en la medida en que todos desencadenan en el lenguaje mecanismos endógenos. El horizonte es un materialismo textual capaz de hacer surgir el carácter propiamente inhumano del lenguaje, su dimensión material. *Ibidem*, p. 126.

subjetividad del ser humano para sentir y discernir la obra de arte por sí mismo.

Los representantes de los *cultural studies*, interpretan las obras literarias del canon, desde su clarividencia ideológica, priorizándola sobre otras, superfluas y tradicionales. El canon occidental como instrumento para ensanchar la subjetividad del sujeto, propiciando su apertura y enriquecimiento moral, es considerado obsoleto. Pero derribar el canon occidental literario, acusando de misoginia o colonialismo a sus autores, no es un acto de demolición, también es un acto de construcción.⁵⁹ Se derriba ese canon para sustituirlo por otro canon: el posmoderno. De nuevo, la lógica de doble vía. Relativizar los valores occidentales, deconstruirlos y construir otros nuevos. Hacia fuera, relativización del esencialismo occidental. Hacia dentro, esencialismo deconstructor. O como diría Chesterton, la quinta esencia del anti esencialismo; donde aquel se hace esencialista.

La “verdad posmoderna” aboga por la relativización de los valores occidentales al mismo tiempo que no deja lugar a la relativización de los suyos. La frontera del relativismo comienza y termina allá donde se sitúa la deconstrucción como dogma de fe posmoderna, emblema indiscutible del Pope entre los Popes del análisis literario, Jacques Derrida. Curiosa maniobra, la que considera excluyente el canon occidental y mantiene dentro de una cámara acorazada los axiomas posmodernos, que permanecen inmunes a toda censura. Renunciar a todas las posibilidades inescrutables del canon occidental, para sustituirlo por un mero ejercicio procedimental que permitirá la detección de los vestigios de dominación occidental que existen en el texto. Difícil encontrar algo más conformista e inmovilista por igual, que sacrificar la conciencia propia en favor de tan liberador procedimiento.

⁵⁹ Hicks, Stephen., *Explicando el posmodernismo. La crisis del socialismo*. Grupo Unión, Madrid, 2016.

3

Sentimentalismo

Una interesante obra de investigación de Haidt y Lukianoff, describe que existen tres grandes ideas que han interiorizado los jóvenes norteamericanos de los campus universitarios.⁶⁰ Por un lado, la idea de la *fragilidad*. Las estructuras sociales debilitan a la persona, alienándola respecto a sus propias capacidades. Se precisa transformar la relación del individuo con la estructura, para que recupere el espacio y vigor que aquella le ha arrebatado. La persona ha sido moldeada por la estructura. El lenguaje que emplea, las expresiones que utiliza, no son más que manifestaciones de las propias estructuras sociales en las que se inserta. El posmodernismo, aportando las categorías epistemológicas correctas, libera a la persona de su carga estructural, transformando su fragilidad y llevándolo al terreno de la emancipación intelectual respecto a la estructura que la moduló. Así se recupera el vigor que la estructura arrebató al individuo. De lo que se trata es de

⁶⁰ Greg Lukianoff y Jonathan Haidt. *The coddling of the American mind: how good intentions and bad ideas are setting up a generation for failure*. Penguin, USA, 2018.

que el individuo deje de ser frágil. De que recupere su vigor por medio de la lucha consciente contra aquello que lo encorseta y lo condena a una vitalidad endeble: la cultura occidental.

En la obra se cita otro elemento determinante. Estamos ante toda una nueva cultura de los *sentimientos*. Si la persona se siente mal, es que algo falla. Es preciso que se sienta bien. Se trata de abandonarse a los sentimientos de cada quien, como base desde donde interpretar la realidad. Se proyecta una especie de hedonismo moral que la sociedad tiene que resarcir. Pero el sentimiento no se liga aquí a las potencialidades de la persona. Sino a la relación entre el individuo y la estructura. Si el individuo no expresa sus sentimientos sobre como sufre la represión de la estructura, es porque el sistema no da lugar a ello, porque no le interesa. No es posible -ni correcto- sentirse bien con las estructuras sociales de la civilización occidental. Consentirlas y aprobarlas de manera natural implica un error que es preciso remediar. Si alguien se siente bien en ellas, es porque ignora su historia de exclusión sistémica. Por eso, es preciso desenmascararlas, detectar las microagresiones, porque el lenguaje de lo aparentemente neutro, propicia que haya personas que sufran y se sientan mal. Es preciso entonces censurar a los que emplean un lenguaje agresor, de lo nocivo de sus expresiones, aún y cuando no sean conscientes de ellas. Por eso, es necesario dar rienda suelta a la expresión de sentimientos de los oprimidos por el sistema en cualquier lugar. Toda manifestación de sentimientos de los minorizados es genuina y virtuosa, en tanto en cuanto, es el indicador de cómo propiciaron ese sufrimiento las estructuras políticas.

La última idea que tomo del interesante estudio de campo de Haidt y Lukianoff. La vida es una batalla, una *lucha de opuestos* entre quienes creen en la verdad y la justicia, y quienes están en contra de ella. Es preciso discernir según esa dicotomía para restituir a aquellos que han sido apartados por los excluyentes. Los

que tratan con desdén la justicia social. La justicia exige dicotomía porque implica una lucha justa. Hay dos elementos que se oponen: la justicia, a la que se aspira. Y, la injusticia, que subyace a la civilización occidental. Es preciso contar la historia de los oprimidos. La lucha de opuestos constituye el método por el que se restituirá la sociedad partiendo de los Derechos Humanos. Pero ahora no se trata de los Derechos Humanos para la gestión de los intereses de quienes detentan el poder del conocimiento, tal y como son empleados por las instituciones occidentales. Esta vez, se trata de la interpretación *correcta* de lo que los Derechos Humanos significan, como herramienta de emancipación política. Los Derechos Humanos se convierten en la referencia ideológica de este combate de opuestos. Quien se posicione en contra de quienes luchan por la justicia social, están, lo sepan o no, en contra de los Derechos Humanos.

Nadie pone en duda que, apelar a la crítica de las estructuras de poder y su repercusión sobre el sujeto es una manera de fomentar el espíritu crítico. Considerar el sentimiento como un elemento importante en el juicio moral debe interpretarse también en clave positiva. Y, la justicia social es una obligación jurídica de nuestras instituciones. Así que, a priori, podemos convenir con esas tres reivindicaciones. ¿Pero son imprescindibles los axiomas posmodernos para dar respuesta a tales demandas? ¿Es el estilo clarividente, agresivo y querellante de los justicieros, el camino para construir una sociedad más justa e igualitarista? Intentemos dar réplica a estas tres grandes ideas que según el psicólogo social Jonathan Haidt y el jurista Gregg Lukianoff, han sido interiorizadas por los jóvenes de los campus estadounidenses en la actualidad.

En primer lugar, que *las estructuras debilitan el sujeto*. Cualquier refugiado político o inmigrante regularizado que ha recibido el apoyo y ayuda de los servicios públicos sociolaborales en Occidente, rebatiría este incuestionable axioma con su simple testimo-

nio de vida. Como cualquier mujer víctima de maltrato que ha recibido la protección y amparo de los servicios sociales de base. Las estructuras pueden debilitar al sujeto, colaborando en su represión y exclusión social. Así ocurre en muchos lugares del planeta. Pero, en ningún lugar ocurre eso más que en los regímenes dictatoriales. Porque, las instituciones también pueden elevar a la persona a la condición de igual al resto de ciudadanos. Este es uno de los mecanismos del estado social de derecho. Mecanismo que funciona en el seno del régimen democrático, mejor que en ningún otro lugar. Es decir, no existe una mayor implicación de las estructuras políticas en el restablecimiento existencial del sujeto que en Occidente. Podrían ser más ambiciosas y mejorables. Pero carecemos de referencias que nos induzcan a creer que las instituciones políticas occidentales en vez de ayudar a las personas, las deterioran más. Sin embargo, las dictaduras nos pueden aportar innumerables crónicas sobre el menoscabo físico y psicológico de sus sufrientes ciudadanos. Solo que sin derecho a réplica.

En segundo lugar, *hay que considerar los sentimientos del sujeto por encima de toda consideración*. Expresar los sentimientos es una acción virtuosa. Pero es una aseveración que precisa de matices. Porque exteriorizar las emociones no se puede circunscribir a un mecanismo político, es mucho más que eso. Tampoco es algo que se pueda improvisar. Es algo para lo que hay que estar entrenado. La evolución pedagógica en la ayuda del desarrollo emocional de la persona escolarizada, sobre todo en las fases infantil y primaria de la educación reglada, ha sido espectacular en Occidente durante las últimas décadas. Nadie ya circunscribe lo educativo a lo cognitivo en exclusiva. Pero elevar los sentimientos por encima de la razón o el discernimiento—según el caso—, también puede ser un medio para obtener ventaja de una determinada situación. Sobre todo, cuando se parte del incuestionable axioma, que si no expresamos nuestras emociones es porque la estructura nos lo

impide. Cabría hacerse una pregunta al respecto: ¿La expresión de los sentimientos es virtuosa cuando se emplea para manipular a los demás? Es evidente que no. Y si de lo que se trata es de que las personas minorizadas expresen sus sentimientos como una forma de poner en cuestión las estructuras políticas occidentales, se estaría circunscribiendo toda expresión de sentimientos a una operación de negación. Pretender pasar por un mismo embudo las expresiones emocionales de todos los minorizados no parece muy comprometido con las necesidades existenciales de cada una de las personas que se encuentran en esa condición.

Y, por último, *la lucha por la justicia social se reduce a dos bandos*. Esta es quizás la idea más peligrosa de las interiorizadas por los jóvenes en los campus. Quien cree estar defendiendo la justicia verdadera, está muy cerca del fanatismo. La justicia verdadera -si es que existe-, no puede elegir bando. Quien abandera la justicia dotándole de un sentido único -el suyo-, la historia lo demuestra, no tiene tiempo para reparar en las injusticias que se cometen sobre los equivocados. Encuentra todo tipo de justificaciones para excusar el perjuicio que se haya podido cometer sobre ellos. Y, no encuentra inconvenientes para construir el relato moral que lo justifique. Todo temperamento democrático aspira a lo contrario que destila la lucha de bandos opuestos. Es precisamente, el espíritu de bando el que se convierte en el principal obstáculo para la materialización de la justicia. La ecuanimidad y el equilibrio son las virtudes de la justicia, no el espíritu de bando. Uno puede acudir a las novelas de Walter Scott, quien quizás, sea uno de los escritores que más certemente haya logrado plasmar en sus obras literarias el valor de la ecuanimidad como pocos han sabido hacerlo. Y también en esto el canon occidental es una referencia.

Detengámonos un instante en el valor que se confiere en la actualidad a lo emocional-sentimental. Porque, el nuevo sentimentalismo mediático lo inunda todo. El psiquiatra británico

Anthony Daniels previene sobre su preocupante extensión en la sociedad contemporánea. El sentimentalismo se produce cuando la expresión de sentimientos se desplaza al foro público y mediático. Es el sentimiento demostrado antes los demás, donde su carácter público es una imprescindible exigencia para que cumpla su cometido manipulador. Exteriorizar los sentimientos y las emociones con las personas de confianza, requiere privacidad, e intimidad. Pero el sentimentalismo mediático demanda pompa y efervescencia. Y por encima de todo, público. La privacidad, garantía de la más honesta autenticidad, estorba.

La televisión y la red son los medios predilectos. Buscan y demandan la fugaz emoción compartida del desconocido. Y, que nadie se atreva a censurarlo en el nombre de la mesura o el discernimiento cabal. Ya dice Daniels que, existe algo coercitivo e intimidatorio en la expresión pública sentimental.⁶¹ Obliga al auditorio a unirse a él, o cuando menos a permanecer callado si no se aviene uno al mensaje que se transmite en forma de torrente de sentimientos. Cada vez son más las noticias de sesgo sentimental en los noticieros, que dan por sentado que la audiencia avala el sufrimiento del interlocutor, cualquiera que sea su demanda. Y así, se da por bueno el mensaje. Sin preguntar. Desde luego, no cabe imaginar nada más reprochable, en la actualidad, que recriminar al que exterioriza con el llanto la afrenta -cualquiera-, de la que ha sido víctima.

Pero, que no se entienda que aquí se reivindica la razón, a toda costa y en toda circunstancia, por encima de la sensibilidad. No confundamos el nuevo *sentimentalismo* que se denuncia, con la *sensibilidad*. No permitamos que el primero, destrone y ocupe el puesto que corresponde al segundo. El sentimentalismo, se

⁶¹ Theodore Dalrymple -seudónimo con el que firma sus obras el psiquiatra Anthony Daniels-. Dalrymple, Theodore. *Sentimentalismo tóxico. Cómo el culto a la emoción pública está corroyendo nuestra sociedad*. Alianza, Madrid, 2016, p. 68.

presenta en forma de producción industrial para el consumo de masas. En el sentimentalismo, la información que proporcionan los sentidos, conduce a caminos peligrosos. Uno puede ser el del victimismo, del que hoy, existen numerosas manifestaciones mediáticas. Otro, puede ser el del resentimiento, esa emoción escondida, que retrata como nadie el *Tiberio* de Marañón. O finalmente, la crítica cínica y corrosiva que no deja títere sin cabeza. En todos estos caminos, se rechaza cualquier responsabilidad sobre lo que le ocurre a uno mismo. Y si eso es así, es porque, el sentimentalismo busca la alimentación del propio ego.

El sentimentalismo es tóxico porque representa una hipérbole de lo emocional, que termina en ausencia de compromiso. Emplea el lenguaje de la manipulación sobre el otro. El sentimentalismo distorsiona el conocimiento de la realidad, propiciando la dislocación del individuo donde la efervescencia significa lo genuino y auténtico. La nueva alianza sellada en las últimas décadas entre el sentimentalismo tóxico y los medios de comunicación, ha extendido toda una cultura de la mercancía de las emociones. Pero, el sentimentalismo acaba finalmente en el más solipsista narcisismo. Porque, viaja de lo público a lo privado. Demanda la publicidad y el aplauso complaciente de la concurrencia. Pero no tiene más proyección que la de satisfacer el ego más privado de quien se ve recompensado por la adhesión de la comunidad, aunque sea de la forma más efímera, superficial y descomprometida.

La sensibilidad es otra cosa. Está reservada para lo sincero y auténtico. La sensibilidad, a diferencia del sentimentalismo genera respuesta proactiva. Apela a agradecer. A compartir. Los sentimientos morales, designan justamente lo contrario a todo lo que destila el sentimentalismo tóxico mediático y de concurrencia. La sensibilidad habla el lenguaje de las emociones, pero de forma mesurada, donde se apunta hacia el compromiso con uno mismo y con el otro, y se favorece el discernimiento ético y personal. Los

sentimientos morales, nos conectan a la realidad de manera que propician el bienestar físico y psíquico. Donde lo ético se liga al cuerpo. La sensibilidad, no puede ser narcisista. Es socializante. La sensibilidad, viaja en dirección contraria al sentimentalismo. Si este viaja de lo público a lo privado, la sensibilidad viaja en dirección opuesta, de lo privado a lo público. Porque crea una huella sensitiva en el individuo que le impulsa a la acción al exterior. La empatía con el prójimo. La sensibilidad conecta a través de la empatía con la natural sociabilidad del ser humano, que lo liga a la comunidad. Tal es el panorama que describió con encomiable talento y lucidez Adam Smith en su magnífica e inigualable *Teoría de los Sentimientos Morales*.

Que el sentimentalismo tóxico está de moda lo comprobamos en las manifestaciones diarias que nos ofrecen los medios de comunicación. Los medios dan testimonio de la aparición de toda suerte de agraviados y traumatizados, reales e imaginarios, que se muestran como víctimas de la injusticia, con la correspondiente demostración de emociones a flor de piel, demandando adhesión instantánea y telemática. Daniel Giglioli, dice: “parece que quien no tiene un trauma no puede hablar.”⁶² Hoy, la epidérmica y mediática expresión de sentimientos, representa un pequeño triunfo de quien aspira al reconocimiento, por breve que sea. Pero, la paradoja de todo esto, es que sabemos que, quien sufre un trauma verdadero es precisamente quien no puede expresarlo. El traumatizado es silencioso. Porque el trauma anula la palabra y para desatar ese nudo, nada más potencialmente nocivo que la pública exteriorización a la concurrencia. Quien desea ayudar a una persona traumatizada entiende bien que, la intimidad y confidencialidad son la garantía de la contribución más genuina. Las expresiones de solidaridad *express* muestran entonces su naturaleza vacua y superficial. Y peligrosamente manipuladora.

⁶² Giglioli, Danielle., *Crítica de la víctima*., Herder, Madrid, 2017, p. 30.

Es preciso guardar distancia respecto a las representaciones mediáticas sensibleras que inundan nuestra cotidianeidad. Ya lo explica Lipovetsky en su magnífico retrato de la actual sociedad occidental, cuando nos dice que el hiperindividualismo contemporáneo desencadena voluntades de reconocimiento que considera inaceptable cualquier sufrimiento engendrado por los grupos dominantes.⁶³ Si se deniega el reconocimiento de la víctima, estamos ante una opresión simbólica. Esto, se entiende como incompatible con la realización personal. Las múltiples demandas de reparación de daños a las minorías convergen aquí con la espera de reconocimiento público propia de la sociedad individualista. No es que Occidente, por medio de sus estructuras políticas y sociales, haya propiciado el sufrimiento y el silenciamiento del minorizado. ¡Que nadie se atreva a poner en duda el aserto! La auto responsabilización personal y el libre albedrío quedan anulados de antemano, por fuerza de una pauta común admitida como incuestionable. Quien cuestione el escenario, cualquiera que sea su alegación, puede ser tildado con cualquiera de los epítetos que puedan menoscabar su imagen. Los occidentales corremos a adjudicar a nuestro prójimo, que, aunque semejante e igual, creemos que ostenta los nefastos atributos opuestos a la corrección contemporánea de la que no queremos dejar de formar parte.

Quien se ofende más mediática y extravagantemente es quien recibe más atención. El coro de indignados congregado por los medios, alienta a la víctima y la sube al altar mediático. Quien no se molesta por algo, no sale en la foto. Hay que indignarse y ofenderse ante el atropello del ajeno. Así lo demanda el actual manual de buena ciudadanía. La solidaridad ante cualquier afrenta, debidamente demostrada en público se convierte en triunfo. El despiestado y reaccionario optimista, desconocedor de los tiempos

⁶³ Lipovetsky, Gilles., *Tiempos hipermodernos*. Anagrama, Barcelona, 2006, p. 102.

que corren, cualquiera que sea el origen de su optimismo, está hoy condenado al ostracismo. Doble desliz el del optimista. Mostrarse como tal cuando no hay nada de lo que vanagloriarse. Y lastimar con su petulante y egoísta entusiasmo al agraviado de cualquier condición.

La vulnerabilidad expresada en público, espera de antemano la aquiescencia del prójimo. Robert Hughes afirma; “ser vulnerable es ser invencible.” La queja otorga poder, aunque ese poder no vaya más allá del soborno emocional o de la creación de inéditos niveles de culpabilidad social.⁶⁴ El reproche constituye el siguiente escalón tras la queja. Y el siguiente, la deuda. La sociedad contrae una deuda con la víctima de la agresión, que merece una obligación compensatoria. La cultura de la queja reproduce una dinámica sin la contrapartida de la otra mitad que implica la condición de ciudadano –la aceptación de obligaciones-. ¡Me quejo, que alguien me atienda! Emblema del nuevo individualismo justiciero que quiere saldar cuentas con el responsable, quienquiera que sea y aunque nadie sepa dónde esté. Aún y cuando, no se tenga claro el objeto de la queja. Es la queja abstracta y difusa, que señala a la estructura como responsable de las injusticias sobre los inocentes. Doble inconveniente entonces. Si todo el mundo requiere atención por su demanda, no hay público al que interpelar. O lo que es lo mismo, la ambición consiste en aspirar a querellante, pero nunca sentirse concernido respecto a la responsabilidad sobre el perjuicio causado. Y si es así, es porque el sentimentalismo viaja en dirección opuesta al compromiso. El sentimentalismo si algo es, es individualista.

La tradicional disyuntiva política se ejercitaba en torno a la mayor o menor promoción de lo público frente a lo privado. Hoy, asistimos al rocambolesco momento en que se desnatura-

⁶⁴ Hughes, Robert., *La cultura de la queja*. Anagrama, Barcelona, 2006, p. 19.

liza el espacio y sentido de lo público. Ahora, lo público, la política, debe ser expresión de *mi identidad*. Y el activismo de los justicieros sociales, vela para que esa correspondencia se haga efectiva.⁶⁵ Lo político se devalúa en el mercado de los sentimientos. Los debates sortean la controversia creativa, la polémica vivaz que permite el crecimiento. No se pueden herir susceptibilidades. Desterremos la capacidad de encajar cuando uno es interpelado de forma enojosa, o la mera posibilidad de defender argumentos sin más ayuda que las razones que es capaz de esgrimir uno por sí mismo. La coyuntura exige lenguaje coral, que no tenga más común denominador que los Derechos Humanos.

Ahora, se exige la correspondencia total entre lo privado y lo público. La queja clama contra lo público. Lo público debe proporcionar la solución. La justicia lo demanda. Rocambolesca coyuntura por la que los que agitan la bandera de la justicia social trasfiguran ahora la naturaleza de lo público. Lo público era el foro, la comunidad, el interés general, el lugar donde el individuo deja de lado el interés egoísta para abrirse al otro. Ahora, la demanda es que lo público se pliegue *a mí*. Multipliquemos los *derechos subjetivos a cualquier cosa*, en detrimento del bien común. Si lo público era el territorio del compartir, donde la proyección de uno mismo a expensas de los demás, constituía la falta más desconsiderada, ahora, el espacio público es el foro para hacer justicia. Pero para hacer cumplir una justicia privada. El foro precisa satisfacer la demanda privada. Ahora, lo público debe privatizarse en tantas querellas como se dirigen contra aquello que constituye la comunidad.

Con Hanna Arendt habíamos comprendido la distancia que media entre lo privado y lo público. Entre el reino de la intimidad y el reino de la sociabilidad y la acción política. La recurrente querella humanitaria que nos inunda, rompe las fronteras de la

⁶⁵ Lilla, Mark., *El regreso liberal: más allá de las políticas de la identidad*. Debate, Barcelona, 2018, p. 83.

doble condición de ciudadanía. Lo privado era el ámbito para reflexionar. Lo público para debatir, contrastar y compartir. Ahora el espacio público queda resignificado. El espacio público se convierte en espacio *humanitario*. Donde la diferencia constituía el tesoro auténtico de cada quien, ahora lo íntimo conquista la plaza pública y sienta cátedra moral para toda una colectividad de individuos. Pero para una colectividad de individuos que cada vez son más parecidos entre sí. El ágora ya no está para la confrontación dialéctica sino para las grandes manifestaciones de unanimidad compartida. ¡Todos estamos por lo humanitario! ¿Quién está en contra? ¡Que levante la mano! Los vicios solo pueden ser ya atribuidos a alguien que no es *yo*, puesto que, todo está preparado de antemano para que todos, nos sintamos parte de la comunidad humanitaria de querellantes contra la injusticia. Así que todos somos querellantes, y aunque no queramos advertirlo, potencialmente culpables por igual.

La comunidad de querellantes constituye ahora el ágora. Y para la querella se necesitan damnificados. Los medios de comunicación han dado con un filón. Han encontrado un nuevo objeto de reclamo. Una breve aventura existencial acorde a los tiempos que corren. Mostrar a la gente, mendigando solidaridad sentimental en la pantalla. Hoy, la aspiración es estar ofendido. Y si es preciso, exagerar la ofensa a beneficio de inventario. Muchas veces, los ofendidos son los propios presentadores de magazines televisivos, que escudriñan el lenguaje y las imágenes para obtener un motivo de ofensa, como codiciada pieza de caza. Puede ser un adjetivo, una palabra, o cualquier cosa que implique desdén sobre cualquiera encuadrable en una categoría de minorizado. La ofensa otorga el salvoconducto para asimilarse con esa envidiada comunidad imaginaria. Los que están por qué lo público restituya al individuo.

Lo más curioso es que la ofensa es casi siempre, por así decirlo, una ofensa de segundo grado. El despistado tertuliano emite una

opinión sobre sucesos relativos a terceros en un *talk show*. Y viola algunos de los preceptos morales que la corrección imperante entiende inaceptable. Aquí caben tantas razones como motivos de microagresión. Entonces se abre el circuito de la indignación impostada del ofendido de turno, que, pese a no estar concernido, salió de casa con todo el equipaje preparado para ofenderse. El ofendido de segundo grado es entonces quien vela por la dignidad de los oprimidos por cualquier motivo. Con el agravio cometido, cualquiera que sea, se elabora el alegato de defensa, que asegura formar parte del demandante y calimero séquito del ofendido. El ofendido, aunque en realidad, nadie quiera ofenderlo; aunque la ofensa solo nazca de su necesidad de obtenerla; aunque no ostente ninguna condición minorizada; accede con todos los honores a la nueva comunidad de querellantes contra la sociedad, aunque sea por un momento. El ofendido obtiene una fugaz portavocía para reivindicarse como tal. La condición de ofendido otorga sentido. Y ofenderse en público y en directo, asegura la adhesión instantánea y el subsiguiente tuit solidario de los espectadores en la red.

Ha nacido un nuevo derecho subjetivo: *el derecho a ofenderse*. Asistimos a la alborada de una anhelada y apetecida membresía. La que asegura el pase a la comunidad de ofendidos. Lo fundamental es que la injusta y cruel estructura nos resarza. La aspiración es la autenticidad. La pureza moral. Si es mediática, mejor. Que alguien resignifique la afrenta que se ha cometido sobre *mí*. Y que ese alguien, -quien sea-, sienta la censura pública de la comunidad. Porque, los instantáneos ofendidos de todo pelaje y condición, dan por sentado que todo el mundo está de su parte. De parte de la justicia. De forma que, lo queramos o no, todos somos parte de una nueva orwelliana comunidad de querellantes contra la injusticia que ahora, se asume como natural por parte de todo el mundo. Y a la que nadie preguntó si deseábamos pertenecer.

Así que, solo cabe; u ofenderse ante la inadmisibile ofensa; o colaborar con ella. Se derogan el matiz y el grado del desacuerdo. La infinita gama de grises entre el blanco y el negro queda abolida por el justiciero decreto. Con el ofendido solo cabe la solidaridad. Con quien ofende, la pública y mediática reprimenda. Queda abolida toda controversia y posibilidad de debate. La tertulia torna foro de ofensa por excelencia. Allá, se sientan: los que fueron ofendidos, los que ofenden con el lenguaje, y, los que ahora, se sienten ofendidos por causa de la nueva ofensa. Indignarse y reprochar. Los dos motores de la coyuntura. Al fin y al cabo, decir algo, cualquier cosa, puede herir los sentimientos de alguien en algún lugar. Lo que puede dar inicio al desagradable circuito de la queja y de la búsqueda de responsables. El miedo se convierte en el principal obstáculo para todo. Aversión al debate. Miedo a proponerlo. Miedo a opinar.

Entonces, asistimos al momento en que, la rigurosa y ambiciosa pretensión de hacer la perfecta justicia con todos y con todo, conduce al sinsentido de no hacer justicia con nada. El nuevo calvinismo posmoderno, sentimental y humanitario, pretendía la palabra para todos. Pero termina propiciando toda una comunidad de individuos iguales. Cerrando la boca de quien piense en disentir. Y resignificando el espacio de lo público. Si la democracia es deliberación pública es porque el foro implica la necesidad de consultar al que piensa diferente. Y en asumir esa necesidad, no bajo el marchamo de la obligatoriedad, sino como opción virtuosa, como forma de completar el estatus de ciudadanía. Ahora, la coyuntura, nos conmina al achicamiento del espacio público en favor de la privatización de toda una multiplicidad de demandas. Rechacemos la contradicción y el conflicto como eslabones del desarrollo histórico. Asumamos el nuevo modelo cultural del ajuste de cuentas. El espacio público se ha transformado en lugar de condena y purificación.

Si el debate aspiraba al progreso, los tiempos han cambiado. Me quejo. Alguien hizo algo mal. Porque si algo salió mal, es porque alguien hizo algo mal. Aquí, confluyen de nuevo el estructuralista, el tecnócrata y el justiciero sentimental. Todos juntos, posando para la foto y retratando la versión 4.0 del neocalvinismo laico y posmoderno. Busquemos al responsable. Culpable. Saldemos deudas. Así es como mengua el foro público en la sociedad contemporánea. Así es como hoy, se bloquea el espíritu público y el bien común. Y así es como languidece la polémica. La discusión. La controversia. El combate dialéctico vigoroso. Así es como languidece la democracia.

4

La Neovíctima

Nuestra coyuntura mediática es un reflejo del modo en el que el sentimentalismo mediático converge con la extensión de una nueva cultura del victimismo. La neovíctima es la nueva víctima contemporánea que trasmuta la naturaleza de lo público, privatizándolo. Una coyuntura que enfatiza la inocencia y sufrimiento de la víctima y recompensa socialmente a quien asume una identidad a la que alguien ha agredido. Presentarse como víctima es una forma de atraer simpatía y de señalar a los culpables. Pero, en lugar de reforzar el valor interior y la resiliencia, se enfatiza la opresión y marginación de la víctima dejándola al albur de una lógica política que la trasciende. La reproducción de la lógica víctima-verdugo por encima de los intereses de los concernidos, favorece la lucha de opuestos. Esto puede resultar provechoso para quien desea alimentar el combate, pero revictimiza a la víctima. La hace caer en el pozo, a una profundidad mayor de la que estaba.

El principio de la defensa de las víctimas se ha convertido en el nuevo absoluto, como afirma Daniele Giglioli en su gran ensayo

sobre la víctima.⁶⁶ La denuncia visibiliza al oprimido y señala al opresor. Desde luego, esta es una idea que cualquiera con un cabal sentido de la justicia puede compartir. Pero la denuncia no cierra el círculo mimético que vincula a sus protagonistas. Porque la pretensión de justicia de la víctima está separada por una delgada línea roja de la voluntad de poder. Aunque parezca un oxímoron, la víctima puede convertirse en poderosa. Como señalaba René Girard perspicazmente, la única y contemporánea forma legítima de perseguir, consiste en perseguir a un perseguidor.⁶⁷ Resulta paradójico que, para colmar el profundo anhelo de perseguir, haya que nombrar como perseguidor a quien se persigue. Es la víctima quien ostenta ese poder. La justicia se emprende así hoy, persiguiendo a quien se ha nombrado como perseguidor.

Es este un círculo vicioso difícil de romper. La condición de neovíctima otorga el sentimiento de quien ve satisfecho su deseo de reconocimiento. Pero la neovíctima también abraza en su seno la negación. Ocupa el espacio del héroe, que queda relegado y reducido a obsoleto y caduco producto occidental. Los arquetipos del héroe y la heroína del imaginario colectivo retrataban un personaje activo, vital, independiente, enérgico, vigoroso. No solo es sustituido, como ya se dijo antes, por el héroe político aleccionador y consciente de su agenda dicotómica. Hoy, el héroe es eclipsado también por la neovíctima. Los atributos de la neovíctima, fragilidad y sentimentalismo, muestran ahora su potencia negadora. Pero no es necesario pertenecer a una cultura minorizada para ser víctima. Basta cualquier suceso y condición. Nada escapa a la condición de neovíctima, esta atraviesa condiciones de clase y cultura. En el otro lado de la barrera; el opresor, condición impu-

⁶⁶ Giglioli., *Crítica...Op; cit*, p. 30.

⁶⁷ Girard, René., *La ruta antigua de los hombres perversos.*, Anagrama, Barcelona, 2006.

table a cualquiera, y que corremos raudos a adjudicar al prójimo. Hoy, el opresor; es *el otro*.

La neovíctima constituye el no-poder como poder. La negación como afirmación. Conviene detenerse en los perniciosos efectos del poder del no-poderoso. Porque el poder que otorga la condición de víctima, no pasa en absoluto desapercibido para aquellos con ambición de poder.⁶⁸ Existe toda una concurrencia especialmente atraída y tentada hacia todo lo que signifique espolpear la auto flagelación de Occidente. La víctima es el nuevo protagonista. Pero, cuidado, los tiempos han cambiado. La víctima ya no lo es el colonizado, el esclavo, la persona de color. Ahora, la víctima es, sobre todo, potencia de escalada en el combate, cualquiera que sea su condición. La neovíctima es el nuevo héroe que ahora se presenta como negación. Querellante contra los efectos que la dominación occidental ha provocado sobre las personas, cualquiera que sea su forma. Si Occidente entendía a la víctima como sujeto de reparación y reinserción, ahora, la esencia de la víctima es su poder de la negación. La neovíctima se torna entonces, en algo más turbio e inquietante. El martillo pilón con el que se golpea a la atormentada conciencia occidental. Porque la víctima es el rastro, la huella que manifiesta la opresión de la civilización occidental, falaz y presuntuosa, que se denuncia.

El sentimentalismo se funde con el lenguaje dicotómico propiciando un pseudo humanismo de nuevo cuño que aspira al ajuste de cuentas. Ya dice Pascal Bruckner que, jugar el papel de la víctima es "dotarse del doble poder de acusar y de reclamar, de lanzar el oprobio y mendigar."⁶⁹ De forma que redactamos la demanda con el listado de perjuicios que nos corresponden como ciudadanos, para hacer fructificar aquellos contra las estructuras de poder que los hicieron posibles. Fuego a discreción contra los

⁶⁸ Giglioli., *Op., cit*, p. 42.

⁶⁹ Bruckner., *La tiranía... Op., cit*, p. 122.

responsables de nuestras desdichas, y con quienes colaboran, lo sepan o no, tomando por buenas las instituciones occidentales como si no pasara nada. Si ellos son los responsables, deben saldar deudas con los agredidos. Y si lo son, y no lo saben, entonces habrá que abrirles los ojos, y aprenderán a no serlo más.

René Girard, el más competente entre todos, en el análisis sobre el deseo mimético de la naturaleza humana, nos dice que la víctima se mimetiza con su victimario, para convertir a este en víctima, por medio de su discurso querellante. Siendo justos, es posible –y necesario–, romper el mimético círculo entre verdugo y víctima. Se trata de escucharla, repararla y reconocer su lugar, como sujeto de igual dignidad que los demás, sea cual fuere el daño que se le infringió. Este es un rasgo característico de las políticas de reparación de víctimas en los países occidentales. El escenario se cierra con el restablecimiento de la víctima, que deja de serlo para no verse perpetuada en tal condición. Nada más dañino y pernicioso que pertenecer al gremio de las víctimas de manera indefinida.

Occidente rescata a la víctima, y la restaura para insertarla en la comunidad. Pero, para quien atiza el fuego del discurso justiciero, la víctima no tiene la necesidad de analizar e interpretar nada. La víctima encuentra en el victimismo la propia nevatura de su constitución auténtica. Entonces, se hace preciso diferenciar entre víctima y el discurso de la neovíctima. Aquella es la damnificada de un suceso. Este, la toma de conciencia política respecto al daño producido. El victimismo instrumentalizado constituye un peligroso discurso que reelabora la identidad. Entonces, la víctima lo es en una doble condición. Primero como perjudicada. Después porque su discurso, le otorga un poder hacia la estructura a la que hace responsable del daño. Pero el victimismo más nocivo, no es el que pone en funcionamiento la víctima enojada y atormentada por el trauma. Esta, merece silencio y consideración, aunque no

se comparta su discurso. Es el victimismo dirigido y manipulado como resorte para el chantaje emocional, en espera de un rédito final que se cosecha más allá de los intereses de los concernidos.

El discurso acusatorio, corrosivo y aleccionador, no aspira a la reparación. Las andanadas han sido lanzadas haciendo estragos, para reclamar después, aquello que solo era posible antes de haberlas lanzado. No se espera la restitución; sino el combate. No existe ya la víctima como *persona*, queda rebasada por el *discurso* de víctima. El discurso, el lenguaje victimario y tóxicamente sentimentalista es la artillería. El rostro, la persona, queda eclipsada por la batalla de fuerzas oponentes. Ya no se trata de la historia personal de la víctima. Se trata de oponer. De una dinámica en la que, el lenguaje desplaza el cuerpo, singular y genuino. La persona ya no tiene cuerpo, ni nombre, ni rostro. La persona ya no merece tal nombre. Ha pasado a ser la víctima. Pero la victimización, es un bálsamo efímero, una humillación más sobre la persona, una segunda servidumbre que se suma a la primera. Desde el momento en que el rostro, queda reducido a mero artilugio de negación, percibimos ya el eco bélico de los tambores de la lucha dicotómica. Así es hoy, el escenario del conflicto cultural, donde lo epidérmico es la persona minorizada y lo sustantivo, la forma en que esta alimenta una batalla que trasciende sus intereses.

Los justicieros proclaman la diversidad cultural a viva voz, enumeran y divulgan las drásticas demandas que comportan -casi siempre- la *capitis deminutio* para los culpables. Por la justicia, todo está justificado. Pero su querrela encierra a sus representados en una misma celda. Donde las víctimas son reducidas a una misma categoría de negación. De forma que la variedad del colectivo, queda sometida a una sola voz. La de sus más interesados interlocutores. Extraña hegemonía, que nadie atiende ni denuncia. La de los auto proclamados como máximos defensores de las víctimas, los que con más ahínco y empeño dicen pelear por los

humillados. Y curioso procedimiento el de los liberadores posmodernos, acaudillar todas las causas sociales para hacer pasar a toda una multiplicidad de víctimas por el mismo embudo. El que señala a Occidente como culpable de todos sus padecimientos.

En julio de 2020, un manifiesto publicado por un gran número de intelectuales norteamericanos promovido por el filósofo Mark Lilla y firmada entre otros, por los científicos Steven Pinker, Noam Chomsky, la activista de Derechos Humanos Margaret Atwood o la escritora feminista Gloria Steinem, mostraba su rechazo a la cultura de la cancelación.⁷⁰ Reivindicaban profundizar en la justicia racial y social y en una mayor igualdad e inclusión en el país, pero, alertaban sobre la intensificación de “un nuevo conjunto de actitudes morales y compromisos políticos que tienden a debilitar nuestras normas de debate abierto y de tolerancia de las diferencias, en favor de una conformidad ideológica.” Los firmantes se mostraban críticos con los despidos de editores por publicar piezas controvertidas, la prohibición de la edición de libros por motivos ideológicos; el veto a periodistas o la investigación arbitraria de la actividad profesional de profesores acusados de colonialistas y racistas. Finalizaban el manifiesto expresando que el rechazo a “cualquier elección entre justicia y libertad, que no pueden existir la una sin la otra. Como escritores, necesitamos una cultura que deje espacio para la experimentación, la asunción de riesgos e incluso el error”.

La congresista demócrata por Nueva York, Alexandria Ocasio-Cortez respondía públicamente al manifiesto en su cuenta de Twitter exponiendo que “la gente que es cancelada de verdad, no es la que publica sus ideas en los grandes medios”, añadiendo que “son aquellas personas que les ha sido negado sus derechos para expresar sus ideas: los defensores de los Derechos Humanos de los palestinos, los abolicionistas, los anticapitalistas y los antiimperio-

⁷⁰ “A letter on Justice and Open debate”. *Harper's*. 20 de julio 2020.

listas” y “no los que quieren jugar a ser abogados del diablo con sus derechos en las columnas del *New York Times*”. En el manifiesto de los intelectuales, había toda una pluralidad de sensibilidades políticas. Personas de izquierda, de derecha, feministas, afroamericanos, asiáticos, defensores de las minorías... La reacción de Cortez muestra el modo en el que el hábito de *hablar en nombre de otros* se instala por encima del debate genuino. En lugar de entrar al debate, Cortez atribuye a los firmantes la condición de clase dominante y se atribuye la portavocía de los derechos de palestinos, antiimperialistas y anticapitalistas. El debate –mejor dicho, la ausencia del mismo-, deviene identitario. No se trata ya de lo que *se dice*, sino de lo que *se es*. Se rechaza el contraste de ideas para establecer una dicotomía entre quienes están por la justicia y quienes “colaboran” en el ocultamiento de esa lucha por la justicia.

Según Cortez, los firmantes escriben en las columnas del *New York Times* –periódico conservador-, extendiendo esa postura ideológica a todos los firmantes, la mayoría de ellos, por lo demás, simpatizantes del polo político opuesto. Por descontado, la trivialización funciona. Lanzar el estigma sobre aquellos que manifiestan que no hay que estigmatizar, y hacerlo, además, en nombre de los estigmatizados. Y de paso, hace buena la sentencia de René Girard: hoy, solo se puede perseguir a quien se ha nombrado como perseguidor. Para lo cual, sea lo que sea, se precisa identificar al otro, como un perseguidor. Toda una forma de consolidar posiciones, enquistarlas y condenarlas a la lucha de opuestos, cualquiera que sea el objeto de debate. Del *no debate*, a tal efecto.

La inviabilidad del debate, condicionado por el pensamiento dicotómico tiene mucho que ver con el enconamiento de la política norteamericana durante los últimos años. El pensamiento dicotómico obliga al repliegue dialéctico donde los argumentos consisten en la estigmatización del interlocutor. Las cosas se mantienen como eran. Se diga lo que se diga, la controversia, se filtra a través

de los prejuicios, que no hacen sino confirmar lo que se juzgaba. ¿Para qué escuchar al otro, cuando atesora todos los *ismos* que son adjudicables al occidental? El sesgo de confirmación constituye así, el patrón del debate político. Y el patrón se extiende de manera preocupante a lo largo y ancho de las democracias occidentales. Quien cuestione la cultura de la cancelación, actúa en contra de la justicia social. Representa los intereses de quienes perpetúan la exclusión de las minorías. Quienes discrepan de los códigos de microagresión, incluidas aquellas feministas –acusadas hoy de machistas-, que abrieron camino a sus discípulas, o de personas con una larga trayectoria en la lucha por los Derechos Humanos –señalados hoy, de manera pública como racistas-, defienden una libertad de expresión arbitraria e interesada.

Y de ser así, es porque es una idea de libertad que se pensó solamente para *el hombre blanco occidental*. En palabras de la activista social Peggy McIntosh, “debemos identificar y admitir los privilegios que tienen los blancos. Estos se benefician de las estructuras, obteniendo un poder que “no se han ganado por sí mismos”.⁷¹ Pero si buscamos defendernos de las acusaciones de los justicieros, que ya nos categorizaron en colectivos sin preguntar, tampoco podemos invocar el derecho a la diversidad en nuestra defensa. El activista Michael Harriot, advierte sobre la falacia que implica apelar a la libertad de expresión y de pensamiento cuando de lo que se trata es de la justicia social. Porque, cuando es en contra de ésta, aquella no es más que una excusa que emplean los dominadores para perpetuar sus ventajas.⁷² Así que,

⁷¹ McIntosh, Peggy., “White Privilege. Unpacking the invisible knapsack.” *Peace and Freedom*. Julio-agosto, 1989.

⁷² “La diversidad de pensamiento es el único tipo de diversidad que están dispuestos a defender. Realmente no quieren ningún tipo de diversidad. Quieren dominio. La diversidad de pensamiento es solo la supremacía blanca en camisa de franela. Es una expresión para mantener la misma estructura de poder blanco que siempre ha existido. Los hombres blancos

Harriot toma un nuevo paso en el camino de la justicia social. Y nos aporta el argumento definitivo para discernir cuándo es procedente abolir la libertad de expresión.

De forma que los representantes de las minorías se arrojan la defensa de la libertad de expresión, y su pureza más refinada y auténtica, inalcanzable para el resto de los interesados occidentales. Tenemos el panorama despejado. Respecto a los problemas y conflictos que inundan nuestra existencia, solo caben dos protagonistas en la escena. Los que están por solucionarlos de manera íntegra y equitativa y los que no, de acuerdo a sus más ocultos y espurios intereses. Ya dice Finkielkraut que el mundo actual está periódicamente sujeto a innumerables ataques de robespierrismo.⁷³ Occidente encuentra la horma de su zapato en los Derechos Humanos. Enarbolados ahora con el frenesí jacobino de los justicieros que pueblan las universidades norteamericanas, cuyo modelo se quiere exportar a otros lugares.

Los justicieros afirman que las respuestas a los actos de justicia social en los campus, son reacciones de los poderosos, que ven en peligro sus privilegios. Nuestra ofuscada e ilustrada mente, busca beneficiar al prototipo: el hombre –no la mujer-, el occidental –en exclusiva-, y el heterosexual –solamente-. Un artículo de hace unos años de la activista de Carolina del Norte, Sandra

mediocres gobiernan el mundo, y la única forma en que pueden seguir haciéndolo es inventando un universo alternativo ficticio donde ellos son la clase oprimida. En su versión artificial de la realidad, son discriminados, no porque sean propagandistas incondicionales que malinterpretan los hechos, sino porque son víctimas de la agenda liberal. No ven su racismo, sexismo y homofobia como incorrectos porque “diversifican el pensamiento” al desempeñar el papel de intelectuales defensores del diablo. Traducido del inglés. “La diversidad de pensamiento es un eufemismo para el supremacismo blanco”. Michael Harriot. *The root*. 4 diciembre, 2018.

⁷³ Finkielkraut., *Lo único exacto*. Alianza, Madrid, 2017, p. 184.

Korn,⁷⁴ mostraba un sugerente encabezamiento: “Renunciemos a la libertad académica en favor de la justicia”. Su autora advertía sobre la obsesión con la libertad académica, y explicaba que “después de todo, nadie tiene plena libertad de investigación y publicación”, porque “las investigaciones que obtienen financiación y los trabajos que se publican dependen siempre de prioridades políticas.” Para Korn, si la comunidad universitaria combate el racismo o el heterosexismo, no cabe objeción en el nombre de la libertad académica. Por lo que propone un concepto de “justicia académica”, que se imponga al de “libertad académica”. Para Korn, solo renunciando a una defensa obsesiva de la doctrina de la libertad académica, se puede considerar más eficientemente lo que es justo. Korn nos proporciona un nuevo salto cualitativo para la justicia inmaculada. Nos ilustra ahora sobre cuando debe ser considerado virtuoso suprimir la libertad académica. Todo sea por acceder a la más completa de las justicias, incluido ir perdiendo una a una, nuestras más sagradas libertades por el camino.

El discurso alimenta la supresión de la libertad académica en el nombre de la justicia, como la máxima expresión de lo que es el servicio público. Lo que no deja de ser una apuesta por redefinir de la subjetividad humana. Los justicieros afirman que no existe una “libertad académica *pura*”. Pero el más elemental raciocinio objeta que tampoco existe una “justicia *pura*”. La de los justicieros, no la es. Desde el momento que solamente están interesados en escudriñar el modo en el que son tratadas las minorías en las democracias occidentales. A los justicieros no les interesan el modo de vida de las minorías en los países dictatoriales. O por lo menos, no llega hasta nosotros, noticia ninguna de su indignación por el modo en que son violados sus derechos en las dictaduras. De forma que el argumento de que no se puede reivindicar la libertad académica

⁷⁴ “The doctrine of academic freedom. Let’s give up on academic freedom in favor of justice”. *The Harvard Crimson*, 18 febrero, 2014, Sandra Korn.

porque esta no ha alcanzado su más refinada pureza, se puede esgrimir directamente contra quien lo emplea. ¿Están los justicieros, los suficientemente comprometidos con las minorías del planeta, para que no sospechemos de su interesada manipulación? Porque, si la respuesta es negativa, encontramos las mismas objeciones respecto a su defensa de la “justicia académica”, que encuentran ellos respecto a la tan denostada “libertad académica” de los países democráticos. Si de lo que se trata es de acusar a la democracia por su condición imperfecta, empleemos el mismo razonamiento con respecto a aquellos que escudriñan hasta el detalle, para destacar la falaz condición y naturaleza de nuestros más valiosos derechos fundamentales. Nos va la democracia en ello.

El objetivo de los activistas radica en presentar a las víctimas de las democracias occidentales, como una fuente de agravios y defenderlos de la manera más incendiaria posible. Ya advierte Douglas Murray alarmantemente que; “su deseo no es remediar, sino dividir; no aplacar, sino inflamar; no mitigar, sino incendiar”.⁷⁵ El nihilismo igualitarista y justiciero de nuevo cuño pretende saldar cuentas con todo. Pero su radar es selectivo. Se guarda la justicia social perfecta, impoluta y virginal, para ponderarla con la realidad de los países democráticos. Los justicieros no luchan solamente para liberar a las minorías, también para descolonizar nuestras mentes, llenas de prejuicios. Pese a nuestra ingrata y desagradecida resistencia, permanecemos inconscientes sobre el modo en que nos rescatarán de nuestros convencionalismos más reprimidos.

Pero la justicia social es un objetivo demasiado noble como para entregárselo a los agresivos exclusivistas que se autoproclaman como sus más rigurosos defensores. La ambición por la justicia social, y la no exclusión del diferente, jamás implicó la limitación de las libertades que proclaman los justicieros. Impedir

⁷⁵ Murray, Douglas., *La masa enfurecida...Op., cit*, p. 232.

el debate, reducirlo a un combate de identidades o desvalorar la razón y el entendimiento como instrumento para construir comunidad, jamás fue el medio que emplearon aquellos que hicieron germinar la tolerancia ideológica en Occidente.

Que colectivos minoritarios que se sienten excluidos por la condición que sea, puedan defender su voz allá donde sienten que es restringida, es virtud cívica. Pero pongamos la lupa sobre unos códigos de microagresión, que engarzan con la filosofía de la sospecha, y que lucen el distintivo sello de lo dicotómico. Porque es entonces cuando pierden su sentido genuino, para convertirse en instrumento de lucha. Quienes así lo hacen, desplazan los intereses personales de las personas minorizadas, que quedan subordinadas al interés de un combate colectivista. Lo que queda no es ya inserción del minorizado, o la aceptación comunitaria de la injusticia que se cometió respecto a aquel. Sino el cuadrilátero. El espacio para el combate entre contendientes, en el que solo uno de ellos posee la conciencia clara sobre la razón para la que fue construido: la lucha aquí, ahora y en el futuro, en toda forma y condición contra el sistema de libertades. Los justicieros pretenden restringir la libertad de expresión para subordinarla a otras supuestas libertades que no vemos aflorar por ninguna parte. Pero, ya sabemos que ningún proyecto verdaderamente liberador, recortó las libertades de hoy, como condición para ampliar y fortalecer las del mañana. Hace tiempo que el viejo Occidente nos aportó las certezas necesarias para comprender el aserto.

Nunca se insistirá lo suficiente en nuestras escuelas que las personas, cualquiera que sea el colectivo al que pertenecen, no deben estar orgullosas por *lo que son*, sino por *lo que hacen* en su vida. Hicieron falta muchos siglos de derramamiento de sangre para llegar a comprender tan elemental aseveración. Y la tradición occidental nos ha proporcionado la conciencia clara sobre ello. Los colectivos son para hacer más libres a las personas. Nunca

para subordinarlas a una lucha, que, bajo la legítima bandera por su reconocimiento, las reduzca a mero instrumento de negación. Es entonces cuando el rostro de la persona se difumina bajo el pretexto de quien dice defender sus derechos mejor que nadie. Es entonces cuando la denostada tradición occidental nos enseña y conmina a desconfiar de aquellos que nos salvan por encima de nuestros propios intereses y necesidades.

CUARTA PARTE DE LA FILOTIRANIA

Ha permitido que el tirano Eros se aposente en su alma y gobierne todas sus inclinaciones (...) las viejas ideas que él juzgaba justas, cederán el paso a las otras que sirven de satélites al amor. Estas ideas, antes, no se manifestaban sino durante el sueño, en aquel tiempo en que la democracia reinaba aún en su alma; pero una vez que fue tiranizado por Eros, no retrocederá ante el horror de ningún crimen, de ningún deleite ni obra, sino que Eros, que en él vive y conducirá al desdichado que lo lleva en su seno, como el tirano conduce el Estado, y le hará atreverse a todo para alimentarse de deseos turbulentos.

La República, libro IX, III. La vida del hombre tiránico.
Platón

1

Eros

Según Weber, el compromiso del político se balancea entre dos éticas: una de convicción moral, y otra de responsabilidad.⁷⁶ La primera se refiere a los valores, la segunda, al empleo de los medios para el bien común, una vez se ponderan los intereses ciudadanos en conflicto. Pero existe otra dimensión que trasciende aquellas. Una pulsión, un impulso psicológico que proviene del inconsciente y contra el que nadie está vacunado: *el deseo tiránico*.

Sócrates concedía una gran importancia al sentido práctico en la vida. El esfuerzo por aprender, a partir de los azarosos avatares de la existencia, fomenta el conocimiento de uno mismo. Y cuando la persona se conoce a sí misma alcanza, la virtud. De este modo, es natural que su filosofía sea una especie de espeleología interior. Sócrates no se prodiga en la especulación abstracta. Interroga y busca dentro de la persona los misterios más insondables de la existencia. Todo es búsqueda y experimentación. Si uno logra conocerse, conoce el mundo. No es necesario ir lejos para alcanzar el secreto de las cosas.

⁷⁶ Weber, Max., *Política como vocación*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2013.

Si la filosofía aspira a discernir la frontera que separa la tiranía de la democracia, hay que escarbar en uno mismo; en el autoconocimiento. La tiranía no está fuera. Está dentro de cada ser humano. Y brota allí donde se encuentran las inclinaciones totalitarias que anidan en él. La inclinación tiránica surge de la fuerza del *eros*. El *Eros*, teorizado por Freud, el instinto de vida, opuesto al *Tanatos*, instinto de muerte. La tiranía es erótica. Se presenta como la culminación del deseo ideal de colmar los instintos de dominación y expectativas de poder. Y nadie está completamente a salvo de ese oculto deseo. El inocente y desinteresado ofrecimiento del portador del anillo de poder a la dama élfica, Galadriel, en la versión cinematográfica de *El Señor de los anillos*, probablemente sea una de las representaciones artísticas más sintéticas y perfectas de ese eros tiránico al que me refiero. Una idea socrática, que el maestro ateniense nos legó para la eternidad.

Nietzsche acusa a Sócrates y Platón de haber marchitado el impulsivo y amoral espíritu griego y la fuerza vital de la cultura dionisiaca anterior a ellos. La sabiduría y la virtud, preconizadas por Sócrates y Platón, encorsetan la vida y la impiden vivir plenamente. Platón con su dualismo de separación cuerpo y alma, restringía, según Nietzsche, la existencia. Pero Sócrates no hace metafísica cuando habla de la tiranía. Se remite a las oscuridades más profundas del inconsciente. Nos apela a enfrentarnos a esa pulsión tiránica que reconocemos sin esfuerzo en el prójimo, y que no se identifica con la misma soltura respecto a uno mismo. Son los demás quienes nos advierten de nuestra tiránica pulsión. La gran perspicacia de Sócrates radica en cómo percibe que el eros, el que crea la vida, puede volverse contra uno mismo a través del orgullo o la vanidad. El valioso tesoro socrático consiste en discernir que la tiranía se produce cuando la persona se convierte en esclavo de su eros. En el instante en que coloca sus deseos por encima de las necesidades del pueblo. Y con ello, nos enseña que

la democracia nunca resultará de la soberbia o el egoísmo. En entender que se ha descifrado y penetrado en su sentido verdadero, inalcanzable para los que nos rodean. Que tampoco la democracia estribará en aleccionar a nadie sobre sus atributos más perfectos. O en amaestrar las candorosas conciencias de los demás en provecho propio. Sócrates nos lega que la democracia comienza a construirse en las profundidades de uno mismo. En la batalla que ha de emprenderse contra las propias pulsiones tiránicas.

Pero para esa batalla, se cuenta con la ayuda de un poderoso aliado: el autoconocimiento. Cuando surge la pulsión *filotiránica*, que todos llevamos dentro, como la denomina Mark Lilla, el autoconocimiento es el gran aliado para aplacar y controlarla. El hombre o la mujer dominado por el eros son como quien comete la locura por amor. Pierde la templanza y el don de la oportunidad. Desea obtener la mayor autoridad, el más incuestionable poder. Decide bajo el influjo de sus impulsos inconscientes, que lo dominan. Su pretensión de absoluta soberanía, esconde su dependencia del eros. Para la acción política se precisa reconocer, afrontar, moldear y controlar el impulso tiránico. Mark Lilla resume de manera perfecta las virtudes del político democrático cuando dice, que “en política no es vergonzoso fracasar mientras se consiga permanecer libre del impulso hacia la dominación.”⁷⁷ Un impulso que se reconoce en no pocos intelectuales y políticos. Para Sócrates, solo mediante la humildad se puede llegar a reconocer el eros tiránico que anida en nosotros. Autoconocimiento como meta y humildad como medio para llegar a él. La fórmula mágica que nos propone el inmortal maestro condenado a muerte para alcanzar la virtud. ¿Podríamos aventurarnos a afirmar que este filosófico legado no es más que palabrería periclitada, totalmente prescindible para los tiempos que corren?

⁷⁷ Lilla., *Pensadores temerarios*. *Op., cit.*, p. 181.

¿Dónde buscar al tirano? ¿Dónde escudriñar para obtener el elixir de la democracia? Sócrates lo responde para nosotros. En nuestro interior. Allá se encuentra el principal enemigo de la democracia: la filotiranía. Así, nosotros somos el principal aliado y el principal enemigo de la democracia. El eros no se conforma con imponer la voluntad interna a lo externo. Aspira a hacerlo de manera total y satisfactoria, de manera absoluta. De ahí que, el eros rebasa los límites de la razón, el juicio, o el interés general. Deseamos imponer nuestra voluntad al exterior porque disfrutamos de un sentimiento de plenitud. Pero, esta pulsión no es la que impulsa al ciudadano a la construcción de la *polis* de Aristóteles. Cuando se guía al eros hacia fines públicos surge la acción política, como la teorizó Hannah Arendt. Y entonces, en la proyección al exterior, una vez el ciudadano ha domesticado su pulsión tiránica, contribuye al espacio público con su participación. Porque el foro público es el foro de la democracia por excelencia. La democracia o es pública, o no es democracia. El espíritu público implica el sentimiento de plenitud que se experimenta con la satisfacción existencial, compartida en comunidad. Pero si nada de eso ocurre, si la pulsión tiránica se impone al autoconocimiento, esa misma fuerza puede dominar al sujeto y propiciar la perdición de toda la comunidad. En ese caso, el rumbo del eros es el contrario. Persigue la plenitud, pretendiendo que lo externo se pliegue al deseo interno. Si la ciudad griega es foro político compartido, el lugar donde el ciudadano logra colmar su instinto societario; la fuerza tiránica del eros, la filotiranía, desea que el foro entero se pliegue a sus anhelos individuales más profundos. A toda costa. Y, sin importarle las consecuencias. El autoritarismo y la tiranía prescinden de lo público, de la democracia. Lo público deja de ser el ágora para convertirse en el espacio multiplicador de las pulsiones más escondidas de quien ostenta el poder y desea acapararlo para sí.

La filotiranía logra proyectarse hacia fuera por medio de un político de rasgos psicológicos definidos. Anne Applebaum, en un ensayo en el que disecciona el modo en que la democracia actual se escora hacia el autoritarismo, afirma que existe un tipo político que desea un gran impacto exterior, una perturbación radical, que satisfaga el sentimiento interior de imponer su criterio a cualquier otro que no sea el suyo. Es lo que denomina el *anhelo de caos*.⁷⁸ Para las conciencias que anidan ese anhelo, el caos no es la perdición, sino un atractivo existencial que brota de lo más oculto de la personalidad. Un autoritarismo escondido en la psique, que recela de la complejidad de la existencia, y que más allá, desdeña el acuerdo y la negociación propios de la democracia, como método para afrontar la divergencia.

Es un político que confía en su propia capacidad de ocurrencia e improvisación. Desprecia el debate político, y se encomienda a su propio ingenio para encontrar la solución de los conflictos que enfrenta. Ese instinto, que considera infalible, es a su vez su camino de auto afirmación y realización existencial. Los medios de comunicación son su territorio predilecto. El canal donde el discurso torna efímero y superficial, pero comprensible para el ciudadano común, por medio del mecanismo de la simpatía. El improvisador, encuentra su constitución auténtica cuando transita la demarcación inexplorada. Se siente protagonista de la novedad, como el pionero que busca nuevos territorios donde explotar su facultad y potencia. Pero, la sensible diferencia del aventurero con el político, es que este lleva la comunidad tras de sí, y la conduce. Entonces, se perciben los peligros del prototipo. Porque cuando el anhelo del caos es el dinamismo que mueve al político, nos percatamos de que detrás de la ocurrencia y los grandes discursos, no se halla más que el ofuscado, que, obnubilado por

⁷⁸ Applebaum, Anne. *El ocaso de la democracia. La seducción del autoritarismo*. Debate, Madrid, 2021, p. 92.

sus propias certezas, confirmadas por la lisonja del subalterno, no es más que un ser que gatea a tientas.

Si la democracia elimina la incertidumbre, con toda su potencia de concertación, todo lo que refuta el espíritu público, estimula al político que anhela el caos. Desdeña el convenio. Le irrita lo dialógico. La pulsión privada y unilateral, son su único y singular pertrecho. Cuando el improvisador genial, ocurrente y telegénico, hace de la democracia el territorio para satisfacer sus anhelos más particulares, es el pueblo quien sufre las consecuencias más nefastas. Pero, el protagonista no será quien asuma el resultado de sus decisiones. Porque, quien desdeña el espíritu público, se desentiende antes que nadie de los frutos de su irresponsabilidad. Así que, cuando acontece el desastre, es el mismo pueblo quien es señalado como culpable. Es el instante en el que, la democracia es castigada por los propios mecanismos humanos que mancillan el ideal. Es entonces cuando la democracia sufre las consecuencias de aquellos que, desde su pedestal, jamás se dignaron a rebajarse a entender en qué consistía. Y, con ello, contribuyen a desacreditarla de manera insensata para nuestros descendientes.⁷⁹

La democracia, aspira a organizar, limitar el poder, repartir y compartirlo. El eros filotiránico, a paladear sus triunfos en la más acaparadora soledad. Esa es la razón por la que muchos tiranos viven sus últimos días en un estado de enojo y desesperación. Col-

⁷⁹ Anne Applebaum llama la atención sobre este paradigma en los casos de Polonia y Hungría, donde mensajes de corte simplista y emocional son la base del éxito de una política peligrosamente autoritaria. Jarosław Kaczyński y Victor Orban habrían sido capaces de desarrollar esta línea autoritaria en base a premisas políticas admitidas por parte de la sociedad, que son muy poco verificables. En el caso de Polonia, que el accidente aéreo de Smolensk donde murió el hermano del líder del Partido *Ley y Justicia*, fue realmente un atentado contra Polonia y no un percance aeronáutico. En el caso de Hungría, Orban ha hecho de su línea dura contra la inmigración el eje de su política doméstica, cuando prácticamente no han llegado inmigrantes al país magyar.

mados sus instintos completamente, por muy dispares que sean los caminos recorridos, entonces todos ellos, encuentran distintos argumentos para una misma conclusión. Todo el mundo les abandonó. Nunca lograron ascender a la premisa de que quizás fue que, ellos, jamás estuvieron con nadie. Maquiavelo, el príncipe de la razón utilitaria, encontró un final que refuta todo el arte de la política que, según sus ardientes defensores, logró concebir como nadie. No llegó a comprender a tiempo como, los que fueron más astutos que él, lograron propiciar su caída. Y, entonces, solo entonces, se avino a la razón moral, cuando ya era demasiado tarde.

El legado de Sócrates es inmemorial. No hay peculio en el mundo, para compensar esa clarividencia psicológica de un ser humano del siglo V a.C. El maestro de Platón nos conmina a permanecer vigilantes con nosotros mismos, con la clara conciencia, de que toda nuestra potencia afirmativa puede quebrarse hacia el lado equivocado. Nos muestra que la democracia no consiste en una idea, con la que podemos especular más o menos. O que solo esté al alcance de unos pocos elegidos en el extremo de la erudición. El maestro ateniense de la mayéutica, nos descubre la sorprendente vinculación entre el cuerpo humano y la democracia. La tiranía es lo contrario a la democracia. Porque la perversión del eros, convertido en filotiranía, implica la pérdida del ser humano y puede implicar la pérdida de toda la sociedad en su conjunto.

Podemos percibir el aroma filotiránico en todo discurso conducente a lo categórico y lo concluyente. Se percibe en los actuales discursos antidemocráticos en las sociedades occidentales. El discurso que considera a los representantes del pueblo como una casta, o como monigotes de poderes en la sombra. Las protestas públicas por la redundancia de convocatorias electorales. Los discursos totalizantes y simplistas de fenómenos complejos. Y, lo peor; la incesante atracción hacia modelos donde los problemas “se resuelven,” bajo los estandartes de la técnica y la eficacia. Si hoy, vivimos tiempos de languidez democrática y de seducción

filotiránica, no es porque la sociedad estime los regímenes totalitarios más atractivos. Aún no hemos transitado el camino para tan fatal conclusión. Sino porque el impulso filotiránico converge con las frustraciones políticas más contemporáneas. Entonces, nuestros problemas encierran un germen más profundo, más allá de señalar al político responsable y emplearlo como chivo expiatorio de todos nuestros infortunios existenciales.

La querrela contra el ágora está formulada. Lo público, lo dialógico, la concertación cuesta esfuerzo, tiempo y debate. Pero hoy, el tiempo es lo que no se concede. No hablemos demasiado de los problemas, evitemos su dilatación. Se trata de resolverlos, no de prolongar su duración. Los sujetos y los elementos integrantes de la cultura hipermoderna confluyen en el mismo punto. Hay que resolver. Y hay que hacerlo de manera rápida y comunicada. Los ingredientes de lo público eran la palabra, la persuasión, el interés social, el sosiego... Hoy son la eficacia, la rapidez, lo efímero.

Abandonamos a Sócrates y recurrimos al ocurrente. Dejamos de lado a Arendt y escogemos al fontanero de los problemas. Renunciamos a Erasmo para elegir al joven perpetuo y telegénico. Desde el momento en que lo público queda reducido al cálculo de variables que pretenden rebasar la complejidad humana, se abren los portones para que circulen toda clase de especialistas de distinto pelaje y condición que muestran ufanos, el contemporáneo y actual distintivo a la concurrencia: eficacia. Vocablo que representa hoy, todo aquello que merma y mengua lo público. Pero ni el asesor, ni el fontanero, ni el telegénico tuvieron en el horizonte elevar el espíritu público. Hoy, se requiere arreglar el entuerto. Si posmodernos, neoliberales y tecnócratas conformaban la extraña convergencia que desdeña la democracia, los filotiránicos, es decir, todos nosotros en potencia, nos sumamos gozosos al conglomerado. En el contexto actual de apostasía generalizada contra la política y su clase dirigente, todos juntos integramos ahora *el concordato de lo operativo*. Lo que “funciona”.

2

China y pandemia

¡Que lección está dando China a Occidente en la gestión del COVID-19! He aquí una de las expresiones más recurrentes en los medios de comunicación entre 2020 y 2022. Huelga decir que los medios occidentales, aunque comprometidos con la democracia, están igualmente comprometidos con la cultura de la autodenigración. ¿Qué le sucede al occidental para que, en tiempos de pandemia, en pleno fragor autodenigratorio, se enfrasque a glosar las asiáticas virtudes del compromiso y la eficiencia? Nos topamos con un llamativo contrasentido. La habitual y contundente crítica de los occidentales hacia sus políticos, se torna en alabanza cuando se trata de países no occidentales. La pregunta resulta retórica. Ensalzando las virtudes chinas, se denigra a su máximo opositor; el liberal y democrático Occidente.

Muchas son las cábalas que se hacen con respecto al origen de la pandemia mundial. Una de ellas, la de imaginar que hubiera ocurrido, si el COVID-19 hubiera escapado de un mercado o de un laboratorio occidental. Se hace difícil imaginar la magnitud de la ola autodenigratoria en los medios de comunicación.

Además de exigirse responsabilidades políticas –algo consustancial a la democracia-. El cierre de filas de los chinos ante el confinamiento era virtuoso, marca distintiva de la responsabilidad y el compromiso social de los asiáticos. Pero nadie aludió a lo sencillo de aplicar medidas de coerción extremas como el confinamiento domiciliario de la población, en un país donde la policía no debe dar cuentas ante nadie. La autodenigración obligatoria nos conmina a aquello que ya es una evidencia antes de que ocurran los hechos. En China fueron juiciosos y responsables. Allá fueron rápidos. Y eficaces. En Occidente, ofrecimos una elocuente muestra de dilación, ineficacia e insensatez, propias de nuestra egoísta e individualista civilización.⁸⁰

⁸⁰ Un artículo del diario digital *AraInfo* de marzo de 2020 resultaba representativo del pensamiento dicotómico que reserva todo lo degradante para Occidente, y lo virtuoso para los países de régimen de verdad oficial: “Una pandemia mundial requiere de decisiones rápidas y, por tanto, centralizadas y de gobiernos fuertes no sujetos a intereses económicos, sino sociales. Las empresas privadas no han movido un dedo para hacer frente a la pandemia, ya que requiere paralizar su actividad y, por tanto, su beneficio. Los gobiernos no han tenido valentía para oponerse a estos intereses hasta que la gravedad del asunto -y gracias al ejemplo de China- ha vencido las resistencias. En este interín, se han perdido dos o tres semanas que hubieran ralentizado el avance (...) La propagación de la pandemia se ha producido por los ricos, por aquel colectivo que viaja frecuentemente y que tiene dinero para ello. Han transportado el virus por todo el planeta. No es casual que los más afectados sean los países occidentales. Los países del tercer mundo, aquellos cuyos ciudadanos son tratados como alimañas cuando intentan llegar a los países occidentales en busca de una vida decente, han reaccionado cerrando sus fronteras para evitar que los occidentales les infecten. 70 países han cerrado sus fronteras a los españoles, por ejemplo. Justicia poética claman algunos. (...) El coronavirus iguala a ricos y pobres; ha colocado a las personas por encima del dinero, a lo colectivo sobre lo particular, a la solidaridad sobre el egoísmo y a la economía al servicio de la sociedad -y no al revés, como hasta ahora-; cierra las casas de apuestas; defiende a gobiernos y servicios públicos frente a las grandes empresas; nos está enseñando que la vida sigue sin nuestra acelerada -y sin sentido- vida moderna; y ha activado una colaboración internacional

China se demoró tres semanas en proporcionar datos sobre la propagación del virus en su país en diciembre de 2019. Canceló los vuelos en el interior del país, pero no hizo lo propio con los vuelos internacionales. Algo, que, a simple vista, no parece ser un modelo de prevención y cautela para los demás. Pero la Organización Mundial de la Salud, alabó su actuación de manera fervorosa, poniéndola de ejemplo a ojos del mundo. Su director general, el etíope Tedros Adhanom, explicó en rueda de prensa, que no era necesario restringir los viajes desde China al resto del mundo. Pero, cuando la epidemia llegó a Occidente, sus mensajes mediáticos fueron bastante menos ecuanímenes y benevolentes con respecto a los países y mandatarios occidentales. La OMS lo tenía claro. Si China había sido un modelo de gestión sanitaria diligente y responsable, Occidente era el paradigma de la ineficacia y la descoordinación. Y parece, que la OMS necesitó muy poco tiempo para tan contundente diagnóstico. Por así decirlo, siempre existe el oculto impulso de reprender al occidental al mismo tiempo que se ensalzan las virtudes de cualquiera que pase por el lugar. Cualquier excusa es válida, lo mismo da, con tal de que el resultado final, conlleve la siempre agradable sensación que se experimenta con la jibarización del occidental. Impulso que, desde luego, también anida en los dirigentes y tecnócratas de la OMS. Algunos de ellos con un pasado político muy poco comprometido con el cuidado de la salud del prójimo.

Pese al hermetismo chino inicial, que propició que se perdiera un tiempo valioso, y mientras el virus se expandía en aquel país de manera irremediable, los occidentales debíamos aprender de la diligencia con la que gestionaron la crisis. Los tan eficaces chinos

que ni la ONU había conseguido -la donación de medicamentos cubanos a China, de material y expertos chinos a Italia y España o la petición de médicos de Lombardía a China, Cuba y Venezuela, por ejemplo-. El coronavirus nos está dando una lección de democracia.” <https://arainfo.org/coronavirus-una-leccion-democratica/>

permitieron visitar el mercado y los laboratorios de Wuhan, separados por unos pocos kilómetros de distancia, a los técnicos de la OMS, 15 meses después del inicio de la propagación del virus. ¡15 meses! Ese fue el tiempo que necesitaron para iniciar una investigación sobre su origen. Claro que, después de que las dos instalaciones se hubieran desinfectado de un extremo a otro. Si lo que buscaban los técnicos de la OMS eran vestigios del virus, lo que es para investigar, poco quedó. Desde luego, si tan eficaces son los chinos, deberíamos otorgarles la eficacia, también para borrar cualquier rastro que pudiera apuntar a su negligencia.

La OMS afirmó en enero de 2020, que el virus no se podía transmitir de humano a humano, al tiempo que China reconocía solamente dos decesos por una “neumonía.” Pero Taiwán había advertido a la OMS en varias ocasiones, y durante esas fechas, de que tenía datos que indicaban que la transmisión entre humanos se estaba produciendo. De hecho, China parecía muy interesada en taponar toda salida de información relativa al número de muertes que se estaban produciendo a consecuencia de un virus desconocido. Un informe de *Amnistía Internacional*⁸¹ sobre la actuación de China durante la pandemia, dice que un elevado

⁸¹ Dice el informe: “El defensor de los Derechos Humanos Chen Mei y otras dos personas que participaban, como él, en el proyecto *Terminus2049* fueron detenidos en Pekín e incomunicados de sus familias sólo por haber recopilado y archivado información pública acerca de la pandemia. A principios de 2020, desaparecieron Chen Qiushi -abogado y periodista ciudadano crítico- y Fang Bin, residente en Wuhan, tras haber informado sobre el brote y publicado en Internet imágenes de vídeo grabadas en hospitales de Wuhan. En la fecha de la redacción del informe, seguía sin conocerse su paradero exacto. El 28 de diciembre de ese mismo año, la periodista Zhang Zhan fue condenada a cuatro años de cárcel por informar sobre la COVID-19 en Wuhan. Pasó más de tres meses con grilletes las 24 horas del día y, según la información recibida, fue torturada y alimentada a la fuerza tras haberse declarado en huelga de hambre”. “Informe de Amnistía Internacional, 2020-2021 sobre China”.

número de periodistas y activistas fueron víctimas de actos de hostigamiento y prolongadas detenciones en régimen de incomunicación sólo por haber compartido información sobre la COVID-19 en las redes sociales durante aquellas fechas. De lo que se deduce, que ya desde el inicio, las autoridades detenían o infligían castigos a quienes revelaban información sobre el brote viral. La dilación, el ocultismo y la represión sobre personas que lo único que querían era, ayudar. El desastre. Todo un espejo en el que mirarse, como sostenía la OMS.

Pero, para la mayoría de medios occidentales, la gestión china nada tiene que ver con estos epítetos. En primavera de 2020, un importante diario digital se preguntaba en una de sus ediciones; ¿Combate mejor China la pandemia por ser un régimen en el que el Partido Comunista impone su dictamen sin oposición?

⁸² El artículo se hacía eco de que un numeroso grupo de asesores sanitarios chinos iban a acudir a Italia, importante foco de la pandemia, para colaborar en su contención. Uno de los entrevistados afirmaba que, “gracias a China vamos por delante”. Explicaba el modo en que la estrategia del PCCh había consistido en convertir la crisis en una oportunidad para demostrar la superioridad de su modelo de gobernanza. Y añadía que “los errores iniciales intentó corregirlos con decisiones posteriores audaces y contundentes. Las medidas adoptadas han asombrado a muchos.” Afirmando, que “la recuperación rápida de la normalidad situará a China como un ejemplo y beneficiará su influencia política mundial”. Internacionalmente, China extendía el mensaje de que, una vez resuelto el problema en su territorio, se mostraba dispuesta a ayudar más allá de sus fronteras. Otro artículo del *Observatorio de la Política China*, llamaba la atención sobre cómo, “en la experiencia china, que en los próximos años puede ofrecer lecciones

⁸² “Así ha luchado China contra el coronavirus”. *El Independiente*, 14 de marzo, 2020.

de mucho interés económico, sociológico y político, se pueden concretar evoluciones de alcance universal.”⁸³

Los medios de comunicación se preguntan sobre si la dictadura permite resolver la crisis sanitaria más eficazmente que la democracia. Pero, no se cuestionan si el autoritarismo es precisamente, el catalizador de la expansión del virus sin remedio. Ya sabemos cómo se las gasta la dictadura al menor atisbo de información que pueda señalar las fallas del sistema. Los medios no se interrogan acerca de si la dictadura resulta un peligro para la salud de la población. Al revés. Detectamos en las terribles taras de la democracia, un impedimento para promocionar el cuidado de aquella. ¿Cabría imaginar un titular de esta naturaleza? “¿Podría haberse combatido el virus más eficazmente si China hubiera sido una democracia?” Pero, sentimos que la elucubración no despierta erótica de ningún tipo. La oikofobia y la filotiranía, nos conducen a atribuir la improductividad a la democracia y el rendimiento a la dictadura. Toda fecunda y apriorística virtud a esta. La tacha sin remedio, a aquella. Todo ello es indicador del antioccidental que llevamos dentro que nos conduce al aciago razonamiento de manera inevitable.

Todo esto, es representativo de lo que se pudo leer durante los primeros meses de la pandemia. Las noticias subrayaban la contundencia y efectividad de las medidas implementadas por China. Y el ejemplo de solidaridad que proporcionó a los resabiados y egoístas occidentales. China envió a sus más reputados científicos, -cuando se trata de una dictadura, la ciencia es muy respetable, damos fe de ello-, a prestar su desinteresada y humanista ayuda a los responsables sanitarios italianos, superados por la magnitud de la pandemia en el norte del país. Nos hacemos eco de la sólida preparación de los científicos chinos que acuden

⁸³ “La prosperidad común de Xi Jinping”. Observatorio de la Política China. 30 de septiembre, 2021.

a socorrernos, pero sin mostrar interés sobre la suerte que han corrido algunos de ellos por señalar a los líderes políticos de su país, por haber querido meter el virus debajo de una alfombra. Curiosa tasación moral, la que agradece la solidaridad de los científicos que provienen de la dictadura, y se desentiende sobre la suerte que corrieron muchos de ellos respecto a sus más elementales libertades. Estimamos el apoyo y el auxilio médico. Pero, mucho más, cuando ha recibido el salvoconducto de la dictadura para ayudar a la negligente democracia, para mostrar a vista de todos, la inoperancia consustancial a su naturaleza.

Observamos, además, que los chinos, ven en la pandemia una oportunidad para demostrar su superioridad política en la gestión de todo un modelo exportable de gobernanza. Ni pensar en levantar la mano para criticar a los organismos públicos de aquel país. Debemos estarles agradecidos. El peso de la coyuntura nos conmina a sentarnos, mirar, aprender y aplaudir. Lo que han hecho los chinos, también lo podemos hacer nosotros. Sus “audaces decisiones” pueden traspasar culturas y fronteras. Así que, el modelo chino de eficacia sanitaria es exportable a todo el planeta. ¿Pero, no es este el más reaccionario de los imperialismos? Nuestra denigrada conciencia occidental no solo lo niega, sino que, además, afirma que el tan magnífico modelo de gobernanza coadyuvará a la influencia mundial de China sobre los habitantes de la tierra. Influencia que se presenta tan provechosa y productiva para el género humano. Las fronteras de la épica son superadas cuando se llega a afirmar que las evoluciones de ese modelo pueden implicar “evoluciones de carácter universal”. Son tan ontológicamente extraordinarias que nuestra limitada capacidad de fantasía no puede ni imaginarlas. La magnífica gestión sanitaria china nos proporciona los vestigios para la conjetura.

Las coyunturales limitaciones de los derechos de reunión y circulación dan paso en Occidente, a todo tipo de protestas y ri-

diculizaciones respecto al celo exagerado de nuestros representantes institucionales para impedir el contagio de la ciudadanía. Pero las obligatorias y perpetuas limitaciones de los mismos derechos, son sinónimo de parabién generalizado respecto a China. Si tan comprometidos estamos con las libertades, deberíamos glorificar el hecho de que los occidentales las tenemos con todas sus garantías, por encima de la voluntad de quienes nos gobiernan. Y si pretenden restringirlas, aún tenemos la tutela judicial efectiva que las ampara. De forma que, el exigente y disconforme ciudadano respecto a las incomodidades que ha comportado la limitación de nuestro derecho de circulación, siempre ha tenido la esperanza de que algún tribunal le proteja de la arbitrariedad. Pero, pasémoslo por alto. Señalemos el confinamiento oriental como virtuoso y paradigmático ejemplo de solidaridad ciudadana. Abordemos el occidental, desde la premisa que no solo los representantes políticos que pusieron coto a las libertades por la coyuntura, lo hicieron deficientemente. Que los ciudadanos vieron limitadas todas sus posibilidades de disfrute. Y, que la población secundó las medidas de confinamiento de manera negligente y temeraria, con el tradicional egoísmo que caracteriza a los occidentales.

Se quiera o no reconocer, existe un tácito afán generalizado de desligar el virus de China. Ese mismo afán se manifiesta en dirección contraria y de forma expresa, cuando de lo que se trata es de señalar a los países occidentales por su incompetencia para combatirlo. Algunas voces atrevidas, comenzaron en el inicio de la pandemia a referirse al agente patógeno como el “virus chino”. En seguida salieron los portavoces de la democracia verdadera a advertir sobre lo agresivo de la denominación. Emplear tan estigmatizante locución suponía toda una difamación a la sociedad china en su conjunto. Era del todo inaceptable incurrir en semejante afrenta chinófoba. Los medios de comunicación compraron el argumento y evitaron el enunciado. Pero, la piel fina se convirtió en paquidér-

mica cuando, un tiempo más tarde, se desarrollaron las diferentes cepas. La cepa británica, la cepa sudafricana y la cepa india. Además de que, eran más peligrosas que la “china” -para la comparación, se podía emplear el adjetivo-. Entonces no hubo llamamiento alguno a considerar la estigmatización sobre ciudadanos británicos, indios y sudafricanos. Debían aceptar estoicamente una denominación análoga a su obligatoria penitencia.

Australia tuvo la osadía en junio de 2020, de pedir públicamente una investigación mundial sobre China, ante las sospechas de que ocultaba datos incriminatorios. La propuesta duró lo que tardó China en incrementar el arancel sobre la carne y el cereal australianos. Las pérdidas económicas que se podían derivar de una guerra comercial con China, fueron motivo suficiente para acallar similares atrevimientos futuros. Pero nadie vio entonces, una suerte de sojuzgamiento, de imperialismo económico de China sobre Australia. Nadie tuvo la ocurrencia de reivindicar el derecho a pedir información de los australianos, o el derecho a la salud de la población mundial, por encima de los intereses económicos de los estados o las corporaciones. Y es que, las más irreverentes y manipuladoras acciones sobre el mercado, se convierten en inexistentes cuando son emprendidas por la dictadura.

La pandemia ha contabilizado, según un recuento de la Universidad John Hopkins en septiembre de 2022, más de 6,5 millones de personas fallecidas y más de 600 millones de infectados en el planeta. Resulta sorprendente que no se convoquen manifestaciones de protesta a escala mundial, ante el atropello que supone que aún, no sepamos de manera exacta, ni donde, ni cómo, ni porqué, se originó el brote de semejante histórica tragedia. Y esto ocurre en el mundo globalizado, donde la racionalidad operativa y tecnocrática que lo mide todo, exige la exactitud ante cualquier tipo de acontecimiento que altere mínimamente nuestras vidas. Para todo, se emplea hoy el microscopio técnico que dará lugar al

informe del pope hipermoderno; *el experto*. Para conocer dónde y porqué se inició la tragedia, no. Esta falta de miramiento, de desprecio de las autoridades chinas hacia la ciudadanía mundial, que tiene el derecho a la información veraz sobre todo ello, queda en una especie de limbo informativo para los medios de comunicación. Nadie señala esto como escandaloso. Ya sabemos que, si todo esto hubiera tenido como responsable a cualquier país occidental, las cosas hubieran sido totalmente distintas. Las manifestaciones hubieran colapsado las calles. Lo natural en cualquier ciudadanía vacunada contra cualquier atropello arbitrario por parte del poder.

Lo inadmisibles de todo esto es la demostración de indulgencia generalizada para con China en una tragedia de magnitudes históricas. Ante la oleada de muertos en el planeta, hoy asumimos la negligencia, el desinterés o la opacidad como si la cosa no fuera con nosotros. Los occidentales, debemos guardar silencio cuando el dossier sobre el origen del virus revela vaguedades e indeterminaciones impropias de nuestra sociedad tecnocrática. De forma, que hagamos como que no ha pasado nada. No caigamos en el supremacista acto de menoscabar la integridad de un país que no es occidental. Ni democrático. Nuestro impostado humanitarismo, adobado con la minuciosidad y severidad característicos de quienes corren a señalar y marcar a la democracia a la menor de sus incongruencias, se refugia en el mayor de los mutismos, que ni siquiera se altera en el momento en que reparamos en la sobrecogedora cifra de fallecidos: más de seis millones de personas.

Pero detengámonos en Occidente, que es lo que excita y seduce al antioccidental. A mayor abundamiento en autodenigración; como fruto del truco de magia con el que se extrae el conejo de la chistera, escuchamos por boca de algunos referentes mediáticos occidentales, el rocambolesco argumento de que este virus es una especie de maldición, a modo de recordatorio, como consecuencia de nuestro desenfrenado modo de vida con-

sumista. Nuevamente la cantinela del consumo para explicar las calamidades que pueden sobrevenir al ser humano. Del concluyente argumento anticapitalista se viaja al animismo más primitivo en lo que se tarda en escribir un titular. La autodenigración permite esos saltos epistemológicos cuando se trata de jibarizar al occidental. De modo que, debemos aceptar la aberración de atribuir el egoísmo a toda una colectividad -pocos argumentos más prejuiciosos y excluyentes se nos pueden ocurrir-, la occidental, que es consumista y egoísta, frente a las demás, que no lo deben ser. Pero el virus no hace distinciones, entre opulentos consumistas y quienes no lo son. Aunque, ya sabemos, por las estadísticas, que la incidencia de la pandemia, también en Occidente, ha sido mayor en aquellos lugares donde la pobreza es más severa.

Pero, para mayor disgusto del antioccidental que todos llevamos dentro, Occidente comete el gran pecado de conseguir una vacuna en tiempo récord por medio de un laboratorio norteamericano. La farmacéutica *Pfizer*, con sede en Nueva York, afirmaba que produciría millones de dosis a velocidad industrial, y proveería de dosis suficientes a la población a lo largo de 2021. Al gigante americano se le unieron Moderna, Astra-Zeneca y Janssen. Pero, lo abominable, además, consiste en el hecho de que los laboratorios son privados. Semejante velocidad y contundencia solo es atribuible a un plan diseñado por Occidente, para propagar el virus -surgido en China-, y surtirnos con la vacuna a un módico precio, que logrará el enriquecimiento de unos pocos occidentales. Con lo que, la tesis de la maldición sobre Occidente, cede protagonismo a un plan diseñado previamente por la industria farmacéutica, que implica el sacrificio de millones de seres humanos. Virus y vacuna son las piezas de la misma maniobra de intereses económicos a gran escala, urdida por Occidente. El molde de un virus surgido en un país asiático dictatorial y de vacuna producida en un país occidental y democrático, consti-

tuye plato de difícil digestión para nuestra conciencia autodenigratoria. Desechemos la navaja de Ockham. Otro más de los prescindibles principios filosóficos de los occidentales para aproximarnos a los problemas.

Pero la realidad muestra la evidencia, de que la falta de controles de seguridad e higiene del mercado de Wuhan propició la liberación del virus -la tesis oficial-. Cuando no, que el virus escapara de un laboratorio en el que se estaban realizando pruebas bacteriológicas como sugieren otras fuentes más suspicaces. El caso es que aún no lo sabemos. Y nadie se escandaliza por ello. Que un régimen hermético no advirtiera al mundo del peligro que entrañaba el virus, y que temporizara con el problema, solo es posible de la única forma con la que se hace en los países donde la democracia no existe. Con la ley del silencio. Allá no está permitido el sofisticado lujo occidental de la autodenigración. China mantiene intactas las estructuras que aseguran el poder para una clase dirigente, que permanece invisible a los radares de los tecnócratas de la OMS, tan esmeradamente consagrados a la reprimenda pública y, cuyo inclemente juicio se reserva para las democracias occidentales. Puestos a escoger referentes asiáticos, la OMS podía haber escogido a Taiwán o Corea del Sur, cuya gestión de la pandemia, esta vez sí, resultó responsable y transparente. Pero entonces nos topamos de nuevo con la contumaz evidencia que nos negamos a manifestar. Taiwán y Corea del Sur son dos países de régimen parlamentario y democrático. Por tanto, el éxito debe quedar oportunamente silenciado.

Los noticiarios occidentales emitían las imágenes de un hospital chino construido en tiempo récord, ante el encandilamiento de informadores y cronistas de toda condición. La gestión hospitalaria occidental era un desastre, pero en China, nos daban una lección – una más-, acerca de cómo engendrar instituciones sanitarias a todo trapo. Ya nos decía Revel, que los adelantos occidentales son con-

siderados elementos alienantes en sus democracias, y se convierten en sinónimo de buena vida y de éxito político en los países totalitarios.⁸⁴ De modo que la nevera de última generación, el aparato que mantiene la temperatura de los productos para el consumo y la alienación más capitalista, se convierte en un país dictatorial en la confirmación más clara de avance y bienestar ciudadano. Y demostración de que el gobierno, aunque no sea elegido por el pueblo -hay cosas más importantes-, no deja de pensar en la calidad de vida de sus ciudadanos. El occidental admira absorto la máquina de hielo, nueva versión del “Gran Salto Adelante” tecnológico y la comodidad alternativa. Cuarenta años después confirmamos la aserción de Revel. El nuevo hospital occidental, será algo exiguo. Nos adelantamos al popular veredicto. Tarde. Mal. Insuficiente. Algún familiar sale beneficiado. Si es chino, estaremos ante el arquetipo; el zénit de la gestión sanitaria. La expresión más contundente de que en China se ocupan verdaderamente de la salud de sus ciudadanos, no como en Occidente.

Sin que hayamos llegado nunca a conocer el número de decesos que se ha producido en el país asiático, todos los argumentos han confluído en el mismo punto. ¡Cuánto tiene que aprender Occidente de China! Detengámonos a observar la más evidente realidad: virus mortal propagado en país oriental dictatorial, vacuna producida en las democracias occidentales. El problema nació en un país carente del mínimo rigor en los controles de salud alimentaria. La solución, allá donde la industria farmacéutica se afanó desde el comienzo y a toda prisa, en la búsqueda de una solución profiláctica. Pero el antioccidental se apresta diligente a encontrar el motivo concluyente, por el que los laboratorios occidentales han dado con la solución. La gallina de los huevos de oro.

Todos estos razonamientos para enfrentar la realidad son la expresión del mandato impuesto por el antioccidental, antes

⁸⁴ Revel., *La tentación; op., cit.*, p. 40.

siquiera de poner en funcionamiento el más primario sentido común. Y es que, el antioccidental dirige nuestro raciocinio hacia donde lo desea conducir. Todos los argumentos son válidos a la hora de saldar cuentas con nosotros mismos. Incluidos aquellos con los que no estaríamos de acuerdo si los antagonistas fueran otros, o el objeto del debate fuera diferente. Y si eso es así, si no encontramos argumentos para defender los más elementales principios de la democracia frente a la dictadura, es porque no satisfacen nuestras pulsiones autodenigratorias. Nada está vedado a este contumaz empeño de los occidentales. Tampoco el desprecio a la lógica. Pero llegados a este punto, sabemos ya que cuando aquella se enfrenta al inconsciente, sale perdiendo. El antioccidental se encarga de enviar la munición necesaria a la razón, para que elabore el informe que le satisfaga. Si decíamos que los posmodernos someten la realidad a la ideología, para hacer bueno el aserto, nos bastamos a nosotros mismos. Solo que, a diferencia de ellos, nosotros no llegamos a nuestra nefasta conclusión a través de los más complicados y alambicados argumentos. Y si eso es así, si la autodenigración desdeña la razón, es porque la energía de la culpa discurre por circuitos más profundos y sinuosos.

Con el ejemplo chino nos encontramos nuevamente la extraña alianza, la curiosa simbiosis entre socialismo chino y neoliberalismo *Chicago style*. La doctrina neoliberal se caracterizó, desde su surgimiento, por asumir el papel activo que podía tomar el estado en el reforzamiento y apuntalamiento del mercado. Los Rustow, Hayek, Lippmann, Von Mises y compañía, entendieron que la época del *laissez faire* estaba periclitada. Estado y mercado debían ir de la mano. Aún sigue extendido en el imaginario colectivo la idea de que el neoliberalismo exige el adelgazamiento del estado. También en esto son selectivos los neoliberales. Si es para ayudar y dinamizar el mercado, no.

China, presenta un estado y un gobierno graníticos para vigilar y someter las recetas neoliberales a los dictados del presidente Xi Jinping. Cuanto más fuerte es el gobierno, más puede velar por la fortaleza del mercado. Eso es lo que ha ocurrido en China. Hacer circular el capital, crear y extender mercados, siempre de la mano del estado. El estado conserva así, la condición más nefasta del comunismo. La represión de las libertades. Y el rasgo más funesto del neoliberalismo. Achicar el sentido de la libertad, reduciendo su esencia a la libre circulación de capital a toda costa, con la garantía del estado. La variante de “comunismo neoliberal” -empleemos el provocativo oxímoron-, recibe los parabienes de todo tipo de instituciones occidentales, que acuden con diligencia a felicitar a los chinos por tan enormes progresos para la humanidad. Una gran aportación la de China, menguarnos como civilización, ante su más que manifiesta y virtuosa superioridad política, técnica y moral. Y, de paso, domeñar el sentido de la libertad hasta el sentido más rebajado en que se puede entender aquella, manteniendo intactos todas las estructuras de la dictadura. Y todo ello, con el benévolo aplauso de Occidente.

Todo eso ocurre unos años después de que, durante el XIX Congreso del Partido Comunista de China en 2017, el presidente Jinping declarase que, para desarrollar el modelo de socialismo chino, era preciso reforzar el control de la ciudadanía, debido a los problemas de corrupción que propiciaba la liberalización económica. La prensa oficial china, se esforzó durante aquellas fechas en subrayar los desastres causados por lo que denomina, sistemas democráticos multipartidistas “de confrontación,” en contraste con su armoniosa “democracia de consenso.” Al compás de las medidas económicas de crecimiento, China da una vuelta de tuerca a los mecanismos de control ciudadano y político. China, que ocupa el puesto 175 en una lista de 180 países, en la Clasificación Mundial de la Libertad de Prensa para el año 2022, de la

organización *Reporteros Sin Fronteras*, es calificada por esa organización como “la mayor cárcel de periodistas del mundo, con al menos 118 presos, en condiciones que hacen temer por sus vidas”.⁸⁵ Los parabienes hacia el gigante asiático coinciden con el *aggiornamento* del maoísmo más ortodoxo, con el capitalismo más controlado del mundo, dejando funcionar al mercado hasta el límite fijado por los detentadores de las verdades únicas.

Pero si en Occidente, aspiramos a ser especialmente rigurosos con el respeto de las minorías, la fascinación por el crecimiento chino debería terminar allá donde empieza la frontera del pueblo uigur. En la actualidad, se piensa que cerca de un millón de personas de esta etnia musulmana, están recluidas en campos de

⁸⁵ *Reporteros Sin Fronteras* recopila cifras que demuestran que China está alcanzando niveles sin precedentes de cibercensura. La Administración del Ciberespacio de China -CAC-, una entidad supervisada personalmente por el presidente Xi Jinping, ha puesto en marcha en los últimos años una amplia gama de medidas directamente enfocadas a los 989 millones de usuarios del internet chino. Con un ejército de censores y un sofisticado uso de nuevas tecnologías, el régimen controla la circulación de información cerrando páginas web, impidiendo del acceso a direcciones IP, filtrando webs y bloqueando palabras clave en las redes sociales. Estas tecnologías fueron ampliamente utilizadas por el régimen para reprimir las críticas después del brote de COVID-19 en 2020. China tiene el 22% de internautas del mundo. En 2020, China se gastó 6.600 millones de dólares en censurar internet. El aparato de censura de internet empleaba a 2 millones de personas en 2013. Cifra que ha aumentado los últimos 8 años. En el año 2020, el gobierno chino cerró 130.000 cuentas de redes sociales y más de 12.000 webs. Más de 2.000 palabras relacionadas con el COVID-19 desencadenaron la censura en *WeChat*, la red social más popular de China, que agrupa al 73% de los internautas chinos. La CAC emitió 3.200 directivas confidenciales y 1.800 memorandos a trabajadores de propaganda local y medios de comunicación para ocultar el alcance del brote de COVID-19. Documento “Día mundial contra la censura en internet: las cifras de la cibercensura en China”. 12 de marzo, 2021. *Reporteros Sin Fronteras*. <https://theconversation.com/political-shifts-in-china-raise-questions-about-local-development-of-western-business-schools-84722>

reeducación en China, destinados a cambiar sus creencias políticas y religiosas, y donde son forzados a redactar ensayos de autocrítica y modificación de conducta. El genocidio del Tíbet, no existe para los privilegiados montañeros occidentales que pueden acceder a sus icónicas montañas, que rara vez se interesaron por el exterminio programado de aquel pueblo. El foco de la crítica, tan afilado y pertinaz cuando se trata de defender a las minorías por la exclusión a las que son sometidas por los occidentales, no alcanza para estas culturas perseguidas, y que están avocadas, si el tiempo no lo remedia, a la extinción cultural.

Un informe estadounidense y canadiense, fechado en 2021, afirmaba que la política del gobierno chino en la región de Sinkiang contra los uigures, violaba la Convención sobre el Genocidio de 1948.⁸⁶ Desde 2014, año en que Xi Jinping lanzó la “Guerra Popular contra el Terrorismo” en Sinkiang, los programas de intervención del gobierno chino sobre aquel pueblo contienen expresiones como “concentrar a la población”, “eliminar por completo”, “destruir de raíz y rama”, “romper su linaje, romper sus raíces, romper sus orígenes” o “erradicar el tumor”. Existen numerosas pruebas que evidencian que esos programas persiguen la eliminación de toda una comunidad religioso-cultural de rasgos diferenciados que vive en el interior de su país. Se ha procedido al internamiento masivo de la población uigur bajo estricta confidencialidad, con medidas concretas para impedir que la información sobre lo que ocurre llegue al exterior. Las autoridades promueven los matrimonios Han-Uigur, y aplican la sistemática estrategia de esterilizar por la fuerza a mujeres uigures e internar a los hombres en edad fértil, para impedir la capacidad

⁸⁶ *The Uyghur genocide: an examination of China's breaches of the 1948 Genocide Convention*. Newlines Institute for Strategy and Policy – Raoul Wallenberg Centre for Human Rights. March, 2021.<https://theconversation.com/political-shifts-in-china-raise-questions-about-local-development-of-western-business-schools-84722>

regenerativa del grupo, lo que evidencia el propósito de destruir biológicamente al grupo étnico como tal. De forma simultánea, China comenzó a construir una vasta red de internados y orfanatos estatales para agrupar y confinar a los niños uigures a tiempo completo, incluidos los bebés, separándolos de su núcleo familiar. A estos mismos niños se les ha despojado de todo vínculo con la cultura de su pueblo y son custodiados por personas que tienen como mandato educarles de acuerdo a los valores de la cultura Han. Las autoridades han demolido mezquitas y lugares de culto de los uigures, y han detenido a los líderes de movimientos políticos o simples representantes de la cultura de ese pueblo por el simple hecho de manifestarla en público.

El ominoso silencio respecto a los musulmanes uigures, contrasta de manera sorprendente con el especial celo que muestran muchos occidentales respecto al problema de la islamofobia. Cuando la islamofobia se produce en suelo occidental, queremos decir. Porque, parece que a nadie le interesa la islamofobia cuando esta se produce fuera de Occidente. Más aún, se colabora con ella o se pone en práctica directamente, si es necesario. Así, se pueden leer artículos en la red sobre lo reaccionario y retrógrado que es el pueblo uigur. Muchos de los autores de tales generalizaciones reduccionistas en las redes sociales, extienden atributos personales a toda la colectividad, como si las personas uigures, fueran todas iguales por su condición uigur. Y, quienes incurren en la islamofobia más manifiesta, son los mismos que escudriñan el lenguaje para descubrir el mínimo vestigio de supremacismo occidental en los discursos. Mientras aquellos musulmanes son abandonados a su suerte en China, son estigmatizados por los mismos occidentales que arremeten contra las instituciones y las sociedades occidentales por su islamofobia. En Occidente contamos con observatorios ciudadanos sobre la islamofobia sufragados desde el erario público, cuyos radares, no rastrearán la

estigmatización de los uigures en la red. No se trata, no, de que, en Occidente, nos relacionemos con las minorías como lo hacen los chinos. Bastaría con que los chinos trataran a las suyas con solo una parte del miramiento a como lo hace Occidente. No se trata de que nos convirtamos en lo que ellos representan. Sino de que ellos consideren humanos a quienes pertenecen a la especie. Con eso sería suficiente.

Nuestra época se pretende la era de los Derechos Humanos para todos, independientemente de su condición. Pero la defensa del minorizado termina allá donde acaba la frontera que separa el sistema occidental del totalitario. Porque los detractores antioccidentales dejan de interesarse por los grupos minorizados en las dictaduras, a la vez que, exprimen sus causas y derechos hasta la última gota contra las instituciones occidentales de los países donde viven. Así que, la defensa de las minorías y los Derechos Humanos constituye en un caso, un interesado ejercicio de negociación. Y en el otro, la forma por la que los occidentales ajustamos cuentas con nosotros mismos. Occidente se dice pacifista y antibelicista. Pero se guarda la munición para emplearla contra sí mismo. Al mismo tiempo que aclama y aplaude a países que emplean la suya -la de verdad- contra sus propios ciudadanos minorizados. Resulta difícil imaginar oikofobia más intensa que la que se denuncia.

Y, es que, el modelo chino es virtuoso. Pero el problema es como nombrarlo. Por fortuna, aún no ha llegado el momento en que brote de nosotros el ensalzamiento de la dictadura de manera expresa y elocuente. De ahí, que se omita la palabra comunismo para no relacionarlo con ella. Pero, tampoco hay lugar para ensalzar el neoliberalismo. No sea que se le conceda una baza por lo que se dicen grandes avances del país. De ahí, ignorar la palabra neoliberalismo. Entonces, ya tenemos una palabra para designar a China. Y la palabra es; China. A secas. De forma que todos los convocados al fervoroso aplauso comunitario, quedan satisfe-

chos con una nomenclatura que tranquiliza y contenta a todas las partes por igual. De eso se trata. Comunistas, neoliberales, tecnócratas, posmodernos y filotiránicos se encuentran entonces, en el singular cruce de caminos de tan dispares caminantes, que nadie vaticinó con la brújula de la ideología. Los demás occidentales acuden de comparsa al aplauso y la loa fervorosa, sin tener del todo claro a donde puede conducir el convenio. Pero con la íntima convicción de que aplaudir a lo contrario de lo que es la democracia occidental, conduce indefectiblemente hacia lo fructífero y provechoso para la comunidad.

Por lo tanto, dediquémonos a elogiar cómo el pueblo chino ha accedido a bienes y servicios de manera masiva en las últimas décadas, como una expresión de la modernización del país. Sin detenernos, -aquí no-, sobre el lugar semi feudal que ocupa la mujer en China, o las bolsas de pobreza extrema en el país, que nadie parece atender con el mínimo interés fuera de China -ya que dentro no se puede-. No tenemos noticia sobre cómo se combate la exclusión social en China. Pero las loas generalizadas hacia el modelo, deslizan de manera implícita que lo deben hacer realmente bien. El neoliberalismo occidental es pernicioso. El neoliberalismo chino no es neoliberalismo. Deduzcamos entonces, que el neoliberalismo chino no es tan pernicioso como lo es el neoliberalismo occidental. O finalmente; que solo aceptamos moral y políticamente el neoliberalismo cuando es una dictadura de izquierdas quien lo controla a beneficio de inventario del Partido.

Pero fijémonos en un aspecto más interesante y sutil. El aspecto oculto y no explicitado del asunto. Lo que se entrevé es que, la democracia occidental no es operativa. Lo que se le opone, funciona. O lo que es lo mismo; lo totalitario funciona. La democracia eterniza los problemas y encima, no los resuelve. El eros tiránico sublima lo que no es occidental y se acomoda con todo mensaje denigratorio respecto de nuestra democracia. De

forma que, por mor de ensalzar las virtudes chinas del mercado y la dictadura, convenimos en que lo realmente rechazable de la sociedad occidental ya no es el mercado como decía Marcuse, el reclamo publicitario como denunciaba Baudrillard, o el neoliberalismo como proclama el posmoderno Byung Chul-Han ante el aplauso de la concurrencia. Sino la democracia y las libertades. Ya está desbrozada la genealogía de nuestro estado de cosas. Hemos localizado los dos grandes pecados imperdonables de Occidente. La democracia. La Libertad. Las dos grandes vergüenzas por las cuales agachamos la cabeza antes los demás.

Estamos ante una euforia novedosa y sorprendente, compartida entre los apologetas de la libre circulación del capital a toda costa, y los que decidieron hace décadas que no había mayor ciencia que su ideología. Desde la derecha neoliberal las alabanzas sobre el modelo chino han proliferado de manera ostensible. El búlgaro Ilian Mihov, director del *Instituto Europeo de Administración de Negocios -INSEAD-* establece programas y convenios de colaboración con los representantes de las escuelas chinas de negocio, al tiempo que la *Comisión Central de Inspección Disciplinaria* del Partido Comunista Chino, el perro guardián del gobierno, envía inspectores a las universidades para “defender el liderazgo del partido y erradicar el sesgo político.” Como resultado, 14 centros de investigación chinos, incluidas algunas de las mejores universidades como la Universidad de Beijing y la Universidad de Tsinghua, fueron acusadas de haber cometido infracciones ideológicas.⁸⁷

El entonces presidente de Estados Unidos, Donald Trump se reunió con su homólogo Xi Jinping, en una visita de estado a China hace unos cuantos años. La visita propició millones de acuerdos comerciales, muy beneficiosos para los dos países. En términos diplomáticos, se presta gran importancia al discurso de

⁸⁷ <https://theconversation.com/political-shifts-in-china-raise-questions-about-local-development-of-western-business-schools-84722>

un mandatario extranjero de visita oficial. Cuando se nombra de forma expresa a personas del país que se visita, se entiende en el lenguaje diplomático de las relaciones internacionales, como una llamada de atención para que se cuiden esas personas de manera especial. Sin embargo, Trump no hizo la mínima referencia sobre los disidentes políticos encarcelados por motivo de conciencia en los últimos años en aquel país. Lo que, sin duda, hubiera sido de gran ayuda para su comprometida situación personal. Pero los acuerdos comerciales pasan por encima de las libertades democráticas y civiles. La racionalidad del mercado global y la conveniencia política por encima de los más evidentes atropellos de los Derechos Humanos. Si el presidente Trump los hubiese mencionado hubiera puesto el foco sobre los disidentes. Y con ello, hubiera fortalecido el músculo de la democracia, allá donde más se necesita. No hubo alusión.

Desde la izquierda, no existe alabanza sobre China. Pero el silencio es ensordecedor. Apenas se pueden encontrar críticas al modelo chino. Si se trata de un modelo exportable o si realmente el PCCh ha traicionado la ideología por haber violado de manera flagrante las leyes económicas de Marx. O por contrario, si el éxito chino pone en evidencia algo mucho más sutil y destructivo: que el maóismo más ortodoxo es perfectamente amoldable a las leyes del mercado, pero nunca a las libertades civiles y a la libre elección de representantes por el pueblo, la condición más primaria de la democracia. Se podría prejuzgar desde la teoría, que los derechos individuales no son los que más interesan a la izquierda. Pero, es que, en China, los sindicatos libres están prohibidos. Se explota a los trabajadores sin ningún miramiento. Y se lanza al ejército chino sobre los huelguistas al mínimo conato de interrupción de la producción. Nada de ello parece interesar a la izquierda mundial.

Jeremy Corbin, entonces líder laborista en el Reino Unido, rechazó acudir a un encuentro, en la visita oficial de Donald

Trump a su país, en protesta por la que consideraba, su política extremista. Sin embargo, no mostró reparo alguno en reunirse con Al Zani, el Emir de Qatar, y departir con él amablemente ante las cámaras. Qatar, un país que se encuentra entre los que presentan mayores indicadores de explotación laboral, racismo, discriminación de la mujer y limitación de la libertad de expresión.⁸⁸ El episodio muestra la subordinación del protocolo oficial al criterio de simpatía política, en el caso de Trump. Pero cuando

⁸⁸ Qatar fue el país elegido por el máximo organismo rector del fútbol, la FIFA para albergar el Mundial de 2022. La FIFA es un fiel exponente de campañas de solidaridad epidérmica en contra del racismo y la intolerancia, características de la cultura hipermoderna. Pero, un Informe de *Amnistía Internacional* sobre los Derechos Humanos en Qatar, dice que durante 2020 se restringieron aún más la exigua libertad de expresión que existía y se reanudaron las ejecuciones por pena de muerte. En relación a la construcción de complejos deportivos para la celebración del Mundial, también *Amnistía Internacional*, en un documento monográfico sobre el evento, afirmaba que inmigrantes procedentes de Bangladesh, India y Nepal que trabajaban en la reforma del estadio Jalifa y el ajardinado de las instalaciones deportivas y zonas verdes circundantes, la denominada “Aspire Zone”, estaban siendo explotados. Mientras, la FIFA, sus patrocinadores y las empresas de construcción implicadas obtuvieron ingentes beneficios económicos de la celebración del torneo, la organización de Derechos Humanos, detectaba hasta ocho formas diferentes de explotación de esos trabajadores. Los trabajadores han tenido que pagar comisiones a los contratistas de sus países de origen para acudir a trabajar a Qatar (1). Se encuentran hacinados en alojamientos en terribles condiciones de vida (2). Cobran la mitad del salario acordado en el país de origen (3). Se producen retrasos arbitrarios en los pagos, con la circunstancia de que en muchos casos se trata de dinero que sirve para alimentar sus familias en los países de origen (4) No pueden abandonar las instalaciones deportivas donde trabajan al carecer de documentación en regla que los habilite fuera de ellos (5) No pueden salir del país porque los empleadores custodian sus pasaportes (6) Si se quejan por la condiciones laborales, son amenazados de manera reiterada (7) Algunos son explotados hasta el trabajo forzoso, bajo amenaza de ser entregados a la policía qatarí (8). “Qatar, la Copa Mundial de la vergüenza”. *Informe Amnistía Internacional*. 2021.

la reunión es con la dictadura, incluso con la del extremo opuesto, la ceremonia y la formalidad se mantienen a toda costa. Y en tono amable y cordial. El nervio democrático obligaría a mantener las formas a favor del mensaje democrático, en todo momento y lugar, sacrificando el criterio de simpatía personal. Pero, los mandatarios occidentales subordinan la pública y pedagógica defensa de la democracia, a cualquier otro criterio de conveniencia. Y no deberían hacerlo así, aunque solamente fuese pensando en la juventud occidental, tan necesitada de líderes que les confirmen el intrínseco y exclusivo valor de la democracia.

Slavoj Zizek, referente mundial de la izquierda alternativa y de miles de jóvenes universitarios occidentales, nos da una demostración de desdén hacia el pueblo y la democracia, haciendo suya una afirmación del neoliberal Walter Lippmann: “la gente no sabe lo que quiere, ni quiere saberlo, y solamente a través de un gran líder es como realmente descubren lo que quieren.”⁸⁹ Zizek reivindica para la izquierda alternativa, un timonel, un guía que defienda los intereses de la gente, que entenderá mejor que el pueblo por su propia cuenta. Un líder de hierro, que conduzca a las masas a donde ignoran. El nefasto dictamen -tan repetido en la historia- por el que el pueblo carece de juicio y criterio para tomar decisiones para las que no está preparado. Si, antaño, el sujeto negador de la democracia era la aristocracia, por considerarse por encima del vulgo, Zizek repite el patrón por medio del intelectual, quien posee la conciencia clara y la capacidad para discernir en los extremos de la erudición. Aquella que es inalcanzable para los plebeyos del conocimiento. Entonces nos percatamos de la coyuntura. Bien sea por el camino de la tecnocracia y el neoliberalismo, bien por el camino de los comunistas chinos, los posmodernos, los revolucionarios alternativos como Zizek, o

⁸⁹ Entrevista Slavoj Zizek. <http://www.critical-theory.com/slavoj-zizek-the-left-needs-a-despot/>

muchos de nuestros líderes políticos occidentales, hoy, todos los caminos conducen a Roma: la democracia, estorba.

La China de *Huawei* y *Alibaba*, una economía en alza y pujante, aspira a convertirse en líder económico del mundo para el año 2030, según el presidente Xi Jinping. Ya en el lejano 2016, proclamó su simpática intención para el futuro: “Dondequiera que estén los lectores, dondequiera que están los espectadores, ahí es donde la propaganda debe extender sus tentáculos”.⁹⁰ En otro de sus discursos, afirmaba: “los medios de comunicación deben asumir la misión de centrarse en las tareas del Partido, fomentar la moral alta, y distinguir entre la verdad la y falsedad. Deben anteponer esta orientación a todo lo demás, adhiriéndose firmemente a la orientación correcta de la opinión pública y a la propaganda positiva.” El partido-estado chino, particularmente bajo el liderazgo de Xi Jinping, está involucrado en una campaña masiva para influir en los medios de comunicación y los consumidores de noticias de todo el mundo. Si bien algunos aspectos de este esfuerzo están en línea con la diplomacia pública tradicional de los demás países, muchos otros son considerados por la organización *The Freedom House*, como encubiertos, coercitivos y potencialmente corruptos. De hecho, el PCCh y sus representantes no han demostrado ningún reparo en desplegar su influencia económica para neutralizar y suprimir información crítica sobre la falta de libertades en China y sobre su política exterior agresiva, por medio de la compra de una innumerable cantidad de plataformas digitales a lo largo y ancho del planeta.⁹¹

Todas estas orwellianas pretensiones deberían ser ridiculizadas por el más elemental espíritu democrático. Sabemos que la decla-

⁹⁰ Discurso de Xi Jinping el 25 de diciembre de 2015. *China Media Project*. 3 de marzo de 2016.

⁹¹ Cook, Sarah., “Beijing’s global megaphone. The Expansion of Chinese Communist Party Media Influence since 2017”. Special Report, 2020. *The Freedom House*.

ración de intenciones de Xi Jinping, sería censurada de inmediato por, hinchada y jactanciosa, a cualquier líder de las democracias occidentales. Pero, con respecto a China, todo son parabienes. Si China crece económicamente, alabanza hiperbólica. Sobre las libertades en China, silencio. Sobre la más ligera intromisión occidental sobre la libertad de expresión y pensamiento de los periodistas, el coro crítico de tono apocalíptico está garantizado en Occidente. El debate sobre la aludida demostración de neo imperialismo chino en el campo de la libertad de información, está vedado. El modo en que puede afectar la estrategia de información de China sobre los periodistas que trabajan en sus plataformas internacionales no parece interesar demasiado a los periodistas occidentales, y forma parte, asimismo, de un limbo informativo.

El empleo de la hipérbole cuando se trata de hablar de crecimiento económico, y de la escandalosa omisión cuando se trata de hablar de libertades públicas, es elocuente. Lo que para China es ditirambo asegurado, por su espectacular crecimiento económico, para la Unión Europea es vergüenza por la sumisión de su política económica al dictado de los mercados. Cuando en Occidente hablamos de la Unión Europea, debemos poner la atención en cómo se subyuga aquella respecto a los mercados financieros. Cuando hablamos de China, fijémonos en sus empresas de tecnología punta. La exaltación de la comodidad en China es virtuosa. La exaltación de la comodidad occidental es petulante ostentación. Aquella nos muestra la excelencia. Esta, insultante jactancia.

Con respecto a los derechos fundamentales en China todo es reserva y discreción. Parece que hay alguna ley no escrita que obliga a no molestar con respecto a estos temas -como hizo Trump-, no sea que las cosas pudieran ser peor. Pero no sabemos peor que qué. Occidente, en cambio, debe pagar su desvergonzada indolencia con respecto a las olas de refugiados de los últimos años. Aún y cuando nadie ha recibido y ayudado más a los refu-

giados en el Mediterráneo que los países occidentales. Ahí están los casos singulares de Suecia y Alemania como ejemplos más notables de solidaridad con las personas refugiadas de guerra. Es evidente que los Derechos Humanos no deben ser moneda de cambio, que son los países occidentales quienes más deben aplicarse en su cumplimiento. Eso es algo a lo que cualquiera con un sentido inconformista del sistema democrático, está dispuesto a adherirse. Pero resulta especialmente llamativo que quienes guardan silencio frente a las violaciones sistemáticas de esos derechos en las dictaduras, sean los más aplicados y resueltos críticos en los casos de su coyuntural violación en suelo occidental. Hasta la frontera de Occidente, rigorismo extremo con los Derechos Humanos. Más allá de la misma, el más absoluto silencio, que beneficia a sus más implacables violadores.

Hanna Arendt nos desgarró con desgarradora elocuencia, el universo de los rechazados sociales por su condición socioeconómica. Los “parias sociales, parásitos arrinconados en las grietas de la economía, los que están fuera de la comunidad política”. Con respecto a los inmigrantes, existen posturas encontradas. Están los extremistas, que expresan que son el reflejo del fracaso del modelo multicultural por el que optaron las instituciones occidentales y abogan por el cierre inmediato de las fronteras. Los que, colectivizan a personas de carne y hueso, bajo el manto de la palabra “inmigrante” para reducirlos a mera variable, en el mejor de los casos y a chivo expiatorio de todos los males de la sociedad, en el peor. Y luego, está el experto-economista que, cuando observa los cayucos llenos de naufragos, congela el sesgo moral que nos corresponde por naturaleza, y extrae la calculadora. El tecnócrata nos explica diligentemente que, *tal* cantidad de inmigrantes serán necesarios en el futuro, para *tal* cantidad de ingresos en la caja de la seguridad social. La controversia moral queda debidamente sentenciada con el breve, pero eficiente dictamen:

los que entran no son inmigrantes, sino cotizantes del futuro. Por lo tanto, abramos las fronteras. Pero cualquiera con el más primario nervio moral, y que descarte la conveniencia más utilitarista, sabe que una persona encima de un tablón en la mitad de un océano, merece el socorro de su semejante más cercano en cualquier circunstancia.

El mecanismo de autodenigración funciona con el lubricante proporcionado por toda suerte de profetas de la catástrofe y demolicionistas, que emplean toda su munición contra lo occidental. Es natural. Desde el momento en que existe la certeza de que, en todo occidental existe un culposo. El antioccidental, empleando un lenguaje bélico ya superado, no es más que la expresión de un territorio conquistado al enemigo. Una pica en Flandes desde la que martirizar las mentes occidentales, tan necesitadas de autoestima y aprobación política. Pero no nos engañemos. La autodenigración si algo denigra, es la democracia y las libertades. La pulsión tiránica de eros, es selectiva y conduce la simpatía a todo lo que se le opone. Entonces, la crítica de la democracia, pierde su carácter virtuoso, y se convierte en mecanismo de exaltación de lo tiránico como concepto ideal. Lo acabado. Lo operativo. Lo que funciona. Rechazamos nuestra democracia y aplaudimos a los que no tienen ningún miramiento por los códigos éticos más elementales. Pero, con ello, no acercamos las dictaduras a lo democrático. Somos nosotros los que, presos de nuestra indeterminación por defenderla en su sentido más genuino, nos vamos desvinculando de ella paso a paso.

¡Observemos la mediocridad e ineficacia de nuestros políticos, comparémosla con la diligencia que muestran en esos países, que resuelven los problemas de manera contundente! A estas alturas ya hemos llegado a la conclusión de que los chinos nos superan en todo aquello que los occidentales hemos pervertido. Pero, no nos fijemos en lo pueril de la aseveración. No se trata solo de admitir

que otros pueblos representan lo opuesto a nuestra evidente degradación. Sino de atribuirnos todos los males como sociedad, al mismo tiempo que corremos a poner la medalla a quien representa lo contrario a lo que somos nosotros. La cantinela, redundante en nuestras sociedades, por primaria que sea, no por ello deja de ser peligrosa. No es necesario llegar al extremismo aniquilador del siglo pasado para difundir el totalitarismo. Es posible sembrarlo poco a poco, desde la negación. Negando lo occidental, proclamando la decadencia y raíz totalitaria de los valores en los que se apoya Occidente. Pero bajo la crítica descarnada, se atisban los rasgos del maniqueísmo más inmemorial. La dicotomía entre los elementos opuestos; donde uno de ellos ostenta las trazas de lo perfecto, y el otro elemento, todo lo peor. Aunque, el mestizaje, sellado en la propia naturaleza de Occidente, debería habernos proporcionado ya las defensas para discernir a tiempo, a donde nos puede conducir el paradigma.

Pensamos que la democracia es algo que nos acompañará siempre. Pero, el error consiste en considerar que la democracia no precisa de anticuerpos para combatir los bacilos que la pueden poner en peligro. La conciencia del occidental sobre el valor de la democracia y la libertad, es hoy, lánguida y tenue. Aún persiste entre nosotros la conciencia sobre el abismo que separa un sistema democrático basado en el respeto a los Derechos Humanos y los países de verdad única. Pero aún pensamos, bajo el peso de la auto condena, que las cosas deberían estar mejor a como lo están en las sociedades occidentales. Que nuestra sociedad debería ser más justa e igualitaria. Que el derecho al trabajo debería ser un derecho materializable y no puramente declarativo. Que los salarios deberían ser acordes al coste de la vida. Que debería perseguirse la corrupción con mucha más determinación y contundencia. Pero, no es lo mismo poner en duda el sistema, señalar sus fallas para completarlo, que ejecutar sobre nosotros la

más contumaz de las censuras para desvitalizarlo. La crítica corrosiva y desmedida, no nos acerca al cumplimiento de todas esas aspiraciones, solamente impide la regeneración de la democracia. Propicia que la desdeñemos a cambio de nada.

La democracia necesita la crítica perspicaz e incisiva para sobrevivir. Pero, la paradoja es que aquellos que dicen que la democracia es una impostura, emplean los medios que permite, para llegar a lo contrario de lo que aquella representa. De forma que, los que se presentan como perspicaces e ingeniosos críticos de la democracia, son en verdad quienes condenan a perpetuidad los defectos de la misma. Así, las cosas, el cuadro se invierte. Quienes vociferan, autoerigiéndose en portavoces supremos de lo democrático propician la esclerosis de la democracia. Las acusaciones de sus más contumaces críticos no tienen más recorrido que el de acaparar el altavoz mediático. Lo que no es poco. Y, quienes tienen vergüenza de la democracia, carecen de la determinación necesaria para apuntalarla. Y entonces la condenan a la languidez. Esclerosis y languidez. Dos oscuras particularidades que amenazan hoy, a nuestra todavía viva y valiosa democracia.

3

Y Rusia invade Ucrania

Y aquí es donde estamos, en el preciso momento en que atisbamos la luz del túnel de la epidemia, cuando en pleno año 2022, el “Año Internacional del Desarrollo Sostenible de las Montañas” según la ONU, el ejército ruso atraviesa la frontera que separa su país de la antigua *Rus* con una interminable columna de blindados. Occidente se encuentra con *la guerra*. Pero si la guerra es difícil de digerir, más lo es cuando el invasor se trata de un recalcitrante antioccidental, la Rusia de Putin. ¿No deberíamos achacar la invasión y el impulso expansionista a todo aquello que tenga que ver con los valores e intereses occidentales? ¿No nos conmina la ideología a cargar contra Occidente cuando su maquinaria bélica se pone en acción con la excusa de exportar las grandes virtudes de la civilización?

Mas el conflicto de Rusia con Ucrania no tiene su origen en el expansionismo occidental, sino en la voluntad de Putin de someter ese país a sus exclusivos deseos. Con la *Revolución Naranja* de 2004, los dirigentes ucranianos decidieron que en el futuro mirarían a Varsovia y no a Moscú. Aspiraban a una so-

ciudad de bienestar que Occidente propicia más que nadie en el planeta -mal que nos pese-. Con el fracaso de los líderes ucranianos pro rusos tras la *Revolución democrática del Maidán*, de 2014, cuando el presidente Yanukovich lanzó al ejército contra el pueblo, el porvenir de Ucrania quedó ligado a la Unión Europea y sus valores, por más que la corrupción política sea uno de los problemas endémicos de Ucrania. La invasión de Crimea y la región del Donbass que siguió a aquel acontecimiento, no fue más que la manifestación del fracaso de Rusia para controlar la política de Ucrania. La revolución del Maidán fue una revolución democrática. Y, tal vez, esa fuese la razón por lo que sus ecos no llegaron a Occidente de manera persuasiva. Los denodados críticos de Occidente están cómodos cuando atribuyen la perversión de la democracia a las instituciones occidentales, pero se molestan, cuando el pueblo pide en otras partes, aquello que se denuesta tanto en nuestras sociedades: elecciones libres, parlamentarismo, libertad de prensa, libertad de conciencia y estándares de vida occidentales. Ya dijimos que muchos ciudadanos del planeta aspiran a lo que los occidentales consideramos las más elementales conquistas. Más allá de sesudos y alambicados análisis geo estratégicos, existe un anhelo que une a las personas de todo credo, raza y color, independientemente de su lugar de procedencia y condición: *aspirar a una vida mejor*. La pretensión ucraniana no era otra que poder asimilarse a las condiciones de sus vecinos de la Unión Europea. Pero ya sabemos por estos lares, que, cuando los implacables censores de Occidente desechan lo *bueno*, lo hacen porque ambicionan lo *mejor*. Por lo que es natural que una soflama de tan escaso interés y ambición, despertase erótica alguna en aquellos.

Pero los occidentales y sus antioccidentales portavoces, estamos prestos para la consigna, siempre que esta sea antioccidental. De forma que, Putin proclama a los cuatro vientos, que

su campaña no pretende más que la *desnazificación* de la región del Donbass. Nadie parece interesado en cuestionarse sobre el significado del eufemismo. Estamos abiertos a la propaganda rusa cuando nos dice que los rebeldes del Maidán eran nazis. Peligrosos reaccionarios que aspiraban a derrocar un régimen político acorde a los intereses de Moscú. Resulta sugerente la idea de Putin, de calificar de nazis a aquellos que aspiran a una existencia occidental. Según parece, la cautivadora democracia rusa, donde cualquier atisbo de disidencia política garantiza el fatal destino de sus protagonistas, representa todas las virtudes que nuestra tan denostada civilización ha mancillado.

¿Qué querían los ucranianos de la revolución del Maidán? ¿Y qué quieren ahora? Vivir como lo hacen los vecinos polacos, aspirando a las comodidades propias de la sociedad occidental. Que sus descendientes puedan ir a la universidad. Que puedan beneficiarse del programa Erasmus. Que los ucranianos puedan trabajar en la UE sin restricciones de movimiento. Que puedan acceder a los mismos productos y servicios a los que accedemos los occidentales. Que puedan reunirse y manifestarse con libertad. Y, que puedan criticar a los responsables políticos como lo hacemos en Europa. En resumidas cuentas, todo aquello que no es posible en Rusia. Y de lo que Putin los quiere desvincular de manera forzosa y obligatoria. Porque, para él, todo ello representa el “fascismo del Maidán”.

Así que ahora, nos encontramos con lo incómodo y embarazoso de que un país no atlántico y occidental es el agresor. Por lo que se precisa rastrear el argumentario al uso para fusionarlo con nuestra más profunda pulsión antioccidental. Corramos prestos a poner nombre al acontecimiento: la pretenciosa Ucrania, ambicionaba integrarse en la OTAN, y la pretensión –tan denodadamente belicosa-, representaba toda una amenaza para la población rusa. Así que, como Ucrania iba a invadir Rusia, Rusia

se tiene que adelantar y reducir a ceniza el país, antes que Ucrania destruya el suyo. Y no es que el estrambótico y peregrino argumento consiga influir en las más primarias y elementales mentes occidentales. Es que se puede escuchar por boca de los más avezados y especialistas en geopolítica en los diferentes medios informativos de nuestras democracias.

El antioccidental nos induce a la indulgencia con la implacable maquinaria de guerra rusa para proteger su territorio en peligro. Pero la opinión pública occidental es menos condescendiente cuando la Unión Europea y los países de la alianza atlántica, acuden a suministrar armamento a quien no aspira más que a defender su casa, su vida y la de su familia. En ese preciso instante, se manifiesta el discurso coral en favor de la paz y en contra de la guerra. ¡Armas no! Proporcionar munición a Ucrania y su ejército no es más que colaborar con el encarnizamiento de los rusos sobre la población atacada. Como Ucrania ya ha perdido la guerra, no prolonguemos su desdichado sufrimiento. Como en su singular ejercicio de legítima defensa, Rusia va a liquidar a parte de la población ucraniana, que al menos, sea rápido.

Pero tan utilitarista argumento no concluye aquí. Recurramos nuevamente a los intereses del capital internacional, para, desempolvando el materialismo más determinista, revelar lo que todos los occidentales sabemos de memoria. Que la industria de armamento occidental es quien va a beneficiarse con el asunto. El legítimo envío de armas no es más que la cobertura del más artero afán de lucro de los que se benefician de los conflictos bélicos en el mundo. Pero, el más perverso negocio y rendimiento es invocado solamente en el momento que el flujo de armas marcha hasta las manos de los inocentes que están siendo masacrados desde el cielo sin piedad. Solo entonces.

Pero por paradójico que sea, y más allá del terrible panorama de la violación de los más elementales derechos humanos, por

medio de los crímenes de guerra cometidos en las ciudades de Irpin, Bucha o Gostomel, la invasión de Ucrania, todavía nos deja resquicios para la esperanza. El presidente Volodímir Zelenski, un outsider de la sociedad civil, fue entronado al Palacio Mariynski de Kiev por un electorado harto de la corrupción económica de sus líderes políticos. Resulta pintoresco que una estrella televisiva alcanzase el poder de esa manera. La historia nos dejó otros ejemplos, como el del checoslovaco Vaclav Havel, que fue actor de teatro, o el de Ronald Reagan conocido actor de cine. Pero ni siquiera eso le salva de ser calificado como neonazi en diferentes sitios de la red. Por más que el imaginario nazi se encuentre en las antípodas de la farándula o el teatral vodevil. Un artículo del sitio web *lahaine.org* llevaba como titular; “Ucrania, el peón neonazi de la política geoestratégica de EEUU y la OTAN contra Rusia”. De forma que demos por buena la versión rusa. Como Ucrania quería ser parte de la OTAN y Rusia no quiere, Rusia invade Ucrania. Claro y meridiano. Aunque los países bálticos, Lituania, Estonia y Letonia formen parte de la alianza atlántica desde el año 2004, y cuenten con unidades que suponen una amenaza mucho mayor a la integridad de Rusia desde hace años. ¿Qué razones hay para que Rusia no haya atacado estos países hasta ahora, invocando los mismos argumentos?

Asistimos a la censura de los arteros gobiernos occidentales por intervenir en Ucrania y no hacerlo en Siria. Peculiar razonamiento, el de exigir actuar en dos países en lugar de en uno, cuando es el intervencionismo expansionista de los occidentales el que recibe siempre el más contundente reproche. Pero ya sabemos a estas alturas que todo argumento es válido contra Occidente. Si interviene, mal. Esconde oscuras intenciones geoestratégicas que se nos escapan. Manejan sin sonrojo los pingues beneficios que proporciona la libre circulación de armamento. Pero si no intervienen, también, puesto que deberían hacerlo en todos los

lugares del planeta, en atención a la protección y defensa de los Derechos Humanos que pregonan, y no solamente en los que eligen de manera arbitraria.

Un mediático militar español, el coronel del Ejército de tierra en la reserva, Pedro Baños, explica que solo podremos entender el conflicto de Ucrania desde parámetros geoestratégicos. Para él, no es más que la consecuencia de la pretensión hegemónica del imperio norteamericano. Asistimos a una fase de “totalitarismo democrático” donde los mecanismos de cibercontrol de las democracias occidentales no distan mucho de la dictadura.⁹² Y es que, Baños no repara en la distancia que media entre dictadura y régimen democrático. Según el coronel, las democracias occidentales, habrían desarrollado toda una serie de técnicas de control mental, que siguen una línea evolutiva que va desde el intento de control psicológico, al de condicionar las emociones, la memoria, el proceso cognitivo y el comportamiento. Así que, desechemos la navaja de Ockham, para tomar conciencia de que designar como invasión lo que ocurre en Ucrania, no es más que una soflama mediática más para dominar nuestras candorosas conciencias. El refinamiento de los argumentos de Baños respecto a los perniciosos mecanismos de la democracia para controlar a los ciudadanos, es inversamente proporcional al tiempo que dedica a apuntar los perniciosos efectos del prototipo respecto a los regímenes de verdad única. Baños habla de cómo nos conducen sutilmente hacia la dictadura nuestros gobernantes. Pero solo le interesa la dictadura -la nuestra y a la que nos dirigimos-, no las demás dictaduras que existen y pueblan el planeta. Pero, esto no nos debe extrañar. Son muchos los militares y expertos en geoestrategia occidentales, que se muestran en los medios a criticar de manera abierta, la estrategia de la Unión Europea en Ucrania. Es precisa-

⁹² Baños, Pedro., *El dominio mental. La geopolítica de la mente*. Ariel, Barcelona, 2020, p. 197.

mente, la democracia la que permite sus mensajes por la justicia verdadera, inocente y virginal, purificada de sus más nocivos y occidentales ingredientes. De modo que ya tenemos a nuestros propios militares para salir a la palestra y decirnos lo que están haciendo mal ellos mismos. El antioccidental aplaude fervoroso frente a tan rocambolesco, esperpéntico y oikofóbico lance.

¿Qué los ucranianos tienen como aspiración pertenecer algún día a la Unión Europea? Ya nos encargamos nosotros de borrarles la ilusión de un plumazo. ¡Pero como se puede ilusionar alguien con Europa! Eso solo puede ser el producto de la más perversa injerencia europea en Ucrania, que consiguió manipular en su favor las cándidas y primarias conciencias de los ciudadanos del país. ¡Dejemos de lavar el cerebro a los ucranianos con nuestras occidentales soflamas! Ya opinamos nosotros por ellos. Ucrania es la puerta de Rusia, por eso les enviamos armas, para que molesten a la tan asiática Rusia, que podría poner en peligro nuestra hegemonía en cualquier momento. Pero, lo que, para nosotros no es más que otro oikofóbico episodio, para los ucranianos, no lo es. Les va la vida en ello. El manual nos dice que, para los occidentales, los ucranianos, no son más que figuritas de un juego de estrategia. De forma que, analicemos el asunto pasando por encima del propio interés de los concernidos. Haciéndolo de tal manera que nos reconciliemos con el antioccidental que todos llevamos dentro. El mecanismo tiene la enorme ventaja de alcanzar las conclusiones a las que queríamos llegar, sin preguntar a aquellos a quienes observamos con desdén. Como si no participasen de las mismas necesidades de la especie. Como si no fueran ellos mismos los que tienen más claro que nadie lo que quieren para su existencia.

Ni siquiera se toma en consideración el simple hecho de que la vecindad de los ucranianos respecto a los ciudadanos de la Unión, puede propiciar una mayor simpatía por el simple hecho de estar contemplando la aniquilación de un pueblo en directo a

escasos kilómetros de nuestras fronteras. ¿Por qué los libios no y los ucranianos sí? La pregunta apunta una vez más, a explotar los mecanismos de culpa del occidental, para poner en evidencia la transgresión de su propio universo ético. ¿No establecimos nosotros la igualdad de derechos para todos sin condición? Pero la navaja de Ockham nos enseña el camino: porque los ucranianos son vecinos, porque hemos colaborado con ellos en campañas como las de acogida de menores de Chernobil, y porque, siendo la raíz del problema, el simple hecho de querer ser miembros de la Unión Europea, moviliza nuestro inconsciente colectivo, lo queramos o no. Ya no es el “otro” al que observamos como ajeno. El otro es *nosotros*. Las masacres de Ucrania nos recuerdan un tiempo olvidado por los europeos. Replegados en nuestra penitencia, ni siquiera consideramos la espantosa reincidencia. La diáspora ucraniana remueve la historia europea inscrita en el inconsciente. El horror nos retrotrae a lo conocido mediante la confianza de nuestros mayores. Peculiar y recurrente error del ser humano. El de tropezar en la misma piedra, incluso en el camino del eterno retorno.

El argumentario antioccidental está presto para emplearse también en el momento en el que comprobamos la barbarie en su más cruda y descarnada naturaleza. En uno de los alegatos más radicales contra el fascismo que se hayan escrito según Hanna Arendt, Georges Bernanos, nos deja para la posteridad en *Los grandes cementerios bajo la luna*, su particular retrato de la guerra civil española en Mallorca: “desgraciadamente necesitaría muchas páginas para explicar por qué estos hechos dejaron de despertar indignación. La razón y el honor los desaprobaban, pero la sensibilidad permaneció embotada por el estupor.”⁹³ Contemplamos las imágenes de la ciudad portuaria de Mariupol, las siluetas de

⁹³ Bernanos, George., *Los grandes cementerios bajo la luna*. Alianza Editorial, 1986, Madrid, p. 102.

las ruinas proyectando sombras fantasmagóricas, donde el único sonido es el silbido de los morteros que buscan como objetivo lo que ya no queda en pie. Rossellini dejó plasmado artísticamente el horror de la destrucción de la comunidad humana. El pequeño Edmund, de solo doce años de *Alemania, año cero*, cobra vida delante de las cámaras para todos nosotros, aún absortos por el espanto que contemplamos ante la pantalla de led. Los fantasmas de Europa renacen de sus cenizas. El neorrealista lo hizo de la realidad al celuloide. El ejército ruso lo convierte ahora en realidad. Aún delante de la evidencia más descarnada e inhumana, somos testigos del genocidio, conviviendo con el torrente de mensajes inculpatorios sobre la responsabilidad de Occidente en la espantosa pesadilla de la que somos testigos.

¿Qué debería haber hecho Occidente para evitar todo esto? Que nadie considere exótico el enunciado. Porque conocemos el mecanismo que conduce a la celda que construimos los occidentales, y que enclaustra nuestra mortificada conciencia. Si, sabemos que Putin es un dictador. Que no le es exigido ni la medida, ni la compasión, ni siquiera el acierto. Contrariamente a lo que se le pide a Occidente, que debe considerar y ponderar prudentemente todas las variables en conflicto. También las que no están en su mano. Una vez descuidó la esencial tarea de educar a sus ciudadanos sobre el verdadero sentido de la democracia, le exige a esta lo que no puede proporcionar: el acierto sin mácula. Purificado de todo lo falaz que esconde la civilización. A todo eso nos ha dirigido el neocalvinismo que se auto exige hoy el occidental.

Y entre tanta ida y venida de las querellas sobre las injusticias de nuestra denostada democracia, los cadáveres se apilan delante nuestro. Como los muertos apartados en las cunetas de las carreteras a los que la barbarie borró la biografía, que tanto impresionaron a Arendt y de los que dio cuenta en sus ensayos. No estábamos preparados para tamaña masacre y crimen contra la

humanidad que se nos muestra en la pantalla. Contemplamos el horror delante de nuestros ojos. Pero, afanados en pedir solución para todo a la denostada democracia, nos perdemos cuando alzamos la voz contra los criminales por sus más abyectos crímenes de guerra. Acostumbrados a la autodenigración, escrutamos los más aberrantes y ajenos actos poniéndolos en dirección a nuestra propia responsabilidad. Al occidental se le exige el más sinuoso razonamiento para que ponga en duda las decisiones de las instituciones a las que pertenece. Pero, el más tortuoso de los argumentos tiene como fruto siempre la más pueril de las conclusiones. ¿Qué deberíamos haber hecho para evitar la masacre? Más no desdeñemos la puerilidad por inofensiva, porque afecta nuestra propia autoestima y carcome nuestra confianza.

El filósofo ruso Alexander Dugin lo tiene claro. En un encuentro en abril de 2022 con diferentes reporteros occidentales explica que nadie tiene que tomarse todo esto como una afrenta personal.⁹⁴ De forma que el exagerado interés mediático por las masacres sobre la población civil es producto de la sensiblería, en forma de mercancía explotable, de los reporteros occidentales. Además, nos conmina a que creamos que los crímenes en la conurbación de Kiev, fueron cometidos por los mismos ucranianos para culpar de ellos a los rusos. Dugin nos describe de manera locuaz como debemos entender todo esto. La “intervención” rusa era inevitable. No era entendible que la agresividad atlantista perdurara por más tiempo. Así que debemos interpretar el conflicto en clave exclusivamente geoestratégica, donde el polo euroasiático lucha por su supervivencia y se ve obligado a ocupar el territorio ucraniano en la medida que su propia existencia se ve comprometida. Debemos estar agradecidos a Dugin. Su argumento no deja de ser un lenitivo para nuestra atormentada conciencia política. Hiciera lo que hiciera Ucrania y la OTAN en el pasado, todo lo que está

⁹⁴ <https://www.youtube.com/watch?v=NXNINsOXqsM>

ocurriendo en aquel país era inevitable. Nos sentimos aliviados. Si las cosas han salido mal, no fue porque hicimos algo mal. Sino porque no se podía haber evitado.

También hay actores políticos occidentales que, consideran –como Putin-, que el número de nazis que viven en Ucrania va mucho más allá de lo tolerable. No solo hay nazis en el Donbass. La extrema derecha ha copado los puestos del gobierno ucraniano y maneja al presidente Zelinski para gestionar y defender sus propios intereses. De forma que ya podemos ver que los países de la Unión están en realidad, armando a una extrema derecha que dicen combatir. Dando por bueno que el gobierno ucraniano pertenece a la extrema derecha, y que la UE no hace más que engrasar los intereses ocultos de los grandes magnates de la maquinaria bélica, en el conglomerado, nos salen más seguidores de extrema derecha que habitantes. Pero mientras el juego de la dialéctica política se representa en el escenario, son los inocentes los que pagan con su vida por los más infames crímenes de lesa humanidad. Sí, hace tiempo que los occidentales, estamos acostumbrados a la teatralización de la política. Pero no en convivencia con las imágenes que nos muestran los rostros de los niños perdidos y sin rumbo por las vías del tren.

Pero la cosa no termina ahí, porque la alianza de “extrema derecha” se hace cada vez más grande. Magdalena Andersson, primera ministra sueca –socialdemócrata-, y Sanna Marin, su homóloga finlandesa, -socialdemócrata-, acuden al secretario general de la OTAN, el noruego Jens Stoltenberg –del partido laborista-, para solicitarle una “entrada *express*” de Suecia y Finlandia en la alianza atlántica, ante el justificado temor de que la dadivosa generosidad internacional de Putin por desnazificar el mundo alcance también a sus respectivos países. La iniciativa va más allá del propio interés –evidente- en defenderse de una posible agresión, porque significa romper con la tradición neutral

escandinava que se remonta hasta tiempos de la posguerra. La izquierda europea, representada por los gobiernos de estos países, se reposiciona en un tablero geoestratégico de consecuencias, hoy por hoy, impredecibles.

La invasión de Ucrania trastoca el juego de la política europea de manera determinante. Pero no nos detengamos en el interesado –pero también comprensible– movimiento de los países escandinavos. Porque el éxodo de ciudadanos ucranianos hacia el oeste ha propiciado una ola de solidaridad sobrecogedora. La ciudadanía polaca acoge a familias enteras, ofreciéndoles cobijo y alimentación como refugiados de guerra. Somos testigo de miles de iniciativas de solidaridad dentro de los países Unión, pasando días enteros en automóviles con el único objeto de hacer llegar alimentos, medicinas y material de primera necesidad recolectado por multitud de pequeñas localidades, colectivos, escuelas y grupos de amigos. Todo esto nos recuerda que también esto es la Unión Europea. Y que más allá de la autodenigración política, existe una ciudadanía civil que no está dispuesta a admitir la diáspora forzada de una población vecina, quedándose de brazos cruzados.

El testimonio del presidente Zelenski, un outsider de la sociedad civil, al que la opinión pública observa como un ejemplo del compromiso moral con su propio pueblo, puede ser la piedra de toque de que “algo está cambiando” en nuestro entorno político. Esto querría decir que la invasión de Ucrania ha logrado movilizar energías renovadoras para Occidente, de forma inesperada, pero esperanzadora. La tan desvalorizada por nosotros mismos, Unión Europea, suministra armamento a quienes no tienen otro objetivo que el más primario de defender sus casas, su legado histórico y cultural y su derecho a vivir. ¿Tienen derecho los ucranianos de defender su forma de entender la vida, más allá de las injerencias de Rusia? Es una interrogante que se echa en falta en los platós de televisión. Pero la respuesta de la sociedad civil la

ha contestado antes incluso de que se hay formulado. Más allá de manipulaciones y engaños, más allá apelar al eufemismo de la desnazificación, el sentido común ha puesto las cosas en su sitio, y puede que ese mismo ejemplo civil pueda traer consigo la tan necesaria revitalización de la Unión Europea.

Ucrania como paradoja. Es posible que las nuevas generaciones europeas no conozcan lo que es la guerra, por no contar con ascendientes que les hayan explicado en qué consistió aquella. Pero la historia nos dice que el bienestar europeo fue forjado sobre la sangre de millones de inocentes. En este sentido, no necesitamos de vestigios del pasado que nos lo recuerden. Las terribles escenas de guerra propician sensaciones desconocidas para toda una nueva generación de europeos. Puede que esta generación, la que ya conoce la guerra al lado de su casa, la que es testigo de cómo se puede barrer una ciudad de 410.000 habitantes asesinando a gran parte de la población civil, destruyendo todo edificio hasta que no quede nada en pie, tenga ya en su mano todos los elementos para discernir con claridad el verdadero sentido de los valores europeos, de la democracia y la libertad. Nosotros, contemporáneos, contamos con el emblema y la palabra que representa todo lo que amenaza la existencia de nuestros descendientes: *Mariupol*.

4

Extremismo convergente

Existe una sensación generalizada de decadencia de nuestra capitidismuinida democracia. La degradación de la política provoca malestar y anomia social. Vivimos una época donde la pulsión flotiránica trata de salir al exterior. El auge del extremismo en ambos polos de la política, es la manifestación más evidente. Confiados desde hace tiempo a una lógica tecnocrático-especialista que lo explica todo, persistimos en comprender los hechos sociales solamente desde esta estricta racionalidad. Aún, la dialéctica izquierda-derecha se sigue entendiendo como absoluta en política, de forma que descartamos toda explicación que desborde la cómoda y clarividente dicotomía. Más aún, rechazamos de entrada, que los polos más extremos del segmento político puedan confluír en intereses comunes. Pero esto no es de ningún modo inconcebible, atendiendo a la genealogía que comparten los dos lados opuestos y extremos de la política.

La ciencia política no se ha interesado en investigar los vínculos ideológicos que unen a extrema izquierda y extrema derecha. Resulta una obviedad -omitida por muchos historiadores-, que el vínculo más expreso entre extrema izquierda y extrema derecha lo representó el *Pacto Ribbentrop-Molotov*, de solo nueve días antes de comenzar la invasión de Polonia por el ejército alemán, y que tuvo como inmediata consecuencia el inicio de la II Guerra Mundial. Ahora, somos testigos de que, quien aspira a restituir la gloria soviética -Putin-, alude al eufemismo de la *desnazificación*. Pero los soviéticos no demostraron tal aversión al nazismo durante los años 1939 y 1941. Un periodo de estrecha colaboración entre nazis y comunistas que duró prácticamente dos años, periodo en el que los miembros de los partidos comunistas europeos facilitaron la labor de los nazis, elaborando estrategias conjuntas en la delación de políticos y en la eliminación de la disidencia democrática que pudiera ser un obstáculo para la *Wermacht*. Desde luego esa estrecha colaboración, resultó muy efectiva en la ocupación alemana del este de Europa y de Francia, por poner un ejemplo.

En ambos lados de la política, existe un mutuo interés inconfesable en establecer los dos polos como antitéticos, cuando, a pesar de las reglas de la convención política, tienen mucho en común. Los profetas del totalitarismo de todo tipo y condición, no descansan soñando en obtener la pieza de caza más preciada de las sociedades occidentales: las libertades. Los extremismos confluyen en ese eros compartido. Nadie dijo nunca que los sueños no pueden convertirse en realidad. La languidez de la democracia se convierte entonces en tierra fértil para que eso pueda ocurrir en el futuro. Nada nos dice que vaya a ocurrir así. Pero eso, no impide soñar a quienes sueñan con abolirla. Y ese sueño siempre está presente. Lo queramos o no. Sócrates nos previno.

Por escaso interés que muestren los concernidos en dar a conocerla, esa simbiosis existe. Los posmodernos, aún y cuando consideren que los grandes proyectos políticos del siglo XX fracasaron: fascismo y comunismo, comparten con ellos, una perspectiva de tabula rasa. Los dos sistemas confluían en una misma pretensión; demoler el sistema democrático y sustituirlo por otro total y perfecto. El lenguaje y estilo posmoderno destila la misma contundencia y clarividencia sobre las sociedades occidentales de las grandes ideologías totalitarias del siglo pasado. Para Mussolini, el hombre era el medio para conseguir los fines sociales del estado. Para Hitler, el hombre alemán iba a inaugurar la era de un nuevo espíritu en Occidente. Para Lenin, la Revolución iba a liberar a la humanidad, propiciando el hombre nuevo. Mismo mesianismo político, idéntica pretensión totalitaria, por diversos los caminos para conseguirla.

Esa simbiosis puede abordarse y explicarse por diferentes medios. Uno de ellos consiste en advertir como, tanto la extrema derecha como la extrema izquierda, han tomado como referencia intelectual a dos filósofos occidentales de primera fila: Carl Schmitt y Martin Heidegger. Si hoy día, el empleo del epíteto “nazi” representa el tono exagerado que caracteriza a la diatriba política, pervirtiendo la contundencia de la expresión; resulta que Schmitt y Heidegger lo fueron realmente. Llama la atención el modo en que, sus numerosos seguidores perdonan las vicisitudes totalitarias de estos dos pensadores, desligando su producción intelectual, de sus episodios biográficos. Esos partidarios, detectan muchos más inconvenientes en los sistemas de libertades occidentales, que en las totalitarias andanzas biográficas de sus venerados pensadores. Pero, a estas alturas ya no nos sorprende la comprensión y laxitud de los críticos más contundentes de nuestro sistema de libertades, para con nazis que realmente lo fueron.

El vínculo de posmodernos, pensadores de la izquierda alternativa, xenófobos contemporáneos y neofascistas, con Carl

Schmitt y Martin Heidegger representa un hecho inquietante y perturbador. Las dos figuras intelectuales, formaron parte de la Alemania nacionalsocialista. Schmitt como jurista oficial del *Reich*. Heidegger como Rector de la universidad de Friburgo con la bendición del régimen nazi. Los dos se apoyaron en el nazismo para conseguir sus fines particulares y llevar a la práctica sus programas intelectuales. Carl Schmitt para aplicar su teoría política a la realidad, que desarrolló en su conocida obra *El concepto de lo político* (1927). Heidegger, viendo en el nazismo, la hegemonía política que haría nacer un nuevo sujeto auténtico que refutaría la idea del sujeto occidental. La administración nacionalsocialista siguió de cerca las ideas de Heidegger que engarzaban plenamente con la misión que, según el ideario nacionalsocialista, la historia tenía reservada al pueblo alemán.

Schmitt recurrió a los llamados filósofos del pesimismo, Hobbes y Maquiavelo, para desarrollar una distinción clave de su conocida teoría. La distinción radical entre *amigo y enemigo*. Para Schmitt, cualquier antagonismo, en la medida que se extreme, constituye la máxima expresión de lo político. Si desaparece la distinción amigo-enemigo desaparece la política.⁹⁵ Schmitt defendía que la democracia y el parlamentarismo habían hurtado la función del estado. ¿Y cuál es la función del estado? Velar precisamente para que se cumpla la principal y definitiva esencia de la política, que es, la distinción entre amigo y enemigo. Y quien había robado esa función al estado, era la burguesía, que lo había convertido en un instrumento para sus intereses. Schmitt, negaba el status político a la humanidad. El humanismo no tiene nada que ver con la política. Si en los conflictos se apela de forma retórica al humanismo, no es más que para revestir la lucha de un manto de justicia frente al adversario.

⁹⁵ Schmitt, Carl., *El concepto de lo político*. Alianza, Madrid, 2014, p. 81.

Las ideas de Schmitt destilan la misma proyección dicotómica de los posmodernos. Dos polos opuestos. Frente a frente. Y esa bipolaridad es la que otorga sentido a todo lo demás. Lo que hace mover las cosas hacia delante. No reduzcamos la idea del filósofo alemán, a la extravagancia de una mente intelectualmente brillante, pero calenturienta. El origen del pensamiento de los que consiguen simplificar las variables de la política a una contienda de opuestos, no siempre es la puerilidad o por ser víctimas de una mente primaria. Sino porque entienden que es lo más favorece para acabar con una de las partes. Todo totalitario persigue una simplificación de las cosas. De las relaciones sociales. Del mundo. Todo esquema binario, todo planteamiento de enfrentamiento a muerte entre elementos, toda lucha de opuestos, seduce a la pulsión filotiránica. La pulsión busca salir hacia fuera. Busca expandirse, y para esa expansión se precisan unas condiciones favorables. La proyección binaria de las cosas es uno de los elementos más importantes para el desenvolvimiento de la filotiranía. El antagonismo de Schmitt puede parecer tosco o rudimentario. Pero no lo es. Porque quien es capaz de emplear el intelecto para reducir la política a dos únicos elementos que se enfrentan entre sí, muestra una mente sofisticada que escudriña la realidad para alcanzar el objetivo propuesto, que consiste en esa operación de simplificación. El totalitario no es un ser primario y primitivo necesariamente.

Carl Schmitt es un pensador admirado por importantes intelectuales comunistas. En su célebre *Teoría del partisano*, desarrolla profusamente el modo en que Lenin y Mao habían refinado la idea acuñada por el general prusiano, Clausewitz, según la cual, la política no es más que una continuación de la guerra, que implica elevar la dualidad amigo-enemigo a una categoría casi ontológica.⁹⁶ Los ideólogos postmarxistas, el argentino Ernesto

⁹⁶ Expresa Schmitt en *Teoría del partisano*: “Lenin, comprendió que violencia y sangrientas guerras revolucionarias civiles y estatales eran inevi-

Laclau y la belga, Chantal Mouffé, lograron fama mundial con su obra *Hegemonía y estrategia socialista (1987)*,⁹⁷ en la que deconstruyen los postulados ideológicos marxistas clásicos. Mouffé recurre a Carl Schmitt para desarrollar la idea del antagonismo. De hecho, la pensadora belga, critica a los que desdeñan a Schmitt por su pasado nazi. Mouffé piensa que los occidentales cometieron el error de pensar que como el muro de Berlín había sido derribado, los antagonismos políticos en Occidente habían finalizado para siempre. Pero esos antagonismos no pueden desaparecer, porque forman parte de la política. Y aquí es donde entra Schmitt. Porque, para Mouffé, el pensador alemán teoriza mejor que nadie, que la democracia y el liberalismo son dos aspectos

tables. Por eso consideró a la guerra partisana como ingrediente necesario del acontecer revolucionario en conjunto. Lenin fue el primero que comprendió con plena consciencia al partisano como figura esencial de la guerra civil nacional e internacional” (...) “Era superior a todos los demás socialistas y marxistas precisamente porque tomaba en serio la enemistad absoluta. Su enemigo absoluto concreto era el enemigo de clase, el burgués, el capitalista occidental con su orden de sociedad en todos los países donde esté en vigor (71-75). Respecto a Mao, los elogios de Schmitt son todavía mayores: “se acerca aún más que Lenin al centro del problema y alcanza la posibilidad de la mayor perfección ideológica” (80). Schmitt, Carl., *Teoría del partisano. Acotación al concepto de lo político*. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1966.

⁹⁷ Laclau y Mouffé reivindican en su obra, la labor de las identidades colectivas populares que no se explican ya desde el concepto de clase, lo que representa una nueva complejidad social como condición de la lucha política. Se trata de una adaptación de los postulados revolucionarios a una etapa donde “la no fijación” pasa a ser la condición de toda identidad social. Tomando conceptos del análisis teórico de Lacan, Gramsci y Althusser, los dos pensadores ofrecen una relectura y adaptación del marxismo a una sociedad caracterizada por la fragmentación y la dispersión de los sujetos antagonistas a la clase dominante.

que no se pueden conciliar. Son dos elementos que no pueden conciliarse de manera estable.⁹⁸

Detengámonos en el argumento de la filósofa belga. La democracia liberal afirma que todas las personas son iguales. Pero, para Mouffé, esto es una falacia, porque hay personas que pertenecen al pueblo, y otras que quedan fuera de él. Pensemos en los refugiados, los inmigrantes, los marginados... Mouffé entiende que la constitución del pueblo tiene lugar siempre dentro de un campo conflictivo, que implica la existencia de fuerzas rivales, que luchan entre ellas para determinar la identidad final de la comunidad. Y la teoría de Schmitt explica mejor que nadie, la irreconciliable naturaleza de la democracia con el liberalismo. Aún y cuando el liberalismo triunfó en la dicotomía resultante de la II Guerra Mundial, si su oponente cayó con el muro, no quiere decir que los problemas que presenta el sistema democrático hayan desaparecido. Para Mouffé, Schmitt se percató mejor que nadie del carácter irreconciliable entre el liberalismo y la igualdad. Ese es su valor para una pensadora que está en su antítesis en el escenario político. Pero en plena convergencia filosófica con él, en lo que se refiere a una forma de interpretar la realidad. Es una relación de concurrencia y afinidad ideológica. Y después, de distanciamiento.

Las alabanzas hacia Carl Schmitt también provienen del posmoderno Jacques Derrida, que dedicó parte de su obra a alabar la distinción amigo-enemigo.⁹⁹ La gran aportación de Schmitt, era para Derrida, el modo en que desnuda la falsedad del concepto de comunidad. Para Schmitt, la comunidad no existe. Existen colectivos de personas con objetivos divergentes. El conflicto sienta las bases de los contendientes -amigo y enemigo-. A través de los siglos llegó hasta nosotros, la idea de bien común de Aristóteles,

⁹⁸ Mouffé, Chantal., "Carl Schmitt y la paradoja de la democracia liberal", *Tópicos*, número 100, Universidad Católica de Santa Fe, Argentina, 2002.

⁹⁹ Derrida, Jacques., *Políticas de la amistad*. Trotta, Madrid, 2013.

que subraya la fraternidad que está en la base del cuerpo social. Para el estagirita, el ser humano aspira a la vida en sociedad, y el deseo de construir comunidad es parte de la naturaleza humana. Derrida, siguiendo a Schmitt, refuta esa idea de comunidad aristotélica que nace de una supuesta fraternidad humana natural -Mouffé también lo hace-. No existe ninguna fraternidad natural. La comunidad, es una idea construida por la civilización occidental. No existe tampoco una dimensión natural comunitaria del ser humano como defiende Aristóteles. Nazis, comunistas y posmodernos confluyen intelectualmente para plantar la contradicción en el mismo corazón de la democracia: la comunidad y el bien común. Un constructo creado por los occidentales para gestionar mejor los intereses de los grupos dominantes.

Martin Heidegger es también uno de los filósofos predilectos de los posmodernos. Muchos de sus seguidores han excusado el nazismo de Heidegger, aludiendo a que su participación en la administración nacionalsocialista, fue una cuestión de arribismo personal, más que de afinidad ideológica. Pero uno de sus discípulos, el chileno Víctor Farías, defendió en una polémica obra de 1987, que molestó y encendió a la comunidad heideggeriana, que la adscripción de Heidegger al Partido Nacionalsocialista -*NSDAP*- es congruente con su pensamiento filosófico.¹⁰⁰ Desde luego, podemos dar fe de que, la filosofía de Heidegger es oscura e impenetrable. Su obra magna, *Ser y tiempo* (1927), es una de las obras filosóficas más ininteligibles que se pueden encontrar. Pero quien no pueda comprender su filosofía, puede comprender a la persona por sus hechos de vida. Porque ellos, hablan por sí solos. Y en este caso, son transparentes.

Heidegger clasifica dos tipos de existencia. La existencia auténtica y la existencia inauténtica. Para Heidegger, unos pocos

¹⁰⁰ Farías, Víctor., *Heidegger y el nazismo*. Muchnik Editores, Barcelona, 1989.

elegidos son capaces de desarrollar una existencia auténtica. La mayoría, vive una existencia inauténtica y no ha sido capaz de desligarse de la cadena de errores que implica el conocimiento occidental. El filósofo alemán, comete el sorprendente acto de originalidad de entenderse entre los miembros del primer grupo, el de los elegidos. Los elegidos acceden al saber y al verdadero conocimiento. Los demás, permanecen inconscientes sobre los resortes y mecanismos de la realidad. Desde luego, un axioma que recuerda enormemente a los posmodernos. La aceptación de este singular y reduccionista axioma como punto de partida, solo puede conducir al totalitarismo. Fue lo que le ocurrió a Heidegger.

El hecho es que, en un momento de su vida, Heidegger pensó que el nacionalsocialismo revolucionaría la ciencia. Y él se sumó al movimiento, con el ánimo de ser el filósofo referente del régimen. El pueblo alemán era el poseedor de una auténtica filosofía existencial –la filosofía de Heidegger-, y esta fundaría una nueva ciencia alternativa a la caduca filosofía occidental. Se trata del criterio de rectificación del error, y de configuración de un revolucionario principio, que rompe lazos con el pasado, por parte de quien considera que todos los que le antecedieron estaban equivocados. Hasta que llegó él, que orientó la historia por el camino del conocimiento verdadero. Recordemos la pulsión filotiránica de Sócrates.

Es conocido el vínculo intelectual de Derrida, con Martin Heidegger. Ciertamente es que, Derrida censuró su nazismo como inexplicable, pero desarrolla su teoría deconstructiva partiendo de los postulados filosóficos de Heidegger, que fueron los que el nacionalsocialismo asumió como propios. Derrida reconoce en Heidegger al genio capaz de descifrar el gigante error epistemológico de los occidentales. En el famoso discurso de Heidegger en la toma de posesión del Rectorado de la Universidad de Friburgo, dijo que la libertad académica debía ser expulsada de la universidad, por todo lo que implicaba de arbitrariedad y que había que

dotar a los estudiantes de una nueva forma de ver las cosas.¹⁰¹ En ese discurso, y en otros del mismo año, se atisba que su afinidad y convergencia ideológica con el nacionalsocialismo es más sólida que el mero oportunismo del que le acusan quienes emplean sus energías en desligarlo del nazismo.

El proyecto nacionalsocialista y revolucionario de tabula rasa no solo iba a cambiar Alemania y la historia. También iba a cambiar las formas de acceder al conocimiento desde el nuevo espíritu que iba a establecer la nueva universidad. Y ahí entraba Heidegger.¹⁰² Heidegger aceptó ser Rector de Friburgo porque tenía una idea y un proyecto de universidad para cumplir. Lo que trascendía el mero arribismo. Establecer una universidad vinculada a su idea central de existencia auténtica, opuesto al mundo de la ciencia y la técnica occidentales. América y Europa, sometían al

¹⁰¹ Martín Heidegger., Discurso Rectoral Universidad de Friburgo. 27 de mayo de 1933. A finales de 1933, Heidegger en otra conferencia en la Universidad de Tubinga expresa: “Ha llegado a nosotros la Revolución. El Estado se ha transformado. Esta Revolución no ha sido el resultado de un poder existente ya en el seno del Estado o de un partido político. La Revolución nacionalsocialista significa más bien una transformación radical de toda la existencia alemana. Por consiguiente, toca igualmente a la universidad. Pero, ¿cómo se presenta la universidad en el nuevo estado? El nuevo estudiante ya no es más un burgués que frecuenta la universidad. Pasa por el Servicio del Trabajo, es miembro de las SA o las SS, practica los deportes en todos los terrenos. Muy pronto, todo esto desembocará en una bella armonía (...) En el sentido que lo entiende el Führer, nos encontramos en el estadio de la evolución, este no podrá completarse sino por la lucha y en la lucha. La Revolución en la universidad alemana nada tiene que ver con modificaciones superficiales. La Revolución nacionalsocialista es y se convertirá en la reeducación completa de los hombres, de los estudiantes y de los jóvenes docentes del futuro.” *Ibidem*, p. 207.

¹⁰² El proyecto intelectual de Heidegger no pasó desapercibido para los nazis, porque días más tarde a la fecha de su discurso de Friburgo, los diarios del régimen y las revistas de las juventudes estudiantiles del NSDAP ensalzaban el discurso de Heidegger como una guía política para la revolución universitaria. *Ibidem*, p. 167.

ser humano a una existencia inauténtica, a un consumo alienante y a los estudiantes de aquellos territorios, a vivir bajo el engaño de las ideas que negaban el conocimiento verdadero. En Heidegger se encuentran los mismos elementos que después retomarán los posmodernos. Está presente el desdén por la libre conciencia y el rechazo a las instituciones democráticas. Pero, sobre todo; la idea de haber sido engañados por la civilización occidental; la oportunidad que se ofrece para salir del engaño y el ofrecimiento de una nueva emancipación total de ese error; la idea de que los demás llevan un modo de vida que los aliena...Y por supuesto, el hecho incuestionable de que, quien señala todas esas cosas, es quien posee el ojo clínico para descifrar todos esos enigmas y darles solución de un plumazo con el proyecto que lleva bajo el brazo. Algo para lo que el resto de los mortales no están lo suficientemente preparados. No es difícil advertir en semejante planteamiento, no solo el reduccionismo de todas las variables existenciales a un esquema binario de lucha de opuestos. También un indisimulado supremacismo intelectual, de quien considera que el nivel más elevado de la erudición es territorio vedado solo para unos elegidos entre los que, naturalmente se encuentra.

Una vez acabada la guerra, llegó el embarazoso momento de dar explicaciones sobre donde había estado cada quien durante el conflicto planetario. En una conferencia en Bremen en 1949, Heidegger tuvo el cuajo para afirmar que “el cultivo de la tierra ahora, es una industria alimentaria motorizada. En esencia, lo mismo que la fabricación de cadáveres en la cámara de gas.”¹⁰³ Heidegger explicaba que las grandes matanzas nazis se debieron a la aplicación de la técnica occidental, a la que él se había opuesto con su filosofía. Particular forma de estirar y retorcer la lógica y el sentido común hasta el límite del paroxismo. Argumentos de ese calibre apuntaban ya a idénticos niveles de exención de responsabilidad y

¹⁰³ *Ibidem*, p. 385.

falta de compromiso con la realidad, que recogerían más tarde sus entusiastas seguidores posmodernos. Esta disociación entre lo que conforman los hechos y lo que conforma la ideología es uno de los atributos más trabajados por cierta *intelligentsia* occidental, y que con el paso de los años ha permeado en su cultura, ayudando a conformar el *antioccidental de la conciencia* que da título a este ensayo.

Las posturas de Heidegger después de la guerra son más conocidas por la comunidad filosófica que sus andanzas nacional-socialistas, según Farías, discretamente silenciadas y oscurecidas por sus numerosos seguidores. Sobre el holocausto judío, el filósofo, no fue nada original. Se escudó en el mundano y trillado argumento de que los alemanes nunca conocieron lo que ocurría en los campos de concentración. A la hora de asumir responsabilidades sobre el conocimiento de la realidad que le rodeaba, Heidegger no debió aspirar mientras duró el Tercer Reich, a una mayor clarividencia que la de sus coetáneos e inauténticos conciudadanos. Heidegger adujo que, entonces, pensó que los nazis renovarían las instituciones educativas, pero acabó renegando del régimen, cuando este empezó a liquidar a los que consideraba enemigos. Exactamente, el momento en el que los nazis comenzaron a alejarse de su pensamiento. Si ya puede resultar complicado emplazar en términos historiográficos, en qué fecha *exactamente* comenzaron los nazis a cometer los más injustificados crímenes, Heidegger lo aclara para todos nosotros, incapaces de ver la luz. Los nazis comenzaron a perpetrarlos, cuando comenzaron a alejarse de sus consejos. Pero no era necesario llegar a los niveles de dificultad, complejidad y embrollo de *Ser y Tiempo*, para recurrir, en el final de un itinerario intelectual, a tan blanqueador y primariamente absolutorio argumento.

Pero, quien alcanza el frenesí, solo reservado a los elegidos, estirando los argumentos heideggerianos a beneficio de inventario, fue el crítico literario Philippe Lacoue-Labarthe, experto en Hei-

degger y Derrida, quien llegó a afirmar que “el nazismo es un humanismo.”¹⁰⁴ Si las matanzas de millones de seres humanos fueron posibles, fue porque los nazis no se ajustaron debidamente a los postulados filosóficos de Heidegger. Al desviarse de ellos, los nazis incurrieron en el error del humanismo. Ya tenemos el veredicto final, impregnado del aroma inequívocamente posmoderno de la clarividencia en el análisis de la realidad. El responsable de Auschwitz es el humanismo occidental. Todo eso nos suena a algo que los autodenigrados occidentales, reconocemos ya como propio.

Escudarse en la ideología del adversario como medio para sacudirse de encima la responsabilidad sobre los actos más infames con los que se estuvo más o menos implicado, constituye una técnica recurrente y común a los totalitarios de todo tiempo, lugar y condición. Así, aquellos que agitaron la bandera de la clarividencia intelectual frente al candor del prójimo, quienes pretendieron concluir sus proyectos totalitarios a toda costa, una vez el éxito les fue negado, corren prestos a hacer responsables a los inocentes de las más innombrables masacres. Pero con ello ejecutan un doble abuso. Aplican la condena más arbitraria y supremacista sobre ellos. Para después, elegir a otros inocentes ajenos a sus iniquidades para señalarlos. El sello de los totalitarios. Dejar víctimas por doquier. Sentar cátedra moral en época totalitaria. Y, después de esta, reservarse el mejor asiento en el tribunal convocado para dirimir responsabilidades. Mismo reincidente itinerario en diferentes puntos del planeta, que traspasa fronteras y culturas. Los totalitarios empiezan la promesa de la revolución con un sermón. Y después de que la sociedad haya sufrido todos sus desvaríos, todavía tienen tiempo para más. Nos dan otro sermón. Entonces nos percatamos de la verdadera pulsión filotiránica que liga a los totalitarios de todo pelaje y condición. De izquierda a derecha y de derecha a izquierda.

¹⁰⁴ Farías, Víctor., *Heidegger y su herencia. Los neonazis, el neofascismo y el fundamentalismo islámico*. Tecnos, Madrid, 2010.

Establecer categorías y expender certificados al vulgo, para que agotemos nuestra existencia conforme a sus más inconfesables anhelos de totalidad. Y hacerlo a ojos de la sociedad, a la que se necesita de comparsa para su pública demostración de poder.

Existen rasgos totalitarios en las de las ideas de Heidegger y en los postulados posmodernos que se emparentan con él. Heidegger alude a la esencia verdadera. La pureza de pensamiento que restituye la historia al momento de su amanecer epistemológico. Desde luego, no es que los posmodernos sean esencialistas, sino que precisamente su esencialismo reside en que son anti-esencialistas -respecto a las esencias de los demás, no respecto a las propias-. Pero ya nos alerta Bernard Henri-Lévy que cada vez que la pureza política triunfó en algún lugar, su victoria se saldó siempre con las mayores calamidades.¹⁰⁵ La pertinaz aspiración revolucionaria de perfección y tabula rasa se salda siempre con el mismo desenlace. Nihilismo y desolación. No tenemos que ir muy lejos. Ya tenemos Mariupol. O, mejor dicho, lo que era Mariupol. Y si la historia se repite, es gracias al constante mecanismo de auto referencia egótico y filotiránico de los perpetradores de masacres. Los que desarrollan argumentos absolutorios a la misma velocidad con la que huyen de la escena del crimen. Incapaces de ver que más allá de su existencia clarividente existe la de los demás.

Según Farías, dedicado también a la investigación de las agrupaciones de extrema derecha que pueblan el planeta, el pensamiento heideggeriano ha tenido gran importancia en el desarrollo de las fuerzas neonazis en Europa. El que fuera líder del partido neonazi de Alemania, el Partido Nacionaldemócrata de Alemania -NPD -, Holger Apfel, editó un libro que lleva por título, *Todo lo grande emerge en el asalto*. Es la sentencia con la que Heidegger

¹⁰⁵ Henri-Lévy, Bernard., *La pureza peligrosa*. Espasa-Calpé, Madrid, 1995, p. 88.

concluye su famoso discurso de acceso al Rectorado de Friburgo en 1933. Apfel reivindicaba una “guerra civil de los espíritus” por el camino de *Ser y Tiempo*.

Manfred Frank y Jürgen Habermas ya advirtieron en los años 80 del pasado siglo, que la ultraderecha racista alemana había convertido a Heidegger en su figura relevante. Y la realidad actual confirma la aseveración. Ernst Nolte, fue un historiador e intelectual alemán muy conocido en su país por su pública defensa de tesis nazis. Fue discípulo de Heidegger, y quien dio inicio al trabajo teórico de la ultraderecha alemana. La línea de Nolte continua en Alemania por medio de los miembros del *Instituto de Política del Estado -Das Institut für Staatspolitik (IfS)*. Un organismo integrado por filósofos, historiadores y expertos en estudios culturales dedicados al análisis político y social tomando como referencia la producción intelectual de Nolte. Su revista *Sezession*, dedicó un número especial a Martin Heidegger en el 2015.¹⁰⁶ En demasiadas ocasiones escuchamos mensajes de desdén sobre el populismo de extrema derecha, pero estas publicaciones no reciben la atención que se merecen, y ponen en evidencia que detrás de estos movimientos, existe algo más que temperamentos impulsivos e irreflexivos de gente primaria. Por el contrario, se trata de un *think tank* alternativo, que produce pensamiento propio y que cuenta con muchos colaboradores y adhesiones en Centroeuropa.

Existe una pugna ideológica entre extrema izquierda y derecha sobre el verdadero sentido de la filosofía de Heidegger. Ambos lados de la política la encuentran incompatible respecto a las ideas de su oponente. Para la extrema derecha, sus ideas representan

¹⁰⁶ Göppfarth, Julian., “Rethinking the German nation as German Dasein: intellectuals and Heidegger’s philosophy in contemporary German New Right nationalism.” *Journal of Political Ideologies*, Volume 25, Issue 3. June, 2020.

lo opuesto a la articulación de una vanguardia de emancipación mundial que reivindica para sí la izquierda. Para la extrema izquierda, la interpretación que hacen los movimientos neonazis de la filosofía de Heidegger es epidérmica, afirmando que ese acercamiento obedece solamente a un criterio de simpatía, por su colaboración con el nazismo. De forma que, más allá de tenerlo como referente, los dos polos se acusan mutuamente de malinterpretar las ideas filosóficas de Heidegger.

El joven filósofo austriaco Martin Sellner, una de las cabezas visibles de la *Neue Rechte*, -Nueva Derecha- en la actualidad, y uno de sus intelectuales de referencia, aboga por revitalizar las ideas de Heidegger y Schmitt. Sellner planteaba en el número de la revista *Sezession* aludido, que “el pensamiento de Heidegger es indispensable para comprender nuestro tiempo actual y nuestra tarea en él.”¹⁰⁷ Para Sellner, la idea del sujeto occidental, idea sobre la que se sustenta la civilización occidental, está agotada desde la filosofía de Nietzsche y Heidegger. Y la insistencia occidental en pretender conservar ese sujeto como el fundamento de la sociedad, conllevará indefectiblemente la caída, fruto de sus propias contradicciones, de la sociedad liberal-parlamentaria en su conjunto. Se puede ver en Sellner la misma clarividencia de Mouffé sobre el hecho de que la democracia integra en su seno, unos elementos irreconciliables, que tarde o temprano, la harán estallar.

El carismático Martin Sellner es uno de los ideólogos que ha logrado unificar toda la tradición de extrema derecha europea entorno al denominado *Movimiento Identitario* -*The identitarians*, una extensión de la *Nueva Derecha Francesa* y la *Nueva Derecha Alemana*. Sellner emplea también terminología schmittiana en sus discursos. Es interesante ver como se distancia de los movimientos neonazis haciendo una interpretación estructuralista

¹⁰⁷ Sellner, Martin., “Heidegger, Revolution und Querfront”. *Sezession*. 16 mayo 2015.

de las olas de inmigración. Según él, los nazis querían eliminar a los grupos étnicos porque los consideraban una rémora para el bienestar y la prosperidad común. Sellner afirma no tener nada en contra de los inmigrantes musulmanes, pero sí en contra de la burocracia europea cuyas políticas de inmigración y natalidad, conducen a la destrucción de Europa y de los propios países africanos de origen.¹⁰⁸ Se observa aquí el interés táctico de la extrema derecha en desvincularse de todo tipo de mensaje estigmatizante hacia colectivos concretos, propio de los nacionalsocialistas “clásicos”. Y un discurso más elaborado, una apuesta más decidida de erosionar las instituciones democráticas y señalarlas como las responsables de graves problemas estructurales contemporáneos, como la inmigración o la delincuencia en las ciudades occidentales.

El proyecto político de la nueva derecha populista europea aspira también a superar el mediocre modo de vida consumista y alienante occidental por otro más vital y verdadero. Existe una auténtica convicción por parte de los movimientos neofascistas de que la decadencia occidental fruto de su desencadenado modo de vida consumista, traerá indefectiblemente el fin de la democracia. En nuestra cabeza resuenan los ecos del discurso de Marcuse o Chul-Han. Si en algo coinciden la extrema derecha y la extrema izquierda es en el particular y anti consumista edén que nos espera con ellos.

La línea de pensamiento totalitario en Francia fue retomada, por los filósofos posmodernos seguidores de Heidegger. A saber; Derrida, Foucault, Lyotard, Baudrillard... Sería la continuación de los profascistas franceses seguidores de Hitler y Mussolini de la primera parte del siglo XX. Escritores como Céline con su antisemitismo y su colaboracionismo nazi durante el régimen de Vichy. La Rochelle, un seguidor del nazismo, que al final de

¹⁰⁸ “The European hipsters who are appealing to the far right.” *Dateline*. Canal Australiano SBS.

su vida, decepcionado con Hitler por blando, se convirtió en un firme defensor del estalinismo soviético. O Bertrand de Jouvenel, destacado colaboracionista nazi durante la ocupación de Francia. Los tres compartían su rechazo de la democracia parlamentaria como fomentadora de una cultura pasiva y aborregada. Y coincidían en defender un espíritu regenerador y vitalista que superara el decadentismo occidental. Es decir; la existencia auténtica frente al sojuzgamiento consumista.

Para Alain de Benoist, representante del pensamiento de la extrema derecha en Francia, la democracia parlamentaria y la vida de consumo burguesa y americana son el enemigo. Alain de Benoist es un pensador *sui generis*. Enfrentado radicalmente a la derecha tradicional francesa por su dependencia, según él, del cristianismo, el liberalismo conservador, y la racionalidad capitalista, sin embargo, está fuertemente influenciado por la teoría gramsciana, y nunca compartió el antisovietismo de la extrema derecha francesa tradicional. Considera la decadencia contemporánea de Europa occidental, algo peor que la dictadura soviética. Así lo expresaba en una entrevista: “hay dos formas de totalitarismo. La primera, al Este, encarcela, persigue, magulla los cuerpos. La otra, al Oeste, consigue crear robots felices. Climatiza el infierno. Mata las almas.”¹⁰⁹

De Benoist, concibe el pueblo como una voluntad autónoma determinada, en sentido heideggeriano. El pueblo que tiene conciencia y espíritu sobre su propio destino, no, el “*We, the people*” de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. No es el pueblo representado, resultado de unas elecciones democráticas y que constituye una cámara de representantes. En una entrevista de hace unos años, De Benoist reivindica el pensamiento de Heidegger para hacer una crítica total de la globalización, el multiculturalismo, la ética de los Derechos Humanos y la exten-

¹⁰⁹ Entrevista en diario *Le Monde*, 20 mayo 1981.

sión de los valores del capitalismo. El pensador francés, profesa también una gran admiración por la figura intelectual de Foucault, por “el ingenio y perspicacia con la que destruye la errónea y nociva idea del sujeto occidental.”¹¹⁰

Heidegger abogó por la destrucción del pensamiento occidental para liberarse del pensamiento metafísico en su célebre *Carta sobre el humanismo* de 1946. Derrida escogió el término central de su filosofía, *deconstrucción*, que se basaba en el paradigma de la *destruktion* heideggeriana. Pero Derrida quería llegar más lejos, y acusó a Heidegger en una conferencia impartida en 1968, de veleidades filo humanistas. De no haber sido lo suficientemente coherente con su planteamiento anti humanista. De no haber sabido llevarlo más allá. Resulta sorprendente la singular y especial aberración por el humanismo que profesan los profetas de la liberación sin mácula. Parece que, dentro de la comunidad de totalitarios de todo pelaje y condición, no existe un denuesto más degradante que el de “humanista”. A partir de aquí, ya no quedan dudas. Si humanista es lo que no hay que ser, todos los errores del pasado, por diversas que fueran sus causas, deben ser adjudicados al humanismo de sus protagonistas. De eso se trata. Renunciemos a la pesada carga de Shakespeare, Montaigne, Erasmo o Tomas Moro. Y, en el camino, avergoncémonos de ellos por medio de la ideológica penitencia que nos mostrará el camino de la liberación sin mácula.

La conexión entre Derrida y Heidegger, se advierte también por medio del discípulo de este, Jean Baufret, a quien Derrida dedicó una obra de homenaje. Baufret, declaró que el holocausto nazi no deja de ser un “relato occidental”.¹¹¹ Un caso paradigmático y mediático del encuentro de los dos extremos de la política, lo represen-

¹¹⁰ “Populismus ist keine ideologie, sondern ein Stil. *Compact*. 4 febrero 2018.

¹¹¹ Farías., *Heidegger y su herencia, Op., cit*, p. 389.

tó también el abogado alemán Horst Mahler, destacado activista izquierdista y fundador de la *Fracción del Ejército Rojo* alemán en los años 70, que en el año 2000 se afilió al neonazi NPD, siendo sancionado repetidas veces por su negacionismo público del holocausto y su apología del nazismo en los medios de comunicación.¹¹²

Otro caso de simbiosis entre los extremos políticos, se produce en el hemisferio sur, con el sociólogo peronista argentino Norberto Ceresole, referente del nazismo negacionista del holocausto en aquel país. Ceresole, también veía en las ideas de Heidegger el germen de una nueva sociedad occidental. Censuró el uso del holocausto judío como una forma de domesticar la política para que todos asumamos el modo de vida norteamericano.¹¹³ La biografía de Ceresole muestra un peculiar y llamativo mapa de meandros en el extremismo. De joven, fue un destacado miembro de la guerrilla peronista, el *ERP -Ejército Revolucionario del Pueblo* de tendencia guevarista, y llegó a recibir formación militar en la Unión Soviética. Pero, en 1974 se implicó en la reorganización del franquismo con la llegada de la transición política a España, junto al que sería miembro de la Junta Militar durante la dictadura argentina, el almirante Emilio Massera. Años más tarde, Ceresole se convirtió en uno de los ideólogos y teóricos más importantes de la izquierda bolivariana en Venezuela.

En España, uno de los ideólogos de *Vox*, Rafael Bardají expresaba en una entrevista al diario *El Mundo*, que “somos de la derecha no tradicional, tenemos elementos anti sistema que tiene concomitancias con la izquierda”.¹¹⁴ Pero más significativo es lo que el propio Bardají expresó a Anne Applebaum personalmente cuando le afirmó que, “estamos en un periodo donde la

¹¹² *Ibidem.*, p. 16.

¹¹³ Ceresole, Norberto., *La falsificación de la realidad. La Argentina en el espacio geopolítico del terrorismo judío*. Libertarias-Prodhufo. Madrid.1998.

¹¹⁴ Entrevista en *El Mundo*, lunes 4 de febrero de 2019.

política se está convirtiendo en algo distinto, la política es una guerra por otros medios; nosotros no queremos que nos maten, tenemos que sobrevivir. En la política actual, el ganador se lo lleva todo.”¹¹⁵ Bardají emplea la famosa locución del estratega y general prusiano, Clausewitz, por el que “la política es la guerra por otros medios”, extendiendo la lógica del combate por encima de toda consideración inherente al juego de la democracia parlamentaria. Mismo planteamiento binario. Igual reduccionismo social. Idéntica proyección de confrontación fratricida como inevitable, que dará como fruto una nueva emancipación del orden de cosas viciado.

¹¹⁵ Applebaum., *El ocaso de la democracia.*, *Op., cit.*, p. 128.

5

Alexander Dugin: la izquierdoderecha totalitaria

El intelectual ruso Alexander Dugin representa hoy día un claro ejemplo no de simbiosis, sino incluso de síntesis política, entre los polos extremos de la izquierda y la derecha.¹¹⁶ Su particular biografía política lo sitúa siempre en las manifestaciones más radicales de la ideología. Una vez desintegrada la Unión Soviética y cuando del imperio surgió la Federación Rusa, Dugin fue uno de los líderes del *Partido Nacional-Bolchevique*, una facción dentro del *Partido Comunista de la Federación Rusa*, que pretendió unir en un mismo espacio político a sectores nacionalistas rusos con los partidarios del soviétismo. Aunque, el partido *nazbol*, pretendió aunar la ideología bolchevique con las tesis extremistas de un

¹¹⁶ Aunque en círculos filosóficos es un autor conocido, su nombre apareció en los titulares del panorama mediático en agosto de 2022, cuando una bomba que tenía a él como objetivo, mató a su hija en Rusia.

imperialismo ruso ajeno a la ortodoxia oficial soviética. Ya entonces, Dugin afirmaba continuar con el marxismo como marco de interpretación de la realidad, pero alejado de las posturas más deterministas y materialistas que según, él, Marx había heredado de Feuerbach y de las que era necesario despojarse.

Una década más tarde, en 2002, Dugin fundó el partido *Eurasia*. El partido quería refundar la vieja idea euroasianista proporcionándole una proyección contemporánea. El neoeuroasianismo de Dugin pretendía la afirmación de un modelo alternativo al globalismo occidental, caracterizado por el capitalismo y la sociedad de consumo, fundada sobre la idea del individualismo liberal-anglosajón. Para Dugin, el modelo liberal de consumo implica el desarraigo del ser humano, al desvincularlo de toda referencia cultural, social, étnica o religiosa. La labor de Rusia, para Dugin, debería ser la de formar un polo de referencia opuesto a dicho modelo liberal capitalista.¹¹⁷ El partido de Dugin, hoy día, no concurre a las elecciones y presta su apoyo al partido mayoritario *Rusia Unida*, que gobierna Vladimir Putin con mano de hierro.

Detengámonos un instante en la forma en la que Dugin bebe de referentes ideológicos de ambos extremos opuestos de la ideología. Por un lado, hay autores que piensan que tiene una fuerte influencia del fascismo, por medio del geógrafo político y uno de los fundadores del partido nazi, Klaus Haushoffer, por la importancia que confiere Dugin al concepto de geopolítica. También está entre sus influencias el filósofo fascista italiano Julius Evola, o al que me he referido en líneas anteriores, Alan De Benoist.¹¹⁸ Sus referentes de izquierda tampoco son pocos. Porque, Dugin aboga por una lectura gramsciana de la izquierda, vinculando

¹¹⁷ Dugin, Alexander., *Proyecto Eurasia.*, Hipérbola Janús, 2016.

¹¹⁸ Cubero Trujillo, Ana., “Hacia una Cuarta Teoría Política. Alexander Dugin y el Neoeurasianismo”. *Tiempo Devorado. Revista de Historia Actual*. Número 1, Julio-agosto, 2019, pp. 3-15.

esta al concepto de hegemonía.¹¹⁹ Para Dugin, lo importante no es la pureza de la ideología desde un punto de vista racional, sino la articulación de una hegemonía colectiva capaz de enfrentar los intereses geoestratégicos del Occidente globalizado.

Dugin se hizo conocido con una nueva teoría política, a la que llamó *Cuarta teoría política*, que dio origen a la obra del mismo nombre.¹²⁰ De nuevo, salen los dos nombres, referentes del extremismo político, a los que nos hemos referido: Carl Schmitt y Martin Heidegger. ¿Qué toma Dugin de Carl Schmitt? Veíamos que, para Schmitt, el espacio político es el resultado de una variedad de sujetos opuestos. Según este planteamiento, toda pretensión de plantear una idea de espacio común universal para el planeta esconde una pretensión absolutista e imperialista. Por más que Occidente diga que pretende la expansión del progreso y la cultura de los Derechos Humanos, la actividad de las instituciones occidentales es la negación de la pluralidad inherente a la vida política. La humanidad no puede ni debe generar valores únicos. Ahí entra la idea del “*gran espacio*” schmittiano. Para Smith, el “gran espacio” no es el espacio liberal contemporáneo, sino un gran espacio que reconoce la diversidad del mundo. Y lo que es más importante y está ligado a la actual guerra de Ucrania, un espacio que contiene diversos agentes políticos, como potencias en el mundo que actúan y concurren en el mismo tiempo a escala planetaria.

Según esto, el Occidente liberal representa el peor imperialismo posible. Al plantear una ética universalista, que no es más que una cobertura que esconde en realidad la defensa de unos intereses geopolíticos y económicos determinados. Los de Occidente.

¹¹⁹ Fernández Leost, José Andrés., “La ideología euroasiática de Alexander Dugin. Entre la geopolítica y el populismo.” *Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences*, Nº 46, 2015, pp. 51-60.

¹²⁰ Dugin, Alexander., *La cuarta teoría política*. Nueva República, Barcelona, 2013.

De forma que, todo lo que se oponga a los intereses de Occidente, queda reducido a la condición de criminalidad. La neutralidad política no existe para Schmitt. Cuando Occidente dice abogar por la concertación internacional, en realidad está colonizando voluntades y espacios como manifestación de sus intereses geoestratégicos más espurios. Todo aquel que se oponga a los intereses de Occidente, con sus mecanismos de colonización cultural; las Naciones Unidas, la OTAN, la ley internacional... es culpabilizado y categorizado como enemigo. Para Dugin, siguiendo a Schmitt, la existencia de este espacio liberal único para todo el planeta, no asegura la paz, al contrario, no es más que la garantía del sometimiento de todos los países a Occidente como potencia hegemónica. Negar una pluralidad de actores internacionales con el mismo poder, es negar la propia constitución de la política verdadera. Por el contrario, abogar por la conformación de diferentes sujetos internacionales, con su propia escala de valores y libertad de actuación, es la afirmación de una pluralidad consustancial a la política.

Por tanto, es preciso negarse a la idea de justicia universal que persigue el orden internacional. No es más que la manifestación de la asimilación política del *otro*. Dugin, tomando a Schmitt como referente, adjudica al liberalismo implícito al capitalismo moderno, la condición de hegemonía universal, porque ha dejado ya de ser una teoría política determinada, para convertirse en “un estado de cosas”, donde sus axiomas se toman como naturales. En *La cuarta teoría política*, Dugin explica que las tres grandes ideologías modernas han fracasado. El fascismo y el comunismo fracasaron. Pero también lo ha hecho el liberal-capitalismo. Dugin observa dos tipos de liberalismo en Occidente, el liberalismo de derechas y el de izquierdas, promovido por el magnate George Soros con su agenda globalista. Pero la realidad de las cosas demuestra que, esa disyuntiva solamente interesa a los que dirigen

el teatro de marionetas del orden mundial. La disputa política no refleja los intereses populares. La producción ideológica de Occidente no es más que el teatro para perpetuar un orden de cosas determinado: el imperio globalista y universalista, cuya racionalidad ha colonizado todas las formas de ser por medio de la extensión de sus pautas y modelos de consumo.

¿Cuál es el sujeto o el polo que debería enfrentarse a este orden internacional? Para Dugin, está por configurar. Pero tiene claro que no puede reproducir ni el discurso comunista, ni el fascista. Y es que, Dugin es selectivo con estas dos ideologías. Pero no porque sea contrario a ellas. Prescinde de algunos elementos de las mismas, pero reivindica la perentoria necesidad de otros elementos fundamentales de las mismas. ¿Cuáles son los elementos del marxismo de los que prescinde Dugin de la ideología comunista? Según, él, Marx como heredero directo de Feuerbach había asumido un materialismo filosófico radical, dejando de lado la dimensión espiritualista del ser humano. Del mismo modo, su pretensión de ciencia exacta se había demostrado desmesurada. La realidad demostró que las leyes económicas de Marx respecto a la evolución del capitalismo estaban equivocadas. Pero Dugin rescata el materialismo dialéctico de la filosofía política marxista; su carácter de negación. Lo fundamental del comunismo, dejó de ser la idea de un bloque dirigente, o el h́per análisis de las condiciones económicas de la sociedad. Lo que importa, la parte esencial de su programa es el carácter de lucha y de antagonismo contra el orden liberal-capitalista. En su interpretación marxista, Dugin piensa como Schmitt o Mouffé, que el liberalismo lleva la semilla de la contradicción en su propio seno, por tanto, caerá indefectiblemente.

Del mismo modo, Dugin prescinde de algunos de los elementos del fascismo moderno, como son la xenofobia o el nacionalismo excluyente que pregonan otras fuerzas de extrema derecha occidentales. El ruso se muestra también contrario a la

categoría de raza en el discurso político. Por el contrario, plantea que las ideas de soberanía estatal –estatismo- e identidad política común son plenamente válidas para un proyecto de negación de la hegemonía occidental. Hay que defender la soberanía del estado-nación, toda vez que se plantee como negación del proyecto universalista y asimilacionista occidental. La cuarta teoría de Dugin es antiliberal, pero no sería, ni socialista ni nacionalista, por lo menos como se han entendido estas dos ideologías desde la teoría tradicional. Dugin reivindica una síntesis superadora de esas tres ideologías, pero donde solamente rescata elementos del comunismo y del fascismo, nunca del liberalismo. Resulta significativo que, el que es considerado como el referente filosófico de la Nueva extrema derecha en Occidente, consiga concitar al mismo tiempo, la admiración de organismos de extrema izquierda, como el *Círculo Patriótico de Chile* cuyo planteamiento ideológico-es-tratégico engarza con la cuarta teoría política de Dugin.¹²¹

¹²¹ *El Círculo Patriótico Chile*, es un centro de estudios independiente, dedicado a la investigación, cuyo objetivo es el desarrollo ideológico de un pensamiento propio chileno, en alianza con el resto del continente Latinoamericano, promoviendo convertir a Latinoamérica en un polo de desarrollo autónomo a nivel internacional. Su visión es crítica con el capitalismo imperialista contemporáneo y con los procesos de globalización asociados a éste. Propone la lucha patriótica y popular antiimperialista contra la hegemonía capitalista-liberal, en concordancia con la emancipación de los pueblos, la reivindicación de las comunidades libres y la soberanía continental de América del sur, sosteniendo como meta el auge de un orden geopolítico multipolar. El Círculo ha entablado la creación de un enfoque interpretativo, como base para una teoría política chilena, bajo el nombre de *nacionalismo de la praxis*. Éste se hace eco de un acervo patriótico-popular, buscando la recuperación histórica de los conceptos de Patria y Nación por parte de las fuerzas populares, con el objetivo de derrotar a la oligarquía histórica apátrida de la globalización. El círculo considera el nacionalismo de la praxis en las antípodas a la de cualquier nacionalismo reaccionario. El círculo no concibe contradicción alguna entre nacionalismo e internacionalismo, toda vez que son complementos teóricos indisolubles. Solo una sana y razonable convivencia de países

Dugin entiende que la evolución de la política en latinoamérica está conformando la creación de un nuevo polo emergente de oposición al polo global-atlantista que pretende imponer su hegemonía universalista de principios y valores. Los polos que se conforman como expresiones de la cuarta teoría política, pueden parecer contradictorios entre sí con el manual de ciencia política en la mano, pero son válidos en cuanto a expresiones de negación de ese orden internacional globalista representado por Occidente. Ya se ha dicho que, Dugin considera que la agenda izquierdista globalista no puede satisfacer las demandas populares. Por tanto, es preciso llegar a una síntesis más allá de la filosofía política moderna. Y esta cuarta teoría política está por articularse, pero sus expresiones van desde el desarrollo y consolidación de la nueva derecha antiglobalista occidental, pasando por la política anti occidental de Vladimir Putin, hasta llegar hasta el nuevo polo latinoamericano.

Los nuevos polos emergentes, el chino, el ruso, el latinoamericano, deben sacrificar determinados aspectos de sus propios proyectos políticos, si quieren articularse como una alternativa de negación de Occidente que pueda mostrarse eficaz y operativa. Pero su agenda política puede ser mantenida por los dos polos, aparentemente antagónicos, de la ideología; la extrema izquierda y la extrema derecha. Como dice Dugin, en el polo de la cuarta ideología, “podemos incluir el antiimperialismo castrista, pero hay que incluir la idea de la soberanía nacional, la tradición de las raíces culturales y religiosas, hasta la teología de los pueblos de los

independientes y soberanos, dentro de un orden multipolar continental, permitirá la verdadera diplomacia de los nacionalismos del entendimiento. Es por eso que nos oponemos a los nacionalismos reaccionarios que propiciaron guerras externas. Extraído de la página web del Círculo Patriótico de Chile. <https://praxispatria.cl/nosotros/>

jesuitas argentinos.”¹²² Lo esencial es oponerse al modo en que el capitalismo global coloniza y domina las conciencias. Y para eso, es preciso sacrificar la tradición moderna de las tres grandes ideologías de la modernidad.

Heidegger no podía dejar de ser también una referencia fundamental para Dugin. No en vano, dedica una obra monográfica al pensador alemán, que lleva por título *Martin Heidegger: la filosofía de un nuevo comienzo*. En la introducción de su laudatoria obra, afirma que “sin las ideas de Heidegger, nuestra idea de la cultura sería fragmentaria.” El ruso considera al alemán como el mayor filósofo entre todos y “el creador de una nueva forma radical de pensar”.¹²³ Y, es que, Dugin retoma el esquema heideggeriano como un elemento fundamental de su cuarta teoría política. Asume la crítica del alemán del sujeto cartesiano occidental que hace Heidegger y su refutación filosófica de las instituciones del conocimiento. El sujeto que reivindica, no es otro que, el sujeto heideggeriano, el que se proyecta hacia el mundo desde su propia conciencia de ser existente en cuanto a “existencia auténtica”, independiente de las fuerzas que producen pensamiento global que es considerado como el único válido. Por eso denomina a su filosofía, como de un “nuevo comienzo”.

Las tres ideologías políticas de la modernidad, reivindicaban un sujeto diferente. El liberalismo reivindicaba la idea del individuo burgués. El comunismo planteaba el sujeto de la clase trabajadora y el Partido. Y, el fascismo, el de la raza elegida o el del estado total. Ninguna de ellas es válida en la actualidad. Las tres deben ser superadas. El pueblo no es ni la suma de individuos que proyectan las democracias occidentales. Ni la clase trabaja-

¹²² Entrevista del profesor Luis Bozzo a Alexander Dugin. Círculo Patriótico de Chile. Puede verse la entrevista completa en <https://www.youtube.com/watch?v=5oJTpBmbYao>

¹²³ Dugin, Alexander., *Martin Heidegger: the philosophy of Another beginning*. Washington Summit Publishers. 2014.

dora como forjadora de la historia. Ni la nación original fundamentada en la raza superior. El pueblo para Dugin, es una unidad orgánica, *una comunidad organizada*. En el sentido que reivindica Dugin el pueblo, no es, ni individual ni colectivo. Trasciende esa dualidad, es una instancia que nos da la palabra, el lenguaje. Siguiendo a Heidegger, hablar es lo que nos otorga la capacidad de ser humanos. Y el lenguaje está dado al ser humano por el pueblo. Por eso, el pueblo es preexistente a toda categoría política de clase o nación. Lo que viene a decir Dugin es que el nuevo sujeto antagonista de Occidente, solo puede venir del hecho de que los diferentes pueblos que se oponen al orden universalista de la UE, la ONU o la OTAN, articulen antagonismos acordes a sus propias tradiciones y formas particulares, opuestas en todo a los modos de existencia occidentales. Y para desarrollar esos antagonismos, cualquier camino o forma de organización es válida. Lo importante es el valor de antagonismo que son capaces de desarrollar esos agentes políticos. Todo intento de encasillar esos nuevos sujetos emergentes por medio de una ciencia política que considera periclitada, resulta inane.¹²⁴

¿Qué es lo que Dugin entiende entonces como *pueblo*? No es el concepto de pueblo ruso *-narod-*, como se entiende desde el tradicionalismo ortodoxo. Tampoco es el pueblo *-volk-* del romanticismo alemán. Ni el pueblo *-popolo-* del fascismo italiano. Ni siquiera, el pueblo como sujeto de la revolución planetaria. El pueblo de Dugin trasciende todas esas categorías. El pueblo es el sujeto como *una realidad existencial que se expresa de tantas maneras diversas como puede expresarse*, pero ninguna de ellas agota sus posibilidades. El pueblo sería la capacidad que tiene cualquier comunidad del planeta de formarse en base a su territorio, su cultura, su forma de ser original, su historia...Y, con esos elementos, por antagónicos que parezcan entre los diferentes

¹²⁴ Entrevista del profesor Luis Bozzo.

pueblos de la tierra, quedan englobados por dos circunstancias: como *un ser nuevo*, que es preciso descubrir en la historia a través de su andadura original, y como *negación política* del universalismo occidental con su cultura expansionista y asimilacionista de los Derechos Humanos. Dugin no aspira -ni le interesa- a una definición concreta de lo que es el pueblo. El pueblo se despliega como tal en la existencia, y como un sujeto opuesto a las ansias de expansión cultural de Occidente. El pueblo antagonista a Occidente es todo pueblo que se despliega como antítesis, como negación del imperio universalista y globalista que representa la civilización occidental.

Dugin manifiesta su simpatía hacia pensadores próximos al posmodernismo alternativo como Guy Debord.¹²⁵ Dugin coincide con Debord y con Byul Chun-Han en que la mercancía cultural de Occidente es la cultura del espectáculo. La cultura de imágenes y representaciones digitales modifica la conciencia existencial de los ciudadanos, lanzándolos fuera de su quicio vital. Por eso, recuperar los espacios colectivos de representación de identidad es tan decisivo y determinante para Dugin. Todos los campos de referencia, políticos, sociales, religiosos deben representar un antagonismo a la cultura occidental. Y, este paradigma debe ir más allá del campo de la política propiamente dicha, debe articularse y vivenciarse de forma existencial. Para salvar al ciudadano, es preciso llevarlo fuera de los mecanismos que modulan la existencia del ciudadano occidental. Y es que, Dugin converge plenamente con Heidegger tanto en lo filosófico como en lo político. Y para ello, se puede convenir con los representantes de la religión ortodoxa rusa más tradiciona-

¹²⁵ Guy Debord es conocido por su obra *La sociedad del espectáculo* (1967) donde plantea que el espectáculo es empleado por los medios de producción occidentales para domesticar y adoctrinar a las masas sin que estas lleguen a hacerse consciente sobre el alcance e implicaciones de ese adoctrinamiento. Se trata de otra expresión de la diferencia entre sujeto auténtico e inauténtico, quien es consciente de la realidad y quien no lo es.

lista, la extrema derecha y la extrema izquierda. Polos que se consideraban antagónicos pero que Dugin consigue conciliar por medio de su Cuarta Teoría Política. Y, que ahora son convergentes en un mismo objetivo: plantear una nueva hegemonía que enfrente a Occidente y su caduca civilización.

Es interesante tener en cuenta también, la particular visión de Dugin sobre el discurso posmoderno. Para Dugin, los posmodernos “anuncian” ya el proceso irreversible de descomposición de Occidente como civilización. Así, para el filósofo ruso, los posmodernos retratan el nihilismo al que ha conducido la modernidad occidental. Y en ese sentido, su proyecto de negación, ha desbrozado el camino para su Cuarta Teoría Política. Aún y cuando los posmodernos reivindicaban que su teoría era antagónica a la modernidad, para Dugin, su propia teoría, se opone de una manera más contundente a la modernidad capitalista occidental. Aunque, agradece a los posmodernos, la forma en la que han anticipado el fracaso de la modernidad.

Tenemos ya dibujada la alternativa por el pensador ruso: la nueva verdad es la *antimodernidad*. ¿Qué es la antimodernidad? Acabar con el nihilismo y la mentira de liberalismo globalista, proponiendo un nuevo sujeto que supere el modelo agotado de la modernidad política. O trasladado a la guerra de Ucrania: Rusia está luchando por emerger como un polo alternativo a la Alianza occidental. Ucrania estaba demostrando con su agenda pro europea, un acercamiento a Occidente, intolerable para Rusia. De forma que, Rusia no está más que ejerciendo su derecho a la legítima defensa contra la agresión occidental, que se quiere tornar hegemónica, también en Eurasia.

El micro relato de simpatías, concurrencias de interés y convergencia intelectual entre la extrema derecha y la extrema izquierda, del que Alexander Dugin es un fiel exponente, como otros, rompe los moldes del pensamiento político tradicional, que las

entiende como antagónicas de forma categórica y apriorística. Es cierto que esa concurrencia se produce en unos determinados aspectos y no en otros. Tan cierto como que la convergencia se da en los más importantes. La negación del parlamentarismo; la libertad de conciencia; la autodeterminación moral del sujeto; y el régimen de libertades y derechos fundamentales. Los fundamentos más básicos de la democracia. Aquí solo existe un enemigo: la democracia occidental como el sistema que se asienta sobre la garantía de los derechos sustentados por una tradición de un sujeto que se remonta desde los filósofos griegos hasta la modernidad. La emancipación de Occidente, llegará cuando sus aberrantes atributos sean borrados del mapa, por otros modelos alternativos comprometidos con otro tipo de sujeto, que aspira a vivir otra forma de existencia. Esta refutación total de la civilización occidental constituye el distintivo del totalitario del extremista de derecha e izquierda, lo afirme de manera explícita o no.

La izquierda y la derecha democráticas concurren en su defensa de las libertades y el parlamentarismo, discrepando en las soluciones que ofrecen para solucionar los retos y desafíos de una sociedad contemporánea compleja y problemática. La extrema izquierda y la extrema derecha concurren justamente en lo contrario. El rechazo de las libertades y el parlamentarismo. Convergencia de mutuo interés, que encuentra su mejor expresión en los tiempos en que pretenden arrastrar a los partidos políticos democráticos a ambos extremos del escenario político, para que actúen de comparsa en el fomento de los intereses opuestos a los de la democracia.

La genealogía, une a los posmodernos con toda una tradición totalitaria que discurre y se desliza de izquierda a derecha y de derecha a izquierda sin contratiempos. Su anhelo demolicionista, aspira a cambiar el modo de pensar y razonar de una tradición que es preciso combatir y destruir. Siendo esto así, deberíamos seguir la estela dejada por la inolvidable Hanna Arendt con sus investigacio-

nes sobre el totalitarismo. Pero todavía observamos con asombro, el modo en que se concede a la extrema derecha y a la extrema izquierda, la autoridad moral para sermonear a la ciudadanía, ante el silencio general, y la inconsistencia de los representantes políticos de nuestra maltrecha democracia, que explotan a conveniencia.

La erótica de lo radical en perjuicio de lo moderado es la proyección de la frustración ciudadana al campo de lo ideal, como mecanismo de defensa para seguir creyendo en un futuro mejor, más allá de la sensación de estancamiento que ofrece la actual democracia. La pulsión filotiránica no desaparecerá, porque está en la naturaleza humana. Por eso, a mayor debilidad de la democracia, más fuerte es el llamado para que la pulsión filotiránica aflore al exterior. Toda fuerza extremista añora el escenario de combate, donde los problemas se enquistan y la frustración se canaliza hacia el mundo de las ideas. Entonces se trata de despojarnos del sentido de realidad, para valiéndose de categorías políticas, dividir en bandos enfrentados a la población. De la política del estancamiento, se pasa a la proyección idealista de los problemas, y de aquí al mundo de las soluciones excluyentes. La política del antagonismo. La realidad binaria, que tanto satisface a quienes quieren imponerlo a toda costa. El pensamiento dicotómico en todas sus manifestaciones y tipologías, es el combustible para llegar al cuadrilátero de combate. Simplificar no es ser simple. Ya lo hemos afirmado en líneas anteriores. Simplificar es reducir las variables de la vida a dos elementos contrapuestos. Y esa operación constituye todo un arte de la política que se remonta a los grandes pensadores del totalitarismo del siglo pasado. De forma que el extremismo político posee un pensamiento mucho más sofisticado y elaborado de lo que parece a primera vista. Prueba de ello, la vasta y fecunda producción editorial que genera.

La extrema izquierda y la extrema derecha, al igual que los posmodernos, demuestran una particular capacidad de manipu-

lación para hacer responsables de todas las aberraciones pretéritas de la historia occidental a nuestros atributos más preciados. La libertad de conciencia. El humanismo. La democracia. Nuestro modo de vida. La versión posmoderna de la historia vincula estos elementos con las mayores perversiones cometidas en el pasado. Conviene tenerlo en cuenta para discernir, quien está emparentado con el totalitarismo y quién no. En ello va la salud democrática de los occidentales. Si no, aún vendrán los tiempos en los que se afirmará sin rubor, que la culpa de los males de la democracia correspondió a la propia democracia. O que el mal uso de la libertad fue responsabilidad del propio pueblo. Abandonando el más elemental principio de realidad, para sustituirlo por proyecciones ideales o delirios de quienes dicen entender los entresijos y misterios de la existencia mejor que nadie.

QUINTA PARTE

METANOIA

OCCIDENTAL ¹²⁶

¹²⁶ La palabra “metanoia” no forma parte de la Real Academia de la Lengua. Pero me interesa emplearla ahora por el significado que tiene en relación a la tesis de este ensayo. La etimología del vocablo griego procede del *meta* -más allá- y *nous* -mente-. Por tanto, *metanoia* sería “lo que está más allá de la mente”. El occidental produce pensamiento condicionado por el antioccidental que anida en su conciencia, y desarrolla los mensajes auto-denigratorios a través de él. Entonces, lo que se requiere es que vaya “más allá de la mente”, que prescindiera de esos argumentos auto inculpatorios y se abandone al cuerpo -sensación- y a un espíritu combativo -estado de ánimo-, como vía de escape de su condición mortificada. En la psicología de Jung, la metanoia es un proceso de transformación de la psique que persigue la autocuración. Se deja atrás el conflicto y la estructura en la que se encuentra el sujeto, y se propicia la adaptación a algo nuevo. En el campo religioso, la metanoia propiciaba la salida de un escenario espiritual insatisfactorio a un plano positivo, optimista y elevado.

Los políticos, ya sean de izquierdas o de derechas, o ya se jacten de haber superado esta vieja división, quieren hacer funcionar la máquina del mejor modo posible. Obnubilados por esta ambición, que no es algo despreciable, porque apunta al bienestar de sus administrados, ya no se plantean la cuestión de saber lo que es preciso preservar, impedir, reparar, o cambiar para que el mundo se habitable. En pocas palabras, hacen política olvidando la política. Sus doctrinas divergen, pero su programa común es que *esto marche*, y no la disposición de nuestra estancia en la tierra.

En primera persona, Alain Finkielkraut

1

Contra el menosprecio obligatorio

Aclarado el panorama que se denuncia, tomamos conciencia de que la autodenigración permanente y la denuncia corrosiva de las instituciones, ni perfecciona la democracia, ni nos hace mejores. El incesante fatalismo sobre la clase política, o la segura destrucción de Occidente por su obsesión consumista, tampoco. Aceptar las interpretaciones más apocalípticas sobre la sociedad occidental, exponiendo que el ser humano se convierte en su propio esclavo, es cuanto menos, subestimar la capacidad de reflexión y discernimiento que posee la inteligencia humana. Reducir el papel de las instituciones científicas y políticas a meros títeres del mercado, es considerar que todas ellas, están sometidas a agentes que imponen mandatos contrarios a su forma de entender la realidad, sin que las personas que las integran manifiesten la mínima oposición. Y por añadidura, considerar que las democracias occidentales carecen de la capacidad para producir mecanismos de

autocorrección sobre los conflictos de sus sociedades, es cuanto menos, tomar por incompetentes al resto de ciudadanos.

Todo ello es posible porque una visión determinista y auto culpabilizadora lo hace posible. Tan sencillo y contundente. Y tan fácil. Probablemente no pueda haber algo más alienante que considerar todas estas premisas juntas como incontestables. Y a pesar de todo, el discurso catastrofista y antioccidental, vende. Nos abonamos a las más caducas y deterministas ideas, que tienen la extraña virtud de mantenerse en el tiempo, pasando como contemporáneamente ingeniosas. El occidental, encuentra colmado su más perspicaz sentido de agudeza, cuando expone que detrás de los fenómenos sociales se ocultan direcciones inteligentes que nos controlan a su antojo. Denuesta todo lo que tiene de estimable la civilización a la que pertenece. Encuentra en ello, un distintivo que lo identifica y lo liga a una comunidad volcada a la autodenigración. Se agosta al ritmo que achica todo lo favorable que forma parte de su propio universo de referencias. Interioriza que, nuestro desenfrenado consumo nos conduce indefectiblemente al desastre. El antioccidental, penetra por la brecha de la auto represión consumista. Marcuse, Baudrillard, Bauman o Chul-Han, reflejan un sujeto alienado por la publicidad y el reclamo. De forma que las inagotables posibilidades de ocio que ofrece nuestra cultura no son más que el síntoma de su degradación. Apocalíptico axioma, extendido incluso entre algunas de las más dotadas mentes del pensamiento occidental.

Pero, autores menos deterministas y clarividentes, como Lipovetsky, muestran que la decadencia de los valores en Occidente no es tal. La comercialización de espacios públicos es un fenómeno evidente en muchas ciudades occidentales, y es consecuencia del impacto neoliberal de las últimas décadas. Pero la empatía por el prójimo no desaparece. Somos testigos de la ola de solidaridad europea con los refugiados de Ucrania. Los lúgubres vaticinios

de los agoreros, que reservan su censura para las democracias, sostienen que hemos desarrollado el esclavismo en nuestra propia conciencia. Hoy más que nunca, la comunicación instantánea y *on line*, origina flujos de información y redes de organización de espíritu público entre quienes no detentan ningún poder, como nunca antes en la historia. Internet no es solo el territorio de los agentes financieros. Internet es parte del ágora griego que reivindicamos para la democracia. Conecta genealógicamente con los filósofos griegos, padres de la civilización, que más estimamos. El ciudadano no deja de serlo por ser hoy, un ciudadano digital.

Consumir pertenece al ámbito de la libertad. Resulta una obviedad afirmar que no la agota. Presumir que el consumo constituye la esencia del ser humano es una simpleza. Tanto como pensar que el propio acto de consumo aliena al hombre y la mujer. Consumir también significa cumplir nuestras pequeñas ambiciones en la vida. Siendo así, el consumo no nos hace más esclavos. Estamos mediatizados por la publicidad y el reclamo, eso es innegable, pero no estamos determinados por ellos. Somos entes de autodeterminación moral, lo que nos permite ser conscientes de determinados aspectos que rodean al consumo. Que al consumir favorecemos la cadena de producción y aportamos a la dinamización económica. Que al otro lado del mostrador está el otro, al que estamos beneficiando. Y, que nuestra auto reflexión sobre estos aspectos, desarrolla un sentido de sociedad del que nos sentimos parte activa. Consumir así, no denota esclavitud sino felicidad. Hoy, exponer evidencias tan elementales en público puede entenderse como una apología del capitalismo más inhumano. Como si una cosa tuviera que ver con la otra. Pero no desdeñemos los mecanismos de la psique, porque el resorte de la culpa occidental puede saltar en el momento más inesperado.

Ya nos recuerda el famoso sociólogo germano, Amitai Etzioni, que las críticas al consumismo, al materialismo y al hedonismo

son casi tan antiguas como el capitalismo.¹²⁷ Pero el consumo no consigue alienarnos. La propia dinámica consumista ha llevado a muchas personas a organizarse en micro comunidades de bienestar; asociaciones que defienden los derechos del consumidor ante las grandes corporaciones; grupos que abogan por un consumo sostenible; grupos de práctica de ocio alternativo que desean salir de una cotidianeidad ligada solo al consumo; asociaciones que nacen de comunidades virtuales de jóvenes consumidores de videojuegos; asociaciones de padres y madres en los barrios que se movilizan para exigir a la administración local que les permita gestionar el espacio público, para dotarlo de un contenido comunitario para el disfrute de sus hijas e hijos.... Todos estos son fenómenos occidentales que explotan allí donde el consumo enseña sus propias limitaciones. Muestran que la dinámica del consumir origina circunstancias impredecibles.

Los apologetas de la catástrofe retratan una sociedad de polaridades definidas. Lo dicotómico, nos propone la reduccionista elección binaria. Opresión o liberación. Pero como demuestra Lipovetsky, en el hiperindividualismo contemporáneo conviven sin problemas esquemas binarios del tipo renovador-retro, consumista-ecologista, e incluso conservador-progresista. Y esos elementos, la realidad lo demuestra, no están condenados a una lucha fratricida.¹²⁸ Pensemos en los templos religiosos y de oración que, en la actualidad, se reconvierten en hoteles y bares, mostrando una dualidad estética *renovador-retro* buscada por los promotores de manera intencionada. O en grupos de consumidores que se asocian en torno a iniciativas para controlar que la cadena de producción y distribución de determinados produc-

¹²⁷ Etzioni, Amitai., *La dimensión moral: hacia una nueva economía*. Palabra, Madrid, 2007.

¹²⁸ Lipovetsky, Gilles., *Los tiempos hipermodernos*. Anagrama, Barcelona, 2006, pp. 92-94.

tos esté orientada por la justicia *-consumismo-ecologismo-*. O, en personas que tienen ideas conservadoras sobre unos ámbitos de la existencia, y un ideario progresista respecto a otros *-conservador-progresista-*. Todas esas realidades, que se producen en los núcleos urbanos de la sociedad contemporánea, se podrán juzgar como se quiera. Constituyen realidades que son paradójicas con la brújula ideológica de la lucha de opuestos, pero no por ello, son menos empíricas. O quizás es que estamos demasiado influidos por una forma de pensar en clave de elección dicotómica, entre los elementos de la relación binaria, pensando que, los elementos no pueden conciliarse.

La evolución de la sociedad actual no es como el pope del 68, Marcuse presumía, unidimensional, donde el hombre y la mujer quedan reducidos a una única variable. Ya advierte Lipovetsky que la sociedad hipermoderna, liga mejor con el desorden paradójico que con la fatalidad de los apologetas de la catástrofe. Los diferentes elementos culturales pueden cohabitar, sin provocar discordancia en el individuo. Esas dualidades no representan lucha de opuestos, sino convivencia paradójica. Las nuevas generaciones no tienen problema en convivir con elementos que antaño se entendían como excluyentes. Respetemos los nuevos códigos sociales para los que aún no tenemos respuestas concluyentes. Los marcos de interpretación social han variado. Se precisa la observación social rigurosa, si no se quiere caer en un determinismo idealista, que solo persigue en los hechos, la confirmación de las propias tesis de las que uno se alimenta. Hoy, como dice Lipovetsky, la realidad demuestra que “los nuevos parámetros de moda y consumo superan las estructuras tradicionales de sentido, en favor de nuevas subjetividades” que solo podrán juzgarse en el futuro bajo el prisma de la experiencia.¹²⁹

¹²⁹ *Ibidem*, p. 102.

Reducir el horizonte personal a agotar el tiempo de ocio en un centro comercial, un ser que vive solo para consumir, es de un reduccionismo absurdo. Similar a quienes plantean que el consumo nos aliena y esclaviza hasta borrar nuestro discernimiento como se formatea un ordenador. El *homo consumens* no puede aniquilar al *homo ethicus*, precisamente porque la ética tiene mucho que decir sobre los procesos que dirigen el consumo, cuando este afecta al bienestar psico-físico. Los análisis que reducen a la persona a un simple engranaje del sistema de mercado, en vez de resaltar la capacidad que tiene aquella para corregir sus disfunciones, encadenan al ser humano al pensamiento maniqueo. El ser humano es un ser integral, no un engranaje. Posee la capacidad de discernimiento para percibir que el consumo no es la medida de su existencia. Y que considerar, a quien carece de medios para consumir es algo que también le perfecciona como ser humano.

Con la misma clarividencia con la que se afirma que somos esclavos de nuestra alienación capitalista, puede decirse, que quienes eso afirman, son esclavos de un materialismo histórico refutado por la historia. Y, que, empeñados en transmitir la misma cantinela a las nuevas generaciones, quieren pasar por encima de su derecho a experimentar e interpretar la realidad de su tiempo, a través de su talento personal. Y sin que se les considere alienados por ello. Los valores no han desaparecido aún y cuando vivimos en una sociedad tecnocrática y de consumo. La juventud ahora no se apoya tanto en la cultura del deber o del sacrificio, como en marcos optativos, emocionales e individualistas. Lo que no quiere decir que los valores humanistas, o la lucha por un mundo más justo, hayan desaparecido en la sociedad occidental. Sino que se presentan bajo formas novedosas.

Los discursos sobre la alienación occidental hacen mella en nuestra mortificada conciencia occidental. El posmoderno Chul-Han pasea su discurso catastrofista por los medios a los que es

invitado como estrella mediática. Desde luego, eso no es un inconveniente para la necesaria pluralidad del debate filosófico contemporáneo. Es un brillante comunicador y fino analista. El problema es que, la capacidad de discernimiento del occidental, no sale muy bien parada de su relato. No puede haber mayor juicio condenatorio, que el que se deduce de su apocalíptico discurso. Chul-Han se convierte entonces en la versión 4.0 de Cisneros o Torquemada. Solo que no se presenta ahora con insignias, joyas y venera, sino con una rebeldía con la que llega fácilmente a una buena parte de la juventud universitaria. Somos esclavos de nuestra propia conciencia. No puede haber mensaje más reparador para el occidental. Doble error entonces; suscribirnos al mensaje catastrofista de los que enarbolan la bandera de la rebeldía intelectual, y renunciar al mismo tiempo al talento que nos fue legado, a cambio de lo perfecto pero desconocido.

Nadie pone en duda que Chul-Han aboga por un mundo más justo y habitable. Para juzgar moral y clarivamente a los demás, existe toda una legión mediática preparada en cada canal de televisión. Nos limitamos a señalar la repercusión de su crónica sobre la moral de los occidentales. Si los regímenes democráticos son tan terribles, entonces, animamos a los extremistas que lo detestan, para que den un paso al frente para abolirlo con cualquier excusa oportuna. Cuando asistimos a las críticas sobre lo deficiente de sus instituciones, es entonces cuando se hace perentorio reivindicar el legado occidental. Porque es por ese legado por el que podemos decirnos a nosotros mismos: estas mismas catastrofistas palabras ya se emplearon en el pasado en numerosas ocasiones. Occidente, entonces, se debe convertir en el muro que impide el pensamiento concluyente, perfecto y final. Aquel que está lacrado con el sello del totalitarismo. Que nunca se anuncia por anticipado y que solo muestra su rostro, cuando ya es irreversible.

La democracia y las libertades se dan por hecho. Como si no se hubieran necesitado la sangre y el sufrimiento de los inocentes para ser conquistadas. Volcados a la autodenigración, nos deleitamos en lo negativo de nuestras instituciones. Pero ese error solo conduce a la frustración. El desencanto. El cinismo. Cuando no, a la inconsciente simpatía hacia los discursos que aseguran, que, llegado el momento del ajuste de cuentas con los responsables de todas nuestras desdichas, -nunca llegamos a saber quiénes son ni porqué- todas esas desdichas ya no se producirán. Entonces, como muchas veces ocurrió en la historia, podemos llegar a la orwelliana coyuntura de renunciar a lo que consideramos tan nocivo, a cambio de la erótica, persuasiva e indeterminada promesa. Pero cuando la realidad muestra que lo nuevo no mejora los logros que otrora se consideraban residuales, los entonces querellantes se sorprenden. Incluso aquellos, que no deseaban la destrucción de la democracia y se abonaron al discurso de la catástrofe, con la mejor de las intenciones.

El derrotismo democrático conduce por un inadvertido pasadizo al seductor territorio de la filotiranía. Cuanto más débil la democracia, mayores las opciones de sus enemigos. Es el mecanismo del funicular. En una sociedad formada como nunca en la historia, se produce una extraña paradoja. Se le pide a la democracia lo que no puede proporcionar. La solución de los problemas y la satisfacción existencial. Pero la democracia no nació para eso. Si contra algo nos vacuna la democracia es contra lo categórico. Y el mejor modo de defenderla consiste en comprender su naturaleza inestimable, pero limitada y modesta a la vez. Pero la modestia de la democracia nace de su propia condición humana. De ahí, su carácter correlativo a ella; digna y valiosa, pero falible e imperfecta.

El análisis microscópico sobre los terribles defectos que observan en la democracia sus afanados detractores, contrasta con su estruendoso silencio sobre las carencias de los regímenes de

verdad única. Ya se dijo que la autodenigración es carretera de única dirección. “Si, ya sabemos que no hay libertades en aquel país, pero es que allá, que buena educación proporcionan...”. Expresión típicamente contemporánea, que reserva el trazo grueso para la censura occidental, y la ponderación y el juicio comedido para los países donde el estado dicta a la ciudadanía lo que está bien y lo que no. El régimen de libertad está preparado para la denigración. La prudencia y la contención se guardan para los países de verdad oficial. Entonces nos damos cuenta de que no todo es denigración. Percibimos un atisbo de positividad en el microscopio moral del occidental. Escudriña cuidadosamente las virtudes escondidas de la dictadura al detalle, las extrae con la pericia del artesano, separándolas de lo venenoso del régimen, y las exhibe y designa como triunfo. Al tiempo que se afana gustosamente, pregonando a bulto las evidentes iniquidades de la democracia.

La sutil apología de la dictadura procede de la misma energía del fenómeno autodenigratorio. Si la autodenigración occidental nos tranquiliza, también lo hace el ensalzamiento de la dictadura, que se circunscribe, “solamente a algunos aspectos” de ella. De forma que, la fugaz demostración de afecto totalitario, no nos liga a la dictadura. Se trata solamente de un lenitivo para calmar al antioccidental. El occidental ensalza la dictadura, con la destreza del relojero suizo, pero solo ligeramente, lo suficiente como para colmar al antioccidental, que apremia para la faena denigratoria. Pero la democracia es aquello que no se quiere perder, aunque sea en su versión más descomprometida. El cómodo elogio de la dictadura y el occidental bienestar de su autor, sellan entonces su tranquilizadora confluencia. Diga lo que se diga, sabemos que nuestra comodidad no se resentirá.

La negación de la democracia, el pertinaz y machacante reproche de la clase política satisfacen al antioccidental ¿Alguien se preguntó de dónde proceden los políticos? El complejo por

nuestro bienestar material también. Cuanta más autodenigración, cuanta más recriminación destructiva sobre las libertades y la democracia, mayor es el terreno abonado para la sociedad perfecta, la que ostenta las virtudes mancilladas por los occidentales. Nuestro antioccidental proyecta sus fuerzas hacia una sociedad que no existe, pero hacia la que dirige su rumbo, firme y decidido. Porque, el antioccidental escarba en las cenizas de la memoria, y aunque muy tenue en el recuerdo, evoca que esa sociedad ya existió en Occidente. La sociedad de lo perfecto. El *Neverland* de la democracia. Aquella que olvidamos, y entregados a la autodenigración, hemos descuidado en censurar para nuestros hijos.

La autodenigración, convenientemente espoleada por agoreros de la catástrofe y extremistas políticos, es la crónica del rechazo al bienestar que disfruta la sociedad occidental. ¿Por qué ponernos en contra de nosotros mismos para satisfacer necesidades ajenas? Ya dijimos que, por medio de la autodenigración, equilibramos la parte de culpa que aún sentimos que nos corresponde. Existe un especial deleite en los medios de comunicación en hacer responsable a los occidentales de todas las desgracias que suceden en el planeta. Bruckner lo expresa más elocuentemente que nadie: “hoy Occidente parece el enemigo del género humano.”¹³⁰ Existe un gozo oculto de expresarlo, un secreto inconfesable que sacia y agrada al antioccidental. Pero esta efímera satisfacción no la encontraremos entre aquellos que, enfrascados en la lucha diaria por sacar adelante su existencia, carecen del tiempo para deleitarse en la obligatoria penitencia de Occidente. La satisfacción autodenigratoria es un inconfesable placer reservado al pudiente europeo, antes que a nadie.

Insistamos en la idea de que, la culpabilidad no es obstáculo para que los más esmerados en el señalamiento del deber de Occidente para con el mundo, los detractores del modo de vida

¹³⁰ Bruckner., *La tiranía...Op., cit*, p. 61.

occidental, vivan perfectamente instalados en el disfrute de las comodidades que aquel permite. Probablemente, Finkelkraut está en lo cierto cuando afirma que “la burguesía actual está compuesta por antiburgueses.”¹³¹ Pero, aun siendo así, otra carga más que añadir a nuestra pesado y pecaminoso equipaje, nunca acabamos de sentirnos liberados de la carga del antioccidental. De forma que la culpa ostenta una doble condición. Culpa estructural, en la que estamos insertos, que deseamos disolver por medio de nuestro antioccidental discurso. Y culpa particular, que nace de la conciencia de nuestras comodidades, pero a las que nos resistimos a renunciar.

Dondequiera, nos invaden manifestaciones estrambóticas que muestran el grado de autodenigración al que ha llegado el occidental. Una organización norteamericana, de nombre tan sugerente y atractivo como, *Movimiento por la Extinción Humana Voluntaria de Estados Unidos*, hace un llamamiento a todas las personas a abstenerse de la reproducción, para causar la extinción gradual y voluntaria de la humanidad. Su líder nos deja mensajes tan estimulantes como que “la extinción de la humanidad sería la mejor solución a los problemas ambientales de la Tierra, y dejar que los seres humanos se mueran gradualmente es lo mejor que se puede hacer para la biosfera terrestre.” El movimiento postula que, la extinción humana voluntaria es la alternativa humanitaria a los desastres humanos. Según el Movimiento, “la raza humana ha demostrado ser un parásito codicioso y amoral en la antes saludable faz de este planeta” y “cuando todo ser humano decida dejar de reproducirse, se permitirá que la biosfera de la Tierra vuelva a su antigua gloria, y todas las criaturas restantes serán libres de vivir, morir, o evolucionar”. Leyendo semejantes aseveraciones, llegamos a la extraña conclusión de que cuando todos nos extingamos, todo tipo de organismo celular y ente viviente logrará alcanzar una felicidad que les es negada por el género humano.

¹³¹ Finkelkraut., *La ingratitude.*, *Op., cit.*, p. 117.

Por lo visto, una visión del mundo centrada en el género humano, solo valora a otras especies por lo que pueden hacer para sus intereses. El Movimiento considera que nos hallamos en la actualidad en el paradigma geocentrista anterior a la Revolución copernicana. Habríamos cometido el error de colocar la especie humana en el centro de la vida por encima de toda consideración. Según se lee en su página web; “Una visión del mundo centrada en la Tierra ve al *Homo sapiens* como una de las decenas de millones de especies en la biosfera de la Tierra. Somos excepcionales en muchos sentidos, al igual que las otras formas de vida con las que compartimos este raro y maravilloso lugar. Al visualizar la biosfera completa de la Tierra, reconociendo el valor intrínseco de cada forma de vida, nuestra extinción voluntaria comienza a tener sentido.”¹³²

Lo que el extincionista movimiento propone, desde luego, va acorde a los tiempos que corren. Se trata de otro purificador y liberador ajuste de cuentas con nosotros mismos. Esta vez, por nuestra prepotencia e insolencia como petulantes homínidos pensantes respecto a todos los seres vivos que nos rodean. Ya no se trata de degradar y demoler la civilización, sino a la especie en su conjunto. Incluidos claro está, los propios miembros del Movimiento, con los que compartimos género humano. Dejar de existir como especie es todo un acto de justicia para con los océanos, la flora y fauna del planeta. Esto es, que la existencia humana es tan dañina para el planeta tierra, y como lo amamos tanto, es pertinente acabar con la humanidad. Nos podemos hacer una idea sobre el particular deleite experimentado por los apologetas de la extinción humana, imaginando al ser humano reducido a desecho industrial. La existencia de colectivos de tan singular especie, permite tomar conciencia del nivel al que puede llegar el clima de negación y auto demolición existencial en las sociedades occidentales.

¹³² www.vhemt.org

Pero ya hemos dicho en líneas anteriores, que el discurso auto despreciativo no es garantía de nada. No nos engañemos. No nos convierte en más solidarios. Como señala Bruckner de forma astuta, “en el odio hacia sí mismo, el otro no tiene cabida. Es una relación narcisista en la que se le convoca en calidad de comparsa de un inacabable arreglo de cuentas”.¹³³ Si la auto degradación fuera la solución a los problemas, hace ya tiempo que Occidente sería una feliz arcadía. Pero, el discurso auto censor, concluye en el más absoluto solipsismo. La acusación sobre Occidente no conduce a la reparación virtuosa, sino a la especulación más efímera. El bálsamo necesario para, en la próxima ocasión, continuar con ella en mejores condiciones discursivas. ¡Auto denigrémonos como civilización con entusiasta deleite! Más no cometamos la pueril torpeza de pensar que ello nos pueda conducir a otra cosa que no sea la frustración.

Sin embargo, la dinámica de autodenigración aún deja tiempo para el juego de las paradojas del lenguaje. Mientras el discurso reniega de lo que la modernidad ha proporcionado, todo el mundo se arroga la condición de “moderno”. Las medallas de la tradición y el conservadurismo son galones que nadie aspira a colocarse en la pechera. No hay mayor halago que ser reconocido como actual y moderno. De forma que, no es que la gente quiera pasar como tal, sino que aspira a detentar en exclusiva el tan codiciado adjetivo. El conservadurismo ha dejado de utilizarse en primera persona. Como expresa Finkielkraut de forma elocuente; “hoy, el conservador es el otro.”¹³⁴ Tan unánime es la apropiación de la condición moderna que ha devenido en una nueva forma de discurso hegemónico aceptado por todos. Una progresía epidérmica que funciona más por el estímulo personal que por el compromiso, pero que,

¹³³ Bruckner., *La tiranía...* Op., cit, pp. 86-87.

¹³⁴ Finkielkraut., *La ingratitud.*, Op., cit, p. 118.

por encima de todas las cosas, se resiste a ser catalogada fuera de lo que prescribe la corrección grupal.

De forma que, el termostato ideológico del occidental, le indica siempre que su interlocutor es más conservador y retrógrado. El occidental observa todos los defectos de su sociedad, en su semejante e igual, al que adjudica todo aquello que, en realidad, le mortifica a él mismo. La coyuntura, cualquiera que sea, impone el deber autodenigratorio, que es secundado al instante, con el convencimiento de estar cooperando en los mecanismos de solidaridad admitidos por la concurrencia. Pero lejos estamos de afianzar el espacio público, desde el momento en el que nos negamos a nosotros mismos. La conveniencia, el aplauso o el ditirambo sentimental y mediático no conducen a la virtud social. No son herramientas para hacer germinar el espíritu público. Sino la versión contemporánea más evidente de su degradación. Porque, la democracia se cimentó siempre sobre el ejemplo de los más arrojados y comprometidos con la comunidad.

2

No a la destruktio

Aunque su impacto es prácticamente inexistente en las ramas técnicas y científicas, los estudios de humanidades en Occidente están fuertemente influenciados por la ideología posmoderna. El sujeto, se entiende como el entramado de fuerzas sociales, políticas y lingüísticas. Los estudiantes han adoptado la deconstrucción como el procedimiento que permite comprender el significado de un texto o una obra de arte, que rebasa la intención del autor y se abre a la interpretación política. De forma que no hay texto ni autor al que comprender, sino todo un sistema de signos que es preciso reinterpretar políticamente para detectar las señales de dominación en ellos. Se precisa descubrir en el arte, el lenguaje político, toda vez que la ética y la estética son disciplinas viciadas de la civilización occidental.

Ya dice Finkielkraut que, si se tratan los textos canónicos como un remanente de la desigualdad, “se pretende evangelizar a los alumnos convirtiéndolos en evangelizadores. Los alumnos son los emisarios de un mundo nuevo. No se trata ya de integrarlos en una civilización antigua, sino de utilizarlos para hacer tabla rasa y

convertirlos, finalmente en civilizados”.¹³⁵ Se invita a los alumnos a que reparen en el agravio con los desfavorecidos de la historia, por encima del amor por su cultura. Hay que borrar las huellas de la civilización occidental, el arbitrario edificio erigido por la cultura dominante. La filosofía del ajuste de cuentas conduce a los alumnos por la senda de la queja difusa y la sospecha sobre todo lo que nos viene dado por el pasado. Lo contrario, a lo que la cultura significa. La cultura aboga por la transformación interior. Cierto es que también tiene como misión, objetar todo lo que se sabe de antemano. Pero, la cultura no busca el chivo expiatorio, es la herramienta para el cuestionamiento de uno mismo. Incidiendo en la historia opresora de Occidente, se pretende que la civilización pierda su arrogancia y que los alumnos encuentren la autoestima. Pero renunciando al legado occidental, descartamos la excelencia para abonarnos, a una especie de terapia justiciera que tiene como único objeto purificar y saldar cuentas con los vestigios de dominación occidental que esconden los textos.

Cuando el sujeto es el resultado de las fuerzas de poder, defender el *humanismo occidental*, como el tesoro que se nos legó, resulta una tarea fatigosa, podría decirse que, extemporánea. Pero se convierte en una exigencia ética de primer orden. Según el catastrofismo generalizado que ha permeado entre nosotros, alcanzamos la mayoría de edad con la conciencia sobre la falsedad de nuestro legado occidental. No pocos pensadores, han visto en los pensadores de la *French Theory*, una forma de saldar cuentas con su condición burguesa, liberada de cargas y dedicada a los placeres mundanales. El origen de algunos de los halcones posmodernos, está de hecho, ligado al colonialismo francés, teniendo en cuenta que sus padres ejercieron cargos de responsabilidad de la administración colonial.

¹³⁵ Finkielkraut., *Lo único exacto*. Alianza, Madrid, 2017, p. 24.

Según los posmodernos, se precisa desmitificar los mitos fundantes de Occidente. El término “desmitificar” se ha extendido como glosario del pensamiento correcto. Hoy, hay que desmitificarlo todo. El mito es la mentira. Ya no se dice, “esto es falso”, sino “esto es un mito.” Es decir, falso. Pero los mitos, como expresiones culturales genuinas, han tenido un sentido central en la construcción de la civilización occidental. Tenemos muchos mitos que provienen de culturas minorizadas también, ¿Habría que rechazarlos? Como si los mitos no respondieran a necesidades humanas o no tuvieran un sentido que los liga al sentimiento colectivo de la humanidad, como sostuvieron científicos de talla mundial como Jung. Pero a estas alturas, sabemos ya que la desmitificación de los posmodernos se oferta para las certezas de los demás, nunca para las suyas. ¿Cabría una desmitificación de la deconstrucción derridiana como herramienta del verdadero conocimiento? ¿O del concepto de biopolítica en Foucault? ¿Cabría preguntarse, cuando Derrida acusa al lenguaje, de estar viciado por el logocentrismo occidental, como es posible expresar el aserto, por medio del mismo lenguaje al que se considera viciado?

Nietzsche apuntaba mordazmente en la *Genealogía de la Moral*, que la cultura sacerdotal judía es una moral de los esclavos, que inventa el espíritu y la moral, por su resentimiento y carencia de virtudes guerreras. La cuestión es que esta interpretación nietzscheana es extensible a cualquier programa de defensa del débil. Se nos dice que, la protección del débil en Occidente es perversa. Occidente sojuzga al débil, pero al mismo tiempo, construye una narrativa humanista a favor de él por medio de los fariseos Derechos Humanos. Occidente se hace con el discurso de la justicia, mancillando la misma justicia. Pero, ¿Alguien se pregunta, si la defensa de los débiles que proclaman los posmodernos, en cuyo nombre hablan, no está viciada en los mismos fundamentos nietzscheanos a los que se adscriben Derrida, Deleuze o Foucault?

El análisis microfísico del poder de Foucault puede ser operativo para una filosofía de la sospecha. Pero, a quien siembra la sospecha no se le suele exigir responsabilidades por su discurso querellante. Con la negación básica que no ofrece alternativas, los demolicionistas cuentan con un triunfo. Nadie les preguntó que quedará, una vez procedan a la voladura del edificio occidental. Nos proponen que sospechemos de todos los axiomas occidentales, que liquidemos nuestras certezas adquiridas. Y que reservemos las certidumbres para los postulados que sostienen que nuestra civilización es una impostura que hay que superar. Según ellos, debemos sospechar Occidente, pero nunca de quienes lo refutan en su totalidad. Si nuestra sospecha nace de nuestro más genuino instinto de auto conservación, si la sospecha no es más que la prevención que asegura nuestros intereses, los que sostienen que Occidente es un fraude, nos conminan a entenderla en su sentido más restringido. La filosofía de la sospecha es algo que debemos emplear solamente en la dirección correcta. Así que sospechemos de Occidente y no sospechemos de nada más. Empleemos nuestro más agudo talento contra nuestra civilización, y sometámonos con el más medieval régimen de vasallaje a los axiomas de aquellos que nos dicen que sospechemos de todo, menos de sus postulados.

Por descontado, caben más críticas a los posmodernos. Esta vez, desde la modernidad misma. A los estudiantes de humanidades se les dota de la deconstrucción como método de análisis y disección de los textos canónicos de la literatura. Pero nadie objetó, si la deconstrucción es el único modo de conocimiento no opresor posible. O, si no es posible hacer una crítica de Occidente prescindiendo de aquella. Así que, todo es incierto, excepto el operativo, que se presenta como la llave del conocimiento genuino. Pero es el momento de preguntarse, si los jóvenes estudiantes que lo ejecutan, conocen y entienden la filosofía que sus-

tenta el procedimiento. Si la respuesta fuese negativa, si se tratara de una transmisión acrítica y dócil no cabría mayor censura de quien ha suministrado el dispositivo; el docente. Curiosa paradoja, la del estudiante que adopta un modelo de conocimiento basado en exclusiva en el reconocimiento de la *auctoritas* del preceptor ¿No aspiran los posmodernos a superar toda autoridad? ¿No es este el más arcaico y reaccionario de los sometimientos? Cuando se trata de la ideología posmoderna, no.

Pero, ya sabemos que, se precisa el empleo del más afinado raciocinio para deslegitimar a Occidente, y que debemos renunciar a todo discurso que elogie sus residuales logros para la especie humana. Sabemos discernir, desde Gramsci, que no es lo mismo detentar el poder que ejercer la hegemonía. Para lo primero se necesita el estado, con todos sus mecanismos de coerción y violencia. Pero, la hegemonía es algo más sutil. Cuando el estado disfruta de la hegemonía obtiene un poder adicional. Destila unos valores que son admitidos y compartidos por la mayoría de la población, que los entiende como naturales. En este momento, el mecanismo posmoderno se afila hasta el extremo. Si como dice Foucault, se trata de tirar abajo la confianza del individuo sobre la estructura en la que se asienta, la autodenigración solo puede conducir a construir hegemonía sobre *otros valores*, menos opresores que los occidentales. Si todo lo que hacemos es desarmarnos de razones con las que afirmar nuestro legado, y, si los valores demolicionistas se convirtieran en hegemonía fuera de los mecanismos de poder, ¿no nos llevaría todo esto, a otro horizonte que el del combate dicotómico para todos los ámbitos de la existencia?

Si existe un foro donde debería descartarse el modo de pensamiento reduccionista, ese debería ser el de la universidad. La universidad debe estar vacunada contra el pensamiento dicotómico, cualquiera que sea su naturaleza. Allá es donde se debe hablar del matiz, de la paradoja, del error como camino de la excelencia.

De que el ser humano, por muy brillante que sea y convencido esté de las cosas, comete errores continuamente. De cómo evolucionamos en nuestra forma de pensar. Y de cómo, al mirar hacia atrás siempre existe la sensación de que las cosas se podían haber hecho mejor. Todo lo que implica mostrar el ser humano en su mayor pequeñez y grandeza. La universidad debería ser el foro donde uno aprende a reconocer el rostro de las personas detrás de su capacidad de conocimiento. Debería ser así, porque todo análisis matizado y ecuánime siempre tiene, el *otro*, en el horizonte. Todo conocimiento equilibrado es por definición, humanista. Todo pensamiento dicotómico, termina en el ajuste de cuentas tarde o temprano. El pensamiento humanista ensancha y enriquece. El pensamiento dicotómico estrecha el angular y enclaustra en el mundo de la certeza categórica.

Los posmodernos asumen el aserto de Heidegger, de que “todo humanismo implica abandonarse a la metafísica”. Proclamar el humanismo como la base de nuestras relaciones, es según esto, una ilusión. La cuestión radica en elucidar qué valor ha habido en Occidente, más provechoso y fructífero que el humanismo occidental. ¿El sujeto de los posmodernos? Desnaturalizamos jovialmente nuestros valores para abrirnos a todo un campo de posibilidades sin escrutar. Del “todo está mal” se salta al nihilista aserto del “todo es posible.” Pero Finkielkraut nos previene sobre el relativismo extremo que propone derribar los cimientos filosóficos de nuestra civilización cuando dice: “las actuales ciencias humanas tras haber sustituido la piedad por la radicalidad, no lo hacen para que amemos más, sino para despertar en nosotros la capacidad de imaginar otras cosas. Cuando desnaturalizan nuestras maneras y evidencias, es para que nos despeguemos de ellas. Cuando se dice “todo es cultural” hay que entender “todo es posible.”¹³⁶

¹³⁶ Finkielkraut., *La ingratitude.*, Op., cit, p. 127.

Cuando el “todo es posible” surge de la autodenigración, en nuestro caso, o de la negación, en el caso de los posmodernos, puede convertirse en campo abierto a las mayores calamidades. Es entonces cuando se abre la veda de los expendedores de ideologías liberadoras. Los vendedores de autenticidad. Los maestros de la clarividencia. Los profetas que prometen lo que nadie puede garantizar. Pero todo ello, designa la antítesis del mejor legado occidental. Lo mestizo. La duda creativa. El inconformismo. Nunca estuvo lo conformista más revestido de inconformismo como ahora. Con la aplicada complicidad de los autodenigrados occidentales. Y revestida ahora de narcisismo rigorista.

La filosofía posmoderna implica entonces, lo que es la ideología en el peor de los sentidos. Subordina la ciencia a la ideología. Y la ciencia y la ideología no deberían compartir territorio. En la ciencia, la función de conocimiento prevalece sobre la función política. Los filósofos posmodernos señalan la ciencia como arbitraria, y presentan su ideología como una lógica liberadora que salda cuentas con todo, menos con sus propios presupuestos. Su propuesta es casi, una provocación intelectual. Demoler todos los conceptos occidentales, menos los suyos. Los posmodernos cosifican al ser humano y le hurtan la legitimidad de su pasado, pero rehúyen someterse al mismo exigente escrutinio que demandan a los demás. Pero si todo se reduce a la lucha de poder, si no existe otra luz que entender todas las relaciones bajo ese angular, entonces no es extraño que haya quienes, presa del espíritu de perfección, apuesten todo a la emancipación de todas las opresiones. Entonces, la historia de Occidente nos previene de que las mayores injusticias, procedieron de las más ansiosas aspiraciones de justicia total. Y esas mismas injusticias, las trajeron siempre aquellos que portaron como estandarte más visible, una clarividencia inaccesible para los demás.

3

Entusiasmo

Se puede concluir que, el análisis de Laclau está más apegado a la realidad de lo que estuvieron las predicciones de Marx sobre la historia, a la vista de la evolución que han tenido las sociedades postindustriales del siglo XXI. Ya es prescindible una narrativa de Partido dirigente en el combate contra el sistema capitalista. De uno u otro modo, la racionalidad estructuralista forma parte de nuestro paisaje común. Este no es el problema. Ciertamente, ya dijimos que se pueden analizar los problemas desde un punto de vista sistémico para mejor conocer sus fallas y contradicciones y buscarles solución. Pero no demandemos soluciones estructurales a problemas estructurales. En esa pretensión, los candidatos, son legión. Los platós de televisión se llenan de personalidades prestas a sentar cátedra sobre las iniquidades de la democracia. Una de tantas muestras es la portentosa clarividencia de los artistas del mundo del cine, señalando la incapacidad de los gobernantes para solucionar los problemas más acuciantes de la ciudadanía. La lucidez que existe sobre la incapacidad de nues-

tros representantes políticos, es todo un síntoma del paisaje mediático de narcisismo rigorista que nos inunda.

El discurso de refutación occidental se ha instalado en la neutralidad de los discursos. Desde luego, hoy, es una obviedad que se encuentran discursos condenatorios de la civilización occidental más fácilmente que alegatos en su defensa. Podría decirse que la anti hegemonía se ha convertido en hegemónica. Lo que parece bastante contradictorio es que una vez que eso ha ocurrido, el discurso posmoderno, se arroga la representación de la rebeldía y la disidencia. De forma que los posmodernos pueden disfrutar de la efervescencia de la insurrección intelectual, pero no por ello, dejan de participar de su cuota conservacionista, por lo menos en lo que respecta al poder que ostenta su discurso en la sociedad actual.

Sabemos que los excluidos existieron, y probablemente sigan existiendo, pero una de herramientas más eficientes para frenar a los excluyentes de hoy y del mañana es promover un discurso optimista y esperanzado, justamente, el que se encuentra en las personas que luchan por las causas sociales en el cara a cara con los excluidos. Porque, todo excluido, cualquiera que sea el motivo de su exclusión, necesita de un discurso proactivo, más que del totalizador y querellante, que en seguida trasciende sus intereses más acuciantes.

¿Es posible defender un espíritu positivo frente a las certezas antihumanistas a las que nos condenan los posmodernos antiocidentales? ¿Es obligatorio pensar que nuestra civilización es una simple crónica de engaño? Lo cierto es que las ideas posmodernas se han hecho porosas a la sociedad, convergiendo con una época de abatimiento occidental y confluyendo con la totemización del mercado y el pensamiento tecnocrático hegemónico. Juntos han conformado un río de aguas acaudaladas que arrastra a la democracia por el cauce de la indolencia. Pero, no caigamos en el catastrofismo que denunciamos. No se trata de que la democracia

vaya a extinguirse. Sino de que la sangre no le circula por las venas de manera fluida. La democracia está lánguida porque se halla huérfana de pasión y entusiasmo. La democracia se encuentra abatida. Está desvitalizada.

La languidez es el rasgo contemporáneo de nuestra civilización. Languidez del tecnócrata. Languidez del político. Languidez de la democracia. Es como si el occidental viviera ensimismado en su bienestar material, que lo ha condenado a una especie de letargo espiritual. La languidez occidental no presagia nada favorable. Fruto de su deficiente auto consideración, el desidiioso occidental, condenado a la pereza de quien piensa que no queda nada por lo que combatir, se aviene a una moral autocomplaciente. Los partidos políticos abandonan la ideología en favor de la mercadotecnia y los consejos de asesores de moral acomodaticia. Los que, hoy asesoran a un partido, y mañana a su contrario. Un asesor político español recomendó a su asesorado municipal que adoptara una línea política dura e intransigente con la inmigración por el rédito electoral que le podía proporcionar. Solo unos años más tarde, en el lado contrario de la política, conminó a su asesorado a que saliera a rescatar en barco a los emigrantes náufragos del Mediterráneo. Todo esto ocurre al tiempo en que, la moral y las ideologías se consideran reliquias inservibles del pasado.

Es la renuncia al mundo de las ideas. La renuncia a la política. Y la renuncia al ideal de comunidad. Pero no nos engañemos. Esa es la renuncia a Occidente. La política lleva el sello de la ocurrencia genial; la inmediatez efervescente, que busca el estímulo efímero en el territorio en el que se juega ahora; el *merchandising* mediático. No es casualidad el éxito del político apolítico, chistoso y paródico. El telegénico ocurrente consciente de que hace reír a las masas, se presenta a las elecciones como el italiano Beppe Grillo. Hoy el voto de muchos jóvenes se inclina por quienes demuestran en público su desdén por la democracia. Se votan

personas que alardean abiertamente de no tener ideas políticas y servir al interés general por encima de las ideologías, sin otra arma que el propio talento personal.¹³⁷

Leemos a la politóloga norteamericana Jane Kirkpatrick: “Para destruir la comunidad de las democracias, basta con privar a los ciudadanos de las sociedades democráticas de la percepción de tener un objetivo moral compartido que subyace tras las identificaciones y esfuerzos comunes”.¹³⁸ Que los partidos políticos deserten de la política, que abandonen la ideología a cambio del humo, no quiere decir que los que desdeñan la democracia, hagan lo mismo con la suya. De forma que, dejar la política en manos de los genios de la improvisación, no asegura la rentabilidad. No es más que, la garantía para que, a la larga, se imponga la ideología de los que no participan de ese juego. Ya decíamos que, los dos polos extremos de la política se alimentan del descrédito de la democracia. Pero, ellos no desprecian la ideología. Así, al tiempo que la política se convierte en el territorio para el ocurrente, hoy, la ideología es valorada por los que tienen convicciones, y que, ante la endebles generalizada, aspiran ansiosos la oportunidad para hacernos partícipes de sus liberadoras certezas de manera obligatoria.

Hoy, se atisban ideas comúnmente extendidas que pueden convertirse en la semilla del totalitarismo por venir. Considerar que la democracia es un muro infranqueable respecto a toda pretensión totalitaria. Entender que el descrédito actual de la democracia es algo pasajero y sin importancia. Desdeñar la ideología por considerarla el pasatiempo existencial de imberbes idealistas que juegan con algo que nada tiene que ver con la realidad. Todos estos asertos, quedan refutados por la historia, donde en demasiados tiempos y lugares se repitió el “eso no puede pasar aquí”. Considerar que la

¹³⁷ Applebaum., *El ocaso de la democracia.*, *Op., cit.*, p. 114.

¹³⁸ Kirkpatrick, Jane., “The Myth of Moral Equivalence.” *Imprimis*. January 1986, Vol. 15, Number 1.

democracia es un muro por sí misma, como si no tuviéramos que hacer nada para apuntarla, demuestra la falta de convencimiento en ella de quien así lo considera. Y menospreciar la ideología implica poseer una conciencia precaria sobre la naturaleza humana y su potencialidad, como si esta solo pudiera expresarse a través del trabajo, la técnica o las relaciones comerciales.

La política contemporánea desecha la ideología y se confía a los tecnócratas. Y atiende lo importante. La cosmética. La encuesta diaria. El tuit informativo. Entonces, es el tiempo del tahúr. El que prepara las cartas para la jugada con la que manejará las conciencias de los inocentes ciudadanos, a los que observa con desdén. Pero también los extremistas juegan sus cartas para captar mejor la atención del ciudadano digital. Las redes sociales están contribuyendo a configurar el modo en que los políticos y los periodistas interpretan y describen el mundo. La polarización se fabrica en gran medida en el mundo digital y ha pasado del mundo digital al mundo real.¹³⁹ Pero lo que se ofrece al ciudadano digital en la red, es información envasada para el consumo, fácil y lista para ser impulsada en campañas de información viral. Applebaum señala que muchas informaciones relativas a la llegada de inmigrantes, han sido distorsionadas para manipular el sentimiento de miedo existente en relación a este fenómeno. Un modo de acción política que ha sido impulsada y aprovechada por fuerzas extremistas en el continente.

Asistimos a la fragmentación de la esfera pública. Acudimos al foro de la democracia, de la *polis* griega. Pero allá, solo se escucha el silencio. No queda nadie para debatir en el ágora. El tahúr restringe el debate público a sus improvisadas y ocurrentes maniobras. El tecnócrata demanda que le dejen hacer su cometido, sin dilación de ningún tipo, y desprovisto del nocivo tinte de la ideología. El paciente totalitario, el portavoz de lo tajante, que no

¹³⁹ Applebaum., *El ocaso de la democracia.*, *Op., cit.*, p. 113.

tiene más munición que su propia convicción en sus postulados, no pierde el tiempo. Espera parapetado el tiempo en que la languidez de la democracia se convierta en irreversible. Ante el silencio abotargado de la mayoría silenciosa. Ante la ira *in crescendo* del ciudadano digital. El tahúr, el tecnócrata y el totalitario, nos sermonean a placer.

El discurso clarividente contra la democracia imperfecta se torna hegemónico ante la desidia general. Pero, entonces, el perspicaz Tocqueville nos advierte del peligro de las unanimidades que se erigen por causa del silencio de los ciudadanos. El ciudadano desidioso, cede a la presión de la hegemonía. Nace el miedo a levantar la mano. A decir lo que se piensa. El miedo al aislamiento. Tocqueville lo detecta justamente en el momento que la democracia cae en la indolencia general. Nos pone en alerta sobre los sinuosos entresijos y la perversa lógica de la espiral del silencio auto impuesto por el ciudadano y producido por la coyuntura. A la muchedumbre, le basta, la desaprobación pública para coaccionar a los que no piensan como ella. Entonces, la sensación de soledad e impotencia sobrecoge al silente ciudadano. El ciudadano renuncia, sin ruido y sin molestar, sobre lo que no tiene solución. Es el fin de la política.¹⁴⁰

Ahora que la racionalidad tecnocrática lo mide todo, alguien debería sugerir medir la vitalidad de nuestra democracia. La que nos permite conciliar la comodidad y el ocio que permite, con la crítica sobre lo fútil de aquella. “Alguien tendrá que defender nuestra democracia...”, escuché decir una vez. Eso es lo que pretende este ensayo. Nadie debería esperar que la democracia le arregle la vida a uno. Nunca se insistirá suficientemente sobre esto en las escuelas. Pero que no se le deba pedir demasiado a la democracia, no quiere decir que dejemos de considerar la democracia

¹⁴⁰ Tocqueville, Alexis de., *La democracia en América*, (vol 2). Alianza, Madrid, 1980, p. 281.

como la condición indispensable para que la vida de todos pueda mejorar. Y si es la justicia social la que colocamos en el frontispicio de la democracia, entonces deberíamos saber ya a estas alturas, que es imposible propiciar aquella sin la democracia. De ahí, su valor inestimable. En todo lugar y condición.

Decíamos que China es el modelo que ha encajado un neoliberalismo a beneficio de inventario con el más férreo y hermético control del Partido. Y esa mixtura, parece provocar un entusiasmo que la democracia no es capaz de incitar en Occidente. China carece de las libertades y los mecanismos igualitaristas de nuestras sociedades. Sin embargo, la expansión de sus mercados es celebrada con sorprendente unanimidad. Ya decíamos que mientras la expansión del mercado en China es símbolo de apertura; en Occidente es síntoma de la mayor de las perversiones. Pero, sí lo totalitario es la variable que hace saltar los resortes de la simpatía, tendremos entonces que llegar a la incómoda conclusión, que es la democracia y la libertad lo que estorba y no el capitalismo desregulado.

El neoliberalismo ha sabido compaginar con una progresía difusa y epidérmica en los países occidentales. Progresía difusa que carece de referencia ideológica de la que nutrirse y que, podría decirse, representa la influencia del posmodernismo en su expresión más tenue y meliflua. Es epidérmica, porque no dinamiza la crítica social. Está políticamente descomprometida. La cultura contemporánea occidental conjuga bien con una reivindicación fugaz de los Derechos Humanos. Y, paradojas del destino, esta progresía viaja en el mismo vagón del neoliberalismo. Mientras las referencias éticas quedan desplazadas a un campo de referencias personales y familiares, el neoliberalismo progresista 4.0 dibuja un peculiar y representativo individuo que prolifera hoy en las ciudades occidentales.

Este neoliberalismo progresista conduce a muchos empresarios de nuevo cuño a defender las más contestatarias posturas en

contextos donde el compromiso con ellas no se pone a prueba. Al mismo tiempo que niegan la retribución que corresponde por ley a sus asalariados o recortan sus más elementales derechos laborales. Impugnan las instituciones de representación pública de esta sociedad, calificando a sus representantes como artífices de la peor reacción, al mismo tiempo que se desentienden de la más elemental cobertura legal que protege al trabajador. Y es que hoy, se violan los preceptos de justicia social admitidos por las leyes, al compás de la total impugnación de las instituciones occidentales. De forma que el empobrecido asalariado afronta hoy un doble problema. Ve mermados los derechos que lo salvaguardan de cualquier atropello que pueda sufrir en su relación laboral. Y se encuentra con la rocambolesca situación en la que quien ostenta una posición dominante en ella, es quien abandera el progresismo justiciero frente a las instituciones que mancillan los ideales. Así, en una sociedad constituida por querellantes, se hace imposible encontrar al opresor.

El descrédito de la política en los países occidentales comienza a ser alarmante. La irrupción del tecnócrata sin vocación política, que aplica su racionalidad instrumental, propicia que la política pierda su esencia comunitaria, para convertirse en una actividad funcional. A la aguda crisis de legitimidad de los políticos se le une una sociedad del bienestar, descreída de las grandes aspiraciones políticas. No existen recetas únicas que expliquen el ocaso espiritual de la democracia. Pero Applebaum nos previene sobre los perniciosos efectos de considerar la democracia como imperecedera; “dadas las condiciones adecuadas, cualquier sociedad puede dar la espalda a la democracia”, nos dice la pensadora norteamericana.¹⁴¹ Siempre ha habido una tendencia proclive a explicar las caídas de la democracia o las revoluciones políticas a elementos económicos medibles. Pero el ocaso actual de la democracia es

¹⁴¹ Applebaum., *El ocaso de la democracia.*, *Op., cit.*, p. 22.

hoy, mucho más complicado de explicar en base a razonamientos pretéritos. En la sociedad hipermoderna, contamos con una serie de perturbaciones, que, poseen unas implicaciones desconocidas en el actual mundo conectado y digital.

Probablemente, la languidez de la democracia nace de una realidad que trasciende lo político, y se extiende a otros factores que predisponen una sociedad donde casi se puede afirmar que cualquier demostración de entusiasmo es considerada sospechosa. Desde luego, entusiasmarse con la democracia occidental es algo que está de más. Probablemente no puede haber nada más impopular, que arriesgarse a una demostración de entusiasmo occidental en público, glosando los parabienes de nuestra democracia. ¿Dónde encontrar a los que se nutren y benefician de la languidez de la democracia? En cualquier espacio donde la democracia muestre la merma de su atributo más cautivador. El vigor. La energía. El entusiasmo. Como el que mostraron los que lucharon por ella, para conseguirla para nosotros. El *enthousiasmós* griego significa “un Dios entra en nosotros”, y se vale de nuestro cuerpo para expresarse. Eso les ocurría a los antiguos poetas, según los griegos, cuando, desde su auténtico quicio vital, mostraban en su condición más enérgica y plena. Muy lejos del discurso autodenigratorio, y de postración obligatoria que denunciamos. Pero si la genealogía nos enseña la rentabilidad del entusiasmo, el entusiasmo es considerado hoy, pueril y escapista.

Pero el entusiasmo, no implica la transformación del mundo exterior para satisfacer el mundo interior, y desde ahí negar una realidad no deseada, propia del delirio o la inmadurez. Para Aristóteles, el placer experimentado con el perfeccionamiento del carácter, representa la fusión de ética y biología. Y el entusiasmo es el síntoma de esa concordancia. Porque la felicidad está inscrita en la naturaleza humana como una necesidad existencial. Entonces, el cuerpo y el espíritu positivo se imponen a la proyección mental abatida y

lánguida. La razón se pliega al cuerpo y al espíritu, para propiciar la *metanoia*. La transformación que permite el salto de paradigma hacia otra realidad existencial más plena y fecunda. Cuando la razón entra en concordancia con el cuerpo y el espíritu, es entonces, cuando no se debe temer, siguiendo a Sócrates, al tirano que todos llevamos dentro. La democracia está salvaguardada.

Nuestro legado occidental nos arma de razones para seguir adelante con esperanza. Pero, aún, desechemos el caudal aristotélico a cambio de la más mendigante denigración de nuestra civilización. Pero, a estas alturas, sabemos que el ajuste de cuentas tampoco nos satisface. Así que, con el argumento de que la tradición occidental es una impostura, renunciamos a todo lo bueno que aquella nos puede aportar, a cambio de liquidar cuentas con ella. Enterramos el talento. Para sustituirlo por la estrechez. La humildad y el autoconocimiento socráticos. Por el farragoso y oscuro discurso posmoderno. La ilusión. A cambio del cinismo chato, descreído y petulante.

El discurso dicotómico sugiere que detrás de las estructuras hay un engaño programado por una dirección inteligente. No existe nada que confirme que las cosas sean así. Que encima de nosotros existan unos perversos ejecutantes que manejan nuestra vida como un teatro de marionetas. Pero tampoco existe nada que lo desmienta. Quienes siembran la sospecha sobre Occidente, obtienen aquí un singular triunfo. Eficaz operación posmoderna, la de hacer recaer la carga de la prueba sobre la civilización que combate, y permanecer libre de toda responsabilidad recíproca. Si bien, la factura no sale gratis. Porque desde el momento que damos por sentado que “no hay nada que hacer”, cercenamos de forma irresponsable y egoísta el horizonte de nuestra juventud. Y lo peor; la predisponemos a la languidez y al pesimismo de manera obligatoria. Como expresa Bruckner de forma elocuente; “ya no tenemos que responder de nuestros actos: estamos excul-

pados, nuestras penas tienen un origen que no es nosotros.”¹⁴² Curiosa receta, garantía del pensamiento más indolente. El de considerar que lo que somos y lo que vemos, está manejado por quienes dirigen el occidental teatro de marionetas. ¿Puede haber tesis más inmovilista que la que se denuncia?

Pero, ya dijimos que el escenario, epidérmicamente contestatario, no está reñido con el disfrute de las comodidades de la denostada sociedad capitalista. Nos muestra que el querellante, convive perfectamente con las que aquella le proporciona. Como el rostro de Jano, el consumidor capitalista, impugna la sociedad a la que pertenece, destilando el estalinismo más juzgado por la historia. La sociedad hiperindividualista nos revela la paradoja. Los mayores censores de la sociedad del bienestar, son sus propios beneficiados. Aquellos a quienes jamás les fue negada la educación, la cultura y la sanidad, son los abanderados del más exigente colectivismo. Muestran su indignación cuando atisba, con más nitidez que nadie, los vestigios racistas y coloniales de la civilización que los vio nacer. Señalan la afrenta para todos nosotros. ¡Démonos cuenta como la más inocua plática destroza la dignidad de los oprimidos! La querella nace de un enfado y enojo permanente ante el sistema, que no repara en sus iniquidades más evidentes.

Pero, incluso este neo colectivismo corrosivo y antioccidental, posee una raíz individualista y hedonista. El auto proclamado damnificado del sistema, es el exigente demandante que exige que se le otorgue lo que reclama. Y se enfada si no lo obtiene. Que no nos extrañe. Hoy, el consumidor, requiere para sí todas las prerrogativas del título. El producto debe satisfacer por completo a quien lo adquirió. Entonces, caemos en la cuenta que el origen de la querella antioccidental proviene no solo, del más alambicado discurso intelectual, sino de la propia dinámica consumista de la

¹⁴² Bruckner, Pascal., *La tentación de la inocencia*. Círculo de lectores, Barcelona, 1998, p. 140.

civilización que lo nutre y alimenta. El justiciero, demanda hoy, como el exigente consumidor. Impugna la sociedad que reduce la existencia a itinerario de consumo. Pero lo hace con el hedonista distintivo del más severo de los consumidores. ¡Queremos la justicia ya! ¡Aquí y ahora! El hiperindividualismo y el colectivismo militante se dan la mano cerrando el círculo de la paradoja.

Lo social no es ajeno a lo individual, aún y cuando la demanda se presente bajo el manto de la lucha por la justicia más militante. Se demanda al sistema como se demanda al reponedor del supermercado. Y si no, si la política no restituye sus defectos estructurales en la misma medida que el capitalismo satisface nuestro consumo, entonces, cambiemos el sistema de raíz. Porque nos merecemos otro más justo. Y, podemos acceder a él, como accedemos al artículo que deseamos, que está a distancia de un solo clic de ratón. La moral hipermoderna y hedonista desdeña la duración, lo que exige de tiempo. Y estima lo efímero. Su vara de medir está en lo instantáneo. En el reino de lo digital y lo conectado.

La querella revisionista apunta directamente a lo que la democracia no puede proporcionar. Los frutos de la democracia son resultado de lo costoso y trabajoso, ingredientes inaceptables para el querellante actual. Hoy, se le exige a la política que borre de nuestra existencia la incertidumbre, la eventualidad, la contingencia. Todas ellas, simples excusas para evitar acusar a alguien de algo. La acusación y el ajuste de cuentas forman parte de la savia existencial que exige que se elimine lo venenoso que anida entre nosotros. Un nuevo calvinismo posmoderno se ha instalado para cortar la hierba impura que creció bajo nuestros pies, sin que nos percatásemos de ello. Una especie de simbólica guillotina preparada para los culpables, que nos proporciona la certeza de transitar el camino de lo correcto.

Estamos bautizados por el contexto, en el humanitarismo descomprometido y denunciante. Un humanitarismo sin mácula

y de rebaño. Ya tenemos a la concurrencia para mostrarnos el sendero de la justicia verdadera. Prescindamos de Montaigne. A la auto exploración, a escudriñar en los lugares más recónditos del alma humana, como la senda que conduce a la más fructífera transformación. Aceptemos que el compromiso con el bien se materialice por medio de la adhesión a la instantánea comunidad del ajuste de cuentas, donde ofenderse es el único pasaporte para formar parte de ella.

Ya dijimos como, cualquier referencia al pasado está hoy desprestigiada, porque nos vincula a lo mítico, a lo falso. Y a lo injusto. La *midorexia*, término acuñado por la ciencia en 2016, designa a las personas que quieren parecer adolescentes, tengan la edad que tengan. La obsesión con parecer más joven no significa solo el lucro para la industria de la cirugía estética y el lifting, -mostremos a tiempo nuestro compromiso con el estructuralismo imperante-. Posee otros rasgos existenciales que salen a la superficie. La juventud es el reino de la voluntad que fantasea, inconsciente de las restricciones de la existencia. Desdeñamos el mito por reaccionario, pero lejos de alejarnos de él, la sociedad hipermoderna nos muestra ahora su inmemorial naturaleza. *Hebe*, la diosa helena, personificación de la juventud, quien posee la capacidad para rejuvenecer a los ancianos, se manifiesta a través del *star system* televisivo, que aspira a parecer joven a toda costa. Aún y cuando, las consecuencias de la metamorfosis se hagan evidentes al telespectador. La codiciada aspiración por lo juvenil, trasciende lo estético. Deja de manifiesto el erótico deseo de recuperar un universo gobernado por la voluntad. Los adoradores de *Hebe* no se conforman con la televisiva performance de sus cuerpos rejuvenecidos. Desean manifestarse como jóvenes, abonándose a la denuncia descuidada, efervescente y descomprometida, propio del universo adolescente al que les conduce el delirio.

Después de siglos de disputas sobre el significado del bien y la pesada carga y esfuerzo que acarrea su defensa, la coyuntura lo presenta ahora en forma de saldo. Rebajado y accesible. El arrebatado justiciero, exigente y pasajero, nos otorga el acceso a la comunidad de la pureza, que rescatará a la sociedad de sus más perniciosos atributos. Unámonos al aplauso por la última ocurrencia del show, del periodista del corazón, el telegénico juvenil, -el sexagenario hoy, también lo es-, que, acto seguido de indignarse por la ofensa sobre los minorizados y reprender a todos sus cómplices, reales e imaginarios, nos conmina a reír con estruendo, con su última ocurrencia sobre el chivo expiatorio del día. Así es hoy, el humanitarismo efímero. Salda cuentas con el prójimo con la misma facilidad con la que cambia de registro. Del semblante ofendido, salta a la risa histriónica y teatral en lo que se tarda en cambiar de plano. La veleidad enseña el rostro de este pseudo humanitarismo, que tiene la misma duración y consistencia que su compromiso con el bien.

En las humanidades, la influencia posmoderna aleja a los jóvenes de sus interrogantes existenciales. Curiosa aspiración de justicia social, que debe reprimir el propio instinto de experimentación de cada quien, toda vez que todo lo que nos rodea está determinado por las corrompidas estructuras en las que estamos insertos. Se afirman sus perniciosos efectos sobre todos nosotros. Se muestra la senda por la que, los jóvenes, deben poner bajo sospecha sus inclinaciones y sus instintos más genuinos. Hay que ajustar cuentas con uno mismo y con la sociedad a la que se pertenece. Dejemos de lado las inclinaciones personales, para obedecer el pensamiento justiciero que pondrá todas las cosas en su sitio. Lo personal solo puede encontrarse con la justicia verdadera, con la demolición de los valores occidentales más valiosos, que llegaron hasta nosotros a través de nuestros mayores. Alguien decretó la culpabilidad de esta sociedad por anticipado. Todo lo

que debemos hacer es purificarla por medio del ajuste de cuentas con el sistema de conocimiento que lo hizo posible. El arreglo conlleva indefectiblemente la adecuación del universo personal al político. Lo personal se hace político. Solo que ahora, en el verdadero sentido del vocablo. Aquel que corrige a los que nos antecedieron y sienta las bases de la justicia con mayúscula, purificada ahora de todos sus pretéritos errores.

La coyuntura dirige a la juventud por el cauce de lo dicotómico. Pero esa influencia encoge la persona, la encorseta en conclusiones deterministas y definitivas. Curioso negocio entonces, el de abonarse a una concepción que nos deja todo tan claro, que no tenemos ya que pensar por nosotros mismos. Y que conduce a un camino auto represivo, que disocia el instinto del pensamiento. Ya no se trata de sentir lo genuino, lo cada persona lleva dentro, sino de pensar correctamente. Paradigmático ejemplo donde la “libertad auténtica” proclamada por Heidegger se impone a la tenue y reprimida libertad que nos ofrecen las democracias occidentales. Hagamos justicia. Concordamos el genio personal con la pretensión de justicia acrisolada, una vez despojada de sus vicios más escondidos. Y en el camino, pasamos por encima del auténtico fundamento de la modernidad. La libertad de conciencia. La capacidad de experimentar, sentir, pensar y observar por uno mismo. El genio personal.

Murray retrata la coyuntura cuando dice que “cualquiera que en algún momento sienta la más mínima insatisfacción con la vida tiene a su disposición un sistema totalitario que todo lo explica, incluido por qué el mundo no le deja levantar cabeza”.¹⁴³ Emancipémonos del sistema que propicia todos los sometimientos arbitrarios del diferente. Confíemos todo el talento a la justicia, resultado del ajuste de cuentas. Apostemos todo al credo correcto que propiciará la pureza, el fin de la dominación, por el que,

¹⁴³ Murray, *La masa enfurecida...Op., cit*, p. 151.

por fin, podremos hablar de quienes somos y quienes queremos ser. Pero el prototipo, no es más que la garantía de la represión interior, el auto boicot sobre las sensaciones más personales, y a las que el joven inexperto todavía no puso nombre. Descartamos lo excelso; el rostro, el genio personal, y lo desechamos por reprimido. Para sustituirlo por el verdadero rostro político; el perfecto y por descubrir. Renunciamos a lo complejo de la personalidad y la coloratura particular, lo mestizo e imperfecto del momento. Y escogemos lo elemental. El verdadero pensamiento liberador y purificador que no tiene tiempo y lugar, pero en el que se depositan todas las esperanzas futuras.

El pensamiento determinista retrata una sociedad alienada, pero tampoco proporciona herramientas para construir una sociedad mejor, más allá de la obstinada censura de todo lo que le rodea. La crítica global del sistema encapsula en un mundo de certezas del que no se aspira a salir. El punto más agudo de la paradoja se atisba en el momento en el que el intelectual del prototipo, aparentemente contestatario, reclama para sí, los laureles de la disidencia. Pero sabemos que la auténtica disidencia, de la que se nutre la comunidad, no condena al prójimo de antemano. No hace conglomerado de intereses, ni se afana en postular sus verdades como más auténticas y liberadoras que las demás. La virtud del fructífero disidente, no es el ajuste de cuentas, y sentar evidencias categóricas a la concurrencia. La disidencia auténtica es resistencia íntima y personal. Todas las virtudes sociales del disidente que busca el bien común, las encontramos en la filosofía contraria al proselitismo puro y liberador. El virtuoso disidente reprime su dimensión narcisista porque es un ser social, y como tal piensa en el otro. Se aparta de la verdad única y liberadora. El disidente auténtico se expande, pero se expande con un gravamen auto impuesto: el miramiento hacia los demás. No le interesa

señalar al culpable y ajustar cuentas con él. Se echa a un lado para hacer sitio al otro y diferente.

La vanguardia posmoderna se auto arroga el acierto intelectual, pero todo lo que nos deja es la máxima expresión de lo escabroso y enrevesado. Sus obras, intencionada y fatuamente oscuras, dan fe de ello. Pero, digámoslo de una vez. Las intrincadas y deterministas sentencias posmodernas tiene una relación muy remota con los secretos que encierran las cosas. En comparación con el misterio de la vida, son lo más parecido a un rompecabezas infantil de colores. Atrevámonos a desafiar el inmovilista pensamiento. La realidad no se configura como producto de un cálculo deliberado de los poderes en la sombra. Por supuesto que hay intereses ocultos que pelean para que todo transcurra según aquellos. ¿En qué sociedad humana no los hubo? ¿En qué estructura humana no se produce la concurrencia de intereses? Pero la experiencia, nos dice que, en la vida, los instintos, la intuición y el carácter paradójico e impredecible de las personas juegan un papel determinante. Desde este elemental axioma es desde donde hay que partir para construir una sociedad mejor. La ciencia y la investigación rigurosa hace tiempo que nos proporcionó el conocimiento necesario para descartar soluciones simplistas y maniqueas a los complejos conflictos de la existencia. La historia nos debería haber vacunado ya contra toda ingeniería determinista que aspire a borrar de forma conceptual, lo que son defectos propios de la condición humana. Y que no tienen más solución que depositar la fe en la propia persona para que los perfeccione por medio del progreso. Resultado del empuje de las mentes más perseverantes, denodadas e inconformistas.

La sociedad no es el resultado de un cálculo. Ni lo será nunca. Admitirlo implica una aberración filosófica y moral. Pretender que lo sea, totalitarismo. En el siglo XVIII de los ilustrados escoceses -Smith, Hume, Hutcheson, Robertson, Stewart, Fergu-

son...-, se proclamó que el conocimiento de la realidad, provenía de la experimentación, la sensación y el método inductivo. No de un proceso deductivo procedente de la mente. Recuperar y vigorizar ese programa ilustrado, una epistemología sensorial que abogue por el análisis empírico de los hechos como punto de partida del conocimiento, resulta tarea fundamental. La realidad se experimenta, se investiga, se siente y se conoce. Y después se transforma. Y en el itinerario, existe una variable, la más importante, que es la persona. La educación con miras a la democracia, debería enseñar principalmente que los seres humanos somos libres. Y también lo somos para desarrollar nuestras propias ideas y proyectos, sociedad y economía. El derecho al fracaso constituye una de las máximas de la existencia. Porque sin él, el éxito jamás estaría asegurado. Enseñar a creer en la capacidad de iniciativa y transformación personal implica convencer sobre una manera de estar en el mundo. Eso también es la democracia occidental. No hay otro camino para enseñar la libertad que, el que implica ser constructivamente crítico con todo lo que nos rodea.

Pero, remitiendo el malestar a las malas prácticas del prójimo o la estructura, se suprimen las posibilidades de experimentar la justicia por uno mismo. Se domestican el inconformismo y la rebeldía. La consecuencia, es la indiferencia de la mayoría de los jóvenes por la política. Incluidos los mejores, los que, legítimamente, sueñan con un mundo más justo. Los idealistas que se implicarían en ella, si tuvieran la ocasión de vigorizar la democracia. Toda vez que la democracia se reduce a lo que digan los técnicos o a la ocurrencia descomprometida y efímera del improvisador de turno, entonces, territorio despejado para el colono de la política. El familiar. El tahúr. El taimado oportunista. El sonriente empleado de banca que convenció al octogenario para invertir en acciones preferentes. Sabemos que, en la sociedad digital, el eco del colono de la política llega más lejos que el del político digno y

leal. Al colono de la política, jamás le pasó por la cabeza que la política es servicio, o el foro para propiciar el bienestar de la comunidad. A los totalitarios que proclaman sin descanso los perniciosos defectos de la democracia, tampoco.

La expresión más intensa del determinismo maniqueo, es el predominio de los mensajes denigratorios de lo occidental entre los escasos jóvenes interesados en la política. Y aquellos otros que, atendiendo a su intuición más noble y genuina, no aceptarían los mensajes de cinismo y rebaja moral de la escenografía, se ven en la obligación de asumirlos como preceptivos. Porque no llegó hasta ellos discurso alguno sobre el incalculable valor de la democracia. Ni del sufrimiento que costó obtenerla. El colono de la política está en el centro del escenario, frente a frente, con el demolicionista de la democracia. Es el eclipse de los valores elevados, ocultos en la política bajo la sombra de la corrupción. El debate se recluye al domicilio. Al desenfadado encuentro de las amistades. La plaza pública clama por mensajes de vitalidad y energía. Clama por el debate. La coyuntura de Occidente pasa factura. El cinismo ciudadano generado por la corrupción es la manifestación más evidente. Cuyo extremo más peligroso llega en el terrible momento en el que la honradez personal es ridiculizada en público.

Al tiempo que los occidentales nos enfrascamos en la hiperbólica censura de la democracia, los ideales totalitarios permanecen indemnes. Abandonados a la autocensura occidental, los países de verdad única y oficial permanecen a salvo de ella. Operación de doble lenguaje. La desvitalización de la democracia circula por el mismo riel que la vigorización de su contraria. De nuevo el funicular. Ya advertía Vattimo, atribuyendo un sesgo totalitario a la fortaleza, de lo beneficioso de que no existan verdades fuertes. Estas serían el atributo de los pensamientos cerrados, mientras que la afirmación de verdades tenues, lo que llama “pensamiento

débil,” constituye la garantía de la democracia, como la esencia de la cultura de los Derechos Humanos.¹⁴⁴

Lo que Vattimo no explicaba, es cuál es la ley, que garantiza que, por restar fortaleza a las democracias, sus adversarios más contumaces vayan a hacer lo mismo. Al totalitarismo se le puede vencer en el terreno intelectual y filosófico. Esa debería ser la inconformista aspiración de todo demócrata que aspire a serlo de manera vigorosa. Pero nadie parece reparar en que también se le puede derrotar allí donde los totalitarios parecen contar hoy, con ventaja. El territorio de la convicción. Abonados a la metafísica del consenso habermasiano, olvidamos que el ser humano no solo vive del *logos* -razón-, sino también de *pathos* -emoción-. Este es un principio que debería guardarse en un sobre lacrado como el más valioso legado que transmitir a nuestros descendientes. Porque una democracia desencantada y sin esperanza, es la vía por la que penetró siempre el totalitarismo.

Como rezaba el titular sobre China, somos capaces de preguntarnos sobre si una dictadura es más eficaz para controlar una pandemia. Pero se nos hace mucho más difícil la pregunta contraria. Bien sea por costumbre, bien sea por asociarla con lo decaído o caduco, la democracia hoy, no genera erótica alguna. Y este es un hecho fundamental. Porque, si los enemigos de la democracia, que siempre existirán, tienen una mayor convicción en sus ideas excluyentes que la que tiene la ciudadanía sobre la democracia, sembraremos entonces el camino inverso al de la justicia. La supervivencia de la democracia también reside en lo intangible. Y por eso, obliga a que la vitalidad en su defensa sea más poderosa que la de aquellos que quieren abolirla en nombre de lo perfecto.

El entusiasmo en nuestras sociedades está devaluado. Pero, sabemos que, los ilustrados escoceses no hubieran llegado a ningún lado sin él. Así lo reconocen muchos de ellos en sus bio-

¹⁴⁴ Vattimo, Gianni., *El pensamiento débil*. Madrid, Cátedra, 1990.

grafías. Chesterton desdeñó con su habitual ingenio a los pesimistas, señalando que, son demasiado optimistas con respecto a su pesimismo. Pero, lo cierto es que el pesimismo, hoy, goza de una gran reputación entre los occidentales. Weber ya vaticinó el “desencantamiento del mundo” que traería consigo la modernidad. Pero la tan famosa aseveración muestra un esencialismo pesimista. Que el ser humano haya agurado su capacidad de raciocinio para propiciar la normalización y estandarización de los procesos sociales, no implica que aquellos que sientan su afán y pasión en defender la democracia se tengan que avergonzar de ello. No necesitamos tanto de tecnócratas, como de personas con convicciones. Ni de expertos economistas, como pensar en el bien común. Ni de geniales improvisadores, excéntricos y telegénicos, sino de personas equilibradas y prudentes. No se trata de idealizar al político exigiéndole las virtudes del mito. Pero sí que dentro de sí abrigue en su seno, el mínimo sentido vital y existencial sobre el valor de la democracia que representa. Y de la importancia de preservarla para nuestros hijos.

Frente al aparente realismo de los pesimistas, entonces, se hace perentorio, levantar la bandera existencial del entusiasmo sin vergüenza, como modo de reivindicar una existencia donde la razón y la emoción vayan de la mano, como lo hicieron los ilustrados escoceses del siglo XVIII. El equivocado prejuicio que vincula el entusiasmo occidental con la fatuidad, nos condena a la languidez perpetua. El entusiasmo, el optimismo, nos coloca en nuestro juicio vital. El pesimismo solo es garantía de decadencia y agostamiento. Entonces, los occidentales, tendremos que dedicar nuestro esfuerzo a explicar a nuestros hijos, aquello que siempre fue evidente para nuestros padres. Que la ilusión y el entusiasmo, son más rentables que la indolencia y el cinismo.

4

Un alma humana para todo el universo

Una vez revelada y diseccionada la negatividad que invade a nuestra democracia, renunciar a toda esperanza sería más que una incongruencia. ¿Cómo afirmar el sujeto occidental en una democracia lánguida? Desde la fe en el genio personal en todo tiempo y lugar. En el reino de la conciencia y la libertad. Hasta nosotros llega la máxima de Montaigne, desde su refugio de Sarlat; “otros buscan fuera, en el mundo, para entenderse, yo busco dentro de mí, para salir al mundo.”¹⁴⁵ Quizás el desierto ideológico y moral en el que nos hallamos, sea una oportunidad para encontrar respuestas en la realidad existencial, más allá del control de los tecnócratas, los que miran con desdén a la democracia y venden su racionalidad operativa como criterio de solución de todos los problemas. Allá donde el sello personal se impone al recetario. Donde el tecnócrata no tiene más remedio que desnudarse.

¹⁴⁵ Montaigne, Michel de., *Ensayos*. Penguin Clásicos. 2021.

Porque también el inmemorial bordelés nos dice que “nada más alejado de la libertad que un dogma aprendido.”

Afirmar el valor de la democracia, requiere trascender la racionalidad tecnocrática y liberarse de la estrechez. El saber especialista es un saber microscópico. Pero Occidente nos legó el paradigma renacentista. La técnica especializa sobre un campo de conocimiento, pero se queda corta en comparación con el gran angular que proporciona la cultura. El paradigma tecnocrático modula a la persona sistemática, obediente y predecible. El paradigma renacentista propicia el ser creativo, original e impredecible. Subsumir la política al campo de la especialización desplaza la ética y la moral al ámbito de la intimidad. Transforma la propia naturaleza de lo público.

Para Aristóteles y Hannah Arendt, el ser humano es un animal político. Y, público. La moral no es algo personal. No deberíamos permitir que la ética sea expulsada del foro público para replegarse al domicilio. Lo público es el foro de la discusión moral por excelencia. El foro donde el ser humano se despliega a la comunidad, donde el bien individual se convierte en bien común. Y el bien común es la brújula de la política. Desechar la moral pública, hacerla privada, nos acerca más a Maquiavelo que a Hannah Arendt. Convertir el espacio público en espacio de la técnica, rebaja la categoría del ser humano y destruye el vínculo que lo liga a la comunidad. Porque, el bien común y la justicia necesitan de lo público para sobrevivir. No hay democracia sin espacio público.

Para Hannah Arendt, la tarea de la política consiste en desplegar la radical democracia que subyace en la misma humanidad. La política es inhumana cuando se reduce a la jerarquía de cualquier fuerza monolítica exterior, sea aquella, el estado, el mercado o la técnica. Todo lo que reduce el ser humano debe ser combatido. Arendt nos dice que la acción política, no es nunca una técnica. La política no debe ser el reino de los medios y los fines. La política trasciende la

técnica. El ser humano se humaniza con la acción política, es un momento de inicio continuo, en el que despliega sus facultades. Arendt nos lega que la democracia y la persona, son dos elementos indisolubles. No se puede afirmar una en perjuicio de la otra, sin desnaturalizarlas. No puede haber democracia que prescindiera de la persona. Arendt nos recuerda, al igual que Sócrates, que la democracia está en juego allá donde se defiende el cuerpo humano. El cuerpo humano es la máxima expresión de la democracia.

La política del asesor de moral acomodaticia, especialista de la improvisación y la maniobra genial, no nos va devolver la esperanza en la democracia. La técnica o la mercadotecnia electoral, se presentan como neutrales, pero piensan con frecuencia, que quienes no alcanzan una capacitación técnica no merecen llegar a representar al pueblo, perfilando un clasismo tecnocrático cada vez más perceptible en la sociedad. El sistema cerrado del tecnócrata agudiza las facultades mentales, produce un tipo de inteligencia minuciosa, pero no ofrece protección cuando las variables de la vida superan ese saber. Arthur Koestler nos dice que aprendió más de la vida vendiendo refrescos en Israel, que en todos sus años de formación técnica en la Escuela de Ingeniería de Viena.¹⁴⁶

La tarea consiste entonces en poner el peso en el genio de la persona y su compromiso ético respecto a lo que le rodea, realizando el camino inverso que ha tomado en nuestra sociedad. El de eludir, casi de manera instintiva, su responsabilidad sobre lo que acontece a su alrededor, escudándose en todo tipo de excusas, todas ellas, de elevado contenido técnico, pero de escaso bagaje moral. Si para justificar todas nuestras acciones estamos obligados a invocar la dominación occidental, los designios neutrales del mercado o la racionalidad de la técnica, estamos negando nuestra autonomía moral sobre lo que nos rodea. Ser autónomo

¹⁴⁶ Koestler, Arthur., *Autobiografía. Flecha en el Azul (vol 1)*, Alianza, Madrid, 1973.

no es hacer lo que a uno le venga en gana, sino, lo contrario. Responder de nuestras acciones de manera personal en el mundo.

En tiempos de mentalidad de sistema; de jibarización occidental obligatoria, buscar referentes en nuestro legado se convierte entonces, en una exigencia. Escribe el genial Unamuno: “Rodando por el mundo, se encuentra uno con hombres que parece que no se sienten a sí mismos.”¹⁴⁷ Para el universal pensador vasco, no hay manera de reivindicar la humanidad desligándolo de lo personal: “ni lo humano, ni la humanidad, sino el sustantivo concreto: el hombre, el hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere.”¹⁴⁸ Lo que clasifica al hombre y la mujer, solo existe en el concepto, porque en última instancia, el ser humano se encarna en el cuerpo. La pérdida de la conciencia personal en favor del dogma, nunca será una pérdida total. Para eso, el dogma debería domesticar el genio personal, y esto es algo que ningún imperio o dictadura ha conseguido. Allá donde existe el cuerpo humano, existe la conciencia. Donde existe la conciencia, existe la libertad. Y donde existe la libertad, existe la posibilidad de emancipación de cualquier orden de cosas. No puede haber justicia sin libertad.

Ninguna ideología logró plasmar la luz y el color por sí misma. Solo lo pudo hacer por medio de la persona de genio extraordinario. El genio extraordinario es no estar conforme, el inconformismo con lo que rodea a la persona. El concepto simplifica y generaliza. Necesitamos el concepto para conocer la realidad, pero no podemos admitir que el concepto rebaje el ser humano a la categoría de espécimen. Reivindicar lo personal, es rechazar la persona categorizada. No ver al inmigrante. Sino el *rostro*. Haciéndolo así, el vocablo inmigrante desaparece, para diluirse en el rostro. Verdadero elemento, siguiendo a Levinas, que propi-

¹⁴⁷ Unamuno, Miguel de., *Del sentimiento trágico de la vida*. Alianza, Madrid, 1996, p. 27.

¹⁴⁸ *Ibidem*, p. 12.

cia el encuentro interpersonal con el *otro*. En el momento que el cuerpo humano vence al concepto y a la categoría, es cuando se abre paso al humanismo. No puede haber justicia sin cuerpo humano. No puede haber justicia sin rostro. No puede haber justicia prescindiendo de la persona.

Max Scheler dice que cada persona esconde un valor único, que la distingue de todas las demás. Pero la persona no es el individuo. No reduzcamos la persona a la individualidad, que es una dimensión de la persona, pero no la agota. El individuo se hace persona, no solamente cuando sigue su conciencia, sino cuando se perfecciona en relación a los demás, a través de su naturaleza social. Pero esta, tampoco es la dimensión social de Rousseau para construir su concepto de soberanía popular sobre el estado. Según Rousseau, los individuos se olvidan de su libertad para transferirla a un cuerpo social que detenta el conjunto de las soberanías de aquellos. El estado para Rousseau, absorbe para sí todas las voluntades. Rousseau nos dice que existen los ciudadanos y el estado. Y haciéndolo, reduce la democracia al estado como elemento indispensable de la política. El individuo, en cuanto ciudadano, completa la dimensión social del individuo, y constituye su máxima expresión política. Pero la ciudadanía tampoco completa la dimensión de la persona. Incluso aquella se ve rebasada por el *misterio insondable* que es la persona como recuerda Gabriel Marcel.

Tampoco completa la persona, el *homo economicus*. Para el neoliberalismo más triunfante, existen individuos y mercado. El carácter social del individuo queda plasmado en el mercado, y allá se precisa buscar la justicia igual para todos. Para la tecnocracia, existen individuos y racionalidad instrumental. El mundo de la técnica propicia el orden social, donde todo funciona con la exactitud de un artilugio. El tecnócrata encuentra en la técnica no solamente su *modus vivendi*, sino su materialización existencial.

La persona queda reducida al valor que le asignó el mercado en el caso del neoliberalismo. A la mera capacitación técnica en el caso de la tecnocracia. Y, a la forzosa angustia existencial que produce semejante reduccionismo de la naturaleza humana.

Todo dogma o ideología, trata de hacer perdurar un estado de cosas. Y por eso, tiene la tentación de petrificar la persona y someterla a un juego de ajedrez que tiene sus propias reglas más allá de ella. La ideología idealiza el concepto, y mediante el, resignifica la realidad a unos axiomas a los que se tiene que adscribir la persona. Cuando eso ocurre, la existencia se somete a la ideología. Intercedamos por que la ideología se someta a la existencia. Reivindiquemos ahora el existencialismo más afirmativo de Unamuno, Kierkegaard o Marcel.

La diferencia de la persona sometida a la ideología, es la distancia que media entre el *rostro* y la idea. El *rostro* para Levinas, es el mundo de lo tangible, de lo corpóreo e inmanente. La idea, es el mundo del concepto y el pensamiento. Toda propuesta afirmativa exige afirmar la superioridad del cuerpo sobre el concepto de manera categórica. Los cuerpos abandonados en las cunetas, a los que borraron su biografía, que tantas veces vimos en los documentales sobre la guerra, representan la expresión más espantosa de haber privilegiado el concepto sobre el cuerpo. Todas las infalibles soluciones conceptuales a los problemas de la existencia, concluyeron tarde o temprano ajustando cuentas con el cuerpo. Todas esas personas sin nombre, claman, desde el más allá sobre nuestra conciencia, para requerirnos en la defensa de lo más sustancial de la política en su sentido más existencial. La batalla entre el concepto y el cuerpo. En esa disyuntiva, nuestra elección es el cuerpo. En toda circunstancia, tiempo y lugar.

Unamuno nos muestra que lo singular no es particular. Es universal. Por eso dice que, “un alma humana vale para todo

el universo.”¹⁴⁹ Desconfiemos de sistemas que subordinan la persona a la estructura. Esto no implica asumir dócilmente que no existen estructuras de poder occidentales injustas –también existen las que trabajan por la justicia-. Lo que afirma Unamuno es que cualquier aplanamiento de la persona, es una negación de la humanidad en su conjunto. Que el alma personal y el mundo son lo mismo. Y que, disociar la lucha por el alma personal de la lucha por un mundo más justo, es un error fatal. Nada expresa esta idea, como la escena final del Juez nacionalsocialista Ernst Janning, condenado a muerte en los juicios de Nuremberg en el conocido filme *Vencedores o vencidos* (1961). El magistrado nacionalsocialista pide cara a cara, el refrendo moral del juez que le ha condenado, con el argumento de que jamás supo que el nazismo conduciría a lo que resultó, argumento exculpatorio esgrimido entonces por toda una generación de alemanes. La categórica réplica del juez Haywood constituye todo un alegato de la cultura de los Derechos Humanos que engendró Occidente y que constituye nuestro máspreciado valor: “se llegó a eso cuando condenó a una persona a muerte sabiendo que era inocente.”

La aplastante aserción expresa de forma elocuente lo absurdo de argumentos casi pueriles y atenuantes de la mala conciencia. Más allá, pone de manifiesto que, al condenar a muerte a una sola persona, ya se está materializando aquello que se atribuye a una colectividad a la que, por medio de un delirio de auto conservación, llegado el momento de exigir cuentas, se afirma que jamás se perteneció. Más aún. No cabe mayor arbitrariedad supremacista que la de considerar el crimen como execrable solo a partir de un número de crímenes, y considerar excusables los anteriores. Doble error entonces. Categorizar a la persona como liquidable, y tiempo más tarde, afirmar que muchas de ellas no merecían la muerte, imponiendo una segunda condena arbitraria a las

¹⁴⁹ *Ibidem*, pp. 28-29.

demás. Vana y recurrente esperanza del ser humano para liberarse de su mortificada conciencia. La de considerar que el crimen se produjo en un contexto que el perpetrador entendía excusable. Cuando aquello no resta ni un ápice a su irreparable naturaleza.

Recelemos de quienes ven una sima entre persona y humanidad. En quienes sacrifican a la persona de hoy, para garantizar la felicidad de la del mañana. La persona, el alma humana, es el universo, como clama Unamuno, como implacable crítico de cualquier dogma que pretenda reducir la persona a engranaje: “todos los definidores del objetivismo no quieren fijarse en que afirmar al hombre concreto y real, es afirmar al verdadero humanismo.”¹⁵⁰ Y de nuevo el gran Tocqueville nos enseña que cuando el hombre pierde su originalidad, su espíritu genuino, más débil se vuelve con respecto a los demás. Al haber perdido su conciencia personal, sobre su “yo”, único e irrepetible, desconfía de su propio derecho a las cosas, y llegado el momento; se halla muy cerca de reconocer estar equivocado cuando la mayoría de sus compatriotas afirma que lo está.¹⁵¹

No se trata de prescindir de la ideología. Al revés. La reivindicamos, frente al universo del tecnócrata, el tahúr de la política o el amoral. Sino de que aquella, se pliegue al genio personal que la precede. Porque ninguna ideología puede explicar de forma acabada y conclusa, el *ser humano en existencia*. Esta realidad se le impone siempre. Por eso, el afán de la justicia, no puede implicar la reducción de la persona a la ideología, sino a que esta *inspire* a la persona en su vida. La ideología permite crecer. Pero, la ideología, se torna perniciosa cuando agrupa al diferente en categorías con el propósito de su expulsión de la sociedad. La historia lo demuestra una y otra vez, como nos recuerda Hannah Arendt en su genealogía del totalitarismo. “Parece como si las personas per-

¹⁵⁰ *Ibidem*, p. 30.

¹⁵¹ Tocqueville, Alexis de., *La democracia... Op. cit*, p. 261.

manecieran selladas a categorías que alguien les otorgó.¹⁵² Y, sin embargo, sabemos que bajo esas categorías se oculta la persona, inescrutable y misterio a la vez.

Del mismo modo, desconfiemos de quien reduce la filosofía a su contenido más político, otorgándose la portavocía de la liberación sin mácula. Como afirma Savater frecuentemente, la filosofía, no es una pasión de solución, sino una *pasión de comprensión*. La filosofía busca comprender las interrogantes y angustias existenciales que no tienen respuesta definitiva. Porque, si para algo debe servir la filosofía es para reflexionar sobre la vida que lleva uno mismo. La definición, la categoría se muestra impotente frente al rostro, como sostiene Levinas en su reivindicación de la filosofía como *ética primera*. El rostro, es solamente un vocablo, que señala lo insondable de la naturaleza humana. Pero, cuando se reconoce la persona en el rostro, es entonces, cuando se empiezan a romper las costuras de la ideología. Nada expresa mejor el aserto que la escena que retrata Camus en *Los justos*, cuando el personaje de Fedorov no puede cumplir con la ejecución del gran Duque ruso, al enfrentarse a su rostro frente a frente.¹⁵³ Es la victoria del cuerpo sobre el concepto. La victoria del humanismo sobre el fanatismo. De la filosofía contra la ideología.

Mancillada la reputación de Occidente, marchita la vitalidad de sus representantes institucionales, languidece el legado que ha de transmitirse a las generaciones venideras. ¿Qué habríamos de legar a nuestros hijos? Que el verdadero conocimiento de la mujer y el hombre, es un conocimiento de sí mismo; y su sabiduría viene no por una elaboración de la mente, sino por una orientación, un genio, que cambia en consonancia con las circunstancias que afronta. Es el *daimon*. El duende interior de las *Meditaciones* de Marco Aurelio, al que, el inmemorial filósofo romano, llama

¹⁵² Arendt, Hannah., *Los orígenes del totalitarismo*. Taurus, Madrid, 1998.

¹⁵³ Camus, Albert., *Los justos*. Alianza, Madrid, 2012.

hegemonikon en griego. Marco Aurelio nos dice que dentro de nosotros existe un genio, un duende, que percibimos a través del cuerpo. Y que es a ese duende a quien nos debemos más que a nadie en nuestra existencia. No podemos reprimir ese duende sin sufrir. Aceptarlo sin vacilaciones y desarrollarlo a través de la experiencia, es imperativo. En lugar de adaptarse de manera dócil a cualquier corriente externa que proclama garantizar la perfecta y completa liberación.

La educación pretende la objetivación de la realidad para aprehenderla. Pero sabemos desde Kant, que nadie ha demostrado que la realidad se pueda objetivar de manera concluyente y total. No puede ser alcanzada ni por las ideas ni por los conceptos. Olvidamos toda una tradición existencialista volcada en la persona concreta. En el análisis fenomenológico. El análisis de las cosas desde la experiencia subjetiva. Para Aristóteles, la virtud, está determinada por dos factores. Uno constante, el alma *-psyché-*. Y otro variable, *-kairós-*, la circunstancia concreta. El fin del ser humano es aspirar a la felicidad, que consiste, no en llegar a un punto final como resultado, no en un estado, sino en una actividad, siempre en desarrollo, que no tiene fin. El hombre y la mujer se forjan en la circunstancia y perfeccionan su carácter. La meta entonces no consiste en encontrar un punto concreto que nos garantizará la felicidad. La meta es forjar el carácter en la circunstancia. La meta no es un punto de llegada. Es una actividad. Vital y existencial.

Los griegos nos enseñan que lo importante no es el dogma, sino la personalidad, cuyo desarrollo se deriva de una forma de vivir. Sócrates y Aristóteles muestran el camino opuesto al dogmatismo. Si algo define al dogmático es su resistencia al cambio. El dogmático es un clarividente. La ética socrática-aristotélica necesita el cambio para perfeccionar el carácter. El experimentador no es un clarividente. El experimentador solo es clarividente respecto a su necesidad de cambio permanente en su viaje a la felici-

dad. El dogmatismo emplea fotos fijas y aspira desde un enfoque rígidamente idealista, a lograr la felicidad por medio de la plasmación de sus proyecciones más perfectas sobre lo que tiene que ser la realidad. El que apuesta por el carácter y la experimentación está en el aquí y ahora. Construye la felicidad a golpe de martillo. No tiene una aspiración perfecta. Pero mira para atrás y ve los frutos de su andadura. Y contempla el pasado con la satisfacción que redobla su fuerza para el presente. El dogmático vive obsesionado con una proyección mental a la que tiene que amoldarse la realidad que él interpreta según su dogma. Y que jamás necesita poner en cuestión.

El cuerpo humano es lo opuesto a la proyección mental del dogmático clarividente. El genio personal está instalado en un cuerpo, que plantea un modo de ser en el mundo. En la escuela se nos dejó claro el axioma cartesiano de que pensamos, luego existimos. Pero, no se atendió debidamente el hecho de que, existimos porque sentimos nuestro cuerpo. Toda una tradición de *filosofía concreta* que abordan filósofos como Marcel o Merleau-Ponty. La experiencia corporal, la sensación, es la primera toma de conciencia personal. Nuestro sistema educativo apartó “el único” de Kierkegaard y Unamuno o la filosofía práctica de Sócrates, fuera de los programas educativos, a las estanterías de las bibliotecas, desdeñándolas por subjetivistas y anti universalistas. Pero representan todo un campo de ideas para educar el camino de emancipación personal que corresponde a la persona. Un tesoro occidental imperecedero. De un valor incalculable.

Para Pascal, quien aspira a la justicia verdadera, debe liberarse del deseo de dominar al otro, bien sea por la violencia, bien por el concepto. Pascal, huye de lo conceptual, del riguroso orden cartesiano y matemático. Le interesa el ser en situación, el que siente la vida, con sus paradojas, tensiones y limitaciones. Existir, para Pascal, es experimentar el abismo y la incertidumbre. El “yo”, no

es un ser abstracto ni conceptual. El “yo” son las relaciones interpersonales, los apegos y las carencias. Para Pascal, solo se llega a la justicia por medio del arraigo con los otros. Nunca desde un individualismo aislacionista. El gigante francés nos deja como legado, que la praxis y el compromiso personal son los elementos para forjar la justicia.

Apostamos demasiado por el concepto y la universalidad. Pero, como afirma Marcel, el pensamiento y el conocimiento no agotan el ser. El ser, es lo que se manifiesta cuando la persona se enfrenta al problema que tiene delante. Es entonces cuando se reconoce como nuevo. En lo concreto de la experiencia. Frente a Heidegger, que nos habla de la experiencia de la nada, Marcel, nos habla de la experiencia del todo. Sistema, ideología, técnica, mercado... todos ellos válidos, pero bajo la condición de plegarse a lo que es el *ser*. Toda forma de proyección idealista, de espíritu de abstracción no es más que el achicamiento de la dimensión del ser. Objetivamos la vida con ideas, pero esas ideas no bastan, como dice Marcel, si no dicen nada *de mí*.¹⁵⁴

El afinamiento de la técnica ha propiciado un paradigma que despersonaliza el conocimiento. La filosofía concreta, del hombre y la mujer en situación, es una realidad existencial, donde surge, no el conocimiento racional, sino el conocimiento encarnado, concreto y personalizado.¹⁵⁵ Convocamos ahora a Pascal, Kierkegaard, Unamuno, y Marcel. Todos ellos autores occidentales que nos remiten a una filosofía más rica, conflictiva y abierta que el maniqueísmo del antioccidental. Autores que afirman el ser humano en su única e irrepitible condición. Manifestación de todo el universo en cada uno de ellos.

¹⁵⁴ Marcel, Gabriel., *Diario metafísico*. Guadarrama. Madrid, 1969.

¹⁵⁵ Marcel, Gabriel., *Filosofía concreta*. Revista de Occidente, Madrid, 1959, p. 51.

Los relatos apocalípticos sobre Occidente están contruidos con el más agudo espíritu de abstracción. Otorgan la primacía a un conjunto de ideas que desprecian los demás elementos de la realidad. De forma que todo es apariencia menos su ideología. Pero la querella a Occidente, la pulsión del antioccidental, tiene también mucho de pasional. Si el trabajo intelectual exige distancia, ponderación, rigor y espíritu científico, como dice Scheler, toda fórmula de “esto no es más que...” está basada en un resentimiento, que debe rechazar cualquier empresa intelectual que aspire a convertirse en útil.¹⁵⁶ La afirmación anti humanista posmoderna proyecta una moral de doble lenguaje. Por un lado, niega el sujeto occidental y por otro, lo reduce a la pura abstracción. Si es el producto de una conciencia falsa de la realidad, tarde o temprano, los posmodernos están apuntando a su supresión bajo cualquier pretexto acorde a sus prejuicios. Esto es, negación del cuerpo y de la existencia. La antítesis de nuestro mejor legado. Si de algo nos debemos sentir orgullosos los occidentales, los posmodernos nos lo arrebatan.

Es posible una filosofía de esperanza como la llama Marcel. Exige huir del espíritu de abstracción, de lo conceptual, de estructuras, del lenguaje, del excesivo idealismo, para participar en la experiencia a través del cuerpo, donde es posible encontrarse con el *misterio que es cada uno*.¹⁵⁷ El ser puede ser una faz de fuerzas determinadas por las estructuras. Y puede ser un ser vivo, con plena conciencia de estarlo. Con dominio sobre su vida. Frente a las certezas de la ideología demolicionista y querellante, reivindicamos la unidad del ser en situación. Desconfiemos de todo sistema de creencias que nos hurte el acceso al misterio de lo que somos de manera genuina.

¹⁵⁶ Scheler, Max., *El resentimiento en la moral.*, Caparrós, Madrid, 1993.

¹⁵⁷ Marcel, Gabriel., *El misterio del ser.* Sudamericana, Córdoba, 1953.

La esperanza de Marcel se remite a una realidad que es perceptible por cualquier ser humano. El hecho, de que más allá de todo lo dado, existe un principio dentro de cada persona que le hace estar en complicidad consigo mismo. El duende de Marco Aurelio. El *hegemonikon*. El que nos indica que, la realidad no “es” de una manera o de otra. El que nos revela que la realidad es el medio para ser “yo”. Frente a la deconstrucción de Derrida, la genealogía de Foucault o los juegos del lenguaje de Lyotard, elijamos la intuición de Hume, la empatía de Smith o el existencialismo de esperanza de Marcel y Unamuno. No renunciemos, víctimas de nuestros complejos más inconscientes, al hecho factual -no la idea- de que el ser humano es un ser existencial y libre. Misterio. Único. Irrepetible.

Corolario

La culpabilidad occidental, destila una moral amputada. Un universo ético donde la persona construye el corsé que limita sus posibilidades de emancipación, y lo condena a la languidez. La autodenigración solo puede conducir al abismo nihilista. El ego queda concluso por la estructura en la que se asienta. Ya no mira a la rebelión interior. El aparente universo contestatario y antioccidental, deviene conformista respecto a la injusticia. Atormentados por el colonialismo e imperialismo pasado de Occidente, y por las injusticias de su democracia actual, ya no encontramos el lugar desde el cual tomar impulso para afirmar la democracia.

No hemos desgranado el efecto del antioccidental sobre la conciencia para limitarnos a mostrar sus perniciosos efectos existenciales. La pretensión de este ensayo no ha sido la conservadora actitud de señalar cualquier alternativa a lo existente como potencialmente peligrosa. Sino solamente entender así, la que implica el rechazo obligatorio de lo que consiguieron para nosotros los que nos precedieron. Todo avance florece de lo afirmativo. Condenemos la autodenigración obligatoria como nociva, no solo por sus perniciosos efectos sobre la moral occidental, sino también como un obstáculo para construir una sociedad más justa. Porque, la extraña parado-

ja que implica auto negarnos para construir lo superior, abre los portones que conducen a una peligrosa vereda. La aspiración a la eliminación de todas las injusticias puede llevarnos a propiciar algo peor a lo que se disfrutaba. Curiosa y recurrente constancia del ser humano en el error, propio de las mentes más justicieras y exigentes, pero que, la historia lo demuestra, pueden resultar, con la perspectiva del tiempo, las más primarias e inocentes.

En una hermosa escena del filme *Cabaret* (1972), un adolescente alemán, casi niño, de las juventudes hitlerianas entona una canción nacionalsocialista. “El mañana me pertenece”. Los clientes de la cervecería, comienzan a sumarse, uno a uno, levantándose de sus asientos orgullosos, ante el vigoroso espectáculo de la joven Alemania que se levanta de la opresión de Versalles, para conquistar “el mañana”. Durante un segundo, en medio de la eferescencia, se atisba, fugazmente, el rostro de un viejo alemán, que permanece sentado, con la mirada al suelo. El encuadre habla por sí solo: “otra vez”, “otra vez...” El viejo, protagonista de la Gran Guerra, bajo el peso del entusiasmo general, con la promesa de la liberación futura, cavila, absorto. Como si las terribles masacres y el sufrimiento generado por aquella no hubieran valido para nada.

En el extremo opuesto de la ideología, Alexander Solzhenitsyn, nos lo recuerda de manera elocuente. Siempre lo mismo. El arrestado piensa que él no ha hecho nada, que todo es un error y que mañana todo se aclarará. Cambian las personas, pero las miradas, los rostros, las expresiones y los argumentos son siempre los mismos. Y así pasan los años, y así pasan millones de personas, en una rueda que todos nos preguntamos cuando parará, pero que no para nunca. Dos manifestaciones estéticas de la eterna promesa de la libertad perfecta. Frente al paraíso por venir, defender la democracia imperfecta en todo momento y lugar, se hace imperativo. Este es un aserto que los occidentales deberíamos legar a nuestros descendientes.

El imperecedero e infeliz Macbeth, en medio de su devastación personal exclama: “estoy nadando en un mar de sangre, y tan lejos ya de la orilla, que me es indiferente bogar adelante o atrás”. Así de inciertas son las fronteras de la culpabilidad, cuando demasiada sangre inocente fue derramada en la historia de Occidente. La historia de Occidente es una historia de sangre... no más que la de los demás lugares del planeta. Pero mucho mejor pensar que no fue derramada en vano, que mortificarnos o saldar cuentas por las masacres de los que nos antecedieron. Eso no nos hace más justos. Nos hace más vulnerables. Y toda búsqueda de la justicia exige fuerza y determinación, pues muchos son los obstáculos e intereses que es preciso franquear para materializarla.

Lo opuesto a la languidez, lo encontramos en Shakespeare. En Shakespeare hay campo abierto a la libertad. Shakespeare nos libera, y muestra que las posibilidades del ser humano son infinitas: “*What a piece of work is man*”, nos deja para siempre el inmortal Príncipe Hamlet. La censura posmoderna y la autodenigración occidental proyectan al ser humano fuera de su quicio vital y moral, desde la culpa. Nuestra denigración, perpetúa el orden de cosas y nos proporciona la versión más lánguida de la democracia. Si Shakespeare es liberador, no es solo porque sus dramas muestren un campo abierto para la conciencia de sus personajes. No nos deleitamos con el arte solamente. El maestro de Stratford nos convence de que ese campo abierto puede llevarse a nuestra propia vida. Entonces, es cuando recibimos su legado de transformación con agradecimiento para afirmar nuestra propia existencia.

En el extremo opuesto a la languidez, encontramos a otro de los iconos literarios de Occidente. Dickens, hijo de presidiario, que visitaba a su padre en la cárcel, que reivindica el entusiasmo, que los mecanismos de explotación humana han hurtado al niño oprimido, reducido a mera variable de beneficio industrial. Para los abandonados, desamparados y apaleados personajes de

Dickens siempre existe una salida a su atormentada existencia. Aunque la oscuridad de las tortuosas callejuelas de Londres, no les permitan ver otro horizonte que el de las sombras del sayón blandiendo la vara y la correa amenazantes, -símbolos del maldito maltrato infantil de todas las épocas pretéritas y por venir- proyectadas en sus muros. Las carreras de *Twist*, *Nickleby* o *Copperfield* representan la máxima expresión de la subjetividad en el sentido opuesto al que refleja la languidez occidental. La reivindicación de la libertad. La voluntad de vivir. La apuesta por todo lo que hay de bueno en la vida. Dickens y Shakespeare. Shakespeare y Dickens. Eso, también es Occidente.

Referencias bibliograficas

- Althusser, Louis., *La filosofía como arma de la Revolución*. Siglo XXI, México, 2001.
- Althusser, Louis., *La revolución teórica de Marx*. Siglo XXI, Madrid, 2004.
- Arendt, Hanna., *Los orígenes del totalitarismo*. Taurus, Madrid, 1998.
- Applebaum, Anne., *El ocaso de la democracia. La seducción del autoritarismo*. Debate, Madrid, 2021.
- Baños, Pedro., *El dominio mental. La geopolítica de la mente*. Ariel, Barcelona, 2020.
- Baudrillard, Jean., *La sociedad de consumo. Sus mitos, sus estructuras*. Siglo XXI, Madrid, 2020.
- Bauman, Zygmunt., *Mundo consumo. Ética del individuo en la aldea global*. Paidós, Barcelona, 2010.
- Bernanos, Georges. *Los grandes cementerios bajo la luna*. Alianza, Madrid, 1986.

- Borradori, Giovanna. *Philosophy in a Time of Terror: Dialogues with Jürgen Habermas and Jacques Derrida*. University of Chicago Press, 2003.
- Bruckner Pascal, *La tiranía de la penitencia. Ensayo sobre el masoquismo occidental*. Ariel, Barcelona, 2008.
- Bruckner, Pascal., *La tentación de la inocencia*. Círculo de lectores, Barcelona, 1998.
- Bustos, Manuel., *La paradoja posmoderna. Génesis y características de la cultura actual*. Encuentro, Madrid, 2009.
- Campbell, Bradley y Manning, Jason. *The Rise of Victimhood Culture: Microaggressions, Safe Spaces, and the New Culture Wars*. Palgrave Macmillan, London, UK. 2018.
- Camus, Albert., *Los justos*. Alianza, Madrid, 2012.
- Ceresole, Norberto., *La falsificación de la realidad. La Argentina en el espacio geopolítico del terrorismo judío*. Libertarias-Prodhufi. Madrid.1998.
- Chul-Han, Byung., *La sociedad de la transparencia.*, Herder, Madrid, 2013.
- Cusset, Francois. *French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze & Cía. y las mutaciones de la vida intelectual en Estados Unidos*. Melusina, Barcelona, 2005.
- Dalrymple, Theodore. *Sentimentalismo tóxico. Cómo el culto a la emoción pública está corroyendo nuestra sociedad*. Alianza, Madrid, 2016.
- Derrida, Jacques., *Políticas de la amistad*. Trotta, Madrid, 2013.
- Dooley, Mark., *Roger Scruton: the philosopher on Dover Beach*. Continuum, London, 2009.
- Dugin, Alexander., *La cuarta teoría política*. Nueva República, Barcelona, 2013.

- Dugin, Alexander., *Martin Heidegger : the philosophy of Another beginning*. Washington Summit Publishers. 2014.
- Dugin, Alexander., *Proyecto Eurasia.*, Hipérbola Janús, 2016.
- Etzioni, Amitai., *La dimensión moral: hacia una nueva economía*. Palabra, Madrid, 2007.
- Farías, Víctor., *Heidegger y el nazismo*. Muchnik Editores, Barcelona, 1989.
- Farías, Víctor., *Heidegger y su herencia. Los neonazis, el neofascismo y el fundamentalismo islámico*. Tecnos, Madrid, 2010.
- Finkielkraut, Alain., *La ingratitud*. Anagrama, Barcelona, 2001.
- Finkielkraut, Alain. *La identidad desdichada*. Alianza, Madrid, 2014.
- Finkielkraut, Alain., *Lo único exacto*. Alianza, Madrid, 2017.
- Finkielkraut, Alain., *En primera persona*. Encuentro, Madrid, 2020.
- Foucault, Michel., *Nietzsche, la Genealogía, la Historia*. Pre-Textos, Madrid, 1988.
- Foucault, Michel., *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Alianza, Madrid, 1981.
- Giddens, Anthony., *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*. Alianza, Madrid, 1979.
- Giglioli, Danielle., *Crítica de la víctima.*, Herder, Madrid, 2017.
- Girard, René., *La ruta antigua de los hombres perversos.*, Anagrama, Barcelona, 2006.
- Haidt, Jonathan., *La mente de los justos*. Planeta, Barcelona, 2019.
- Henri-Levy, Bernard., *La pureza peligrosa*. Espasa-Calpé, Madrid, 1995.
- Hicks, Stephen., *Explicando el posmodernismo. La crisis del socialismo*. Grupo Unión, Madrid, 2016.
- Hughes, Robert., *La cultura de la queja*. Anagrama, Barcelona, 2006.

- Koestler, Arthur., *Autobiografía. La flecha en el azul (vol 1)*. Alianza, Madrid, 1973.
- Laclau, Ernesto y Mouffé Chantal., *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Siglo XXI, Madrid, 1987.
- Lagasnerie, Geoffroy de, *La última lección de Michel Foucault. Sobre el neoliberalismo, la teoría y la política*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 2015.
- Lilla, Mark., *Pensadores temerarios, los intelectuales en la política*. Penguin, Barcelona, 2016,
- Lilla, Mark., *El regreso liberal: más allá de las políticas de la identidad*. Debate, Barcelona, 2018.
- Lipovetsky, Gilles., *Los tiempos hipermodernos*. Anagrama, Barcelona, 2006.
- Lukianoff, Greg y Haidt, Jonathan. *The coddling of the American mind: how good intentions and bad ideas are setting up a generation for failure*. Penguin, USA, 2018.
- Marcel, *Diario metafísico*. Guadarrama. Madrid, 1969.
- Marcel, Gabriel., *Filosofía concreta*. Revista de Occidente, Madrid, 1959.
- Marcel, Gabriel., *El misterio del ser*. Sudamericana, Córdoba, 1953.
- Marcuse, Herbert., *El hombre unidimensional*. Austral, Madrid, 2016.
- Montaigne, Michel de., *Ensayos*. Penguin Clásicos. 2021.
- Murray, Douglas., *La extraña muerte de Europa. Identidad, inmigración, Islam*. EDAF, Madrid, 2019.
- Murray, Douglas., *La masa enfurecida. Cómo las políticas de identidad llevaron al mundo a la locura*. Península, Barcelona, 2020.
- Onfray, Michel., *Decadencia. Vida y muerte de Occidente*. Paidós, Madrid, 2018.

- Pluckrose, Helen y Lindsay, James., *Cynical Theories: How Universities Made Everything about Race, Gender and Identity*. Swift Press, UK, 2020.
- Revel, Jean Francois., *Cómo terminan las democracias*. Planeta, Barcelona, 1993.
- Revel, Jean Francois., *La tentación totalitaria*. Plaza & James, Barcelona, 1976.
- Santos Boaventura de Sousa., *Descolonizar el saber. Reinventar el poder*. Trilce, Montevideo, 2010.
- Santos Boaventura de Sousa., *Justicia entre saberes: epistemologías del Sur contra el epistemicidio*. Morata, Madrid, 2017.
- Scheler, Max., *El resentimiento en la moral*., Caparrós, Madrid, 1993.
- Schmitt, Carl. *El concepto de lo político*. Alianza, Madrid, 2014.
- Schmitt, Carl. *Teoría del partisano. Acotación al concepto de lo político*. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1966.
- Tocqueville, Alexis de., *La democracia en América, (vol 2)*. Alianza, Madrid, 1980.
- Unamuno, Miguel de., *Del sentimiento trágico de la vida*. Alianza, Madrid, 1996.
- Vattimo, Gianni. *El pensamiento débil*. Madrid, Cátedra, 1990.
- Weber, Max. *Política como vocación*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2013.

Artículos de revista

- Cubero Trujillo, Ana., “Hacia una Cuarta Teoría Política. Alexander Dugin y el Neoeurasianismo”. *Tiempo Devorado. Revista de Historia Actual*. Número 1, Julio-agosto, 2019, pp. 3-15. °
- Deleuze, Gilles., Entrevista a Foucault. *Revista L'Arc*, N° 49, 1972.

- Fernandez Leost, José Andrés., “La ideología euroasiática de Alexander Dugin. Entre la geopolítica y el populismo.” *Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences*, Nº 46, 2015, pp. 51-60.
- Göpffarth, Julian., “Rethinking the German nation as German Dasein: intellectuals and Heidegger’s philosophy in contemporary German New Right nationalism.” *Journal of Political Ideologies*, Volume 25, Issue 3. June 2020.
- Harriot, Michael., “La diversidad de pensamiento es un eufemismo para el supremacismo blanco”. *The root*. 4 Diciembre, 2018.
- McIntosh, Peggy., “White Privilege. Unpacking the invisible knapsack.” *Peace and Freedom*. Julio-agosto, 1989.
- Mouffé, Chantal., “Carl Schmitt y la paradoja de la democracia liberal”, *Tópicos*, número 100, Universidad Católica de Santa Fé, Argentina, 2002.
- Nagai, Althea., “The Pseudo-Science of Microaggressions”. *Academic Questions*. Spring 2017.
- Sellner, Martin., “Heidegger, Revolution und Querfront”. *Sezzesion*. 16 mayo 2015.

Documentos

- “Global Satisfaction with Democracy 2020”. Centre for the future of Democracy. Bennet Institute for Public Policy, University of Cambridge, UK.
- “Democracy Index 2021”. The Economist Intelligence Unit.
- Microaggressions in Everyday Life: Race, Gender, and Sexual Orientation (2010)
- Acevedo, David., “Tracking cancel culture in American higher education.” <https://nas.org/blogs/article>
- “A letter on Justice and Open debate”. Harper’s. 20 de julio 2020.

<https://arainfo.org/coronavirus-una-leccion-democratica/>
“Informe de Amnistía Internacional, 2020-2021 sobre China”.
Documento “Dia mundial contra la censura en internet: las cifras de la cibercensura en China”. 12 de marzo, 2021. Reporteros Sin Fronteras.
Dugin, Alexander. Encuentro con periodistas occidentales. <https://www.youtube.com/watch?v=NXNINsOXqsM>
<https://theconversation.com/political-shifts-in-china-raise-questions-about-local-development-of-western-business-schools-84722>
Entrevista Slavoj Zizek. <http://www.critical-theory.com/slavoj-zizek-the-left-needs-a-despot/>
Martin Heidegger., Discurso Rectoral Universidad de Friburgo. 27 de mayo de 1933.
Entrevista a Alain de Benoist. Entrevista a *Le Monde*, 20 mayo 1981.
Entrevista a Alain de Benoist. “Populismus ist keine ideologie, sondern ein Stil. *Compact*. 4 febrero 2018.
Sarah Cook., “Beijing’s Global Megaphone.” Special Report 2020. *The Freedom House*.
Página web Círculo Patriótico Chileno, <https://praxispatria.cl/nosotros/>
Entrevista del profesor Luis Bozzo a Alexander Dugin. Círculo Patriótico de Chile. <https://www.youtube.com/watch?v=5oJTpBmbYao>

Índice

Prólogo	7
---------------	---

Primera parte. De la autodenigracion

1. Minar	15
2. De la culpa como sumisión	29
3. Contorsionismo moral.....	45
4. Oikofobia.....	61

Segunda parte. Del teatro de marionetas

1. Espíritu de sistema.....	75
2. Catástrofe	79
3. Foucault en Starbucks.....	91

Tercera parte. Del pensamiento dicotomico

1. Microagresión.....	101
2. Querellantes.....	109
3. Sentimentalismo.....	129
4. La Neovíctima	145

Cuarta parte. De la filotirania

1. Eros	161
2. China y pandemia	169
3. Y Rusia invade Ucrania	199
4. Extremismo convergente.....	213
5. Alexander Dugin: . la izquierdoderecha totalitaria	235

Quinta parte. Metanoia occidental

1. Contra el menosprecio obligatorio.....	251
2. No a la destruktion.....	265
3. Entusiasmo	273
4. Un alma humana para todo el universo	295
Corolario	309
Referencias bibliograficas.....	313
Artículos de revista	317
Documentos	318

